

RUTGER BREGMAN

UTOPIÍA PARA REALISTAS

**A FAVOR DE LA RENTA BÁSICA UNIVERSAL,
LA SEMANA LABORAL DE 15 HORAS
Y UN MUNDO SIN FRONTERAS**



Rutger Bregman

UTOPIÍA PARA
REALISTAS



Contenido

Portada

1. El regreso de Utopía
2. Por qué deberíamos dar dinero gratis a todo el mundo
3. El fin de la pobreza
4. La extraña historia del presidente Nixon y su ley de renta básica
5. Nuevas cifras para una nueva era
6. Una semana laboral de quince horas
7. Por qué no compensa ser banquero
8. Carrera contra la máquina
9. Más allá del umbral de la tierra de la abundancia
10. Cómo las ideas cambian el mundo

Epílogo

Índice

Agradecimientos

¡Gracias por leer este libro!

Créditos

Un mapa del mundo que no incluya Utopía no es digno de consultarse, pues carece del único país en el que la humanidad siempre acaba desembarcando. Y cuando lo hace, otea el horizonte y al descubrir un país mejor, zarpa de nuevo. El progreso es la realización de Utopías.

OSCAR WILDE (1854-1900)

1

El regreso de Utopía

Empecemos con una pequeña lección de historia: en el pasado, todo era peor.

El 99% de la humanidad, a lo largo del 99% de la historia, pasaba hambre y era pobre, sucia, temerosa, ignorante, enfermiza y fea. Y no hace mucho, en el siglo XVII, el filósofo francés Blaise Pascal (1623-1662) describió la vida como un enorme valle de lágrimas. «La grandeza del hombre —escribió— radica en que se sabe miserable.» En el Reino Unido, su colega Thomas Hobbes (1588-1679) coincidía con él en que la vida del hombre era en esencia «solitaria, pobre, tosca, embrutecida y breve».

Sin embargo, en los últimos doscientos años todo eso ha cambiado. En un breve período del tiempo que nuestra especie lleva habitando este planeta, miles de millones de nosotros hemos pasado de repente a estar bien alimentados, sanos, limpios y a salvo, a ser inteligentes, ricos y, en ocasiones, incluso bien parecidos. Mientras que en 1820 el 94% de la población mundial todavía vivía en la pobreza extrema, en 1981 ese porcentaje se había reducido hasta el 44% y ahora, sólo unas décadas más tarde, se sitúa por debajo del 10%.¹

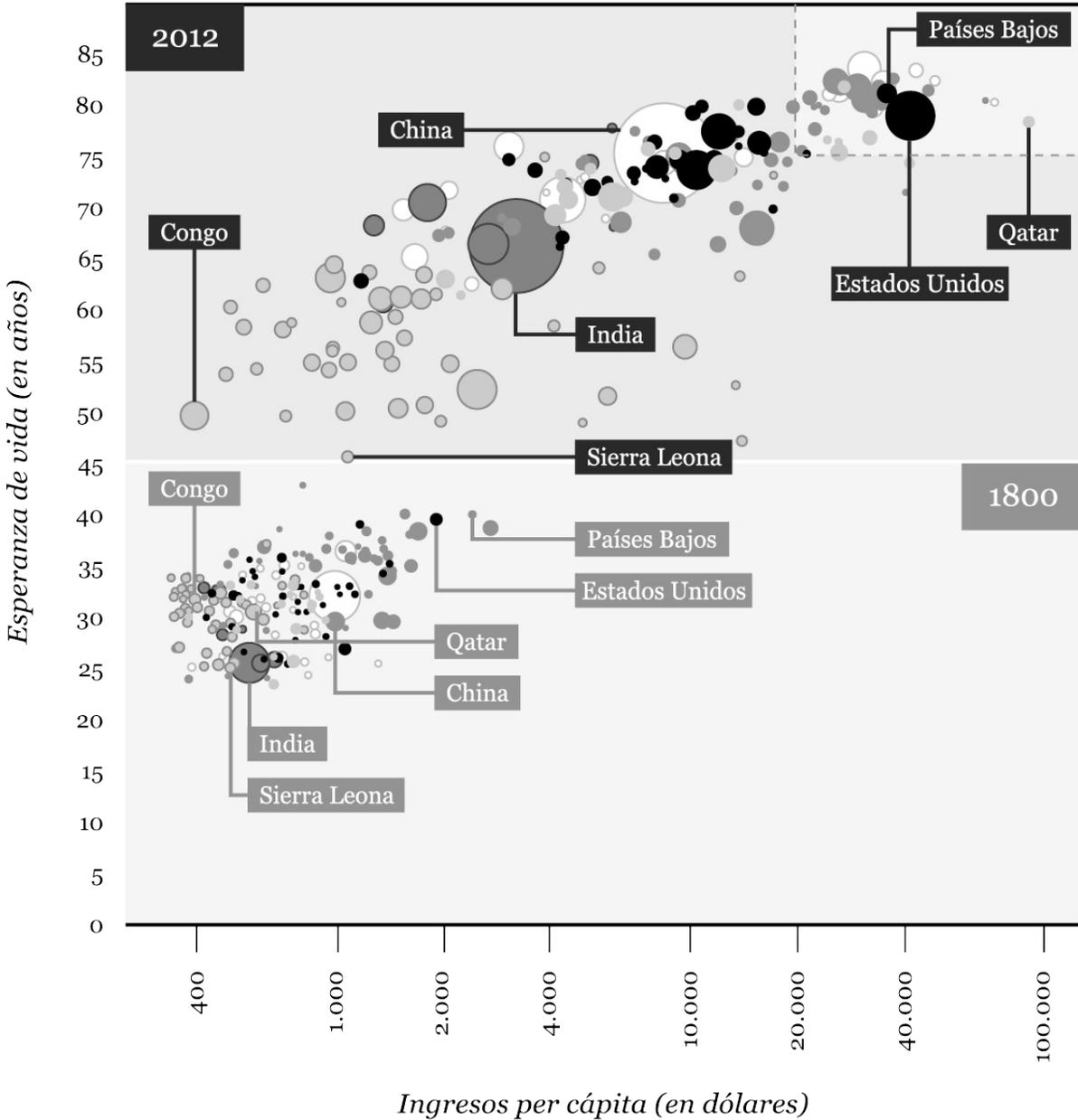
Si esta tendencia se mantiene, la pobreza extrema, que ha sido una constante en la historia de la humanidad, no tardará en ser erradicada para siempre. Incluso aquellos a los que todavía llamamos «pobres» disfrutarán de una abundancia sin precedentes. Donde yo vivo, los Países Bajos, un sintecho que recibe asistencia social dispone hoy de más dinero para gastar que el holandés medio en 1950, y cuatro veces más que un habitante de la Holanda gloriosa de la Edad de Oro, cuando dominaba los siete mares.²

Durante siglos, el tiempo apenas se movió. Desde luego, ocurrían muchas cosas para llenar libros de historia, pero la vida no mejoraba precisamente. Si pusiéramos a un campesino italiano del 1300 en una máquina del tiempo y lo situáramos en la Toscana de la década de 1870, apenas notaría la diferencia.

Los historiadores calculan que la renta anual media en Italia alrededor del año 1300 era de aproximadamente 1.600 dólares. Unos seiscientos años más tarde (después de Colón, Galileo, Newton, la revolución científica, la Reforma y la Ilustración, la invención de la pólvora, la imprenta y la máquina de vapor) era de... todavía 1.600 dólares.³ Seiscientos años de civilización, y el italiano medio estaba más o menos donde siempre había estado.

No fue hasta la década de 1880, cuando Alexander Graham Bell inventó el teléfono, Thomas Edison patentó su bombilla, Carl Benz trasteaba con su primer coche y Josephine Cochrane meditaba sobre la que podría ser la idea más brillante de todos los tiempos (el lavavajillas), que nuestro campesino italiano se vio propulsado por la marea del progreso. Y menuda marea. Los últimos dos siglos han visto un crecimiento exponencial en población y prosperidad en el mundo entero. La renta per cápita es ahora diez veces la de 1850. El italiano medio es 15 veces más rico de lo que lo era en 1880. ¿Y la economía global? Ahora es 250 veces más grande que la de la revolución industrial, cuando casi todos en casi todas partes seguían siendo pobres, hambrientos, sucios, temerosos, ignorantes, enfermizos y feos.

Dos siglos de progreso formidable



- América del Norte y del Sur
- Europa y Asia central
- Oriente Próximo y norte de África
- África subsahariana
- Sur de Asia
- Lejano Oriente y Pacífico
- ⊠ Tierra de la abundancia

Asimilar este diagrama requiere un tiempo. Cada círculo representa un país. Cuanto más grande es el círculo, mayor es la población. La sección inferior

muestra países en el año 1800; la superior los muestra en 2012. En 1800, la esperanza de vida incluso en los países más ricos (por ejemplo, Países Bajos o Estados Unidos) era inferior a la del país con el menor índice de salud (Sierra Leona) en 2012. En otras palabras: en 1800, todos los países eran pobres, tanto en riqueza como en salud, mientras que hoy, incluso el África subsahariana supera a los países más prósperos en 1800 (a pesar de que los ingresos en el Congo apenas han cambiado en los últimos doscientos años). De hecho, cada vez más países están accediendo a la tierra de la abundancia, en la parte superior derecha del diagrama, donde los ingresos medios ahora superan los 20.000 dólares y la esperanza de vida está por encima de los setenta y cinco años.

Fuente: Gapminder.org

La utopía medieval

El pasado era sin duda implacable, y por lo tanto es lógico que la gente soñara con un tiempo en que las cosas mejorarían.

Uno de los sueños más vívidos era el de la tierra de leche y miel conocida como el País de Cucaña o Jauja. Para llegar allí, primero tenías que devorar arroz con leche durante tres millas. Pero el esfuerzo merecía la pena, porque al llegar a Cucaña te encontrabas en una tierra donde fluía el vino por los ríos, los gansos asados volaban al alcance de la mano, en los árboles crecían panqueques y del cielo llovían tartas calientes y pasteles. Campesinos, artesanos, clérigos: todos eran iguales y disfrutaban juntos bajo el sol.

En Cucaña, la tierra de la abundancia, la gente nunca discutía. Al contrario, todos estaban de juerga, bailaban, bebían y practicaban el sexo libremente.

«Para la mentalidad medieval —escribe el historiador holandés Herman Pleij—, la Europa occidental moderna se parece mucho a una Cucaña auténtica. Hay comida rápida disponible las veinticuatro horas del día, aire acondicionado, amor libre, ingresos sin trabajar y cirugía plástica para prolongar la juventud.»⁴ En la actualidad, hay más gente en el mundo aquejada de obesidad que de hambre.⁵ En Europa occidental, la tasa de homicidios es 40 veces inferior, en promedio, a la de la Edad Media, y si se dispone del pasaporte adecuado, se tiene garantizada una impresionante red de seguridad social.⁶

Tal vez ése sea también nuestro mayor problema: hoy, el viejo sueño de la utopía medieval se está agotando. Por supuesto, podríamos conseguir un ligero incremento del consumo, o de la seguridad, pero a costa de un incremento de

la contaminación, la obesidad y el Gran Hermano. Para el soñador medieval, la tierra de la abundancia era un paraíso de fantasía: «una escapatoria del sufrimiento terrenal», en palabras de Herman Pleij. Pero si pidiéramos al campesino italiano de 1300 que describiera nuestro mundo moderno, sin duda lo primero que le vendría a la mente sería el País de Cucaña.

De hecho, vivimos en una época de profecías bíblicas hechas realidad. Tenemos por habituales cosas que en la Edad Media habrían parecido milagros: a los ciegos se les restaura la vista, los tullidos pueden andar y los muertos regresan a la vida. Ahí está, por ejemplo, el Argus II, un implante cerebral que devuelve parte de la visión a gente con patologías oculares genéticas. O las Rewalk, unas piernas robóticas que permiten a los parapléjicos caminar de nuevo. O el *Rheobatrachus*, una especie de rana que se extinguió en 1983 pero que, gracias a unos científicos australianos, ha sido literalmente devuelta a la vida utilizando ADN antiguo. El tigre de Tasmania es el siguiente en la lista de deseos de este equipo de investigación, cuyo trabajo forma parte del Proyecto Lázaro (que recibe su nombre de la parábola del Nuevo Testamento sobre un caso de resurrección).

Entretanto, la ciencia ficción se está convirtiendo en ciencia real. Los primeros coches sin conductor ya están circulando. Las impresoras 3D han empezado a producir estructuras celulares embrionarias completas, y personas con chips implantados en el cerebro mueven brazos robóticos con la mente. Otro dato: desde 1980, el precio de 1 vatio de energía solar se ha desplomado un 99% (no es una errata). Con un poco de suerte, las impresoras 3D y los paneles solares podrían convertir el ideal de Karl Marx (que las masas controlen todos los medios de producción) en una realidad sin tener que recurrir a una revolución sangrienta.

Durante mucho tiempo, la tierra de la abundancia estaba reservada a una reducida elite del Occidente próspero. Eso ya es historia. Desde que China se ha abierto al capitalismo, 700 millones de chinos han salido de la pobreza extrema.⁷ También África se está despojando de su reputación de ruina económica: el continente cuenta ahora con seis de las diez economías que más crecen en el mundo.⁸ En el año 2013, 6.000 millones de los 7.000 millones de habitantes del mundo tenían un teléfono móvil. (Por comparar, sólo 4.500 millones disponían de baño.)⁹ Y entre 1994 y 2014, el número de personas con acceso a Internet en el mundo pasó de suponer el 0,4% del total al 40,4%.¹⁰

También en términos de salud —quizá la promesa más importante de la tierra de la abundancia—, el progreso moderno ha sobrepasado las fantasías más descabelladas de nuestros antepasados. Mientras los países ricos deben contentarse con la adición semanal de otro fin de semana al tiempo de vida promedio, África está ganando cuatro días por semana.¹¹ En todo el mundo, la esperanza de vida creció de los sesenta y cuatro años en 1990 a los setenta en 2012;¹² más del doble que la de 1900.

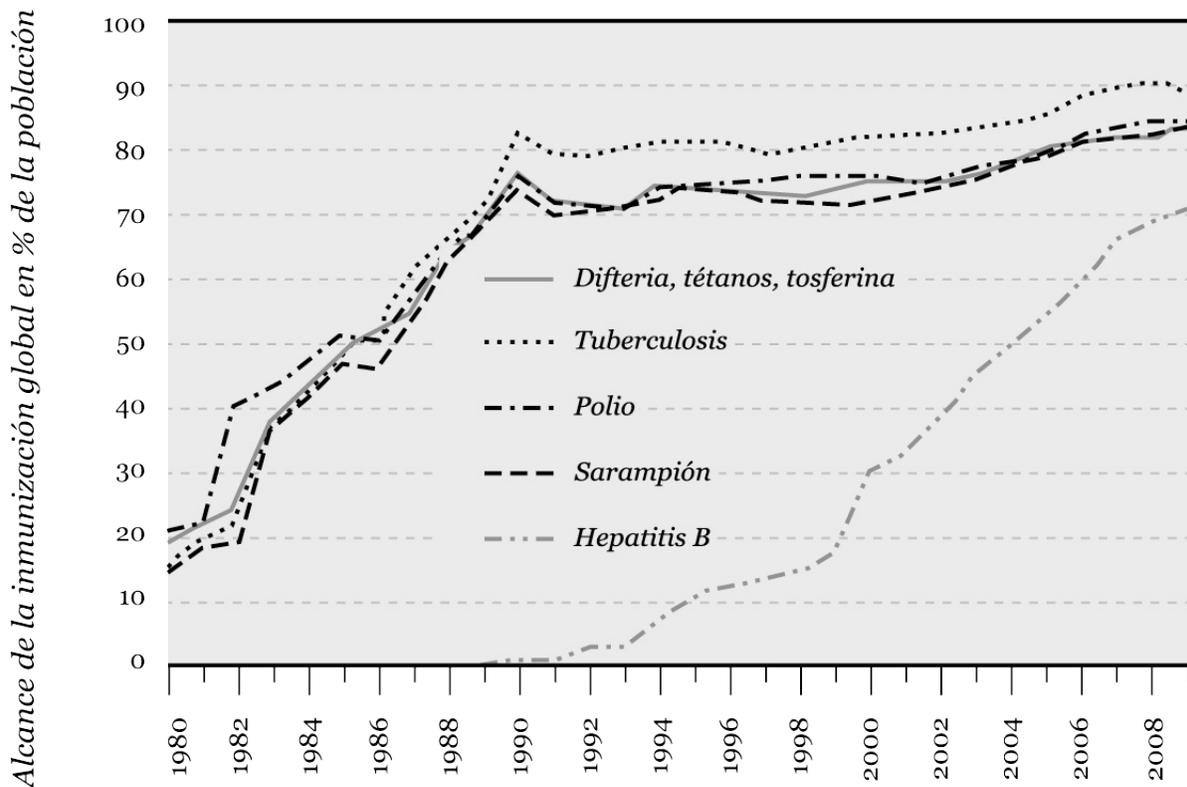
Asimismo hay menos gente que pasa hambre. Aunque en nuestra tierra de la abundancia no podamos agarrar gansos asados del cielo, el número de personas que sufre desnutrición se ha reducido en más de un tercio desde 1900. La porción de la población mundial que sobrevive con menos de 2.000 calorías al día ha caído del 51% en 1965 al 3% en 2005.¹³ Más de 2.100 millones de personas obtuvieron finalmente acceso a agua potable entre 1990 y 2012. En el mismo período, el número de niños con retraso en el crecimiento disminuyó en un tercio, la mortalidad infantil descendió un increíble 41% y las muertes de mujeres en el parto se redujeron a la mitad.

¿Y qué ocurre con la enfermedad? El asesino en masa número uno de la historia, la temida viruela, ha sido erradicado. La polio prácticamente ha desaparecido, cobrándose un 99% menos de víctimas en 2013 que en 1988. Entretanto, cada vez se vacuna a más niños contra enfermedades que en otros tiempos fueron comunes. El índice mundial de vacunación contra el sarampión, por ejemplo, ha subido desde el 16% en 1980 al 85% hoy, mientras que el número de muertes se ha reducido en más de tres cuartas partes entre 2000 y 2014. Desde 1990, la tasa de mortalidad por tuberculosis ha bajado casi a la mitad. Desde 2000, el número de personas fallecidas por malaria se ha reducido en una cuarta parte, y lo mismo ha ocurrido con el número de muertes por sida desde 2005.

Algunas cifras casi parecen demasiado buenas para ser ciertas. Por ejemplo, hace medio siglo, uno de cada cinco niños moría antes de cumplir cinco años. ¿Hoy? Uno de cada veinte. En 1836, el hombre más rico del mundo, un tal Nathan Meyer Rothschild, murió como consecuencia de una simple carencia de antibióticos. En décadas recientes, las vacunas ridículamente baratas contra el sarampión, el tétanos, la tosferina, la difteria y la polio han salvado más vidas cada año que las que habría salvado la paz mundial en el siglo XX.¹⁴

Obviamente, todavía hay muchas enfermedades por vencer —empezando por el cáncer—, aunque estamos avanzando también en ese frente. En 2013, la prestigiosa revista *Science* informaba sobre el descubrimiento de una forma de utilizar el sistema inmunitario para combatir tumores, elogiándola como el mayor avance científico del año. Ese mismo año se llevó a cabo el primer intento exitoso de clonar células madre, un avance prometedor en el tratamiento de enfermedades mitocondriales, entre ellas, un tipo de diabetes.

La victoria de las vacunas



Fuente: Organización Mundial de la Salud

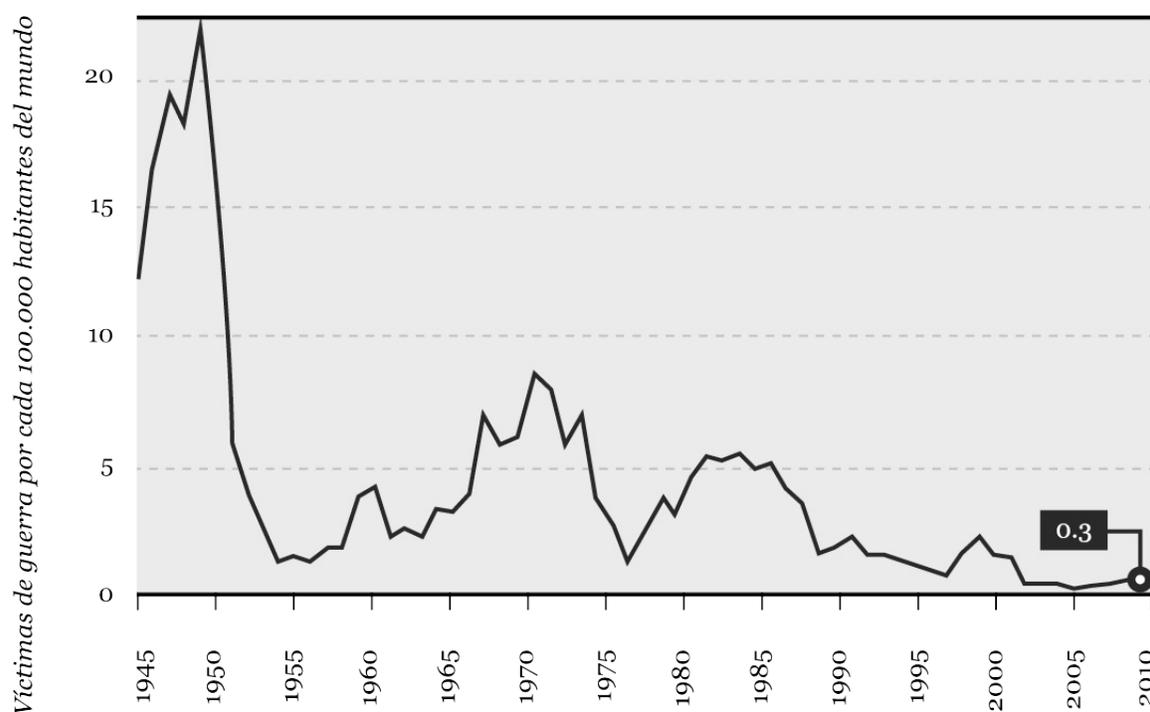
Algunos científicos incluso sostienen que la primera persona que vivirá para celebrar su milésimo cumpleaños ya ha nacido.¹⁵

Por el camino, cada vez somos más listos. En 1962, el 41% de los niños no iban a la escuela, cuando hoy ese porcentaje es menor del 10%.¹⁶ En la mayoría de los países, el coeficiente intelectual promedio ha subido entre tres y cinco puntos cada diez años, gracias sobre todo a los avances en nutrición y educación. Tal vez esto también explique que nos hayamos vuelto mucho más

civilizados y que la pasada década haya sido la más pacífica en toda la historia de la humanidad. Según el Instituto Internacional de Investigación de la Paz de Oslo, el número de víctimas de guerra por año ha descendido un 90% desde 1946. La incidencia de asesinatos, robos y otras formas de criminalidad también se está reduciendo.

«En el mundo rico cada vez hay menos crímenes —informó no hace mucho *The Economist*—. Sigue habiendo criminales, pero cada vez son menos y más viejos.»¹⁷

El retroceso de la guerra



Fuente: Instituto de Investigación Internacional de la Paz de Oslo

Un paraíso inhóspito

En otras palabras, bienvenidos a la tierra de la abundancia.

A la buena vida. Al País de Cuaña, donde casi todos son ricos, sanos y están a salvo. Donde sólo nos falta una cosa: una razón para levantarnos de la cama por la mañana. Porque, al fin y al cabo, no se puede mejorar el paraíso. El politólogo estadounidense Francis Fukuyama señaló ya en 1989 que habíamos llegado a una época donde la vida se ha reducido a «cálculo

económico, la interminable resolución de problemas técnicos, preocupaciones ambientales y la satisfacción de sofisticadas exigencias propias de nuestra condición de consumidores».¹⁸

Incrementar nuestro poder adquisitivo otro punto porcentual o recortar un par de puntos nuestras emisiones de carbono, o acaso un nuevo artilugio: ése es el alcance de nuestra mirada. Vivimos en una era de riqueza y superabundancia, y, sin embargo, qué inhóspita es. No hay «ni arte ni filosofía», dice Fukuyama. Lo único que queda es el «cuidado perpetuo del museo de la historia humana».

Según el escritor irlandés Oscar Wilde, después de alcanzar la tierra de la abundancia deberíamos, una vez más, fijar nuestra mirada en el horizonte más lejano y volver a izar las velas. «El progreso es la realización de Utopías», escribió. Pero el horizonte lejano permanece vacío. La tierra de la abundancia está envuelta en niebla. Justo cuando deberíamos estar asumiendo la tarea histórica de dotar de significado a esta existencia rica, segura y sana, hemos enterrado la utopía. No hay ningún sueño nuevo que la sustituya porque no somos capaces de imaginar un mundo mejor que el que tenemos. De hecho, en los países ricos, la mayor parte de la población cree que sus hijos estarán peor que ellos.¹⁹

Aun así, la verdadera crisis de nuestro tiempo, la de mi generación, no es que no estemos bien, ni siquiera que más adelante podríamos estar peor.

No, la verdadera crisis es que no se nos ocurre nada mejor.

El modelo cerrado

Este libro no es un intento de predecir el futuro.

Es un intento de poner en marcha el futuro. De abrir de golpe las ventanas de nuestras mentes. Por supuesto, las utopías siempre ofrecen más información acerca del tiempo en que se imaginaron que de aquello que en realidad se consigue. La utópica tierra de la abundancia dice mucho de cómo era la vida en la Edad Media. Deprimente. O mejor, nos confirma que las vidas de casi todos en casi todas partes siempre han sido deprimentes. Al fin y al cabo, cada cultura tiene su propia variante de la tierra de la abundancia.²⁰

Los deseos simples engendran utopías simples. Si tenemos hambre, soñamos con un banquete opíparo. Si tenemos frío, soñamos con una hoguera acogedora. Ante el número creciente de enfermedades, soñamos con la eterna

juventud. Todos estos deseos se reflejan en las viejas utopías, concebidas cuando la vida todavía era tosca, embrutecida y breve. «La tierra no produjo nada terrible, ninguna enfermedad —según la fantasía del poeta griego Teléclides en el siglo V a.C., en la que, si se necesitaba algo, aparecía sin más—. En cada arroyo fluía el vino. [...] Los peces entraban en las casas, se cocinaban solos y luego se posaban en las mesas.»²¹

No obstante, antes de seguir avanzando conviene distinguir dos formas de pensamiento utópico.²² El primero es el más conocido, la utopía del modelo cerrado. Grandes pensadores como Karl Popper y Hannah Arendt, e incluso toda una corriente filosófica, el posmodernismo, han intentado liquidar este tipo de utopía y, en gran medida, lo consiguieron; la suya sigue siendo la última palabra sobre el modelo cerrado de paraíso.

En lugar de ideales abstractos, los modelos cerrados consisten en reglas inmutables que no toleran ninguna disensión. *La ciudad del sol* (1602), del poeta italiano Tommaso Campanella, constituye un buen ejemplo. En su utopía, o más bien distopía, la propiedad individual está estrictamente prohibida, todo el mundo está obligado a amar a los demás y pelearse se castiga con la muerte. La vida privada está controlada por el Estado, incluida la procreación. Por ejemplo, las personas inteligentes sólo pueden acostarse con las necias, y las gordas con las flacas. Todos los esfuerzos se concentran en forjar una medianía conveniente. Es más, todo individuo está sometido al control de una amplia red de informantes. Si alguien comete una transgresión, se lo intimida verbalmente hasta convencerlo de su propia maldad, de modo que se preste a ser lapidado por el resto.

Viéndolo en retrospectiva, cualquiera que lea hoy el libro de Campanella verá indicios escalofriantes de fascismo, estalinismo y genocidio.

El regreso de Utopía

Sin embargo, existe otra vía de pensamiento utópico que está casi olvidada. Si el modelo cerrado es una foto de alta resolución, entonces este otro modelo es un mero esbozo. No ofrece soluciones, sino guías de buenas prácticas. En lugar de someternos con una camisa de fuerza, nos inspira a cambiar. Y entiende que, como lo expresó Voltaire, lo mejor es enemigo de lo bueno. Como ha subrayado un filósofo estadounidense, «cualquier pensador utópico serio se sentirá incómodo ante la mera idea de un modelo cerrado».²³

Fue con este espíritu con el que el filósofo británico Tomás Moro escribió su libro sobre la utopía (y con él acuñó el término). Más que un modelo cerrado que debe aplicarse de manera inflexible, su utopía era sobre todo una crítica a una aristocracia avariciosa que exigía más lujos mientras la gente común vivía en la pobreza extrema.

Moro comprendió que la utopía es peligrosa cuando se toma demasiado en serio. Tal como señala el filósofo y destacado experto en utopías Lyman Tower Sargent: «Uno tiene que ser capaz de creer apasionadamente y también poder ver el absurdo de las propias creencias y reírse de ellas». Como el humor y la sátira, las utopías abren las ventanas de la mente. Y eso es vital. A medida que envejecen, las sociedades y las personas se acostumbran al statu quo, en el cual la libertad puede convertirse en una prisión, y la verdad, en mentiras. El credo moderno —o peor, la creencia de que no queda nada en que creer— nos impide ver la cortedad de miras y la injusticia que aún nos rodea a diario.

Para dar unos pocos ejemplos: ¿por qué trabajamos cada vez más desde la década de 1980, a pesar de ser más ricos que nunca? ¿Por qué hay millones de personas viviendo en la pobreza cuando somos más que suficientemente ricos para erradicarla para siempre? ¿Y por qué más del 60% de nuestros ingresos dependen del país donde por casualidad hemos nacido?²⁴

Las utopías no ofrecen respuestas concretas, y mucho menos soluciones. Tan sólo plantean las preguntas correctas.

La destrucción del gran relato

Por desgracia, hoy en día nos despertamos antes de que nuestros sueños puedan empezar siquiera. Dice el tópico que los sueños suelen acabar en pesadillas. Que las utopías son terreno abonado para la discordia, la violencia e incluso el genocidio. En última instancia, las utopías se convierten en distopías: una utopía es lo mismo que una distopía. «El progreso humano es un mito», dice otro tópico. Y aun así, hemos logrado hacer realidad el paraíso medieval.

Ciertamente, la historia está llena de ejemplos terribles de la utopía (el fascismo, el comunismo, el nazismo), igual que toda religión también ha generado sectas fanáticas. Pero si un agitador religioso incita a la violencia, ¿deberíamos descartar automáticamente toda la religión? Entonces, ¿por qué

eliminar la utopía? ¿Deberíamos renunciar por completo al sueño de un mundo mejor?

No, por supuesto que no. Pero eso es precisamente lo que está ocurriendo. Optimismo y pesimismo se han convertido en sinónimos de confianza de los consumidores y ausencia de ésta. Las ideas radicales sobre cómo cambiar el mundo se han convertido en algo casi impensable en sentido estricto. Las expectativas de lo que podemos lograr como sociedad se han erosionado drásticamente, obligándonos a aceptar que, sin utopía, sólo nos queda la tecnocracia. La política se ha diluido hasta convertirse en la mera gestión de problemas. Los votantes cambian su voto no porque los partidos sean muy diferentes, sino porque es casi imposible distinguirlos, y lo que ahora separa a la izquierda de la derecha es un punto porcentual o dos en los impuestos sobre la renta.²⁵

Lo vemos en el periodismo, que retrata la política como una competición donde lo que está en juego no son ideales sino carreras. Lo vemos también en el ámbito académico, donde todo el mundo está demasiado ocupado escribiendo como para leer, demasiado ocupado publicando como para debatir. De hecho, la universidad del siglo XXI se parece más que a ninguna otra cosa a una fábrica, y lo mismo puede decirse de nuestros hospitales, escuelas y cadenas de televisión. Lo que cuenta es lograr los objetivos. Se trate del crecimiento de la economía, de los índices de audiencia o de las publicaciones: de forma lenta pero segura, la calidad está siendo remplazada por la cantidad.

Y todo esto lo impulsa una fuerza que en ocasiones llamamos «liberalismo», una ideología que ha sido prácticamente vaciada de contenido. Lo que es importante ahora es «ser tú mismo» y «hacer lo tuyo». Puede que la libertad sea nuestro ideal más alto, pero se ha convertido en una libertad vacía. Nuestro temor a caer en el moralismo ha hecho de la moralidad un tabú en el debate colectivo. Al fin y al cabo, el espacio público debería ser «neutral»; sin embargo, nunca antes había sido tan paternalista. A todas horas nos tientan para que bebamos, nos atiborremos, pidamos prestado, compremos, nos dejemos la piel, nos estresemos y estafemos. No importa lo que nos contemos a nosotros mismos sobre la libertad de expresión: nuestros valores se parecen sospechosamente a los promocionados por las mismas empresas que pueden permitirse anuncios en *prime-time*.²⁶ Si un partido político o una secta

religiosa tuviera ni que fuera una parte de la influencia que la industria publicitaria tiene sobre nosotros y nuestros hijos, nos sublevaría. En cambio, como se trata del mercado, permanecemos «neutrales».²⁷

Lo único que debe hacer el gobierno es mejorar la vida en el presente. Si no nos ajustamos al modelo del ciudadano dócil y satisfecho, los poderes fácticos no dudan en ponernos a raya. ¿Sus herramientas favoritas? Control, vigilancia y represión.

Entretanto, el estado del bienestar ha ido desplazando el foco de las causas de nuestro descontento a los síntomas. Vamos al médico cuando estamos enfermos, al psicólogo cuando estamos tristes, a un dietista cuando tenemos sobrepeso, a prisión cuando nos condenan y a un consultor de empleo cuando estamos en paro. Todos estos servicios cuestan enormes sumas de dinero, pero dan pocos resultados. En Estados Unidos, donde el coste de la sanidad es el más alto del mundo, para muchos la esperanza de vida, de hecho, está disminuyendo.

Al mismo tiempo, los intereses mercantiles y comerciales campan a sus anchas. La industria alimentaria nos proporciona comida basura barata con exceso de sal, azúcar y grasas, poniéndonos en la vía rápida hacia el médico y el dietista. El desarrollo de las tecnologías causa estragos en el empleo y nos envía de vuelta al consultor. Y la industria publicitaria nos anima a gastar dinero que no tenemos en trastos que no necesitamos para impresionar a gente a la que no soportamos.²⁸ Luego podemos ir a llorar al hombro del psicólogo.

Ésa es la distopía en la que vivimos hoy.

La generación mimada

No es cierto —y toda insistencia es poca— que no estemos bien. Al contrario. Si acaso, los niños luchan hoy con la carga de estar demasiado consentidos. Según Jean Twenge, psicóloga de la Universidad Estatal de San Diego que ha llevado a cabo una detallada investigación sobre las actitudes de los adolescentes de hoy y del pasado, ha habido un brusco aumento en la autoestima desde los ochenta. La generación actual se considera más lista, más responsable y más atractiva que nunca.

«Es una generación en la que a todos los chicos se les ha dicho: “Puedes ser lo que tú quieras. Eres especial”», explica Twenge.²⁹ Nos han criado con una dieta constante de narcisismo, pero, en cuanto nos sueltan en ese mundo

maravilloso de las oportunidades ilimitadas, cada vez somos más los que nos estrellamos. Resulta que el mundo es frío y despiadado, saturado de competencia y desempleo. No es como Disneylandia, donde se puede formular un deseo y ver cómo tus sueños se hacen realidad, sino una carrera feroz donde, si no triunfas, el único culpable eres tú.

No es de extrañar que el narcisismo oculte un mar de incertidumbre. Twenge también descubrió que en las últimas décadas nos hemos vuelto más temerosos. Después de comparar 269 estudios realizados entre 1952 y 1993, llegó a la conclusión de que, en promedio, los niños norteamericanos de principios de los noventa padecían más ansiedad que los pacientes psiquiátricos de principios de los cincuenta.³⁰ Según la Organización Mundial de la Salud, la depresión se ha convertido en el principal problema sanitario entre los adolescentes y llegará a ser la primera causa de enfermedad en todo el mundo en 2030.³¹

Es un círculo vicioso. Nunca antes tantos jóvenes habían ido al psiquiatra. Jamás hubo tanta gente que abandonara su carrera profesional tan pronto. Y estamos tomando más antidepresivos que nunca. Una y otra vez, achacamos al individuo problemas colectivos como el desempleo, la insatisfacción y la depresión. Si el éxito es una elección, entonces también lo es el fracaso. ¿Has perdido el empleo? Tendrías que haber trabajado más. ¿Enfermo? Seguro que no llevabas un estilo de vida saludable. ¿Infeliz? Tómate una pastilla.

En los años cincuenta, sólo el 12% de los jóvenes se identificaba con la afirmación: «Soy una persona muy especial.» Hoy lo hace el 80%,³² cuando lo cierto es que cada vez somos todos más parecidos. Leemos los mismos *bestsellers*, vemos las mismas películas taquilleras y llevamos las mismas zapatillas deportivas. Si nuestros abuelos aún seguían los preceptos impuestos por la familia, la Iglesia y la nación, nosotros seguimos los dictados de los medios, el marketing y un Estado paternalista. No obstante, pese a ser cada vez más parecidos, hace mucho que superamos la época de los grandes colectivos. La pertenencia a iglesias, partidos políticos y sindicatos ha caído en picado y la tradicional línea divisoria entre derecha e izquierda tiene ya escaso significado. Lo único que nos preocupa es «resolver problemas», como si la política pudiera externalizarse a consultores de gestión.

Por supuesto, hay quienes intentan revivir la antigua fe en el progreso. ¿A alguien le sorprende que el arquetipo cultural de mi generación sea el *nerd*,

cuyos artilugios y aplicaciones simbolizan la esperanza de crecimiento económico? «Las mejores mentes de mi generación se dedican a pensar en cómo lograr que la gente haga clic en anuncios», se lamentaba recientemente un antiguo genio matemático de Facebook.³³

Para que no haya ningún malentendido: el capitalismo abrió las puertas a la tierra de la abundancia, pero el capitalismo por sí solo no puede sostenerla. El progreso se ha convertido en sinónimo de prosperidad económica, pero el siglo XXI nos enfrenta al reto de encontrar otras formas de impulsar nuestra calidad de vida. Y aun cuando en Occidente la gente joven se ha hecho adulta en una era de tecnocracia apolítica, tendremos que regresar otra vez a la política para encontrar una nueva utopía.

En ese sentido, me siento reconfortado por nuestra insatisfacción, porque la insatisfacción está a un mundo de distancia de la indiferencia. La nostalgia generalizada, el anhelo de un pasado que en realidad nunca existió, sugiere que todavía tenemos ideales, aunque los hayamos enterrado vivos.

El verdadero progreso empieza con algo que ninguna economía del conocimiento puede producir: sabiduría sobre lo que significa vivir bien. Debemos hacer lo que grandes pensadores como John Stuart Mill, Bertrand Russell y John Maynard Keynes ya propugnaban hace cien años: «valorar el fin por encima de los medios y preferir lo bueno a lo útil».³⁴ Hemos de dirigir nuestras mentes al futuro. Dejar de consumir nuestro propio descontento a través de las encuestas y de unos medios de comunicación centrados de manera incesante en las malas noticias. Considerar alternativas y formar nuevos colectivos. Trascender ese espíritu de nuestro tiempo que nos limita y reconocer nuestro idealismo compartido.

Tal vez entonces también seremos capaces de mirar otra vez al mundo más allá de nosotros mismos. Allí veremos que el progreso sigue su marcha triunfal. Veremos que vivimos en una época maravillosa, un tiempo en que cada vez hay menos hambre y guerra y aumentan la prosperidad y la esperanza de vida. Pero también veremos cuánto nos queda todavía por hacer a nosotros, estamos entre el 10%, el 5% o el 1% más rico.

El modelo

Es hora de regresar al pensamiento utópico.

Necesitamos un nuevo norte, un nuevo mapa del mundo que incluya una vez

más un continente distante, inexplorado: Utopía. Con esto no me refiero a los modelos inflexibles que los fanáticos utópicos tratan de imponernos con sus teocracias o sus planes quinquenales, que sólo pretenden que las personas de carne y hueso se sometan a sueños fervorosos. Tengamos en cuenta lo siguiente: la palabra «utopía» significa al mismo tiempo «buen lugar» y «ningún lugar». Lo que necesitamos son horizontes alternativos que activen la imaginación. Y si digo horizontes en plural es porque, al fin y al cabo, las utopías enfrentadas son la savia de la democracia.

Como siempre, nuestra utopía empezará en una dimensión modesta. Los cimientos de lo que hoy llamamos «civilización» los establecieron hace mucho tiempo soñadores que siguieron el ritmo de su propia orquesta. Bartolomé de las Casas (1484-1566) defendía la igualdad entre colonizadores y nativos de América e intentó fundar una colonia en la que todos gozaran de una vida confortable. El empresario Robert Owen (1771-1858) abogó por la emancipación de los trabajadores ingleses y dirigió una próspera algodonera donde se pagaba un salario justo a los empleados y se prohibía el castigo corporal. Y el filósofo John Stuart Mill (1806-1873) incluso creía que las mujeres y los hombres eran iguales. (Quizá tuviera algo que ver en ello el hecho de que la mitad de la obra que lleva su nombre la escribió su esposa.)

Una cosa está clara, no obstante: sin todos esos soñadores cándidos de todas las épocas, todavía pasaríamos hambre y seríamos pobres, sucios, temerosos, ignorantes, enfermizos y feos. Sin utopía, estamos perdidos. No es que el presente sea malo, al contrario. Sin embargo, si no albergamos la esperanza de algo mejor, se vuelve sombrío. «Para ser feliz, el hombre necesita no sólo el disfrute de esto o lo otro, sino esperanza, iniciativa y cambio», escribió en cierta ocasión el filósofo británico Bertrand Russell. Y también añadió: «No es una Utopía acabada lo que deberíamos desear, sino un mundo donde la imaginación y la esperanza estén vivos y activos.»

1. Pobreza extrema significa vivir con menos de 1,25 dólares al día, que se considera lo mínimo para sobrevivir. Véase François Bourguignon y Christian Morrisson, «Inequality among World Citizens: 1820-1992», *The American Economic Review*, 92, núm. 4 (septiembre de 2002), pp. 727-744.

<<http://piketty.pse.ens.fr/les/BourguignonMorrisson2002.pdf>>.

2. En los Países Bajos, un sintercho recibe en torno a 10.000 dólares al año en ayudas estatales. El PIB per cápita del país en la década de 1950, corregido en función del poder adquisitivo y la inflación, era de 7.408 dólares (según cifras de gapminder.org). Entre 1600 y 1800, fue de entre 2.000 y 2.500 dólares.
3. Véanse las cifras presentadas por los historiadores Angus Maddison, J. Bolt y J. L. van Zanden en: «The First Update of the Maddison Project; Re-Estimating Growth Before 1820», *Maddison Project Working Paper*, núm. 4 (2013).
<<http://www.ggdnc.net/maddison/maddison-project/home.htm>>.
4. Herman Pleij, *Dromen van Cocagne: Middeleeuwse fantasieën over het volmaakte leven* (1997), p. 11.
5. World Health Organization: «Obesity and overweight», *Fact sheet* núm. 311 (marzo de 2013). <<http://www.who.int/mediacentre/factsheets/fs311/en/>>. [Versión en castellano: «Obesidad y sobrepeso», Nota descriptiva, núm. 311 (junio de 2016).
<<http://www.who.int/mediacentre/factsheets/fs311/es/>>.]
6. Manuel Eisner, «Long-Term Historical Trends in Violent Crime», University of Chicago (2003), tabla 2. <<http://www.vrc.crim.cam.ac.uk/vrcresearch/paperdownload/manuel-eisner-historical-trends-in-violence.pdf>>.
7. World Bank, «An update to the World Bank's estimates of consumption poverty in the developing world» (2012).
<http://siteresources.worldbank.org/INTPOVCALNET/Resources/Global_Poverty_Update_29-12.pdf>.
8. J. O.'s, «Development in Africa: Growth and other good things», *The Economist* (1-5-2013). <<http://www.economist.com/blogs/baobab/2013/05/development-africa>>.
9. UN News Centre, «Deputy UN chief calls for urgent action to tackle global sanitation crisis» (21-3-2013). <<http://www.un.org/apps/news/story.asp?NewsID=44452>>.
10. Según cifras de Internet Live Stats: <<http://www.internetlivestats.com>>.
11. Según la Organización Mundial de la Salud, la esperanza de vida en África entre los nacidos en 2000 era de cincuenta años. En 2012 era de cincuenta y ocho años.
<http://www.who.int/gho/mortality_burden_disease/life_tables/situation_trends_text/en/>.
12. Según cifras del Banco Mundial: <<http://apps.who.int/gho/data/view.main.700?lang=en>>.
13. El promedio individual de ingesta calórica se elevó desde 2.600 kcal en 1990 a 2.840 en 2012 (en el África subsahariana, de 2.180 a 2.380). Miina Porka y otros, «From Food Insufficiency towards Trade Dependency: A Historical Analysis of Global Food Availability», *Plos One* (18-12-2013). <<http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pubmed/24367545>>.
14. Bjørn Lomborg, «Setting the Right Global Goals», *Project Syndicate* (20-5-2014).
<<https://www.project-syndicate.org/commentary/bj-rn-lomborg-identifies-the-areas-in-which-increased-development-spending-can-do-the-most-good>>.
15. Uno de ellos es Audrey de Grey, de la Universidad de Cambridge, quien ofreció una charla TED sobre este tema:
<http://www.ted.com/talks/aubrey_de_grey_says_we_can_avoid_aging>.
16. Peter F. Orazem: «Challenge Paper: Education», Copenhagen Consensus Center (abril de 2014). <<http://copenhagenconsensus.com/publication/education>>.

17. «Where have all the burglars gone?», *The Economist* (18-7-2013).
<<http://www.economist.com/news/briefing/21582041-rich-world-seeing-less-and-less-crime-even-face-high-unemployment-and-economic>>.
18. Francis Fukuyama: «The End of History?», (verano de 1989).
<<http://ps321.community.uaf.edu/les/2012/10/Fukuyama-End-of-history-article.pdf>>.
19. Andrew Cohut y otros, «Economies of Emerging Markets Better Rated During Difficult Times. Global Downturn Takes Heavy Toll; Inequality Seen as Rising», Pew Research Center (23-5-2013), p. 23. <<http://www.pewglobal.org/files/2013/05/Pew-Global-Attitudes-Economic-Report-FINAL-May-23-20131.pdf>>.
20. Lyman Tower Sargent, *Utopianism. A Very Short Introduction* (2010), p. 12.
Consideremos esta variante budista de la tierra de la abundancia: «Cada vez que deseen alimentarse, sólo han de poner este arroz sobre cierta piedra grande, de la cual sale al instante una llama y prepara su comida.»
21. Ian C. Storey (trad.), *Fragments of Old Comedy, vol. III: Philonicus to Xenophon. Adespota*, Loeb Classical Library, 515. (2011), p. 291.
<https://www.loebclassics.com/view/telecides-testimonia_fragments/2011/pb_LCL515.291.xml>.
22. Russell Jacoby, *Picture Imperfect: Utopian Thought for an Anti-Utopian Age* (2005). Véase también mi último libro *De geschiedenis van de vooruitgang* (2013), en el cual discuto la distinción de Jacoby entre las dos formas de pensamiento utópico.
23. George Kateb, citado en Lyman Tower Sargent, *Utopianism. A Very Short Introduction* (2010), p. 107. Aun así, cualquiera que se zambulla en la utopía de Tomás Moro saldrá desagradablemente sorprendido. Moro describía una sociedad completamente autoritaria, cuyos habitantes se vendían como esclavos al menor tropiezo. Sin embargo, es crucial comprender que todo esto habría parecido un soplo de aire fresco para el campesino medieval. La esclavitud era sumamente benévola en comparación con ser colgado, descuartizado o quemado en la hoguera. Pero también es digno de mención que muchos comentaristas no advirtieron la intencionada ironía de Moro porque no leyeron su libro en el original en latín. Nuestro guía de viaje en la utopía de Moro, por ejemplo, se llamaba Hythlodæus, que significa «el que dice sandeces».
24. Branko Milanovic, «Global Inequality: From Class to Location, from Proletarians to Migrants», World Bank Policy Research Working Paper (septiembre de 2011).
<<http://elibrary.worldbank.org/doi/book/10.1596/1813-9450-5820>>.
25. Sobre Estados Unidos, véase: Bryan Caplan, «How Dems and Reps Differ: Against the Conventional Wisdom», *Library of Economics and Liberty* (7-9-2008).
<http://econlog.econlib.org/archives/2008/09/how_dems_and_re.html>. Para el caso del Reino Unido, véase: James Adams, Jane Green y Caitlin Milazzo, «Has the British Public Depolarized Along With Political Elites? An American Perspective on British Public Opinion», *Comparative Political Studies* (abril de 2012).
<<http://cps.sagepub.com/content/45/4/507>>.
26. Véase Alain de Botton, *Religion for Atheists* (2012), cap. 3.
27. Lo cual no quiere decir que sea por decisión propia: estudio tras estudio han demostrado que a la inmensa mayoría de las poblaciones de todos los países desarrollados

le preocupan el materialismo, el individualismo y la rigurosa cultura actual. En Estados Unidos, una encuesta a escala nacional reveló que la mayoría de los ciudadanos deseaban que la sociedad «se alejara de la codicia y el exceso hacia una forma de vida más centrada en los valores, la comunidad y la familia». Citado en Richard Wilkinson y Kate Pickett, *The Spirit Level. Why Equality is Better for Everyone*, Nueva York, Penguin, 2010, p. 4.

28. Parafreaseado de la película *El club de la lucha*, del profesor de desarrollo sostenible Tim Jackson y de cientos de otras variaciones de esta cita.

29. Citada en Don Peck, «How A New Jobless Era Will Transform America», *The Atlantic* (marzo de 2010). <<http://www.theatlantic.com/magazine/archive/2010/03/how-a-new-jobless-era-will-transform-america/307919/>>.

30. Wilkinson y Pickett, *The Spirit Level*, op. cit., p. 34.

31. World Health Organization, «Health for the World's Adolescents. A second chance in the second decade» (junio de 2014). <http://apps.who.int/iris/bitstream/10665/112750/1/WHO_FWC_MCA_14.05_eng.pdf?ua=1>.

32. Wilkinson y Pickett, *The Spirit Level*, op. cit., p. 36. Se refiere específicamente a jóvenes de Norteamérica, pero la misma tendencia es visible en otros países desarrollados.

33. Citado en Ashlee Vance, «This Tech Bubble Is Different», *Bloomberg Businessweek* (14-4-2011). <http://www.businessweek.com/magazine/content/11_17/b4225060960537.htm>.

34. John Maynard Keynes, «Economic Possibilities for our Grandchildren» (1930), en *Essays in Persuasion*. <<http://www.econ.yale.edu/smith/econ116a/keynes1.pdf>>. [Versión en castellano: *Ensayos de persuasión*, Barcelona, Crítica, 1988.]

El dinero es mejor que la pobreza
aunque sólo sea por razones económicas.

WOODY ALLEN (n. 1935)

2

Por qué deberíamos dar dinero gratis a todo el mundo

Londres, mayo de 2009. Se lleva a cabo un experimento. Los sujetos del estudio: trece hombres sin hogar. Son veteranos de la calle. Algunos llevan casi cuarenta años durmiendo en el frío suelo de las calles de la City, el centro financiero de Europa. Entre gastos policiales, costes judiciales y servicios sociales, estas trece personas problemáticas suponen un gasto estimado en 400.000 libras (unos 480.000 euros), tal vez más.³⁵ Todos los años.

El esfuerzo requerido a los servicios municipales y organizaciones benéficas locales para que las cosas sigan así es excesivo. Broadway, una organización de ayuda con sede en Londres, toma una decisión radical: a partir de ahora, los trece consumados vagabundos recibirán tratamiento de VIP. *Goodbye* a las cartillas de ayuda alimentaria, comedores sociales y albergues. Van a tener un rescate financiero drástico e instantáneo.

A partir de ahora, estos sintecho recibirán dinero sin más.

Para ser exactos, reciben 3.000 libras en dinero para gastos y no tienen que hacer nada a cambio.³⁶ Cómo se lo gasten es cosa suya. Si lo desean pueden recurrir a un asesor. No hay ningún requisito, ningún cuestionario que los confunda.³⁷

Lo único que les preguntan es: ¿Tú qué crees que necesitas?

Clases de jardinería

«Yo no esperaba grandes resultados», recordó más adelante un trabajador social.³⁸ Y sin embargo los deseos de los vagabundos resultaron ser muy comedidos. Un teléfono, un diccionario, un audífono: cada uno tenía sus propias ideas sobre lo que necesitaba. De hecho, la mayoría fueron extremadamente ahorrativos. Al cabo de un año, habían gastado un promedio de sólo 800 libras.

Por ejemplo, Simon, que había estado enganchado a la heroína durante veinte años. El dinero cambió su vida. Simon se desenganchó y empezó a tomar clases de jardinería. «Por alguna razón, por primera vez en mi vida todo encajaba —explicó después—. Estoy empezando a cuidarme, me baño y me afeito. Incluso estoy pensando en volver a casa. Tengo dos hijos.»

Un año y medio después de que empezara el experimento, siete de los trece vagabundos tenían un techo sobre sus cabezas. Dos más estaban a punto de trasladarse a sus propios apartamentos. Los trece habían dado pasos fundamentales hacia la solvencia y el crecimiento personal. Se apuntaron a cursos, aprendieron a cocinar, se sometieron a rehabilitación, visitaron a sus familias e hicieron planes para el futuro.

«Empodera a las personas —dijo uno de los trabajadores sociales sobre la asignación personalizada—. Da oportunidades. Creo que puede cambiar las cosas.» Después de décadas de consentir, castigar, enjuiciar y proteger infructuosamente, se había logrado sacar de las calles a nueve conocidos vagabundos. ¿El coste? Unas 50.000 libras anuales, incluidos los salarios de los trabajadores sociales. En otras palabras, el proyecto no sólo ayudó a trece personas, sino que también redujo considerablemente los costes.³⁹ Incluso *The Economist* tuvo que concluir que «la forma más eficiente de gastar dinero en los sintecho podría ser dárselo».⁴⁰

Datos concretos

Los pobres no saben manejar el dinero. Ésta parece ser la creencia imperante, casi una perogrullada. Al fin y al cabo, si supieran manejar el dinero no serían pobres. Suponemos que lo gastarán en comida rápida y refrescos en lugar de en fruta fresca y libros. Así pues, para «ayudar» se han creado un sinnúmero de programas de asistencia ingeniosos, con toneladas de burocracia, sistemas de registro y un ejército de inspectores, todo lo cual gira en torno al principio bíblico de que «si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma» (2 Tesalonicenses 3:10). En los últimos años, las ayudas gubernamentales se han vinculado cada vez más al empleo, obligando a los receptores a buscar trabajo, participar en programas de reinserción laboral y realizar trabajos «voluntarios». Promocionado como un desplazamiento «de la beneficencia al trabajo», el mensaje subyacente es claro: el dinero gratis hace a la gente holgazana.

Sólo que las pruebas demuestran lo contrario.

Veamos el caso de Bernard Omondi. Durante años ganaba dos dólares al día en una cantera, en una zona empobrecida del oeste de Kenia. Hasta que una mañana recibió un mensaje muy extraño. «Cuando vi el mensaje, me levanté de un salto», recordó después Bernard. Acababan de depositar en su cuenta bancaria 500 dólares. Para Bernard era casi el salario de un año.

Varios meses después, un periodista del *New York Times* visitó el pueblo de Bernard. Era como si la población entera hubiera ganado la lotería: en el pueblo fluía el dinero. Sin embargo, nadie se lo estaba gastando en alcohol. Por el contrario, se repararon casas y se crearon pequeños negocios. Bernard había invertido su dinero en una motocicleta india nueva, una Bajaj Boxer, y estaba ganando entre 6 y 9 dólares diarios haciendo de taxista. Sus ingresos se habían triplicado con creces.

«De este modo se deja la elección en manos de los pobres —dice Michael Faye, fundador de GiveDirectly, la organización que está detrás del dinero que a Bernard le cayó del cielo—. Y para ser sincero no creo que yo tenga muy claro qué necesitan los pobres.»⁴¹ Faye no regala pescado ni tampoco enseña a pescar. Da dinero con el convencimiento de que los verdaderos expertos en las necesidades de los pobres son los propios pobres. Cuando le pregunté por qué apenas hay vídeos o imágenes llamativos en el sitio web de GiveDirectly, Faye explicó que no le gusta apelar a las emociones. «Nuestros datos ya son bastante contundentes.»

Tiene razón: según un estudio del Instituto Tecnológico de Massachusetts, las subvenciones en efectivo de GiveDirectly estimulan un aumento duradero en los ingresos (hasta el 38%), potencian la adquisición de viviendas y la posesión de ganado (hasta el 58%) y reducen en un 42% el número de días que los niños pasan hambre. Además, el 93% de cada donación se entrega en mano a los receptores.⁴² Cuando se le presentaron las cifras de GiveDirectly, Google hizo enseguida una donación de 2,5 millones de dólares.⁴³

Bernard y los demás habitantes de su poblado no fueron los únicos afortunados. En 2008, el gobierno de Uganda decidió distribuir casi 400 dólares a unas 12.000 personas de entre dieciséis y treinta y cinco años. El dinero era casi gratis; lo único que debían hacer a cambio era presentar un plan de negocio. Cinco años más tarde, los efectos eran impactantes. Después de invertir en su propia educación y en iniciativas de negocio, los ingresos de

los beneficiarios habían ascendido casi un 50%. Y sus posibilidades de ser contratados se habían incrementado en más de un 60%.⁴⁴

Otro programa ugandés distribuyó 150 dólares a más de 1.800 mujeres pobres en el norte del país, con resultados similares: los ingresos se dispararon casi en un 100%. Las mujeres que recibieron apoyo de un trabajador social (coste: 350 dólares) se beneficiaron un poco más, pero a posteriori los investigadores calcularon que habría sido mucho más eficaz sumar a las ayudas el salario de los trabajadores sociales.⁴⁵ Como concluyó sucintamente el informe, los resultados implican «un cambio sustancial en los programas de disminución de la pobreza en África y en el mundo entero».⁴⁶

Una revolución del sur

Numerosos estudios del mundo entero ofrecen pruebas concluyentes: el dinero gratis funciona.

Ya se ha establecido una correlación entre el desembolso económico incondicional y la reducción de la delincuencia, la mortalidad infantil, la desnutrición, el embarazo adolescente, así como el absentismo escolar, y mejoras en el rendimiento académico, el crecimiento económico y la igualdad entre sexos.⁴⁷ «La principal razón por la que la gente pobre es pobre es que no tiene suficiente dinero —señala el economista Charles Kenny—, y no debería sorprender tanto que entregarles dinero sea una forma eficaz de reducir ese problema.»⁴⁸

En su libro *Just Give Money to the Poor* (2010), los expertos de la Universidad de Manchester ofrecen numerosos ejemplos de casos en los que la entrega de dinero con pocas condiciones, o incluso sin ninguna, ha funcionado. En Namibia, las cifras de desnutrición cayeron en picado (del 42% al 10%), igual que las de absentismo escolar (del 40% a casi el 0%) y las de delincuencia (en un 42%). En Malaui, la asistencia a la escuela entre niñas y mujeres aumentó un 40%, tanto si el dinero entregado conllevaba condiciones como si no. Muy a menudo, los primeros beneficiarios son los niños. Sufren menos hambre y enfermedades, crecen más, rinden más en la escuela y es menos probable que se vean condenados al trabajo infantil.⁴⁹

Desde Brasil hasta la India, desde México hasta Sudáfrica, los programas de transferencias de dinero se han puesto de moda en el Sur Global. En el año 2000, cuando Naciones Unidas formuló sus Objetivos de Desarrollo del

Milenio, estos programas ni siquiera se contemplaban. Sin embargo, en 2010 ya llegaban a más de 110 millones de familias en 45 países.

En la Universidad de Manchester, los investigadores resumieron así los beneficios de estos programas: 1) las familias dan un buen uso al dinero, 2) la pobreza se reduce, 3) se producen diversos beneficios de larga duración en ingresos, salud e impuestos, y 4) estos programas son menos costosos que las alternativas.⁵⁰ Entonces, ¿por qué enviar a técnicos occidentales con sueldos altos al volante de sus todoterrenos, cuando sencillamente podemos entregar ese dinero a los pobres? Sobre todo, cuando esto elimina de la ecuación la posibilidad de corrupción entre los funcionarios. Además, el dinero en efectivo engrasa las ruedas de toda la economía: la gente compra más, y eso a su vez estimula la creación de empleo y los ingresos.

Numerosas organizaciones de ayuda y gobiernos están convencidos de que saben qué necesita la gente e invierten en escuelas, paneles solares o ganado. Por supuesto, es mejor una vaca que ninguna. Pero ¿a qué precio? Un estudio ruandés calculó que donar una vaca embarazada cuesta 3.000 dólares (incluido un cursillo para aprender a ordeñar). Eso equivale a cinco años de salario de un ruandés.⁵¹ Consideremos también el abanico de cursos ofrecidos a los pobres: un estudio tras otro han demostrado que resultan muy costosos pero consiguen poco, tanto si el objetivo consiste en enseñar a pescar, a leer o a dirigir un negocio.⁵² «La pobreza es fundamentalmente una cuestión de falta de dinero en efectivo. No se trata de estupidez —destaca el economista Joseph Hanlon—. No puedes levantarte por ti mismo si no tienes un punto de apoyo.»⁵³

Lo bueno del dinero es que la gente puede usarlo para comprar las cosas que necesita, en lugar de las cosas que quienes se proclaman expertos creen que necesita. Además, resulta que la categoría de productos en la que la gente pobre no gasta el dinero que recibe es la del alcohol y el tabaco. De hecho, un estudio a gran escala del Banco Mundial demostró que en el 82% de todos los casos investigados en África, Latinoamérica y Asia, el consumo de alcohol y tabaco se había reducido.⁵⁴

Sin embargo, la cuestión es más curiosa todavía. En Liberia se llevó a cabo un experimento para ver qué sucedía si se entregaban 200 dólares a los pobres más proclives a malgastarlos. Reclutaron alcohólicos, adictos y pequeños delincuentes en los barrios más humildes. Tres años después, ¿en qué habían

gastado el dinero? En comida, ropa, medicinas y pequeños negocios. «Si estas personas no desperdiciaron el dinero —se preguntó uno de los investigadores—, ¿quién lo haría?»⁵⁵

Aun así, el argumento de que «los pobres son holgazanes» se esgrime una y otra vez. La persistencia de esta opinión ha llevado a los científicos a investigar si es cierta. Hace sólo unos años, la prestigiosa revista médica *The Lancet* resumió sus hallazgos al respecto: de hecho, cuando los pobres reciben dinero sin condiciones tienden a trabajar más.⁵⁶ En el informe final sobre el experimento namibio, un obispo ofreció esta impecable explicación bíblica: «Leed con atención Éxodo 16. El pueblo de Israel, en su largo viaje para escapar de la esclavitud, recibió maná del cielo. Sin embargo, eso no los convirtió en holgazanes, antes bien, les permitió continuar su camino.»⁵⁷

Utopía

Dinero gratis: es una noción que ya propusieron algunos de los pensadores más destacados de la historia. Así, en 1516 Tomás Moro soñó con ello en su libro *Utopía*. Numerosos economistas y filósofos —entre ellos varios premios Nobel— seguirían sus pasos.⁵⁸ Los defensores de esta noción se sitúan a lo largo de todo el espectro de izquierda a derecha, hasta los fundadores del pensamiento neoliberal, Friedrich Hayek y Milton Friedman.⁵⁹ Y el artículo 25 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948) promete que un día se hará realidad.

Una renta básica universal.

Y no simplemente durante unos años, o sólo en los países desarrollados, o sólo para los pobres, sino estrictamente lo que se lee en la etiqueta: dinero gratis para todos. No como un favor, sino como un derecho. Podemos llamarlo el «camino capitalista hacia el comunismo».⁶⁰ Una paga mensual, lo suficiente para vivir, sin tener que levantar un dedo. La única condición es «tener pulso».⁶¹ Sin inspectores que nos vigilen por encima del hombro para ver si lo hemos gastado con sensatez, sin nadie que cuestione si de verdad nos lo merecemos. No más programas de asistencia y ayuda especial; a lo sumo una paga adicional para los mayores, los desempleados y los incapacitados para trabajar.

La hora de la renta básica ha llegado.

Mincome, Canadá

En el altillo de un almacén ubicado en Winnipeg (Canadá), hay casi 2.000 cajas acumulando polvo. Las cajas están llenas de datos (gráficos, hojas de cálculo, informes, entrevistas) sobre uno de los experimentos sociales más fascinantes de la historia desde la segunda guerra mundial.

El Mincome.⁶²

Evelyn Forget, profesora de la Universidad de Manitoba, oyó hablar por primera vez de estos documentos en 2004. Los buscó durante cinco años, hasta que por fin, en 2009, encontró esas cajas en el Archivo Nacional de Canadá. «Los archivistas estaban planteándose tirarlas porque ocupaban mucho espacio y nadie parecía interesado», recordó después.⁶³

Cuando entró por primera vez en el altillo, Forget apenas podía dar crédito a sus ojos. Aquello era un tesoro de información sobre la aplicación en el mundo real de lo que Tomás Moro había soñado cinco siglos antes.

Una de las casi mil entrevistas empaquetadas en esas cajas era la de Hugh y Doreen Henderson. Treinta y cinco años antes, cuando empezó el experimento, él trabajaba de conserje de un instituto y ella era ama de casa y se ocupaba de sus dos hijos. Los Henderson no lo tenían fácil. Doreen mantenía un huerto y criaba pollos para procurarse suficiente comida. Cada dólar se estiraba «hasta que se partía».

Un día aparecieron en el umbral de su casa dos hombres impecablemente vestidos. «Rellenamos formularios, nos pidieron ver nuestros recibos», recordó Doreen.⁶⁴ Y entonces, como si nada, los problemas económicos de los Henderson se convirtieron en cosa del pasado. Hugh y Doreen fueron seleccionados para el Mincome, el primer experimento social a gran escala de Canadá y el mayor experimento de renta básica que se ha realizado en el mundo hasta la fecha.

En marzo de 1973, el gobernador provincial destinó al proyecto una suma equivalente a 83 millones de dólares estadounidenses actuales.⁶⁵ Eligió Dauphin, una pequeña población de 13.000 habitantes al noroeste de Winnipeg, como sede del experimento. A todos los habitantes de Dauphin se les asignó una renta básica que garantizaba que nadie quedara por debajo del umbral de la pobreza. En la práctica, esto significó que el 30% de los habitantes de la población —1.000 familias en total— recibieron cada mes un cheque en su buzón. Una familia de cuatro miembros recibía lo que

equivaldría hoy a unos 19.000 dólares al año, sin ningún compromiso.

Al principio del experimento, una legión de investigadores invadió el pueblo. Los economistas controlarían si sus habitantes trabajaban menos, los sociólogos analizarían los efectos en la vida familiar y los antropólogos se introducirían discretamente en la comunidad para observar desde primera fila la respuesta de los residentes.

Durante cuatro años todo fue bien, pero entonces las elecciones acabaron con el experimento. Los votantes llevaron al gobierno conservador al poder. El nuevo gabinete canadiense no veía el sentido al costoso experimento, del cual el gobierno federal pagaba tres cuartas partes de la factura. Cuando fue evidente que la nueva administración no estaba dispuesta a financiar siquiera un análisis de los resultados del experimento, los investigadores decidieron archivar sus documentos en más de 2.000 cajas.

En Dauphin, la decepción fue enorme. En el momento de su puesta en marcha, en 1974, el Mincome fue considerado una especie de programa piloto que no tardaría en implementarse en todo el país. De pronto, parecía destinado al olvido. «Los funcionarios del gobierno opuestos al Mincome no querían gastar más dinero en analizar los datos para demostrar lo que ya suponían: que no funcionaba —contó uno de los investigadores—. Y a los partidarios del Mincome les preocupaba que, si se llevaba a cabo el análisis y los datos no eran favorables, habrían gastado otro millón de dólares en analizarlos y el bochorno sería todavía mayor.»⁶⁶

Cuando la profesora Forget oyó hablar por primera vez del Mincome, nadie sabía qué había demostrado el experimento, si es que había demostrado algo. Pero casualmente, el programa Medicare de Canadá se instauró por esos mismos años, en 1970. Los archivos de Medicare proporcionaron a Forget información abundante para comparar Dauphin con poblaciones vecinas y grupos de control. Durante tres años, Forget sometió los datos a toda clase de exhaustivos análisis estadísticos. Hiciera lo que hiciese, los resultados siempre eran los mismos.

El Mincome había sido un éxito clamoroso.

Del experimento a la ley

«En términos políticos, existía la preocupación de que, si se empezaban a garantizar unos ingresos anuales, la gente dejaría de trabajar y empezaría a

tener familias numerosas», explica Forget.⁶⁷

En realidad, ocurrió justo lo contrario. Los jóvenes pospusieron los matrimonios y la tasa de natalidad disminuyó. El rendimiento escolar aumentó de forma sustancial: la «quinta del Mincome» estudiaba más y más deprisa. Al final, el número total de horas trabajadas se redujo sólo un 1% entre los hombres, un 3% entre las mujeres casadas y un 5% entre las mujeres solteras. El trabajo de los hombres que sostenían a su familia apenas disminuyó, las madres recientes usaron la ayuda en efectivo para tomarse varios meses de baja por maternidad y los estudiantes para prolongar su escolarización.⁶⁸

No obstante, el hallazgo más notable de Forget fue que las hospitalizaciones se redujeron hasta un 8,5%. Teniendo en cuenta la dimensión del gasto público en atención sanitaria en el mundo desarrollado, las implicaciones económicas eran enormes. Transcurridos varios años desde el inicio del experimento, la violencia doméstica también disminuyó, así como los trastornos mentales. Con el Mincome había mejorado la salud de todos los habitantes. Forget pudo incluso rastrear los impactos de la renta básica en la siguiente generación, tanto en ingresos como en salud.

Dauphin —la ciudad sin pobreza— fue uno de los cinco experimentos de renta garantizada en América del Norte. Los otros cuatro se llevaron a cabo en Estados Unidos. Poca gente sabe hoy que Estados Unidos estuvo a punto de establecer una red de seguridad social al menos igual de extensa que la de la mayoría de los países de Europa occidental. Cuando en 1964 el presidente Lyndon B. Johnson declaró su «Guerra a la Pobreza», demócratas y republicanos apoyaron reformas fundamentales del estado de bienestar.

Eso sí, primero se necesitaron algunas pruebas. Se presupuestaron decenas de millones de dólares para proporcionar una renta básica a más de 8.500 ciudadanos de Nueva Jersey, Pensilvania, Iowa, Carolina del Norte, Indiana, Seattle y Denver, en los que fueron también los primeros experimentos sociales a gran escala que distinguían entre grupos experimentales y de control. Los investigadores buscaban respuestas a tres preguntas: 1) ¿Trabajaría la gente significativamente menos si recibiera una renta garantizada? 2) ¿Sería excesivamente caro tal programa? 3) ¿Resultaría políticamente inviable?

Las respuestas fueron no, no y sí.

La reducción en horas de trabajo fue insignificante en todos los casos. «Los

datos recabados no avalan la tesis de la holgazanería —manifestó el jefe de análisis de datos del experimento en Denver—. No se produce ni mucho menos la deserción masiva que predijeron los profetas del desastre.» El promedio de reducción del trabajo remunerado fue del 9% por familia, y en todos los estados fueron sobre todo los veinteañeros y las mujeres con niños pequeños quienes trabajaron menos.⁶⁹

Una investigación posterior puso de manifiesto que incluso ese 9% era probablemente exagerado. En el estudio original se había calculado sobre los ingresos declarados, pero cuando éstos se compararon con los datos oficiales resultó que una parte significativa de los ingresos no se habían declarado. Corregida esta discrepancia, los investigadores descubrieron que el número de horas trabajadas apenas había decrecido.⁷⁰

«Las reducciones en horas de trabajo remunerado sin duda se compensaron en parte con otras actividades útiles, como la búsqueda de empleos mejores o el trabajo en el hogar», señaló la conclusión del experimento de Seattle. Por ejemplo, una madre que había abandonado el instituto trabajaba menos horas para titularse en Psicología y obtener un puesto de investigadora. Otra mujer tomaba clases de interpretación dramática; su marido empezó a componer música. «Ahora somos artistas autosuficientes con ingresos», contó a los investigadores.⁷¹ Entre los jóvenes incluidos en el experimento, casi todas las horas no invertidas en trabajo remunerado se dedicaron a la educación. Entre los participantes de Nueva Jersey, el índice de graduaciones en el instituto aumentó un 30%.⁷²

Y así fue como, en el revolucionario año de 1968, cuando jóvenes manifestantes del mundo entero tomaban las calles, cinco famosos economistas (John Kenneth Galbraith, Harold Watts, James Tobin, Paul Samuelson y Robert Lampman) enviaron una carta abierta al Congreso. Y en un artículo publicado en primera página del *New York Times* afirmaban: «El país no habrá cumplido con su responsabilidad hasta que todos los ciudadanos tengan asegurada una renta no inferior a lo que se define oficialmente como umbral de pobreza.» Según ellos, los costes serían «considerables, pero plenamente asumibles para la capacidad económica y fiscal de la nación». ⁷³

La carta la suscribían 1.200 colegas economistas.

Y su llamamiento no fue un grito en el desierto. El agosto siguiente, el presidente Nixon presentó una ley que proporcionaba una renta básica

modesta, y que calificó como «la ley social más importante de la historia de nuestra nación». Según Nixon, la generación del *baby boom* lograría dos cosas que las generaciones anteriores consideraban imposibles. Además de poner a un hombre en la Luna (lo que había ocurrido un mes antes), su generación también erradicaría la pobreza.

Una encuesta de la Casa Blanca reveló que el 90% de los periódicos recibió el plan con entusiasmo.⁷⁴ El *Chicago Sun-Times* lo describió como «un gigantesco salto adelante»; *Los Angeles Times*, como «un modelo nuevo y audaz».⁷⁵ El Consejo Nacional de Iglesias estaba a favor, al igual que los sindicatos e incluso el sector empresarial.⁷⁶ En la Casa Blanca se recibió un telegrama que declaraba: «Aquí hay dos republicanos de clase media alta que contribuirán al programa y dicen bravo.»⁷⁷ Los comentaristas especializados llegaron incluso a citar a Víctor Hugo: «Nada es más fuerte que una idea cuya hora ha llegado.»

Todo indicaba que, efectivamente, la hora de la renta básica había llegado.

«El plan de ayuda social aprobado en la Cámara [...] una batalla ganada en la cruzada por la reforma», tituló el *New York Times* el 16 de abril de 1970. Con 243 votos a favor y 155 en contra, el Plan de Asistencia Familiar (PAF) del presidente Nixon fue aprobado por una mayoría arrolladora. Casi todos los expertos esperaban que el plan se aprobase también en el Senado, que contaba con una composición incluso más progresista que la Cámara de Representantes. Sin embargo, en el Comité de Finanzas del Senado surgieron las dudas: «Esta ley representa la propuesta de ayuda social más desmesurada, onerosa y excesiva que se ha presentado aquí», dijo un senador republicano.⁷⁸ No obstante, los que se opusieron con más vehemencia fueron los demócratas. Consideraban que el PAF no iba lo bastante lejos, y presionaron para conseguir una renta básica todavía mayor.⁷⁹ Después de meses de idas y venidas entre el Senado y la Casa Blanca, la ley fue finalmente aparcada.

Al año siguiente, Nixon presentó una propuesta ligeramente modificada al Congreso. Una vez más, la ley fue aceptada por la Cámara, en esta ocasión como parte de un paquete de reformas más amplio. Esta vez, 288 votaron a favor, 132 en contra. En su discurso sobre el Estado de la Unión de 1971, Nixon consideró su plan para «establecer unos ingresos mínimos para cada familia con niños en Norteamérica» la propuesta legislativa más importante de su programa.⁸⁰

Pero, una vez más, la ley naufragó en el Senado.

Sin embargo, el plan de renta básica no se archivó definitivamente hasta 1978, tras un descubrimiento fatal al publicarse los resultados finales del experimento de Seattle. Un dato en concreto captó la atención de todos: la cifra de divorcios se había disparado más de un 50%. El interés en esta estadística eclipsó enseguida los otros resultados, como las mejoras en rendimiento escolar y en cuestiones de salud. Era evidente que una renta básica daba demasiada independencia a las mujeres.

Diez años después, un nuevo análisis de los datos reveló que se había cometido un error estadístico; en realidad, no había habido ninguna variación en el índice de divorcios.⁸¹

Fútil, peligrosa y perversa

«¡Podemos conseguirlo! En 1976 habremos derrotado la pobreza en Estados Unidos», afirmó con convicción James Tobin, el ganador del Premio Nobel, en 1967. En ese momento, casi el 80% de los estadounidenses apoyaban una renta básica garantizada.⁸² Años después, Ronald Reagan pronunció con desdén la conocida frase: «En los sesenta libramos una guerra contra la pobreza, y la pobreza ganó.»

En su origen, los grandes hitos de la civilización siempre llevan la marca de la utopía. Según el reconocido sociólogo Albert Hirschman, las utopías se condenan con tres argumentos: su futilidad (no son posibles), su peligrosidad (los riesgos son demasiado elevados) y su perversidad (degenerarán en distopía). Sin embargo, Hirschman también escribió que en cuanto una utopía se hace realidad, con frecuencia adquiere el carácter de absoluta normalidad.

No hace tanto, la democracia todavía parecía una utopía gloriosa. Muchos grandes pensadores, desde Platón (427-347 a.C.) al estadista Edmund Burke (1729-1779), argumentaron en la misma línea: que la democracia era fútil (las masas eran demasiado ineptas para manejarla), peligrosa (el gobierno de la mayoría sería poco menos que jugar con fuego) y perversa (el «interés general» no tardaría en verse corrompido por los intereses de algún que otro general astuto). Comparemos esto con los argumentos contra la renta básica. Es supuestamente irrealizable porque no podemos pagarla, peligrosa porque la gente dejaría de trabajar y perversa porque, en última instancia, una minoría acabaría por tener que trabajar más para mantener a la mayoría.

Pero... un momento.

¿Fútil? Por primera vez en la historia, somos en realidad lo bastante ricos para financiar una renta básica considerable. Podemos deshacernos del embrollo burocrático diseñado para obligar a los que reciben asistencia a conseguir empleos de baja productividad a cualquier precio, y podemos ayudar a financiar el nuevo sistema simplificado eliminando también el laberinto de desgravaciones y deducciones fiscales. Otros fondos necesarios pueden obtenerse mediante impuestos aplicados a los patrimonios, los residuos, la materias primas y el consumo.

Analícemos los números. Erradicar la pobreza en Estados Unidos costaría sólo 175 mil millones de dólares, es decir, menos del 1% del PIB.⁸³ Esto equivale aproximadamente a una cuarta parte del gasto militar del país. Ganar la guerra contra la pobreza sería una ganga en comparación con las guerras en Afganistán e Irak, cuyo coste estimó un estudio de Harvard en la asombrosa cifra de entre 4 y 6 billones de dólares.⁸⁴ De hecho, todos los países desarrollados del mundo disponen desde hace años de los medios necesarios para acabar con la pobreza.⁸⁵

Sin embargo, un sistema que ayuda sólo a los pobres amplía la brecha entre ellos y el resto de la sociedad. «Una política para los pobres es una pobre política», señaló el gran teórico del estado del bienestar británico Richard Titmuss. Es un hábito arraigado entre los políticos de izquierdas hacer que todos los planes, todos los créditos y todas las prestaciones dependan de la renta. El problema es que esa forma de actuar es contraproducente.

En un artículo ahora famoso, publicado a finales de los años noventa, dos sociólogos suecos demostraron que los países con los programas gubernamentales más universales han sido los que han tenido más éxito en la reducción de la pobreza.⁸⁶ En esencia, la gente está más dispuesta a ser solidaria si se beneficia personalmente. Cuanto más nos beneficiamos nosotros, nuestra familia y nuestros amigos del estado del bienestar, más dispuestos estamos a contribuir.⁸⁷ Por lo tanto, es lógico suponer que una renta básica universal sin condiciones también gozaría de una base de apoyo muy amplia. Al fin y al cabo, beneficia a todo el mundo.⁸⁸

¿Peligrosa? Desde luego, algunas personas optarían por trabajar menos, pero precisamente de eso se trata. Unos cuantos artistas y escritores («todos aquellos a los que la sociedad desprecia mientras están vivos y honra cuando

están muertos», en palabras de Bertrand Russell) podrían abandonar por completo el trabajo remunerado. Hay pruebas abrumadoras de que en realidad la inmensa mayoría de la gente desea trabajar, tanto si lo necesita como si no.⁸⁹ No tener trabajo, de hecho, nos hace profundamente desdichados.⁹⁰

Uno de los beneficios de una renta básica es que liberaría a los pobres de la trampa de las ayudas sociales y los alentaría a buscar un trabajo remunerado con auténticas oportunidades de crecimiento y progreso. Como la renta básica sería incondicional y no se retiraría ni se reduciría en caso de obtener empleo remunerado, las circunstancias de los beneficiarios sólo podrían mejorar.

¿Perversa? Al contrario, es el sistema de bienestar social el que se ha convertido en un monstruo perverso de control y humillación. Los funcionarios controlan a los receptores de ayudas públicas a través de Facebook para comprobar si se gastan el dinero con sensatez, y pobre de aquel que se atreva a realizar trabajo voluntario no autorizado. Se necesita un ejército de trabajadores de servicios sociales para guiar a la gente a través de la selva de los trámites de idoneidad, solicitud, aprobación y reocupación. Y luego hay que movilizar al cuerpo de inspectores para que revise a conciencia el papeleo.

El estado del bienestar, que debería fomentar el sentido de seguridad y orgullo de la gente, ha degenerado en un sistema de suspicacia y vergüenza. Es un pacto grotesco entre derecha e izquierda. «La derecha teme que las personas dejen de trabajar —se lamenta Evelyn Forget, la profesora canadiense— y la izquierda no confía en que sepan tomar sus propias decisiones.»⁹¹ Un sistema de renta básica sería una solución mejor. En términos de redistribución, cumpliría las exigencias de justicia que pide la izquierda; en lo que respecta al régimen de interferencia y humillación, satisfaría a la derecha porque supondría una intervención gubernamental más limitada que nunca.

Habla diferente, piensa diferente

Se ha dicho antes.

Cargamos con un estado del bienestar de una época pasada, cuando el sostén de la familia todavía era casi siempre el hombre y la gente trabajaba en la misma empresa toda su vida. El sistema de pensiones y las reglas de protección del empleo siguen concebidos para aquellos afortunados que tienen

un puesto de trabajo fijo; la ayuda pública se basa en la idea errónea de que podemos confiar en que la economía generará suficientes empleos. Y los beneficios sociales a menudo no son un trampolín sino una trampa.

La situación nunca había estado tan madura como ahora para la introducción de una renta básica universal e incondicional. Miremos a nuestro alrededor. Una mayor flexibilidad en el puesto de trabajo exige que dispongamos también de una mayor seguridad. La globalización está erosionando los salarios de la clase media. La brecha cada vez mayor entre los que tienen un título universitario y los que no hace que sea esencial echar una mano a los más desfavorecidos. Y el desarrollo de robots cada vez más inteligentes podría acabar incluso con los empleos de los más favorecidos.

En décadas recientes, la clase media ha mantenido su poder adquisitivo endeudándose cada vez más, pero ahora sabemos bien que este modelo no es viable. En la actualidad, se abusa de la sentencia que dice: «aquellos que no están dispuestos a trabajar no tendrán para comer», y se utiliza para legitimar la desigualdad.

Que no se me malinterprete, el capitalismo es un motor fantástico para la prosperidad. «Ha conseguido maravillas que superan con creces las pirámides egipcias, los acueductos romanos y las catedrales góticas», como escribieron Karl Marx y Friedrich Engels en su *Manifiesto comunista*. No obstante, precisamente porque ahora somos más ricos que nunca, está en nuestras manos dar el siguiente paso en la historia del progreso: ofrecer a cada persona la seguridad de una renta básica. Es por lo que el capitalismo debería haber luchado desde el principio. Y debería verlo como un dividendo del progreso que han hecho posible la sangre, el sudor y las lágrimas de generaciones pasadas. En último término, sólo una parte de nuestra prosperidad se debe a nuestros propios esfuerzos. Nosotros, los habitantes de la tierra de la abundancia, somos ricos gracias a las instituciones, el conocimiento y el capital social amasado para nosotros por nuestros antepasados. Esta riqueza nos pertenece a todos. Y una renta básica nos permitiría compartirla entre todos.

Por supuesto, esto no equivale a decir que deberíamos implementar este sueño sin planificación. Eso podría ser desastroso. Las utopías siempre empiezan en una dimensión modesta, con experimentos que van cambiando el mundo muy lentamente. Ocurrió hace sólo unos años en las calles de Londres, cuando trece vagabundos recibieron 3.000 libras sin que nadie les hiciera

ninguna pregunta. Como dijo uno de los trabajadores sociales: «Es muy difícil cambiar de la noche a la mañana la manera de abordar este problema. Experimentos como éste nos permiten hablar de otra manera, pensar de otra manera, describir el problema de otra manera...»

Y así es como empieza el progreso.

35. Éste es un cálculo muy comedido. Un estudio realizado por el gobierno británico cifró la cantidad en 30.000 libras por persona sin hogar y año (por servicios sociales, policía, costes legales, etcétera). En este caso, la cantidad habría sido mucho mayor porque eran los vagabundos más notorios. El estudio menciona sumas de hasta 400.000 libras por cada persona sin hogar y año. Véase Department for Communities and Local Government, «Evidence Review of the Costs of Homelessness» (agosto de 2012).

<https://www.gov.uk/government/uploads/system/uploads/attachment_data/file/7596/22004

36. Según el informe de Broadway, generalmente a los receptores no se les comunicaba la suma total de dinero en su «presupuesto personalizado»; aun así, dado que el informe consigna que uno de los vagabundos propuso disminuirlo de 3.000 a 2.000 libras, es evidente que lo sabía.

37. A los vagabundos no se le dio el dinero directamente. Todos sus gastos debía aprobarlos el «director de población de calle», cosa que siempre hacía «sin demora». Que este escrutinio era limitado lo confirma también uno de los trabajadores sociales entrevistado por *The Economist*: «Sólo decíamos: “Es tu vida y depende de ti hacer lo que quieras con ella, pero estamos aquí para ayudar si lo deseas.”» Según señala el informe: «Durante las entrevistas, mucha gente usó las expresiones “elegí” o “tomé la decisión” al discutir su alojamiento y el uso de su presupuesto personalizado, recalando su sentido de elección y control.»

38. The Joseph Rowntree Foundation publicó un extenso informe sobre el experimento, que es la fuente de todas las citas de este libro. Véase Juliette Hough y Becky Rice, *Providing Personalised Support to Rough Sleepers. An Evaluation of the City of London Pilot* (2010). <<http://www.jrf.org.uk/publications/support-rough-sleepers-london>>. Para otra evaluación, véase Liz Blackender y Jo Prestidge, «Pan London Personalised Budgets for Rough Sleepers», *Journal of Integrated Care* (enero de 2014).

<<http://www.emeraldinsight.com/doi/abs/10.1108/JICA-07-2013-0024>>

39. En 2013, el proyecto se extendió a 28 vagabundos de la City de Londres, de los cuales 20 ya tenían un techo sobre sus cabezas.

40. «Cutting out the middle men», *The Economist* (4-11-2010).

<<http://www.economist.com/node/17420321>>.

41. Citado en Jacob Goldstein, «Is It Nuts to Give to the Poor Without Strings Attached?», *The New York Times* (13-8-2013). <<http://www.nytimes.com/2013/08/18/magazine/is-it-nuts-to-give-to-the-poor-without-strings-attached.html>>.

42. Johannes Haushofer y Jeremy Shapiro, «Policy Brief: Impacts of Unconditional Cash Transfers»:

<https://www.princeton.edu/~joha/publications/Haushofer_Shapiro_Policy_Brief_2013.pdf>

43. El prestigioso evaluador de ONG GiveWell, que ha revisado más de 500 ONG, sitúa a GiveDirectly en el cuarto lugar de su lista de mejores organizaciones.

44. Christopher Blattman, Nathan Fiala y Sebastian Martinez, «Generating Skilled Self-Employment in Developing Countries: Experimental Evidence from Uganda», *Quarterly Journal of Economics* (4-11-2013). <http://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=2268552>.

45. Christopher Blattman y otros, «Building women's economic and social empowerment through enterprise. An Experimental Assessment of the Women's Income Generating Support (WINGS) Program in Uganda» (abril de 2013).

<<https://openknowledge.worldbank.org/bitstream/handle/10986/17862/860590NWP0Box3>>

Véase también Isobel Coleman, «Fighting Poverty with Unconditional Cash», *Council on Foreign Relations* (12-12-2013). <<http://blogs.cfr.org/development-channel/2013/12/12/fighting-poverty-with-unconditional-cash/>>.

46. Christopher Blattman y otros, «The Returns to Cash and Microenterprise Support Among the Ultra-Poor: A Field Experiment»:

<http://sites.bu.edu/neudc/files/2014/10/paper_15.pdf>.

47. Véase la siguiente selección de estudios sobre los efectos de «entregas de dinero» con y sin condiciones.

En Sudáfrica: Jorge M. Agüero y Michael R. Carter, «The Impact of Unconditional Cash Transfers on Nutrition: The South African Child Support Grant», Universidad de Ciudad del Cabo (agosto de 2006). <<http://www.ipcundp.org/pub/IPCWorkingPaper39.pdf>>.

En Malawi: W.K. Luseno y otros, «A multilevel analysis of the effect of Malawi's Social Cash Transfer Pilot Scheme on school-age children's health», *Health Policy Plan* (mayo de 2013). <<http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC4110449/>>.

También en Malawi: Sarah Baird y otros: «The Short-Term Impacts of a Schooling Conditional Cash Transfer Program on the Sexual Behavior of Young Women»:

<http://cega.berkeley.edu/assets/cega_research_projects/40/Short_Term_Impacts_of_a_Sc>

48. Charles Kenny, «For Fighting Poverty, Cash Is Surprisingly Effective», *Bloomberg Businessweek* (3-6-2013). <<http://www.bloomberg.com/bw/articles/2013-06-03/for-fighting-poverty-cash-is-surprisingly-effective>>.

49. Joseph Hanlon, Armando Barrientos y David Hulme, *Just Give Money to the Poor*, Sterling (Virginia), Kumarian Press, 2010, p. 6.

50. Armando Barrientos y David Hulme, «Just Give Money to the Poor. The Development Revolution from the Global South (Presentation for the OECD)»:

<<http://www.oecd.org/dev/pgd/46240619.pdf>>.

51. Christopher Blattman y Paul Niehaus, «Show Them the Money. Why Giving Cash Helps Alleviate Poverty», *Foreign Affairs* (mayo-junio de 2014).

52. David McKenzie y Christopher Woodruff, «What Are We Learning from Business Training and Entrepreneurship Evaluations around the Developing World?», World Bank Policy Research Working Paper (septiembre de 2012). <<http://ftp.iza.org/dp6895.pdf>>.

53. Joseph Hanlon, Armando Barrientos y David Hulme, *Just Give Money to the Poor*, op. cit., p. 4. Por supuesto, las transferencias de dinero no son la panacea: no construyen puentes ni traen la paz. Sin embargo, generan una gran diferencia. Las transferencias de dinero «son lo más parecido a una bala mágica para el desarrollo», sostiene Nancy Birdsall, presidenta del Centro para el Desarrollo Global de Washington. Citada en ibídem, p. 61.
54. Debería señalarse que este descenso no es estadísticamente significativo, así que en la mayoría de los casos las transferencias de dinero no tienen efecto en los niveles de consumo de alcohol y tabaco. Véase David K. Evans y Anna Popova, «Cash Transfers and Temptation Goods. A Review of Global Evidence», World Bank Policy Research Working Papers (mayo de 2014).
<<http://documents.worldbank.org/curated/en/2014/05/19546774/cash-transfers-temptation-goods-review-global-evidence>>.
55. Blattman y Niehaus, «Show Them the Money», op. cit.
56. En 2009, *The Lancet* escribió: «Los datos que surgen de las transferencias de dinero condicionadas o incondicionales contradicen en gran medida los argumentos de que estos programas son un obstáculo para que los adultos busquen trabajo o que creen una cultura de dependencia que perpetúa la pobreza intergeneracional.» Véase el editorial «Cash Transfers for Children. Investing into the Future», *The Lancet* (2009).
57. Claudia Haarmann y otros, «Making the Difference! The BIG in Namibia», informe de valoración (abril de 2009), p. VII:
<http://www.bignam.org/Publications/big_Assessment_report_08b.pdf>.
58. Incluidos Thomas Paine, John Stuart Mill, H.G. Wells, George Bernard Shaw, John Kenneth Galbraith, Jan Tinbergen, Martin Luther King y Bertrand Russell.
59. Véase, por ejemplo, Matt Zwolinski, «Why Did Hayek Support a Basic Income?», *Libertarianism.org* (23-12-2013). <<http://www.libertarianism.org/columns/why-did-hayek-support-basic-income>>.
60. Robert van der Veen y Philippe van Parijs, «A Capitalist Road to Communism», *Theory & Society* (1986). <https://www.ssc.wisc.edu/~wright/ERU_les/PVP-cap-road.pdf>.
61. Cita del defensor conservador de la renta básica Charles Murray, en Annie Lowrey, «Switzerland's Proposal to Pay People for Being Alive», *The New York Times* (12-11-2013). <<http://www.nytimes.com/2013/11/17/magazine/switzerlands-proposal-to-pay-people-for-being-alive.html>>.
62. Mincome: acrónimo formado por las palabras *minimum* e *income*. En castellano: «renta mínima». (*Nota del t.*)
63. Citado en Zi-Ann Lum, «A Canadian City Once Eliminated Poverty And Nearly Everyone Forgot About It», *The Huffington Post*.
<http://www.huffingtonpost.ca/2014/12/23/mincome-in-dauphin-manitoba_n_6335682.html>.
64. Citado en Lindor Reynolds, «Dauphin's Great Experiment», *Winnipeg Free Press* (12-3-2009). <<http://www.winnipegfreepress.com/local/dauphins-great-experiment.html>>.
65. Aquí y en la sección que sigue, todas las referencias son en dólares estadounidenses.
66. Citado en Vivian Belik, «A Town Without Poverty?», *The Dominion* (5-9-2011).
<<http://www.dominionpaper.ca/articles/4100>>. «Para muchos economistas, el problema era

que desincentivaría el trabajo —señaló Wayne Simpson, otro economista canadiense que ha estudiado Mincome—. Las pruebas mostraron que no era tan malo como defendía parte de la bibliografía.» Citado en Annie Lowrey, «Switzerland's Proposal to Pay People for Being Alive», op. cit.

67. Citado de una conferencia en Vimeo: <<http://vimeo.com/56648023>>.

68. Evelyn Forget, «The town with no poverty», Universidad de Manitoba (febrero de 2011). <[https://public.econ.duke.edu/~erw/197/forget-cea%20\(2\).pdf](https://public.econ.duke.edu/~erw/197/forget-cea%20(2).pdf)>.

69. Allan Sheahen, *Basic Income Guarantee. Your Right to Economic Security*, Nueva York, MacMillan, 2012, p. 108.

70. Dylan Matthews, «A guaranteed income for every American would eliminate poverty – and it wouldn't destroy the economy», *Vox.com* (23-7-2014).

<<http://www.vox.com/2014/7/23/5925041/guaranteed-income-basic-poverty-gobry-labor-supply>>.

71. Citado en Allan Sheahen, «Why Not Guarantee Everyone a Job? Why the Negative Income Tax Experiments of the 1970s Were Successful», USBIG Discussion Paper (febrero de 2002). <<http://www.usbig.net/papers/013-Sheahen.doc>>.

Los investigadores creían que la gente podría finalmente incluso trabajar más, siempre que el gobierno creara trabajos adicionales. «Cualquier reducción en el esfuerzo laboral causado por ayuda monetaria estaría más que compensada por el incremento de oportunidades de empleo en el sector público.»

72. Dylan Matthews, «A Guaranteed Income for Every American Would Eliminate Poverty», op. cit.

73. Economists Urge Assured Income», *The New York Times* (28-5-1968).

74. Brian Steensland, *The Failed Welfare Revolution. America's Struggle over Guaranteed Income Policy*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 2008, p. 123.

75. Citado en Allan Sheahen, *Basic Income Guarantee*, op. cit., p. 8.

76. Steensland, *The Failed Welfare Revolution*, op. cit., p. 69.

77. Citado en Peter Passell y Leonard Ross, «Daniel Moynihan and President-Elect Nixon: How Charity Didn't Begin at Home», *The New York Times* (14-1-1973).

<<http://www.nytimes.com/books/98/10/04/specials/moynihan-income.html>>.

78. Citado en Leland G. Neuberg, «Emergence and Defeat of Nixon's Family Assistance Plan», USBIG Discussion Paper (enero de 2004). <<http://www.usbig.net/papers/066-Neuberg-FAP2.doc>>.

79. Bruce Bartlett, «Rethinking the Idea of a Basic Income for All», *New York Times Economix* (10-12-2013). <<http://economix.blogs.nytimes.com/2013/12/10/rethinking-the-idea-of-a-basic-income-for-all>>.

80. Brian Steensland, *The Failed Welfare Revolution*, op. cit., p. 157.

81. Glen G. Cain y Douglas Wissoker, «A Reanalysis of Marital Stability in the Seattle-Denver Income Maintenance Experiment», Institute for Research on Poverty (enero de 1988). <<http://www.irp.wisc.edu/publications/dps/pdfs/dp85788.pdf>>.

82. Según una encuesta llevada a cabo por Harris en 1969. Mike Alberti y Kevin C. Brown, «Guaranteed Income's Moment in the Sun», *Remapping Debate*:

<<http://www.remappingdebate.org/article/guaranteed-income's-moment-sun>>.

83. Matt Bruenig, «How a Universal Basic Income Would Affect Poverty», *Demos* (3-10-2013). <<http://www.demos.org/blog10/3/13/how-universal-basic-income-would-affect-poverty>>.

84. Linda J. Bilmes, «The Financial Legacy of Iraq and Afghanistan: How Wartime Spending Decisions Will Constrain Future National Security Budgets», Faculty Research Working Paper Series (marzo de 2013). <<https://research.hks.harvard.edu/publications/getFile.aspx?Id=923>>.

85. Hagamos esta reflexión: una renta básica de 1,25 dólares al día para todos los habitantes del mundo tendría un coste anual de 3 billones de dólares o el 3,5% del PIB global. La misma ayuda monetaria a los 1.300 millones habitantes más pobres del mundo requeriría menos de 600.000 millones, o aproximadamente el 0,7 % del PIB global, y eliminaría por completo la pobreza extrema.

86. Walter Korpi y Joakim Palme, «The Paradox of Redistribution and Strategies of Equality: Welfare State Institutions, Inequality and Poverty in the Western Countries», *American Sociological Review* (octubre de 1998). <https://www.jstor.org/stable/2657333?seq=1#page_scan_tab_contents>.

87. Wim van Oorschot, «Globalization, the European Welfare State, and Protection of the Poor», en A. Suszycki e I. Karolewski (eds.), *Citizenship and Identity in the Welfare State*, Nomos, 2013, pp. 37-50.

88. Alaska es el mejor ejemplo de esto, pues es la única entidad política que tiene una renta básica universal incondicional (poco más de 1.000 dólares al año), financiada con los ingresos del petróleo. El apoyo es prácticamente unánime. Según el profesor Scott Goldsmith, de la Universidad de Alaska en Anchorage, que un político lo cuestionara sería un suicidio político. Gracias en parte a esta pequeña renta básica Alaska es el estado con menor desigualdad de Estados Unidos. Véase Scott Goldsmith, «The Alaska Permanent Fund Dividend: An Experiment in Wealth Distribution», 9th International Congress BIEN (12-9-2002). <<http://www.basicincome.org/bien/pdf/2002Goldsmith.pdf>>

89. Estudios sobre la conducta de los ganadores de lotería muestran que incluso obtener el bote rara vez hace que la gente abandone sus empleos, y si lo hace es para pasar más tiempo con sus hijos o encontrar otro trabajo. Véase el famoso estudio de Roy Kaplan, «Lottery winners: The Myth and Reality», *Journal of Gambling Behaviour* (otoño de 1987), pp. 168-178.

90. Los reclusos de las prisiones son un buen ejemplo de esto. Cabría suponer que, con comida y un techo sobre sus cabezas, podrían relajarse. Sin embargo, en prisión, la privación del trabajo se utiliza como castigo. Si un recluso se comporta mal, se le niega el acceso al taller o la cocina. Casi todo el mundo quiere hacer alguna clase de contribución, aunque el significado de las palabras «trabajo» y «desempleo» está sujeto a cambio. De hecho, hacemos poco hincapié en la enorme cantidad de trabajo no remunerado que la gente ya realiza.

91. Lo dijo en la televisión canadiense. Véase el clip en: <<https://youtu.be/EPRTUZsiDYw?t=45m30s>>.

Resulta que tenemos inspectores de inspectores y gente que diseña instrumentos para que los inspectores inspeccionen a los inspectores. Lo que la gente debería hacer es volver a la escuela y pensar en lo que pensaban antes de que alguien les dijera que tenían que ganarse la vida.

RICHARD BUCKMINSTER FULLER (1895-1983)

3

El fin de la pobreza

El 13 de noviembre de 1997, un nuevo casino abrió sus puertas justo al sur de las Great Smoky Mountains de Carolina del Norte. A pesar del mal tiempo, se había formado una larga cola a la entrada y, como seguían llegando centenares de personas, el jefe del casino empezó a recomendar a la gente que se quedara en casa.

Aquel interés generalizado no sorprendió a nadie. Porque lo que se inauguraba ese día no era un antro de juego controlado por la mafia. El Harrah's Cherokee era y sigue siendo un casino enorme y lujoso, propiedad de la Tribu Oriental de Indios Cheroquis, que también lo gestionan, y su apertura ponía fin a una batalla política que había durado diez años. Un jefe tribal incluso había vaticinado que «el juego sería la perdición de los cheroquis»,⁹² y el gobernador de Carolina del Norte había intentado frenar el proyecto a cada paso.

Poco después de la inauguración, quedó claro que la sala de juego de 3.250 metros cuadrados, las tres torres del hotel con más de 1.000 habitaciones y 100 suites, innumerables tiendas, restaurantes, piscina y centro de fitness no supondrían para la tribu su perdición sino su salvación. Tampoco se allanó el camino al crimen organizado. Nada de eso: los beneficios —que ascendieron a 150 millones de dólares en 2004 y crecieron hasta casi 400 millones en 2010—⁹³ permitieron a la tribu construir una nueva escuela, un hospital y un parque de bomberos. Aun así, la mayor parte de los ingresos fue directamente a los bolsillos de los 8.000 hombres, mujeres y niños de la Tribu Oriental de Indios Cheroquis. De 500 dólares al año en el inicio, los ingresos procedentes del casino ascendieron rápidamente a 6.000 dólares en 2001, lo que suponía entre una cuarta parte y un tercio del promedio de los ingresos familiares.⁹⁴

Se da la circunstancia de que una profesora de la Universidad Duke llamada Jane Costello había estado investigando la salud mental de los jóvenes al sur

de las Great Smoky Mountains desde 1993. Cada año, los 1.420 niños que participaban en su estudio se sometían a un test psiquiátrico. Los resultados acumulativos ya habían demostrado que los muchachos que crecen en la pobreza tienen más problemas de conducta que los otros. Eso no era ninguna novedad. La relación entre pobreza y enfermedad mental hacía ya tiempo que había sido analizada por otro estudioso, Edward Jarvis, en su famoso «Informe sobre la demencia», publicado en 1855.

Sin embargo, seguía vigente una pregunta: ¿cuál era la causa y cuál el efecto? Cuando Costello llevó a cabo su investigación, cada vez estaba más extendida la creencia de que los problemas mentales debían atribuirse a factores genéticos individuales. Si la naturaleza era la causa raíz, entregar cada año una saca de dinero significaba tratar los síntomas, pero ignorar la enfermedad. Si, por el contrario, los problemas psiquiátricos no eran la causa sino la consecuencia de la pobreza, esos 6.000 dólares podrían obrar milagros. Costello comprendió que la llegada del casino constituía una oportunidad única para arrojar nueva luz sobre esta cuestión, porque una cuarta parte de los niños de su estudio pertenecían a la tribu cheroqui, y más de la mitad de ellos vivían por debajo del umbral de la pobreza.

Poco después de que abriera el casino, Costello empezó a notar enormes mejoras en los sujetos de su estudio. Los problemas de conducta entre los muchachos que habían salido de la pobreza se redujeron un 40%, y éstos se situaron en el mismo rango que los compañeros que nunca habían conocido privaciones. Las tasas de delincuencia juvenil entre los cheroquis también se redujeron, así como el consumo de drogas y alcohol, mientras que los resultados escolares mejoraron notablemente.²⁵ En la escuela, los muchachos cheroquis se situaron al mismo nivel que el resto de los participantes en el estudio.

Diez años después de la apertura del casino, las conclusiones de Costello demostraron que cuanto antes escapaban los chicos de la pobreza, mejor era su salud mental en la adolescencia. En el grupo más joven, Costello advirtió una «disminución drástica» de las conductas delictivas. De hecho, los jóvenes cheroquis de su estudio se comportaban mejor que el grupo de control.

Al ver los datos, la primera reacción de Costello fue de incredulidad. «Se supone que las intervenciones sociales tienen efectos relativamente pequeños —comentó después—. Pero en este caso los efectos fueron enormes.»²⁶ La

profesora Costello calculó que el extra de 4.000 dólares por año equivalía a un año adicional de formación a la edad de veintiún años y reducía las probabilidades de tener antecedentes penales a los dieciséis años en un 22%.⁹⁷

Pero la mejora más significativa fue la manera en que el dinero ayudó a los padres a, sencillamente, ejercer de padres. Antes de que el casino abriera sus puertas, los padres trabajaban mucho en verano, pero en invierno solían quedarse sin trabajo y estaban tensos. La nueva fuente de ingresos permitió a las familias cheroquis ahorrar dinero y pagar facturas por adelantado. Los padres que habían salido de la pobreza afirmaban que disponían de más tiempo para dedicar a sus hijos.

Pero no trabajaban menos, descubrió Costello. Tanto las madres como los padres trabajaban las mismas horas que antes de la apertura del casino. Más que ninguna otra cosa, dice Vickie L. Bradley, miembro de la tribu, el dinero ayudó a aliviar la presión sobre las familias, y la energía que gastaban en sus preocupaciones económicas la volcaron en sus hijos. Y eso «ayudó a los padres a ser mejores padres», explica Bradley.⁹⁸

Entonces, ¿cuál es la causa de los problemas de salud mental entre los pobres? ¿La naturaleza o la cultura? Ambas, concluyó Costello,⁹⁹ porque el estrés que provoca la pobreza eleva el riesgo de que las personas genéticamente predispuestas desarrollen una enfermedad o trastorno. Pero de este estudio se desprende una conclusión aún más importante.

Los genes no pueden cambiarse. La pobreza, sí.

Por qué los pobres toman decisiones desacertadas

Un mundo sin pobreza, ésa podría ser la utopía más antigua. Sin embargo, quien se tome este sueño en serio inevitablemente deberá afrontar varias preguntas difíciles. ¿Por qué los pobres son más propensos a cometer delitos? ¿Por qué son más propensos a padecer obesidad? ¿Por qué consumen más alcohol y drogas? En resumen, ¿por qué los pobres toman tantas decisiones desacertadas?

¿Demasiado duro? Tal vez, pero repasemos las estadísticas: los pobres piden más préstamos, ahorran menos, fuman más, hacen menos ejercicio, beben más y comen menos sano. Si se ofrece un curso sobre cómo gestionar el dinero, los pobres son los últimos en inscribirse. Cuando responden a las ofertas de trabajo, los pobres suelen escribir las peores solicitudes y

presentarse a las entrevistas con la indumentaria menos profesional.

En una ocasión, la primera ministra británica Margaret Thatcher calificó la pobreza como «defecto de personalidad».¹⁰⁰ Aunque muy pocos políticos llegarían a ese extremo, la creencia de que la solución reside en el individuo no es una excepción. Desde Australia hasta Inglaterra y desde Suecia hasta Estados Unidos está muy arraigada la noción de que la pobreza es un problema que la gente tiene que superar por su cuenta. Por supuesto, los gobiernos pueden dar empujoncitos en la dirección correcta mediante incentivos: con políticas de sensibilización, con sanciones y, sobre todo, con educación. De hecho, si hay un remedio que se considera infalible en la lucha contra la pobreza es un diploma de grado medio o, mejor aún, un título universitario.

Pero ¿ahí acaba todo?

¿Y si los pobres realmente no fueran capaces de ayudarse a sí mismos? ¿Y si todos los incentivos, toda la información y educación cayeran en saco roto? ¿Y si todos esos empujoncitos bien intencionados no hicieran más que empeorar la situación?

El poder del contexto

Son preguntas incómodas, pero no las plantea cualquiera, sino un psicólogo de la Universidad de Princeton, Eldar Shafir. Junto con un economista de Harvard, Sendhil Mullainathan, ha publicado recientemente una nueva y revolucionaria teoría sobre la pobreza.¹⁰¹ ¿La esencia? Es el contexto, estúpido.

Shafir no es moderado en sus aspiraciones. Lo que pretende es nada menos que establecer un nuevo campo científico: la ciencia de la escasez. Pero ¿no existe ya? ¿No se llama «ciencia económica»? «Nos preguntan eso a menudo —dijo Shafir entre risas, cuando lo conocí en un hotel en Ámsterdam—, pero mi interés se centra en la psicología de la escasez, sobre la cual, sorprendentemente, se ha investigado poco.»

Para los economistas, todo gira en torno a la escasez; al fin y al cabo, incluso los que más gastan no pueden comprarlo todo. No obstante, la percepción de la escasez no es ubicua. Una agenda vacía provoca sensaciones distintas que una jornada laboral repleta. Y no se trata de una sensación insignificante e inofensiva. La escasez afecta la mente. Las personas actúan de manera diferente cuando perciben que algo escasea.

No importa mucho lo que sea; se trata de poco tiempo, poco dinero, poca amistad, poca comida, todo contribuye a una «mentalidad de escasez». Y eso tiene sus beneficios. Las personas que experimentan sensación de escasez son hábiles gestionando los problemas a corto plazo. La gente pobre tiene una habilidad increíble —a corto plazo— para llegar a fin de mes, del mismo modo que un director ejecutivo saturado de trabajo encuentra energía suficiente para cerrar un trato.

No podemos tomarnos un descanso de la pobreza

A pesar de todo esto, las desventajas de la «mentalidad de escasez» superan a los beneficios. La escasez hace que la atención se concentre en la carencia inmediata, en la reunión que está a punto de empezar o en las facturas que hay que pagar mañana. La perspectiva a largo plazo desaparece. «La escasez te consume —explica Shafir—. Pierdes la capacidad de centrarte en otras cosas que también son importantes para ti.»

Viene a ser como una nueva computadora que ejecuta diez programas complejos a la vez. Se vuelve cada vez más lento, provoca errores, y en última instancia se cuelga; no porque sea una mala computadora, sino porque tiene que hacer demasiadas cosas al mismo tiempo. Los pobres tienen un problema similar. No toman decisiones desacertadas porque sean ineptos, sino porque viven en un contexto en el que cualquiera tomaría decisiones desacertadas.

Preguntas como «¿Qué hay para cenar?» y «¿Cómo me las arreglaré para llegar al final de la semana?» lastran una capacidad crucial. «Ancho de banda mental —lo llaman Shafir y Mullainathan—. Si quieres entender a los pobres, imagínate a ti mismo con la mente en otra parte —escribieron—. El autocontrol se percibe como un reto. Estás distraído y te desconcentras fácilmente. Y eso ocurre cada día.» Así es como la escasez (de tiempo o de dinero) conduce a tomar decisiones poco sensatas.

Hay una distinción clave entre las personas muy ocupadas y las que viven en la pobreza: No podemos tomarnos un descanso de la pobreza.

Dos experimentos

Así pues, en términos concretos, ¿en qué medida nos hace más ineptos la pobreza?

«Los efectos que observamos corresponden a entre 13 y 14 puntos del coeficiente intelectual —dice Shafir—. Eso es comparable a dejar de dormir una noche o a las consecuencias del alcoholismo.» Lo sorprendente es que podríamos haberlo descubierto hace treinta años. Shafir y Mullainathan no se basaron en complicados escáneres cerebrales. «Los economistas llevan años estudiando la pobreza y los psicólogos llevan años estudiando las limitaciones cognitivas —explica Shafir—. Nosotros sólo hemos sumado dos más dos.»

Todo empezó hace unos años con una serie de experimentos llevados a cabo en un centro comercial estadounidense típico. Preguntaban a los compradores qué harían si tuvieran que pagar una reparación del coche. A algunos les plantearon una reparación de 150 dólares, a otros una de 1.500 dólares. ¿Lo pagarían al contado, pedirían un crédito, harían horas extras o pospondrían la reparación? Mientras los compradores meditaban las respuestas los sometían a una serie de tests cognitivos. En el caso de las reparaciones más baratas, la gente con ingresos bajos puntuó casi igual que aquellos con ingresos altos. En cambio, frente a una reparación de 1.500 dólares, los pobres puntuaron considerablemente más bajo. La mera idea de un revés económico importante afectaba a su capacidad cognitiva.

Shafir y sus colegas investigadores ajustaron todas las posibles variables en la encuesta del centro comercial menos ésta: las personas pobres y las personas ricas interrogadas no eran iguales. Lo ideal sería repetir la encuesta con sujetos que hubieran sido pobres en un determinado momento y ricos al siguiente.

Shafir encontró lo que buscaba a 12.000 kilómetros de distancia, en los distritos de Vilupuram y Tiruvannamalai, en la India rural. Las condiciones eran ideales; se daba el caso de que los agricultores que cultivaban azúcar de caña en la zona cobraban el 60% de sus ingresos anuales de una vez, justo después de la cosecha. Esto significa que son ricos una parte del año y pobres la otra. Entonces, ¿cómo puntuaron en el experimento? En la época en que eran relativamente pobres, obtuvieron unos resultados bastante peores en los tests cognitivos, no porque se hubieran vuelto ineptos —al fin y al cabo, eran exactamente los mismos cultivadores de caña—, sino por la sencilla razón de que su ancho de banda mental estaba dañado.

Ancho de Banda Mental Interior Bruto

«Luchar contra la pobreza produce enormes beneficios que hasta ahora no habíamos sabido ver», señala Shafir. De hecho, sugiere, además de medir nuestro producto interior bruto, que quizá es hora de que empecemos a tomar en cuenta nuestro ancho de banda mental interior bruto. Un mayor ancho de banda mental equivale a mejor crianza de los hijos, mejor salud, empleados más productivos y una larga lista. «Luchar contra la escasez podría incluso reducir los costes», aventura Shafir.

Eso fue precisamente lo que ocurrió al sur de las Great Smoky Mountains. Randall Akee, economista de la Universidad de Los Ángeles, calculó que, en realidad, el dinero que el casino distribuyó entre los muchachos cheroquis redujo los gastos. Según su cálculo conservador, eliminar la pobreza generó más dinero que la suma total de los emolumentos del casino,¹⁰² gracias a la reducción de la delincuencia, del uso de instalaciones de atención pública y de la repetición de cursos escolares.

Ahora extrapolemos estos efectos a la sociedad en su conjunto. Un estudio británico descubrió que los costes de la pobreza infantil en Inglaterra superan los 29.000 millones de libras al año.¹⁰³ Según estos investigadores, una política para eliminar la pobreza «podría autofinanciarse en su mayor parte».¹⁰⁴

En Estados Unidos, donde más de uno de cada cinco niños crece en la pobreza, innumerables estudios han demostrado que las medidas contra la pobreza funcionan, en realidad, como instrumento de recorte de costes.¹⁰⁵ Greg Duncan, profesor de la Universidad de California, calculó que sacar de la pobreza a una familia estadounidense cuesta un promedio de 4.500 dólares anuales, menos de lo que proporciona el casino cheroqui. Al final, el retorno de la inversión por niño sería:

- 12,5% más de horas trabajadas;
- 3.000 dólares anuales de ahorro en servicios sociales;
- 50.000-100.000 dólares adicionales en ingresos adicionales durante toda una vida;
- 10.000-20.000 dólares adicionales en impuestos sobre la renta estatales.

El profesor Duncan concluyó que combatir la pobreza «se autofinancia en el momento en que los niños pobres alcanzan la madurez».¹⁰⁶

No cabe duda, haría falta un programa enorme para afrontar un problema de

estas dimensiones. Un estudio de 2013 calculó los costes de la pobreza infantil en Estados Unidos en tanto como medio billón de dólares al año. Los niños que crecían en la pobreza terminaban con un nivel educativo dos años inferior, trabajaban 450 horas menos por año y corrían el triple de riesgo de tener mala salud que los que se criaban en familias acomodadas. Los investigadores sostienen que las inversiones en educación no ayudarán a estos niños.¹⁰⁷ Es preciso que antes superen el umbral de la pobreza.

Un reciente metaanálisis de 201 estudios sobre la eficacia de la formación en economía llegó a una conclusión similar: apenas cambia nada.¹⁰⁸ Esto no significa que no tenga efecto, la gente aprende algo, por supuesto. Pero no basta. «Es como enseñar a alguien a nadar y luego tirarlo en un mar tormentoso», se lamenta el profesor Shafir.

Por supuesto, educar a la gente no es del todo inútil, pero tiene sus límites cuando se trata de ayudarla a manejar su ancho de banda mental, ya lastrado como está por exigencias como el imposible laberinto burocrático del estado del bienestar. Uno diría que las reglas y la burocracia sirven para disuadir a quienes no las necesitan realmente. Pero, de hecho, funciona al revés: los pobres —aquellos cuyo ancho de banda ya está más que lastrado, cuya necesidad es la mayor— son quienes tienen menos probabilidades de pedir ayuda al Estado.

En consecuencia, hay todo un conjunto de programas que la gente a la que pretenden beneficiar apenas utiliza. «Algunas becas sólo las solicita el 30% de quienes tienen derecho a ellas —dice Shafir—, a pesar de que varios estudios demuestran que una beca así, de miles de dólares, puede cambiarlo todo.» Un economista examina estas becas y piensa: como solicitarlas es lo racional, los estudiantes pobres las pedirán. Pero no funciona así. Las ventajas de la beca quedan fuera del campo de visión de la mentalidad de la escasez.

Dinero gratis

Entonces, ¿qué se puede hacer?

Shafir y Mullainathan tienen varios ases en la manga: echar una mano con el papeleo de la ayuda económica a los estudiantes necesitados, por ejemplo, o proporcionar pastilleros que se iluminan para recordar a la gente que tome sus medicamentos. Este tipo de solución se llama «empujoncito». Los empujoncitos son muy populares entre los políticos de nuestra moderna tierra

de la abundancia, sobre todo porque no cuestan casi nada.

Sin embargo, sinceramente, ¿para qué puede servir en realidad un empujoncito? El empujoncito simboliza una época en la cual la política se ocupa principalmente de combatir los síntomas. Este tipo de ayudas podrían servir para hacer la pobreza ligeramente más soportable, pero cuando las observamos con perspectiva, vemos que no resuelven nada. Volviendo a nuestra analogía informática, le pregunto a Shafir: ¿Por qué seguir retocando el software si se podría resolver fácilmente el problema instalando un poco de memoria extra?

Shafir responde con rostro inexpresivo. «Ah, ¿se refiere a darles más dinero? Claro, eso sería fantástico. —Ríe—. Pero hay limitaciones evidentes [...] la política de izquierdas como la que tienen aquí en Ámsterdam ni siquiera existe en Estados Unidos.»

No obstante, el dinero en sí no basta; también es una cuestión de distribución. «La escasez es un concepto relativo —prosigue Shafir—. Puede basarse en la falta de ingresos, pero también en expectativas desmedidas.» De hecho, es muy sencillo: si deseamos tener más dinero, tiempo, amigos o comida, tenemos más probabilidades de experimentar una sensación de escasez. Y las cosas que deseamos están determinadas en gran medida por lo que tienen quienes nos rodean. Como dice Shafir: «La desigualdad creciente en el mundo occidental es un obstáculo fundamental en este sentido.» Si mucha gente está comprando el último teléfono móvil, nosotros también queremos uno. Mientras la desigualdad continúe creciendo, el ancho de banda mental interior bruto seguirá reduciéndose.

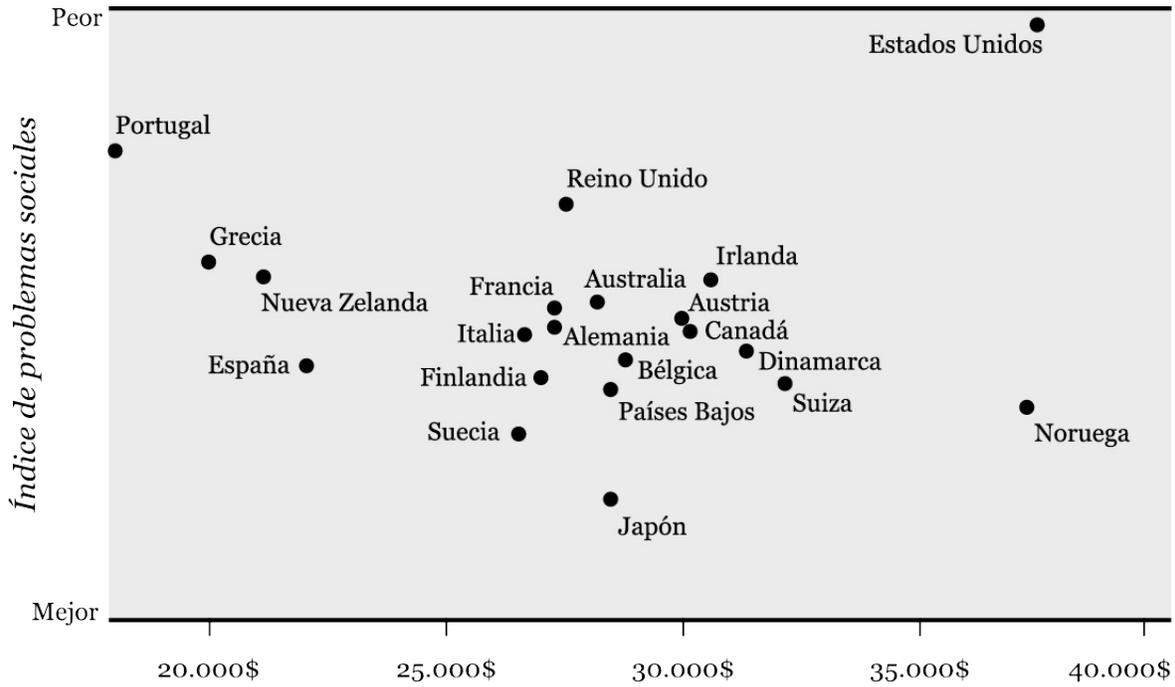
La maldición de la desigualdad

Pero ¿no era el dinero la clave para una vida feliz y sana?

Sí. Sin embargo, a escala nacional sólo hasta cierto punto. Hasta un PIB per cápita de aproximadamente 5.000 dólares anuales, la esperanza de vida se incrementa más o menos de manera automática.¹⁰⁹ Ahora bien, una vez que hay suficiente comida en la mesa, un techo sin goteras y agua corriente potable para beber, el crecimiento económico ya no garantiza el bienestar. A partir de ese punto, la igualdad es un indicador mucho más preciso.

Veamos el diagrama siguiente. El eje Y muestra un índice de problemas sociales; en el eje X está el PIB per cápita de los países. Resulta que no hay

ningún tipo de correlación entre estas dos variables. Es más, entre los países con mayor incidencia de problemas sociales, la superpotencia más rica del mundo (Estados Unidos) se sitúa casi al mismo nivel que un país con menos de la mitad de PIB per cápita (Portugal).

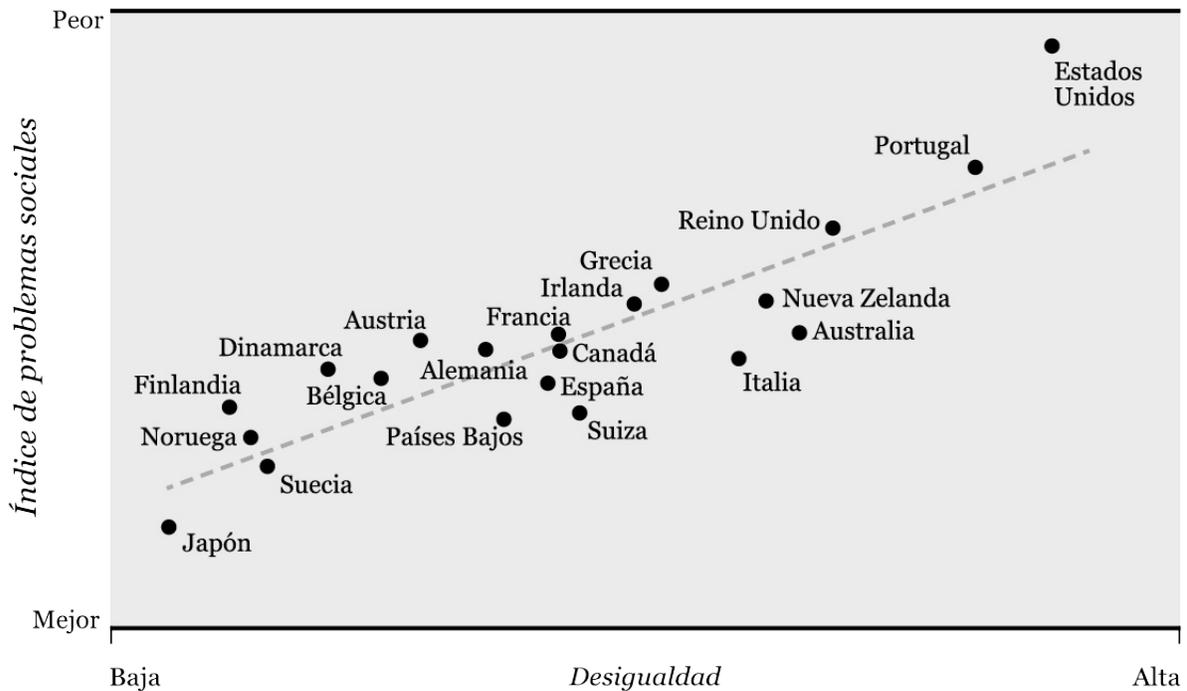


Producto interior bruto per cápita (corregido en función del poder adquisitivo)

El índice de problemas sociales (aquí en el eje Y) incluye la esperanza de vida, alfabetización, mortalidad infantil, tasa de delincuencia, población reclusa, embarazos en adolescentes, depresión, confianza social, obesidad, adicción al alcohol y a drogas y movilidad social.

Fuente: Wilkinson y Pickett

«El crecimiento económico ha hecho todo lo posible para mejorar las condiciones materiales en los países desarrollados —concluye el investigador británico Richard Wilkinson—. Cuando consigues más y más de algo, cada elemento nuevo [...] aporta menos a tu bienestar.»¹¹⁰ No obstante, el gráfico cambia radicalmente si en el eje X sustituimos los ingresos por la desigualdad de ingresos. Entonces, la imagen cristaliza de golpe, con Estados Unidos y Portugal casi juntos en la parte superior derecha.



La desigualdad (aquí en el eje x) representa la brecha entre el 20 % más rico y el 20 % más pobre en un país dado.

Fuente: Wilkinson y Pickett

Tanto si estudiamos la incidencia de la depresión, el síndrome de desgaste profesional, la drogadicción, el fracaso escolar, la obesidad, las infancias infelices, la participación electoral o la desconfianza social y política, los datos siempre señalan al mismo culpable: la desigualdad.¹¹¹

Pero un momento: ¿Qué importancia tiene que algunas personas sean asquerosamente ricas, cuando incluso los más pobres de hoy están mejor que los reyes de hace unos siglos?

Mucha. Porque es una cuestión de pobreza relativa. Por más rico que se haga un país, la desigualdad siempre acudirá a aguar la fiesta. Ser pobre en un país rico es completamente distinto que ser pobre hace un par de siglos, cuando en todas partes casi todos eran muy pobres.

Fijémonos, por ejemplo, en el acoso. Los países con grandes disparidades en riqueza tienen también más acoso, porque en ellos las diferencias de estatus son mayores. O, en palabras de Wilkinson, las «consecuencias psicosociales» son tan grandes que las personas que viven en sociedades desiguales pasan más tiempo preocupadas por cómo las ven los demás. Esto socava la calidad

de las relaciones (y se manifiesta con recelo ante los extranjeros y con ansiedad por el estatus, por ejemplo). El estrés resultante, a su vez, es un factor determinante fundamental de enfermedades y problemas de salud crónicos.

De acuerdo, pero ¿no debería preocuparnos más la igualdad de oportunidades que la igualdad de riqueza?

Lo cierto es que ambas son importantes, y estas dos formas de desigualdad son inextricables. Basta con mirar los *rankings* globales: cuando aumenta la desigualdad, desciende la movilidad social. Francamente, casi no existe ningún país en la tierra donde el sueño americano tenga menos probabilidades de hacerse realidad que en Estados Unidos. A quien se sienta ansioso por cambiar la miseria por la riqueza más le vale probar suerte en Suecia, donde la gente nacida en la pobreza todavía puede tener esperanzas de un futuro mejor.¹¹²

Que no se me malinterprete: la desigualdad no es la única fuente de dificultades. Es un factor estructural que alimenta la evolución de numerosos problemas sociales y está estrechamente unido a una constelación de otros factores. Es más, la sociedad no puede funcionar sin cierto grado de desigualdad. Todavía son necesarios incentivos para trabajar, para esforzarse y para destacar, y el dinero es un estímulo muy eficaz. Nadie quiere vivir en una sociedad donde los zapateros ganen tanto como los médicos. O mejor dicho, nadie que viviera en un sitio así querría correr el riesgo de caer enfermo.

De todos modos, hoy en casi todos los países desarrollados la desigualdad excede con creces lo que podría razonablemente considerarse deseable. En fechas recientes, el Fondo Monetario Internacional publicó un informe que revelaba que un exceso de desigualdad inhibe el crecimiento económico.¹¹³ Sin embargo, tal vez el hallazgo más fascinante sea que incluso los ricos sufren cuando la desigualdad es demasiado grande. También ellos se vuelven más proclives a la depresión, la desconfianza y muchas otras dificultades sociales.¹¹⁴

«La desigualdad de ingresos —dicen dos destacados científicos que han estudiado 24 países desarrollados— nos hace estar menos satisfechos con nuestras vidas, aunque seamos relativamente ricos.»¹¹⁵

Cuando la pobreza todavía era normal

Esto no es inevitable.

Es cierto que hace dos mil años Jesús de Nazaret dijo que los pobres siempre estarían con nosotros.¹¹⁶ Pero entonces casi todo el mundo se dedicaba a la agricultura. La economía no era lo bastante productiva para permitir una existencia confortable para todos. Y así, hasta bien entrado el siglo XVIII, la pobreza fue sólo una realidad más. «Los pobres son como las sombras en una pintura: proporcionan el contraste necesario», escribió el médico francés Philippe Hecquet (1661-1737). Según el escritor inglés Arthur Young (1741-1820), «cualquiera que no sea un idiota sabe que las clases bajas han de seguir siendo pobres o de lo contrario no serían productivas».¹¹⁷

Los historiadores se refieren a esta lógica como «mercantilismo»: la noción de que la pérdida de uno implica la ganancia de otro. Los primeros economistas del mundo moderno creían que los países sólo podían prosperar a costa de otros países; era todo una cuestión de aumentar las exportaciones. Durante las guerras napoleónicas, esta manera de pensar condujo a algunas situaciones absurdas. Inglaterra no tenía ningún problema en enviar comida a Francia, por ejemplo, pero prohibió las exportaciones de oro porque a los políticos británicos se les había metido en la cabeza que la falta de lingotes aplastaría al enemigo más deprisa que el hambre.

El principal consejo de un mercantilista siempre es reducir salarios: cuanto más bajos, mejor. La mano de obra barata proporciona una ventaja competitiva y por lo tanto potencia las exportaciones. En palabras del famoso economista Bernard de Mandeville (1670-1733): «Es manifiesto que en una nación libre donde no se permiten los esclavos, la riqueza más valiosa es tener una multitud de trabajadores pobres.»¹¹⁸

Mandeville no podría haber errado más el tiro. Ahora hemos aprendido que la riqueza produce más riqueza, tanto si nos referimos a personas como a naciones. Henry Ford lo sabía muy bien y por eso en 1914 dio a sus empleados un buen aumento; ¿cómo si no habrían podido comprar sus coches? Por su parte, el ensayista británico Samuel Johnson dijo en 1782: «La pobreza es un gran enemigo de la felicidad humana; es evidente que destruye la libertad y hace que algunas virtudes sean impracticables, y otras, extremadamente difíciles.»¹¹⁹ A diferencia de muchos de sus contemporáneos, comprendió que ser pobre no es carecer de carácter. Es carecer de dinero.

Un techo sobre nuestras cabezas

Lloyd Pendleton, el director del Grupo de Asistencia a los Sintecho de Utah, tuvo su momento de inspiración a principios de la década de 2000. El problema de los sintecho estaba fuera de control. Miles de personas dormían bajo los puentes, en los parques y en las calles de las ciudades de Utah. La policía y los servicios sociales estaban desbordados y Pendleton estaba harto. Además, tenía un plan.

En 2005, Utah lanzó su guerra contra la situación de los sintecho. Y no como lo había hecho hasta entonces, con pistolas Taser y sprays de pimienta, sino atacando el problema de raíz. ¿El objetivo? Sacar de las calles a todos los sintecho del estado. ¿La estrategia? Apartamentos gratuitos. Pendleton empezó con los diecisiete indigentes más recalcitrantes que pudo encontrar. Al cabo de dos años, en cuanto todos tuvieron un sitio donde vivir, amplió progresivamente el programa. Sin importar los antecedentes policiales, las adicciones irremediables o las montañas de deudas. En Utah, contar con un techo sobre la cabeza se convirtió en un derecho.

El programa ha tenido un éxito arrollador. Mientras en el vecino estado de Wyoming el número de personas que viven en las calles crecía en un 213%, en Utah se registró un descenso del 74% en la indigencia crónica. Y todo esto en un estado ultraconservador. Durante años, el Tea Party ha tenido un gran seguimiento en Utah, y Lloyd Pendleton no es precisamente un político de izquierdas. «Crecí en un rancho, donde se aprende a trabajar con tesón —recuerda—. Solía decir a los indigentes que consiguieran un empleo, porque pensaba que era lo único que necesitaban.»¹²⁰

Pendleton, que había sido ejecutivo, cambió de opinión cuando en una conferencia oyó la historia completa desde el punto de vista económico. Se daba la circunstancia de que regalar alojamiento era en realidad dinero caído del cielo para el presupuesto del estado. Los economistas locales calcularon que un vagabundo que vivía en la calle le costaba al gobierno 16.670 dólares al año (en concepto de servicios sociales, policía, tribunales, etcétera). En cambio, un apartamento y orientación profesional costaba la cifra más modesta de 11.000 dólares.¹²¹

Los números están claros. Hoy, Utah está en camino de eliminar por completo el problema crónico de los sintecho, convirtiéndose en el primer estado del país en resolver con éxito este asunto. Y al mismo tiempo se ha

ahorrado una fortuna.

Cómo se perdió una causa digna

Como ocurre con la pobreza, resolver el problema de los sintecho es preferible a gestionarlo solamente.¹²² El principio de «primero la vivienda», como se ha llamado a esta estrategia, ya ha dado la vuelta al mundo. En 2005, no se podía pasear por el centro de Ámsterdam o de Róterdam sin ver gente viviendo en la calle. Los sintecho eran un problema, sobre todo en los alrededores de las estaciones de tren, y eran un problema muy caro. Por consiguiente, cuando Lloyd Pendleton puso en marcha su plan en Utah, trabajadores sociales, autoridades públicas y políticos de las principales ciudades holandesas se reunieron para pensar cómo abordar este problema en los Países Bajos. Trazaron un plan de acción.

El presupuesto: 217 millones de dólares.

El objetivo: sacar de la calle a todos los sintecho.

El escenario: en primer lugar, Ámsterdam, Róterdam, La Haya y Utrecht, y luego el resto del país.

La estrategia: orientación y, claro está, vivienda gratis para todos.

El calendario: febrero de 2006 a febrero de 2014.

Fue un éxito rotundo. Al cabo de un par de años, el número de vagabundos en las grandes ciudades se había reducido en un 65%. El consumo de drogas se redujo a la mitad. Los beneficiarios de servicios de salud mental y física mejoraron significativamente y por fin quedaron libres los bancos de los parques. A principios de octubre de 2008, el programa había sacado de las calles a casi 6.500 personas sin hogar.¹²³ Y, por si fuera poco, el beneficio financiero para la sociedad duplicaba las inversiones originales.¹²⁴

Entonces llegó la crisis económica. Poco después se recortaron los presupuestos y aumentó el número de desahucios. En diciembre de 2013, tres meses antes de la fecha prevista de conclusión del plan de acción, el servicio de estadísticas de los Países Bajos publicó un desalentador comunicado de prensa. En todo el país, el número de personas sin techo batía récords. En las principales ciudades había más gente durmiendo en las calles que cuando se implementó el programa.¹²⁵ Y el problema estaba costando montones de dinero.

¿Cuánto exactamente? En 2011, el Ministerio de Sanidad holandés encargó

un estudio para averiguarlo. El informe resultante calculó los costes y los beneficios de la ayuda para los sintecho (incluido alojamiento gratuito, programas de asistencia, heroína gratis, servicios de prevención, etcétera) y concluyó que invertir en una persona que duerme en la calle ofrece el máximo rendimiento. Por cada euro invertido en combatir e impedir la indigencia, los Países Bajos consiguen un rendimiento doble o triple como consecuencia del ahorro en servicios sociales, policía y costes judiciales.¹²⁶

«La ayuda es preferible y menos cara que dejar que la gente viva en la calle», concluyeron los investigadores. Además, sus cálculos sólo tuvieron en cuenta el ahorro estatal, pero por supuesto eliminar el problema de los sintecho también tendría beneficios para los negocios de la ciudad y sus residentes.

Ayudar a los sintecho, en resumen, es una política *win-win*, o, dicho en castellano, todos ganan.

Una buena lección

Hay muchos problemas sobre los que los políticos pueden discrepar, pero el de las personas sin techo no debería ser uno de ellos. Es un problema sencillo de resolver. Es más, en realidad, solucionarlo libera fondos. Si somos pobres, nuestro principal problema es que no tenemos dinero. Si vivimos en la calle, nuestro principal problema es que no tenemos un techo sobre nuestras cabezas. Y da la casualidad de que en Europa el número de casas vacías duplica el de personas sin hogar.¹²⁷ Y en Estados Unidos hay cinco vacías por cada persona que no tiene casa.¹²⁸

Por desgracia, en lugar de intentar curar la enfermedad, optamos una y otra vez por combatir los síntomas: la policía persigue vagabundos, los médicos tratan a indigentes que duermen al aire libre y los devuelven a las calles y los trabajadores sociales ponen apósitos en heridas infectadas. Como ya hemos visto, un antiguo ejecutivo, Lloyd Pendleton, demostró en Utah que hay otra manera de hacer las cosas. Desde entonces, ha volcado sus esfuerzos en convencer a Wyoming de que también empiece a dar viviendas a los sintecho. «Son mis hermanos y hermanas —dijo en una reunión en Casper, Wyoming—. Si ellos sufren, nosotros sufrimos, como comunidad. Todos estamos conectados.»¹²⁹

Si este mensaje no basta para apelar a nuestro sentido moral, consideremos

el punto de vista económico. Porque tanto si hablamos de vagabundos holandeses, cultivadores de caña indios o muchachos cheroquis, combatir la pobreza no beneficia sólo a nuestra conciencia, sino también a nuestros bolsillos. Como señala sucintamente la profesora Costello: «Es una lección muy valiosa para la sociedad.»¹³⁰

-
92. Jessica Sedgwick, «November 1997: Cherokee Casino Opens» (1-11-2007). <https://blogs.lib.unc.edu/ncm/index.php/2007/11/01/this_month_nov_1997/>.
93. James H. Johnson Jr., John D. Kasarda y Stephen J. Appold, «Assessing The Economic and Non-Economic Impacts of Harrah's Cherokee Casino, North Carolina» (junio de 2011). <https://www.kenan-flagler.unc.edu/~media/Files/kenaninstitute/UNC_KenanInstitute_Cherokee.pdf>.
94. El dinero para los menores de dieciocho años se paga a un fondo al que se puede acceder al cumplir la mayoría de edad.
95. Jane Costello y otros, «Relationships Between Poverty and Psycho-pathology. A Natural Experiment», *Journal of the American Medical Association*, 290, núm. 15 (15-10-2003). <<http://jama.jamanetwork.com/article.aspx?articleid=197482>>.
96. Citado en Moises Velasquez-Manoff, «What Happens When the Poor Receive a Stipend?», *The New York Times* (18-1-2014). <<http://opinionator.blogs.nytimes.com/2014/01/18/what-happens-when-the-poor-receive-a-stipend/>>.
97. William Copeland y Elizabeth J. Costello, «Parents' Incomes and Children's Outcomes: A Quasi-Experiment», *American Economic Journal: Applied Economics* (enero de 2010). <<http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/pmc2891175/>>.
98. Citado en Moises Velasquez-Manoff, «What Happens When the Poor Receive a Stipend?», op. cit. Según Costello, fueron las transferencias de dinero —y no las nuevas instalaciones (escuela, hospital)— las que causaron la auténtica diferencia, porque las mejoras en las vidas de los cheroquis eran discernibles desde el momento de la llegada del dinero, mucho antes de que estuvieran disponibles los nuevos servicios.
99. Jane Costello y otros, «Relationships Between Poverty and Psycho-pathology», op. cit., p. 2029.
100. Richard Dowden, «The Thatcher Philosophy», *Catholic Herald* (22-12-1978). <<http://www.margarethatcher.org/document/103793>>.
101. Sendhil Mullainathan y Eldar Shafir, *Scarcity: Why Having Too Little Means So Much* (2013).
102. Velasquez-Manoff, «What Happens When the Poor Receive a Stipend?», op. cit.
103. Donald Hirsch, «An estimate of the cost of child poverty in 2013», Centre for Research in Social Policy: <[http://www.cpag.org.uk/sites/default/files/Cost of child poverty research update \(2013\).pdf](http://www.cpag.org.uk/sites/default/files/Cost%20of%20child%20poverty%20research%20update%20(2013).pdf)>.

104. Donald Hirsch: «Estimating the costs of child poverty», Joseph Rowntree Foundation (octubre de 2008). <<http://www.jrf.org.uk/sites/files/jrf/2313.pdf>>.
105. Véase, por ejemplo, Harry J. Holzer y otros, «The Economic Costs of Poverty in the United States. Subsequent Effects of Children Growing Up Poor», Center for American Progress (enero de 2007). <<https://www.americanprogress.org/issues/poverty/report/2007/01/24/2450/the-economic-costs-of-poverty>>.
106. He redondeado estas cifras. Véase Greg J. Duncan, «Economic Costs Of Early Childhood Poverty», Partnership for America's Economic Success, Issue Brief #4 (febrero de 2008). <<http://readynation.s3.amazonaws.com/wp-content/uploads/Economic-Costs-Of-Early-Childhood-Poverty-Brief.pdf>>.
107. Valerie Strauss, «The cost of child poverty: \$500 billion a year», *The Washington Post* (25-7-2013). <<http://www.washingtonpost.com/blogs/answer-sheet/wp/2013/07/25/the-cost-of-child-poverty-500-billion-a-year/>>.
108. Daniel Fernandes, John G. Lynch Jr. y Richard G. Netemeyer, «Financial Literacy, Financial Education and Downstream Financial Behaviors», *Management Science* (enero de 2014). <http://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=2333898>.
109. Es decir, promedio de esperanza de vida. Naturalmente, siempre hay notables diferencias de salud entre ricos y pobres en un país dado. Pero esto no obsta para que el crecimiento económico enseguida deje de influir en el promedio de esperanza de vida.
110. Citado en Rutger Bregman, «99 problemen, 1 oorzaak», *De Correspondent*. <<https://decorrespondent.nl/388/99-problemen-1-oorzaak/14916660-5a5eee06>>.
111. Véase también Brian Nolan y otros, *Changing Inequalities and Societal Impacts in Rich Countries: Thirty Countries' Experiences* (2014). Este informe, resultado de un estudio a gran escala llevado a cabo por más de doscientos investigadores en Europa, Estados Unidos, Australia, Canadá, Japón y Corea del Sur, descubrió estrechos vínculos entre desigualdad y reducción de felicidad, movilidad social y participación electoral y un mayor deseo de estatus. Las correlaciones entre delincuencia y participación social son menos claras; la pobreza tiene un efecto adverso mayor que la desigualdad.
112. Curiosamente, en países donde la igualdad es alta, como Alemania y Noruega, es menos probable que la gente se atribuya el éxito. En Estados Unidos, en cambio, es menos probable que la gente considere sus éxitos producto de la suerte o las circunstancias, como muestra la Encuesta Mundial de Valores.
113. Jonathan D. Ostry, Andrew Berg y Charalambos G. Tsangarides: «Redistribution, Inequality, and Growth», IMF (abril de 2014). <<http://www.imf.org/external/pubs/ft/sdn/2014/sdn1402.pdf>>.
114. Los descubrimientos de Wilkinson y Pickett provocaron un gran revuelo, pero desde la publicación de *The Spirit Level* han aparecido decenas de estudios más que confirman esta tesis. En 2011, la Joseph Rowntree Foundation llevó a cabo un análisis independiente de sus pruebas, y concluyó que de hecho hay un amplio consenso científico sobre la correlación entre la desigualdad y los problemas sociales. Y, fundamentalmente, hay una enorme cantidad de datos que apoyan la causalidad. Véase Karen Rowlingson, «Does income inequality cause health and social problems?» (septiembre de 2011).

<<http://www.jrf.org.uk/sites/files/jrf/inequality-income-social-problems-full.pdf>>. A la inversa, en países con un mayor estado del bienestar, ricos y pobres tienden a ser más felices y a experimentar en menor medida estos problemas sociales.

Para un estudio en profundidad sobre esto, véase Patrick Flavin, Alexander C. Pacek y Benjamin Radcliff, «Assessing the Impact of the Size and Scope of Government on Human Well-Being», *Social Forces* (junio de 2014).

<<http://sf.oxfordjournals.org/content/92/4/1241>>.

115. Jan-Emmanuel De Neve y Nattavudh Powdthavee, «Income Inequality Makes Whole Countries Less Happy», *Harvard Business Review* (12-1-2016).

<<https://hbr.org/2016/01/income-inequality-makes-whole-countries-less-happy>>.

116. Véase Mateo 26:11, Marcos 14:7 y Juan 12:8.

117. Citado en Emily Badger, «Hunger Makes People Work Harder, and Other Stupid Things We Used to Believe About Poverty», *The Atlantic Cities* (17-7-2013).

<<http://www.theatlanticcities.com/jobsandconomy/2013/07/hunger-makes-people-work-harder-and-other-stupid-things-we-used-believe-about-poverty/6219/>>.

118. Bernard de Mandeville, *The Fable of the Bees: or, Private Vices, Publick Benefits* (1714). [Versión en castellano: *La fábula de las abejas: o los vicios privados hacen la prosperidad pública*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 2004.]

119. Samuel Johnson, «Letter to James Boswell» (7-12-1782).

120. Citado en Kerry Drake, «Wyoming can give homeless a place to live, and save money», *Wyofile* (3-12-2013). <<http://www.wyofile.com/column/wyoming-homelessness-place-live-save-money/>>.

121. Un estudio llevado a cabo en Florida ha demostrado que una persona que vive en la calle supone un coste de 31.000 dólares al año, mientras que proporcionarle una casa y un trabajador social costaría al estado sólo 10.000 dólares. Un estudio en Colorado calculó los costes en 43.000 dólares frente a 17.000 dólares anuales. Véase Kate Santich, «Cost of homelessness in Central Florida? \$31K per person», *Orlando Sentinel* (21-5-2014).

<http://articles.orlandosentinel.com/2014-05-21/news/os-cost-of-homelessness-orlando-20140521_1_homeless-individuals-central-orida-commission-tulsa> y Scott Keyes, «Colorado Proves Housing The Homeless Is Cheaper Than Leaving Them On The Streets», *Think Progress* (5-9-2013). <<http://thinkprogress.org/economy/2013/09/05/2579451/coloradohomeless-shelter>>.

122. Malcolm Gladwell escribió un brillante ensayo al respecto. Véase:

<<http://gladwell.com/million-dollar-murray>>.

123. Birgit Kooijman, «Rotterdam haalt daklozen in huis», *Binnenlands Bestuur* (28-8-2009). <<http://www.binnenlandsbestuur.nl/sociaal/achtergrond/achtergrond/rotterdam-haalt-daklozen-inhuis.127589.lynkx>>

124. Plan van aanpak Maatschappelijke Opvang Fase II, «Van de straat naar een thuis»:

<https://www.utrecht.nl/fileadmin/uploads/documenten/5.sociaal-maatschappelijk/Zorg_voor_sociaal_kwetsbaren/OCW_Plan_van_Aanpak_MO_fase2_SAM

125. En 2006 había alrededor de 10.000 personas sin hogar en cuatro grandes ciudades, según el Plan de Acción. En 2009 la cifra se había reducido a unos 6.500, pero en 2012 había repuntado hasta 12.400. Véase Statistics Netherlands Statline, «Daklozen»;

persoonskenmerken»: <<http://statline.cbs.nl/StatWeb/publication/?VW=T&DM=SLNL&PA=80799NED&LA=NL>>.

126. Cebeon, «Kosten en baten van Maatschappelijke opvang. Bouwstenen voor effectieve inzet van publieke middelen» (2011). <<http://www.opvang.nl/site/item/kosten-en-baten-van-maatschappelijke-opvang-bouwstenen-voor-effectieve>>.

127. Ruper Neate, «Scandal of Europe's 11m empty homes», *The Guardian* (23-2-2014). <<http://www.theguardian.com/society/2014/feb/23/europe-11m-empty-properties-enough-house-homeless-continent-twice>>.

128. Richard Bronson, «Homeless and Empty Homes – an American Travesty», *The Huffington Post* (24-8-2010). <http://www.huffingtonpost.com/richard-skip-bronson/post_733_b_692546.html>.

129. Citado en John Stoehr, «The Answer to Homelessness», *The American Conservative* (20-3-2014). <<http://www.theamericanconservative.com/articles/the-answer-to-homelessness>>.

130. Citado en Moises Velasquez-Manoff, «What Happens When the Poor Receive a Stipend?», op. cit.

Quienes no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo.

GEORGE SANTAYANA (1863-1952)

4

La extraña historia del presidente Nixon y su ley de renta básica

La historia no es una ciencia que ofrezca lecciones prácticas en pequeñas porciones para la vida cotidiana. Por supuesto, reflexionar sobre el pasado puede ayudarnos a poner en perspectiva nuestros juicios y tribulaciones, desde un grifo que gotea hasta la deuda nacional. Al fin y al cabo, en el pasado casi todo era peor. Pero ahora que el mundo cambia más deprisa que nunca, el pasado nos parece más remoto. Hay una brecha creciente entre nosotros y ese mundo ajeno, un mundo que nos cuesta comprender. «El pasado es un país extranjero —escribió una vez un novelista—. Allí hacen las cosas de otra manera.»¹³¹

Aun así, creo que los historiadores pueden ofrecer algo más que puntos de vista sobre nuestras aflicciones del presente. El país extranjero al que llamamos «pasado» también nos permite mirar más allá de los horizontes de lo que es para atisbar lo que podría ser. ¿Por qué elaborar teorías sobre una renta básica incondicional si podemos estudiar su auge y caída en los años setenta?

Ya estemos buscando sueños nuevos o redescubriendo viejos sueños, no podemos avanzar sin mirar al pasado. Es el único lugar donde lo abstracto se vuelve concreto, donde podemos ver que ya vivimos en la tierra de la abundancia. El pasado nos enseña una lección simple pero crucial: las cosas podrían ser diferentes. La manera en que está organizado el mundo no es el resultado de un desarrollo axiomático. Nuestra situación actual podría fácilmente ser el resultado de los giros de la historia, triviales y sin embargo decisivos.

Los historiadores no creen en las leyes definidas y constantes del progreso o la economía; el mundo no se rige por fuerzas abstractas, sino por personas que diseñan su camino. En consecuencia, el pasado no sólo pone las cosas en perspectiva; también puede galvanizar nuestra imaginación.

La sombra de Speenhamland

Si hubo alguna vez una historia que demuestre que las cosas podrían ser diferentes y que la pobreza no es un mal necesario, ésa es la historia de Speenhamland, en Inglaterra.

Era el verano de 1969, al final de la década que nos trajo el *flower power* y Woodstock, el rock'n'roll y Vietnam, Martin Luther King y el feminismo. Era una época en la que todo parecía posible, incluso que un presidente conservador reforzara el estado del bienestar.

Richard Nixon no era el candidato más previsible para hacer realidad el viejo sueño utópico de Tomás Moro, pero, a veces, la historia tiene un extraño sentido del humor. El mismo hombre que en 1974 tuvo que dimitir como consecuencia del escándalo Watergate había estado a punto, en 1969, de aprobar una renta incondicional para todas las familias pobres. Habría sido un gran salto adelante en la guerra contra la pobreza, ya que garantizaba a las familias de cuatros miembros 1.600 dólares al año, equivalentes a unos 10.000 dólares de 2016.

Una persona empezó a darse cuenta de adónde se dirigía todo esto: a un futuro donde el dinero se consideraría un derecho fundamental. Martin Anderson era asesor del presidente y se opuso al plan con vehemencia. Anderson era un admirador de la escritora Ayn Rand, cuya utopía giraba en torno al libre mercado, así que el concepto de una renta básica iba contra los ideales de gobierno limitado y responsabilidad individual, que él tanto valoraba.

De manera que lanzó una ofensiva.

El mismo día que Nixon pretendía hacer público su plan, Anderson le entregó un informe. En las semanas siguientes, este documento de seis páginas acerca de un caso ocurrido en Inglaterra ciento cincuenta años antes logró lo impensable: hizo cambiar de opinión a Nixon y, al mismo tiempo, cambió el curso de la historia.

El informe se titulaba «Breve historia de un “sistema de seguridad familiar”» y estaba formado casi por completo de pasajes del libro clásico del sociólogo Karl Polanyi *La gran transformación* (1944). En el capítulo séptimo, Polanyi describe uno de los primeros sistemas del bienestar del mundo, desarrollado a principios del siglo XIX en Inglaterra y conocido como el sistema Speenhamland. Este sistema tenía una sospechosa semejanza con la

renta básica.

El dictamen de Polanyi era demoledor. El sistema no sólo incitaba a los pobres a una mayor ociosidad, reduciendo la productividad y los salarios, sino que amenazaba los cimientos mismos del capitalismo. Escribió: «Presentaba una innovación social y económica no menos importante que el “derecho a la vida” y, hasta su abolición en 1834, impidió efectivamente la creación de un mercado laboral competitivo.» Speenhamland tuvo como consecuencia «la pauperización de las masas», que, según Polanyi, «casi perdieron su forma humana». La renta básica no estableció un suelo, argumentó, sino un techo.

En la parte superior del informe presentado a Nixon había una cita del escritor hispanoestadounidense George Santayana: «Quienes no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo.»¹³²

El presidente se quedó estupefacto. Llamó a sus principales asesores y les pidió que estudiaran a fondo lo que había acontecido en Inglaterra un siglo y medio antes. Le mostraron las conclusiones iniciales de los programas piloto en Seattle y Denver, que demostraban claramente que la gente no había empezado a trabajar menos. Es más, señalaron que, en realidad, el modelo de Speenhamland se parecía más a la maraña de gasto social que Nixon había heredado, que en la práctica mantenía a la gente atrapada en un círculo vicioso de pobreza.

Dos de los principales asesores de Nixon, el sociólogo y después senador Daniel Moynihan y el economista Milton Friedman, argumentaron que el derecho a una renta ya existía, por mucho que fuera «un derecho legal que, sin embargo, la sociedad había logrado estigmatizar».¹³³ Según Friedman, la pobreza sólo significaba escasez de dinero en efectivo. Nada más y nada menos.

Sin embargo, Speenhamland proyectó una sombra que se extendió mucho más allá del verano de 1969. El presidente cambió de rumbo y adoptó un nuevo discurso. Mientras que su plan inicial de renta básica no incluía ninguna cláusula para obligar a la gente a trabajar, el nuevo plan destacaba la importancia del empleo remunerado. Y mientras que el debate sobre la renta básica durante el mandato del presidente Johnson empezó cuando los expertos señalaron que el desempleo se estaba volviendo endémico, Nixon hablaba ahora del desempleo como «elección». Deploró el intervencionismo

gubernamental, a pesar de que su plan iba a proporcionar ayuda económica a unos 13 millones más de estadounidenses (el 90% de los cuales eran pobres que trabajaban).

«Nixon proponía al público americano un nuevo tipo de contrato social — escribe el historiador Brian Steensland—, pero no ofrecía un nuevo marco conceptual para poder comprenderlo.»¹³⁴ De hecho, Nixon envolvió sus ideas progresistas en un discurso conservador.

Bien podríamos preguntarnos: ¿qué pretendía el presidente?

Hay una breve anécdota que lo explica. El 7 de agosto de ese mismo año, Nixon le dijo a Moynihan que había estado leyendo biografías del primer ministro británico Benjamin Disraeli y el estadista lord Randolph Churchill (el padre de Winston). «Los conservadores y las políticas liberales —señaló Nixon— son lo que ha cambiado el mundo.»¹³⁵ El presidente quería hacer historia. Vio que se le presentaba la rara oportunidad histórica de abandonar el viejo sistema, ayudar a millones de trabajadores pobres y obtener una victoria decisiva en la guerra contra la pobreza. En resumen, Nixon veía la renta básica como el matrimonio definitivo entre la política conservadora y la progresista.

Sólo debía convencer a la Cámara de Representantes y al Senado. A fin de tranquilizar a sus compañeros republicanos y gestionar la preocupación sobre el precedente de Speenhamland, Nixon decidió añadir una cláusula adicional a su proyecto de ley. Los beneficiarios de la renta básica que no trabajaran tendrían que inscribirse en el Departamento de Trabajo. Nadie en la Casa Blanca esperaba que este requerimiento tuviera mucho efecto. «Me importa un pimiento el requisito de buscar empleo —dijo Nixon en privado—. Es el precio de recibir 1.600 dólares.»¹³⁶

Al día siguiente, el presidente presentó el proyecto de ley en un discurso televisado. Si la prestación tenía que disfrazarse de subsidio para que la renta básica superara el obstáculo del Congreso, que así fuera. Lo que Nixon no supo prever fue que su discurso contra la indolencia de los pobres y los desempleados acabaría poniendo al país contra la renta básica y el estado del bienestar en su conjunto.¹³⁷ El presidente conservador que soñaba con pasar a la historia como un líder progresista perdió una oportunidad única para destruir un estereotipo que tenía sus raíces en la Inglaterra del siglo XIX: el mito de la holgazanería de los pobres.

Para rechazar este estereotipo, debemos plantear una sencilla pregunta histórica: ¿qué pasó realmente en Speenhamland?

La ironía de la historia

Rebobinemos hasta el año 1795.

La Revolución francesa llevaba seis años generando ondas expansivas por el continente europeo. También en Inglaterra el descontento social había alcanzado el punto de ebullición. Sólo dos años antes, un joven general llamado Napoleón Bonaparte había aplastado a los ingleses en el sitio de Tolón, en el sur de Francia. Por si esto fuera poco, Inglaterra padecía otro año de malas cosechas sin poder importar grano del continente. Mientras los precios del grano continuaban subiendo, la amenaza de la revolución planeaba cada vez más cerca de las costas británicas.

En un distrito del sur de Inglaterra, la gente comprendió que la represión y la propaganda ya no bastarían para controlar la marea del descontento. El 6 de mayo de 1795, los regidores de Speenhamland se reunieron en la posada del pueblo, en Speen, y acordaron reformar radicalmente la ayuda a los pobres. En concreto, a las ganancias de «todos los hombres pobres industriosos y sus familias» se les añadiría un complemento, vinculado al precio del pan y asignado a cada miembro de la familia hasta alcanzar el nivel de subsistencia.¹³⁸ Cuanto más numerosa la familia, mayores los pagos.

No fue el primer programa de auxilio público, ni siquiera el primero en Inglaterra. Durante el reinado de Isabel I (1533-1603), la Ley de Pobres había introducido dos formas de asistencia: una para los pobres que la merecían (los ancianos, niños y discapacitados) y otra para los que había que forzar a trabajar. A los de la primera categoría se los internaba en casas de beneficencia. Y los de la segunda se asignaban a terratenientes después de una subasta, y el gobierno local cumplimentaba sus salarios hasta un mínimo acordado. El sistema Speenhamland puso fin a esta distinción, tal como pretendió hacer Nixon ciento cincuenta años más tarde. A partir de entonces, los necesitados serían simplemente necesitados y todo aquel que lo precisara tendría derecho a recibir ayuda.

El sistema se extendió con rapidez por el sur de Inglaterra. El primer ministro William Pitt el Joven incluso intentó convertirlo en ley nacional. El programa cosechó un gran éxito en todos sus aspectos: disminuyeron el hambre

y las penurias y, lo más importante, la revuelta se cortó de raíz. En el mismo período, no obstante, surgieron dudas acerca de la prudencia de ayudar a los pobres. En 1786, el pastor Joseph Townsend ya había advertido en su *Disertación sobre la Ley de Pobres*, casi una década anterior a Speenhamland, de que «sólo el hambre puede incentivarlos y alentarlos al trabajo; sin embargo, nuestras leyes han dictado que nunca pasen hambre». Otro clérigo, Thomas Malthus, desarrolló las ideas de Townsend. En el verano de 1798, en vísperas de la revolución industrial, describió «la gran dificultad» en el camino del progreso «que a mí me parece irremontable». Su premisa era doble: 1) los humanos necesitan comida para sobrevivir, y 2) la pasión entre los sexos no puede erradicarse.

¿Su conclusión? El crecimiento de la población siempre excedería a la producción de alimentos. Según el piadoso Malthus, la abstinencia sexual era lo único que podía impedir que los Cuatro Jinetes del Apocalipsis descendieran para extender la guerra, el hambre, la enfermedad y la muerte. De hecho, Malthus estaba convencido de que Inglaterra se hallaba al borde de un desastre tan terrible como la Peste Negra que entre 1349 y 1353 acabó con la mitad de su población.¹³⁹

En todo caso, las consecuencias de ayudar a los pobres serían nefastas. El sistema de Speenhamland sólo animaría a la gente a casarse y procrear de forma rápida y prolífica. Uno de los mejores amigos de Malthus, el economista David Ricardo, creía que una renta básica también los tentaría a trabajar menos, con lo que la producción de alimentos se reduciría todavía más y avivaría las llamas de una revolución como la francesa en suelo inglés.¹⁴⁰

A finales del verano de 1830 estalló el levantamiento pronosticado. Al grito de «¡pan o sangre!», miles de jornaleros de todo el país destrozaron las cosechadoras de los terratenientes exigiendo un salario digno. Las autoridades adoptaron medidas enérgicas, arrestando, encarcelando y deportando a 2.000 alborotadores y sentenciando a otros a muerte.

En Londres, las autoridades gubernamentales comprendieron que había que hacer algo. Se inició una investigación a escala nacional sobre las condiciones del trabajo agrícola, la pobreza rural y el sistema Speenhamland en sí. En la primavera de 1832 se puso en marcha el mayor estudio estatal hasta la fecha, con investigadores que entrevistaron a centenares de personas y recopilaron

resmas de datos que, en última instancia se convirtieron en un informe de 13.000 páginas. No obstante, la conclusión podía resumirse en una sola frase: Speenhamland había sido un desastre.

Los investigadores de la Comisión Real culparon a la renta básica de la explosión demográfica, la reducción de los salarios, el aumento de la conducta inmoral... En definitiva, del absoluto deterioro de la clase obrera inglesa. Sin embargo, afortunadamente, en cuanto se derogó la renta básica se comprobó que:

1. Los pobres se volvieron otra vez laboriosos.
2. Desarrollaron «hábitos frugales».
3. Aumentó la «demanda laboral».
4. Los salarios «en general prosperaron».
5. Se redujeron los «matrimonios imprudentes y deplorables».
6. Su «condición moral y social mejoró en todos los sentidos».¹⁴¹

El Informe de la Comisión Real, que recibió un gran apoyo y divulgación, se consideró durante mucho tiempo una fuente autorizada en las emergentes ciencias sociales, siendo la primera vez que un gobierno había reunido datos de manera sistemática para sustanciar una decisión complicada.

Incluso Karl Marx, treinta años después, lo usó como base para su condena del sistema de Speenhamland en su obra magna, *El capital* (1867). La ayuda a los pobres, dijo, era una táctica que usaban los patrones para mantener los salarios en su nivel más bajo posible y delegar la responsabilidad en el gobierno local. Como su amigo Friedrich Engels, Marx vio en las viejas leyes de pobres la reliquia de un pasado feudal. Liberar al proletariado de las cadenas de la pobreza requería una revolución, no una renta básica.

Las voces críticas con el sistema de Speenhamland adquirieron una gran autoridad, y tanto en la izquierda como en la derecha el experimento se consideró un fracaso histórico. Ya en el siglo XX, pensadores eminentes como Jeremy Bentham, Alexis de Tocqueville, John Stuart Mill, Friedrich Hayek y sobre todo Karl Polanyi lo denunciarían.¹⁴² Speenhamland era un ejemplo de manual de un programa gubernamental que, con las mejores intenciones, había allanado el camino al infierno.

Ciento cincuenta años después

Pero la historia no acaba aquí.

En los años sesenta y setenta, los historiadores volvieron a examinar el Informe de la Comisión Real sobre Speenhamland y descubrieron que gran parte del texto se había escrito antes de que se recopilara ningún dato. De los cuestionarios distribuidos, sólo se rellenó el 10%. Además, las preguntas eran capciosas y las opciones de respuestas estaban prefijadas. Encima, casi ninguno de los entrevistados era beneficiario del programa. Las supuestas pruebas provenían sobre todo de la elite local, y en particular del clero, cuyo punto de vista general era que los pobres sólo estaban haciéndose más malvados y perezosos.

El Informe de la Comisión Real, en gran medida inventado, había sentado las bases de una nueva y draconiana Ley de Pobres. Incluso se dijo que el secretario de la comisión, Edwin Chadwick, ya tenía «la ley en su cabeza» antes de que empezara la investigación, pero había sido lo bastante astuto para obtener antes algunas pruebas. Además, según otro miembro de la comisión, Chadwick gozaba de la «admirable facultad» de conseguir que los testigos dijeran lo que él quería, como «un cocinero francés capaz de hacer un ragú excelente con un par de zapatos».¹⁴³

Dos investigadores modernos apuntaron que quienes redactaron el informe apenas se habían preocupado de analizar los datos, aunque sí emplearon «una elaborada estructura de apéndices para dar más peso a sus “conclusiones”».¹⁴⁴ Su enfoque no podría haber sido más diferente que el de los experimentos rigurosos llevados a cabo en Canadá y Estados Unidos en los años sesenta y setenta (véase capítulo 2). Esos experimentos habían sido innovadores y meticulosos, pero apenas tuvieron ninguna influencia, mientras que el Informe de la Comisión Real, que estaba basado en una metodología científica falaz, sirvió para desviar el curso de acción del presidente Nixon ciento cincuenta años después.

Un estudio más reciente ha revelado que el sistema Speenhamland fue en realidad un éxito. Malthus se equivocó respecto a la explosión demográfica, que era atribuible sobre todo a la creciente demanda de mano de obra infantil. Entonces, los niños eran como huchas andantes, y sus ingresos, una especie de plan de pensiones para los padres. Incluso ahora, en cuanto las poblaciones escapan de la pobreza, los índices de natalidad se reducen y la gente encuentra

otras formas de invertir en su futuro.¹⁴⁵

El análisis de Ricardo era igualmente defectuoso. No había trampa de pobreza en el sistema Speenhamland y a los asalariados se les permitía mantener su subsidio —al menos en parte— incluso si sus beneficios se incrementaban.¹⁴⁶ Como tal, la renta básica no causó pobreza, pero se adoptó precisamente en aquellos distritos donde el sufrimiento ya era más agudo.¹⁴⁷ Y, en realidad, el malestar rural lo había desencadenado la adopción, en 1819, del patrón oro de la preguerra; por cierto, siguiendo el consejo de David Ricardo.¹⁴⁸

Marx y Engels también se equivocaron. Con toda la competición que existía entre terratenientes para conseguir mano de obra decente, los salarios no podían reducirse. Además, la investigación histórica moderna ha revelado que la aplicación del sistema Speenhamland fue más limitada de lo que se suponía. Los pueblos donde el sistema no se puso en práctica sufrieron las penurias causadas por el patrón oro, la llegada de la industria del norte y la invención de la trilladora. Esta máquina, que ayudaba a separar el trigo de la paja, destruyó miles de empleos de una tacada, provocando el descenso de los salarios y el consiguiente incremento del coste de ayudar a los pobres.

Mientras tanto, la tendencia de aumento continuado de la producción agrícola nunca flaqueó, incrementándose en un tercio entre 1790 y 1830.¹⁴⁹ La comida era más abundante que nunca, pero cada vez era menor la porción de la población inglesa que podía costársela. No porque fueran holgazanes, sino porque estaban perdiendo la carrera contra las máquinas.

Un sistema cruel

En 1834, el sistema Speenhamland fue desmantelado de manera definitiva. El levantamiento de 1830, que con toda probabilidad se habría producido antes de no haber sido por la renta básica, marcó el fin de la primera prueba de transferencia de dinero en efectivo, y se culpó a los pobres de su propia pobreza. Después de 1834, Inglaterra, que previamente había invertido el 2% de sus ingresos nacionales en ayudas a los pobres, redujo esa cifra a sólo un 1%.¹⁵⁰

La nueva Ley de Pobres introdujo quizá la forma más cruel de «asistencia pública» de la que el mundo ha sido jamás testigo. Creyendo que los «asilos de pobres» eran el único remedio eficaz contra la pereza y la depravación, la

Comisión Real obligó a los pobres a un trabajo esclavizado brutal, desde picar piedra hasta impulsar los molinos de pedal. Y mientras tanto, los pobres pasaban hambre. En la población de Andover, los internos incluso recurrieron a roer los huesos que se usaban para obtener fertilizante.

Al entrar en el asilo de pobres, los cónyuges eran separados y los niños apartados de sus padres definitivamente. A las mujeres se les hacía pasar hambre como precaución contra el embarazo. Charles Dickens se hizo famoso por su recreación de las penurias de los pobres de aquella época. «Por favor, señor, quiero un poco más», pide el pequeño Oliver Twist en un asilo donde a los niños les daban tres raciones diarias de gachas, dos cebollas por semana y una rebanada de pan los domingos. Lejos de ayudar a los pobres, la amenaza fantasmagórica de acabar en el asilo permitió que los patrones mantuvieran unos salarios de miseria.

Entretanto, el mito de Speenhamland desempeñó un papel central en la propagación de la idea de un mercado libre y autorregulado. Según dos historiadores contemporáneos, ayudó a «encubrir el primer gran fracaso de la nueva ciencia de la economía política».¹⁵¹ Hasta después de la Gran Depresión no se puso de manifiesto la obsesiva cortedad de miras de Ricardo con el patrón oro. En última instancia, el mercado perfecto y autorregulado se reveló como una ilusión.

El sistema Speenhamland, en cambio, fue un medio eficaz de afrontar la pobreza. En un mundo que estaba cambiando a ritmo frenético, ofrecía seguridad. «Lejos de tener un efecto inhibitorio, probablemente contribuyó a la expansión económica», concluyó un estudio posterior.¹⁵² Simon Szreter, historiador de la Universidad de Cambridge, incluso argumenta que la legislación contra la pobreza fue fundamental en el ascenso de Inglaterra como superpotencia mundial. Según Szreter, al reforzar la seguridad de ingresos y la movilidad de los trabajadores, la antigua Ley de Pobres y el sistema Speenhamland convirtieron la industria agraria inglesa en la más eficiente del mundo.¹⁵³

Un mito pernicioso

De vez en cuando se acusa a los políticos de no interesarse lo suficiente por el pasado. No obstante, en este caso quizá Nixon se excedió. Incluso siglo y medio después del fatídico informe, el mito de Speenhamland seguía vivo.

Cuando la ley de Nixon fracasó en el Senado, los pensadores conservadores empezaron a arremeter contra el estado del bienestar con los mismos argumentos erróneos que se emplearon en 1834.

Estos argumentos aparecieron en *Riqueza y pobreza*, el enorme superventas de 1981 de George Gilder, que se convertiría en el autor más citado por Reagan y que caracterizaba la pobreza como un problema moral enraizado en la holgazanería y el vicio. Y años después volvieron a aparecer en *Losing Ground*, un influyente libro en el que el sociólogo conservador Charles Murray recicló el mito de Speenhamland.¹⁵⁴ El apoyo del gobierno, escribió, sólo socavaría la moral sexual y la ética del trabajo de los pobres.

Era como una repetición de Townsend y Malthus, pero, como señaló acertadamente un historiador: «Allí donde encuentres pobres, también encontrarás a quienes no lo son teorizando sobre la inferioridad cultural y la disfunción de éstos.»¹⁵⁵ Incluso el exconsejero de Nixon Daniel Moynihan dejó de creer en la renta básica cuando pensaron, inicialmente, que las tasas de divorcio se habían disparado durante el programa piloto de Seattle, una conclusión que después quedó desacreditada como un error matemático.¹⁵⁶ También dejó de creer en ella el presidente Carter, aunque alguna vez había considerado la idea.

Martin Anderson, fiel seguidor de Ayn Rand, olió la victoria. «La reforma radical del estado del bienestar es un sueño imposible», se ufano en el *New York Times*.¹⁵⁷ Había llegado la hora de recortar el viejo estado del bienestar, como en 1834 había hecho la Ley de Pobres inglesa. En 1996, el presidente demócrata Bill Clinton dismanteló «el estado del bienestar tal como lo conocemos». Por primera vez desde que se promulgó en 1935 la Ley de Seguridad Social, la ayuda a los pobres volvió a considerarse un favor, en lugar de un derecho. La «responsabilidad personal» era la nueva expresión en boga. La perfectibilidad de la sociedad cedió el paso a la perfectibilidad del individuo, ejemplificada en la asignación de 250 millones de dólares a «la educación para la castidad» de las madres solteras.¹⁵⁸ El reverendo Malthus seguramente lo habría aprobado.

Entre las pocas voces disidentes estaba la del viejo Daniel Moynihan; no porque el sistema hubiera sido fantástico, sino porque era mejor que nada.¹⁵⁹ Dejando de lado sus recelos iniciales, Moynihan vaticinó que la pobreza infantil aumentaría si el estado del bienestar se reducía aún más. «Deberían

avergonzarse —dijo del gobierno de Clinton—. La historia hará que se avergüencen».¹⁶⁰ Entretanto, la pobreza infantil en Estados Unidos volvió a ascender al nivel de 1964, cuando empezó la guerra contra la pobreza y la carrera de Moynihan.

Las lecciones de la historia

Sin embargo, las cosas podrían haber sido diferentes.

En la Universidad de Princeton, el historiador Brian Steensland ha estudiado meticulosamente el ascenso y la caída de la renta básica en Estados Unidos y subraya que si el plan de Nixon hubiera seguido adelante, las ramificaciones habrían sido enormes, y hoy la asistencia pública no se vería como una forma de consentir a aprovechados y holgazanes. Y no existiría la distinción entre los pobres «merecedores» de ayuda y los «no merecedores».

Enraizada en la vieja Ley de Pobres isabelina, esta distinción histórica es, hasta la fecha, uno de los principales obstáculos a un mundo sin pobreza. La renta básica podría cambiar eso, proporcionando un mínimo garantizado para todos.¹⁶¹ Si Estados Unidos, la nación más rica del mundo, hubiera seguido ese camino, no cabe duda de que otros países lo habrían seguido también.

Pero la historia tomó un giro diferente. Los argumentos que se habían utilizado en defensa de la renta básica (que el viejo sistema era ineficiente, caro, degradante) se utilizaron contra el estado del bienestar en su totalidad. La sombra de Speenhamland y el discurso equivocado de Nixon sentaron las bases para los recortes de Reagan y Clinton.¹⁶²

En la actualidad, la idea de una renta básica para todos los estadounidenses es, en palabras de Steensland, tan inconcebible como lo fueron en el pasado el sufragio para las mujeres y la igualdad de derechos para las minorías raciales.¹⁶³ Es difícil imaginar que alguna vez seamos capaces de librarnos del dogma de que si quieres dinero debes trabajar para conseguirlo. Que en cierta ocasión un presidente tan reciente y conservador como Richard Nixon intentara instaurar una renta básica es algo que parece haberse evaporado de la memoria colectiva.

El estado vigilante

Tal como dijo uno de los grandes escritores del siglo XX, «lo primero que

descubres de la pobreza es su peculiar mezquindad». George Orwell tenía que saberlo, pues había experimentado la pobreza en primera persona. En su libro de memorias *Sin blanca en París y Londres* (1933), escribe: «Uno diría que sería muy simple; es extraordinariamente complicado. Pensabas que sería terrible; sólo es sórdido y aburrido.»

Orwell recuerda haber pasado días enteros tumbado en la cama porque no había nada por lo que valiera la pena levantarse. El elemento crucial de la pobreza, dice, es que «aniquila el futuro». Lo único que queda es sobrevivir en el aquí y ahora. También se maravilla de «cómo la gente da por sentado que tiene derecho a sermonearte en cuanto tus ingresos caen por debajo de cierto nivel».

Sus palabras resuenan hoy con la misma fuerza. En décadas recientes, nuestros estados del bienestar parecen cada vez más estados vigilantes. Sirviéndose de tácticas de Gran Hermano, el Gran Gobierno nos está empujando a una Gran Sociedad. Últimamente, algunos países desarrollados han reforzado las políticas «activas» para los desempleados, que van desde los talleres de búsqueda de empleo hasta los turnos de recogida de basura y desde la terapia psicológica hasta la formación en LinkedIn. Aunque haya diez aspirantes por cada empleo, el problema se atribuye de manera sistemática no a la demanda, sino a la oferta. Es decir, a los desempleados, que no han desarrollado su capacidad de búsqueda de empleo o simplemente no han hecho todo lo posible.

Cabe destacar que los economistas han denunciado esta industria del desempleo desde sus inicios.¹⁶⁴ Algunos programas de reincorporación al mercado laboral incluso contribuyen a prolongar el desempleo,¹⁶⁵ y los trabajadores sociales asignados a ayudar a los beneficiarios del subsidio a encontrar un empleo a menudo cuestan más que la prestación del paro. A largo plazo, los costes del estado vigilante son todavía mayores. Al fin y al cabo, pasar una semana laboral asistiendo a talleres inútiles o realizando tareas anodinas deja menos tiempo para educar a los hijos, formarse y buscar un verdadero empleo.¹⁶⁶

Imaginemos el caso de una madre con dos hijos a la que le recortan los beneficios sociales porque no ha desarrollado lo suficiente sus capacidades laborales. El gobierno se ahorra un par de miles de dólares, pero los costes derivados como consecuencia de los niños que crecerán en la pobreza,

comerán mal, sacarán malas notas y tendrán más probabilidades de toparse con la justicia son mucho mayores.

De hecho, las críticas conservadoras al viejo estado niñera dan en el clavo. El embrollo burocrático mantiene a la gente atrapada en la pobreza. En realidad produce dependencia. Mientras de los empleados se espera que demuestren sus capacidades, los servicios sociales exigen a los solicitantes que demuestren sus limitaciones; que justifiquen una y otra vez, y sin lugar a dudas, que su enfermedad los debilita, que su depresión los incapacita y que su probabilidad de conseguir empleo es escasa. De lo contrario, pierden su subsidio. Formularios, entrevistas, controles, recursos, evaluaciones, consultas y luego aún más formularios, cada proceso de solicitud de asistencia tiene su propio protocolo degradante que devora dinero. En boca de un trabajador social británico: «Pisotea la intimidad y la autoestima hasta un punto inconcebible para cualquiera que no conozca el sistema de beneficios sociales. Crea una perniciosa nube de sospecha.»¹⁶⁷

Esto no es una guerra contra la pobreza; es una guerra contra los pobres. No hay mejor forma de convertir a los que están en el peldaño más bajo de la sociedad —incluso a genios como Orwell— en una legión de vagos, indolentes, frustrados e incluso agresivos. Los están formando para ello. Si hay algo que los capitalistas tienen en común con los comunistas de antaño es la obsesión patológica por el trabajo remunerado. Del mismo modo que los comercios de la época soviética empleaban «tres funcionarios para vender un trozo de carne», obligamos a los solicitantes de subsidios a llevar a cabo tareas inútiles, aunque eso nos conduzca a la bancarrota.¹⁶⁸

Capitalista o comunista, todo se reduce a una distinción inane entre dos tipos de pobres, y a un error de concepto fundamental que estuvimos a punto de corregir hace unos cuarenta años: la falacia de que una vida sin pobreza es un privilegio por el que hemos de trabajar, en lugar de un derecho que todos merecemos.

131. El escritor británico Leslie Poles Hartley (1895-1972).

132. Brian Steensland, *The Failed Welfare Revolution. America's Struggle over Guaranteed Income Policy*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 2008, p. 93.

133. Ibídem, p. 96.

134. Ibídem, p. 115.

135. Peter Passell y Leonard Ross, «Daniel Moynihan and President-elect Nixon: How charity didn't begin at home», *The New York Times* (14-1-1973).

<<http://www.nytimes.com/books/98/10/04/specials/moynihan-income.html>>.

136. Ibídem.

137. Un estudio reciente llevado a cabo en la Universidad Johns Hopkins revela que en los últimos treinta años el estado del bienestar se ha centrado cada vez más en los «pobres ricos», personas que tienen empleo, están casadas o son ancianos y que se considera que «merecen» más ayuda. Como resultado de ello, la situación de las familias más pobres, la mayoría sin padres, ha empeorado en un 35 % desde 1983. En 2012, casi 1,5 millones de hogares, con 2,8 millones de niños, estaban viviendo en la «pobreza extrema» con menos de 2 dólares por persona y día.

Véase Gabriel Thompson, «Could You Survive on \$2 a Day?», *Mother Jones* (13-12-2012).

<<http://www.motherjones.com/politics/2012/12/extreme-poverty-unemployment-recession-economy-fresno>>.

138. *The Reading Mercury* (11-5-1795).

<<http://www1.umassd.edu/ir/resources/poorlaw/p1.doc>>.

139. Véase Thomas Malthus, «An Essay on the Principle of Population» (1798).

<<http://www.esp.org/books/malthus/population/malthus.pdf>>.

140. Por el bien de la simplicidad me refiero a David Ricardo como «economista», pero en su época fue considerado un «economista político». Como explica el capítulo sobre el PIB, los economistas modernos son un invento del siglo XX.

141. *Report from His Majesty's Commissioners for inquiring into the Administration and Practical Operation of the Poor Laws* (1834), pp. 257-261.

<<http://www.victorianweb.org/history/poorlaw/endallow.html>>.

142. Sobre este fallo ostensible, Polanyi tenía una opinión distinta que sus predecesores. Dio por sentado que el sistema Speenhamland tenía salarios bajos al socavar la acción colectiva de los trabajadores.

143. Boyd Hilton, *A Mad, Bad & Dangerous People? England 1783-1846*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2006, p. 594.

144. Fred Block y Margaret Somers, «In the Shadow of Speenhamland: Social Policy and the Old Poor Law», *Politics & Society* (junio de 2003).

145. En Bangladesh en 1970, por ejemplo, las mujeres todavía tenían un promedio de siete hijos, una cuarta parte de los cuales morían antes de cumplir cinco años. Hoy en día las mujeres bengalíes tienen sólo dos hijos y la mortalidad infantil se ha reducido al 4 %. En todo el mundo, en cuanto la pobreza disminuye, la mortalidad infantil también lo hace y el crecimiento de población se enlentece.

146. Frances Coppola, «An Experiment With Basic Income», *Pieria* (12-1-2014).

<http://www.pieria.co.uk/articles/an_experiment_with_basic_income>.

Véase también Walter I. Trattner, *From Poor Law to Welfare State. A History of Social Welfare in America*, Nueva York, Free Press, 1999, pp. 48-49.

147. Boyd Hilton, *A Mad, Bad & Dangerous People? England 1783-1846*, op. cit., p. 592.
148. Sin embargo, como ocurre a menudo, a la historia no le falta ironía: un siglo más tarde, Keynes se dio cuenta de que los gobiernos occidentales estaban repitiendo el error de Ricardo al seguir manteniendo el patrón oro después de la Gran Depresión. Lo mismo ocurrió después de la crisis financiera de 2008, con Europa aferrándose a un euro que, para países meridionales, era como un patrón oro (al no poder devaluar su moneda, su posición competitiva se deterioró y se disparó el desempleo). Igual que en 1834, en 1930 y 2010 hubo un buen número de políticos que atribuyeron las consecuencias de esta política macroeconómica (pobreza, desempleo, etcétera) a la llamada pereza de los trabajadores y a un estado del bienestar demasiado generoso.
149. B. A. Holderness, «Prices, Productivity and Output», *Agrarian History*, vol. 6, p. 140.
150. Joseph Hanlon, Armando Barrientos y David Hulme, *Just Give Money to the Poor*, op. cit., pp. 17-18.
151. Block y Somers, «In the Shadow of Speenhamland», op. cit., p. 312.
152. Mark Blaug, «The Poor Law Report Reexamined», *The Journal of Economic History* (junio de 1964), pp. 229-245. <<http://journals.cambridge.org/action/displayAbstract?fromPage=online&aid=7548748>>.
153. Joseph Hanlon, Armando Barrientos y David Hulme, *Just Give Money to the Poor*, op. cit., pp. 16-17.
154. El mismo año, la historiadora Gertrude Himmelfarb publicó *The Idea of Poverty*, con una amplia valoración de las críticas de Malthus, Bentham y De Tocqueville sobre el sistema Speenhamland.
155. Matt Bruenig, «When pundits blamed white people for a “culture of poverty”», *The Week* (1-4-2014). <<http://theweek.com/article/index/259055/when-pundits-blamed-white-people-for-a-culture-of-poverty>>.
156. «Me desconcierta ver estos descubrimientos y decir que los científicos se equivocaron», explicó Moynihan al Congreso. Una de las razones de que él, un republicano conservador, siempre hubiera creído en una renta básica era que reforzaría la institución del matrimonio. Véase R. A. Levine, «A Retrospective on the Negative Income Tax Experiments: Looking Back at the Most Innovative Field Studies in Social Policy», USBIG Discussion Paper (junio de 2004). <<http://www.usbig.net/papers/086-Levine-et-al-NIT-session.doc>>.
157. Citado en Steensland, *The Failed Welfare Revolution*, op. cit., p. 216.
158. Barbara Ehrenreich, «Rediscovering Poverty: How We Cured “The Culture of Poverty”, Not Poverty Itself», *Economic Hardship Project* (15-3-2012). <http://www.tomdispatch.com/post/175516/tomgram%3A_barbara_ehrenreich_american_1>
159. Austin Stone, «Welfare: Moynihan’s Counsel of Despair», *First Things* (marzo de 1996). <<http://www.rstthings.com/article/1996/03/001-welfare-moynihans-counsel-of-despair>>.
160. Daniel Patrick Moynihan, «Speech on Welfare Reform» (16-9-1995). <<http://www.j-bradford-delong.net/politics/danielpatrickmoynihansspee.html>>.

161. Más allá de esto, habría sido difícil derogar el plan de Nixon una vez aplicado, porque enseguida habría concitado apoyos. «Nuevas políticas crean nuevos políticos», escribe Steensland (p. 220).

162. Steensland, *The Failed Welfare Revolution*, op. cit., p. 226.

163. *Ibidem*, p. X.

164. Según un amplio metaanálisis de 93 programas europeos, al menos la mitad no tuvieron efectos o los que tuvieron fueron negativos. Véase Frans den Butter y Emil Mihaylov, «Activerend arbeidsmarktbeleid is vaak niet effectief», *esb* (abril de 2008). <<http://personal.vu.nl/f.a.g.den.butter/activerend%20arbmarktbeleid2008.pdf>>.

165. Stephen Kastoryano y Bas van der Klaauw, «Dynamic Evaluation of Job Search Assistance», *iza Discussion Papers* (15-6-2011).

<<http://www.roa.nl/seminars/pdf2012/BasvanderKlaauw.pdf>>.

166. El cinismo reside en que a los solicitantes a menudo ni siquiera se les permite hacer un trabajo significativo a cambio de sus beneficios, porque eso conduciría a trabajos menos remunerados.

167. Deborah Padfield, «Through the eyes of a benefits adviser: a plea for a basic income», *Open Democracy* (5-10-2011). <<http://www.opendemocracy.net/ourkingdom/deborah-padfield/through-eyes-of-benefits-adviser-plea-for-basic-income>>.

168. David Graeber, «On The Phenomenon of Bullshit Jobs», *Strike! Magazine* (17-8-2013). <<http://www.strikemag.org/bullshit-job>>.

El producto interior bruto [...] mide todo [...] salvo lo que hace que la vida merezca la pena.

ROBERT F. KENNEDY (1925-1968)

5

Nuevas cifras para una nueva era

Empezó alrededor de las tres y cuarto de la tarde, con temblores a casi 9.000 kilómetros bajo la superficie de la Tierra. No se había experimentado nada semejante en medio siglo, o más. A 100 kilómetros de distancia, los sismógrafos enloquecieron, marcando una magnitud de 9 en la escala de Richter. Al cabo de menos de media hora, las primeras olas rompían contra las costas de Japón, alzándose a seis, doce y hasta dieciocho metros de altura. Unas pocas horas después, casi 400 kilómetros cuadrados de tierra habían quedado sepultados bajo el barro, los escombros y el agua.

Murieron casi 20.000 personas.

«La economía de Japón, en caída libre», proclamaba en titulares *The Guardian*,¹⁶⁹ poco después del desastre. Al cabo de unos meses, el Banco Mundial cifró los daños en 235.000 millones de dólares, el equivalente a todo el PIB de Grecia. El terremoto de Sendai del 11 de marzo de 2011 pasó a la historia como el desastre natural más costoso.

Pero la historia no termina ahí. En un programa televisivo el mismo día del seísmo, el economista estadounidense Larry Summers dijo que, paradójicamente, la tragedia ayudaría a que la economía japonesa se recuperara. Por supuesto, a corto plazo la producción se ralentizaría, pero al cabo de un par de meses los esfuerzos de recuperación impulsarían la demanda, el empleo y el consumo.

Larry Summers tenía razón.

Después de una ligera caída en 2011, el año siguiente la economía del país creció en un 2% y las cifras de 2013 fueron incluso mejores. Japón estaba experimentando los efectos de una perdurable ley económica que sostiene que todo desastre tiene su lado positivo; al menos para el PIB.

Lo mismo ocurrió con la Gran Depresión. Estados Unidos no empezó a salir de la crisis hasta que entró en la segunda guerra mundial, la mayor catástrofe

del siglo pasado. Otro caso es el de las inundaciones que en 1953 mataron a casi 2.000 personas en los Países Bajos. La reconstrucción después del desastre proporcionó un ímpetu extraordinario a la economía holandesa. A principio de los años cincuenta, un período en el que la industria nacional estaba en recesión, la inundación de grandes partes del suroeste estimuló un crecimiento anual de entre el 2 y el 8%. «Nos levantamos del fango tirando de las abrazaderas de las botas», lo resumió gráficamente un historiador.¹⁷⁰

Lo que se ve

Entonces, ¿deberíamos alegrarnos de los desastres naturales? ¿Derruir barrios enteros? ¿Dinamitar fábricas? Podría ser un buen antídoto para el desempleo, y obrar maravillas en la economía.

Pero no nos entusiasmemos, pues no todos estarían de acuerdo con este razonamiento. En 1850, el filósofo Frédéric Bastiat escribió un ensayo titulado «Ce qu'on voit et ce qu'on voit pas» [Lo que se ve y lo que no se ve].¹⁷¹ Según se mire, dice, romper una ventana parece una gran idea. «Supongamos que cuesta seis francos reparar el desperfecto. Y supongamos que eso crea una ganancia comercial de seis francos; confieso que es un razonamiento indiscutible. El vidriero viene, hace su trabajo y se embolsa seis francos tan contento...» *Ce qu'on voit*.

Pero, como comprendió Bastiat, esta teoría no tiene en cuenta lo que no vemos. De nuevo, supongamos que la fiscalía general informa de un incremento de un 15% de actividades en la calle. Naturalmente queremos saber de qué clase de actividad se trata. ¿Barbacoas vecinales, o nudismo público? ¿Músicos callejeros o atracadores? ¿Puestos de limonada o ventanas rotas? ¿Cuál es la naturaleza de la actividad?

Eso es precisamente lo que el estándar establecido sagrado para medir el progreso en la sociedad moderna, el producto interior bruto, no mide. *Ce qu'on ne voit pas*.

Lo que no se ve

¿Qué es, en realidad, el producto interior bruto?

Una pregunta fácil, nos diremos. El PIB es la suma de todos los bienes y servicios que produce un país, ajustado conforme a fluctuaciones estacionales,

la inflación y tal vez el poder adquisitivo.

A esto Bastiat replicaría: se ha pasado por alto una parte importante de la visión de conjunto. Los servicios a la comunidad, los esfuerzos para no contaminar el aire, las aportaciones voluntarias no retribuidas: ninguna de estas cosas hace que el PIB suba ni un ápice. Si una mujer de negocios se casa con el hombre que limpia su casa, el PIB baja cuando el marido cambia su empleo por trabajo doméstico no remunerado. Pensemos, si no, en Wikipedia. Apoyándose en inversiones de tiempo más que de dinero, ha dejado en la estacada a la vieja *Enciclopedia Británica*, y de paso ha reducido ligeramente el PIB.

Algunos países sí incluyen una estimación de sus economías sumergidas. El PIB griego se elevó un 25% cuando en 2006 los estadísticos tuvieron en cuenta el mercado paralelo del país, y eso permitió que el gobierno suscribiera varios créditos sustanciosos justo antes de que estallara la crisis de deuda europea. Italia empezó a incluir su mercado sumergido en 1987, inflando su economía en un 20% de la noche a la mañana. «Una oleada de euforia sacudió a los italianos —informó el *New York Times*— cuando los economistas recalibraron sus estadísticas y contabilizaron por primera vez la formidable economía sumergida de evasores de impuestos y trabajadores ilegales del país.»¹⁷²

Y eso por no mencionar todo el trabajo no remunerado que ni siquiera se considera como parte del mercado paralelo, desde el trabajo voluntario hasta el cuidado de los niños y las tareas domésticas, lo cual en conjunto representa más de la mitad de la totalidad del trabajo. Por supuesto, podríamos contratar personas que limpien la casa o cuiden de los niños algunas horas, en cuyo caso se contabilizaría en el PIB, pero aun así la mayor parte de estas tareas la hacemos nosotros mismos. Añadir todo este trabajo no remunerado ampliaría el tamaño de la economía desde un 37% (en Hungría) hasta un 74% (en el Reino Unido).¹⁷³ Sin embargo, como señala la economista Diane Coyle, «generalmente las agencias de estadísticas oficiales no se han molestado en hacerlo, quizá porque es un trabajo del que se encargan sobre todo las mujeres».¹⁷⁴

Ya que abordamos el tema, sólo Dinamarca ha intentado alguna vez cuantificar en su PIB el valor de dar el pecho. Y no es una cifra despreciable. En Estados Unidos, la potencial contribución de la leche materna se ha

calculado en la increíble suma de 110.000 millones de dólares por año,¹⁷⁵ casi tanto como el presupuesto militar de China.¹⁷⁶

El PIB tampoco es muy eficaz a la hora de calcular los avances en conocimiento. Nuestros ordenadores, cámaras y teléfonos son todos más inteligentes, más rápidos y más vistosos que nunca, pero también más baratos, y por consiguiente apenas cuentan.¹⁷⁷ Mientras que hace treinta años aún debíamos pagar 300.000 dólares por un solo gigabyte de almacenamiento, hoy cuesta menos de 10 centavos.¹⁷⁸ Esos asombrosos avances tecnológicos apenas figuran como una nimiedad en el PIB. Los productos gratuitos incluso pueden hacer que la economía se contraiga (como el servicio de llamadas de Skype, que costó una fortuna a las compañías de telecomunicaciones). Hoy, el africano medio con un teléfono móvil tiene acceso a más información que el presidente Clinton en la década de los noventa; sin embargo, la proporción atribuida al sector de la información en la economía no ha variado desde hace veinticinco años, antes de que tuviéramos Internet.¹⁷⁹

El PIB no sólo pasa por alto un montón de cosas valiosas sino que también se beneficia de toda clase de sufrimiento humano. ¿Atascos, drogadicción, adulterio? Son minas de oro para las gasolineras, centros de rehabilitación y abogados matrimonialistas. Para el PIB, el ciudadano idóneo sería un jugador compulsivo con cáncer que está atravesando un largo proceso de divorcio al que se enfrenta tomando Prozac a puñados y que consume desenfrenadamente en el Black Friday. La contaminación ambiental hace incluso doble turno: una empresa se forra saltándose la normativa, y se paga a otra para que limpie el desastre. En cambio, un árbol centenario no cuenta hasta que se lo tala y se vende la leña.¹⁸⁰

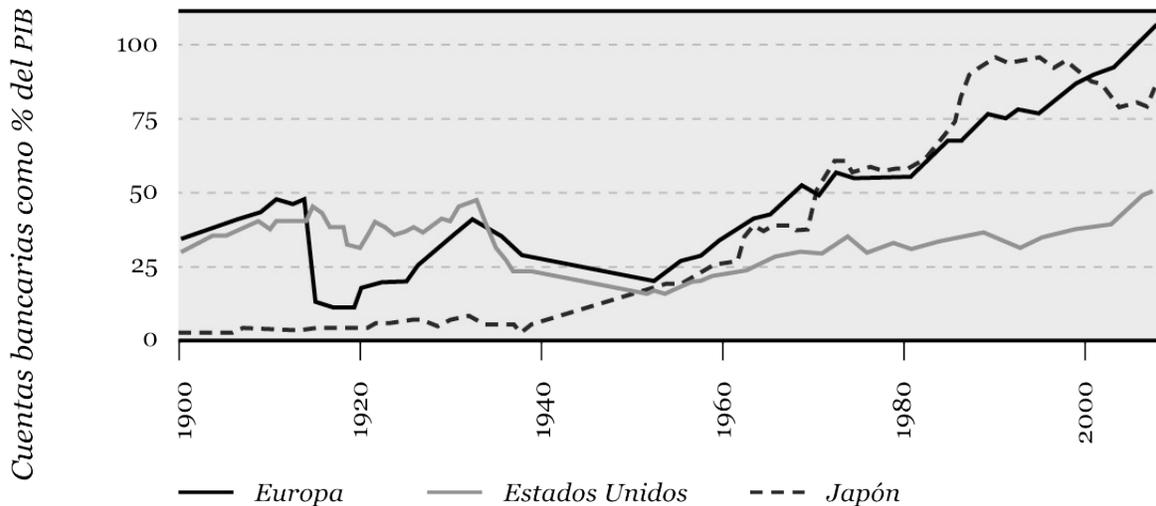
Enfermedad mental, obesidad, contaminación, crimen... Desde la perspectiva de su contribución al PIB, cuanto más, mejor. Por ese motivo el país con el PIB per cápita más alto del mundo, Estados Unidos, es también el primero en problemas sociales. «Según los criterios del PIB —señala el escritor Jonathan Rowe—, las peores familias del país son, en realidad, las que se comportan más como familias, las que preparan sus propias comidas, dan un paseo después de cenar y conversan en lugar de entregar los hijos a la cultura comercial.»¹⁸¹

El PIB es tan indiferente a la desigualdad en auge en la mayoría de los países desarrollados, como a las deudas que convierten vivir a crédito en una

opción tentadora. En el último trimestre de 2008, cuando el sistema financiero global estuvo a punto de implosionar, los bancos británicos crecían más deprisa que nunca. Según el PIB, representaban el 9% de la economía británica en el peor momento de la crisis, casi tanto como el conjunto de la industria manufacturera. Y no olvidemos que en los años cincuenta su contribución aún era casi inexistente.

Durante los setenta los estadísticos decidieron que sería buena idea medir la «productividad» de los bancos en función de su tendencia a asumir riesgos. Cuanto más riesgo, mayor su porción del pastel del PIB.¹⁸² No es de extrañar, pues, que los bancos hayan incrementado los préstamos sin parar, azuzados por políticos convencidos de que la parte del pastel correspondiente al sector financiero es tan valiosa como la de toda la industria manufacturera. «Si la actividad bancaria se restara del PIB en lugar de sumarse —informó recientemente el *Financial Times*— cabría especular que la crisis financiera nunca se habría producido.»¹⁸³

El crecimiento del sector bancario



Este gráfico muestra préstamos a hogares y organizaciones externas al sector financiero. «Europa» es la media de Dinamarca, Reino Unido, Francia, Alemania, Italia, Países Bajos, España y Suecia.

Fuente: Schularick y Taylor (2012)

En realidad, el director ejecutivo que vende temerariamente hipotecas y derivados para embolsarse millones en bonus contribuye más al PIB que toda

una escuela repleta de profesores o una fábrica de coches llena de mecánicos. Vivimos en un mundo donde la regla imperante parece ser que cuanto más indispensable es nuestra ocupación (limpiar, cuidar, enseñar), menos se valora en el PIB. Como dijo en 1984 el premio Nobel James Tobin, «estamos dilapidando una parte cada vez más importante de nuestros recursos, incluidos nuestros jóvenes más preparados, en actividades financieras alejadas de la producción de bienes y servicios, en actividades que generan altas recompensas privadas que no guardan proporción con su productividad social».¹⁸⁴

A cada época sus propias cifras

Que no se me malinterprete, en muchos países el crecimiento económico, el bienestar y la salud todavía van felizmente de la mano. Son lugares donde todavía hay estómagos que llenar y casas que construir. Anteponer otros objetivos al crecimiento es un privilegio de los ricos. Pero para la mayor parte de la población mundial, el dinero se lleva la palma. «Sólo hay una clase social que piense más en el dinero que los ricos, y son los pobres», escribió Oscar Wilde.¹⁸⁵

Sin embargo, aquí, en la tierra de la abundancia hemos llegado al final de un largo e histórico viaje. Durante más de treinta años, el crecimiento apenas nos ha hecho más prósperos, y en algunos casos todo lo contrario. Si queremos una calidad de vida superior, tendremos que dar el primer paso para buscar otros medios y una vara de medir alternativa.

Pensar que el PIB todavía sirve para calibrar con precisión el bienestar social es uno de los mitos más extendidos de nuestro tiempo. Hasta los políticos que se enfrentan por todo lo demás se ponen siempre de acuerdo en que el PIB debe crecer. El crecimiento es bueno. Es bueno para el empleo, es bueno para conseguir poder adquisitivo y es bueno para nuestro gobierno, porque así dispone de más dinero para gastar.

El periodismo moderno estaría casi perdido sin el PIB y en consecuencia esgrime las últimas cifras de crecimiento nacional como si de una especie de boletín de calificaciones del gobierno se tratara. Un PIB que decrece se supone que es señal de recesión, y cuando se contrae notablemente se habla de depresión. De hecho, el PIB ofrece casi todo lo que un periodista podría desear: cifras concretas, emitidas a intervalos regulares y la oportunidad de

citar a expertos. Y aún más importante, el PIB ofrece un marco de referencia claro. ¿Está el gobierno haciendo su trabajo? ¿En qué posición se sitúa nuestro país? ¿Ha mejorado algo la vida? No hay problema, disponemos de las últimas cifras del PIB y nos dirán todo lo que necesitamos saber.

Dada nuestra obsesión con él, cuesta creer que hace sólo ochenta años el PIB ni siquiera existía.

Por supuesto, el deseo de medir la riqueza es muy antiguo y se remonta a la época de las pelucas empolvadas. En aquellos tiempos, los economistas, conocidos como «fisiócratas», creían que toda la riqueza salía de la tierra. En consecuencia, estaban preocupados sobre todo por el rendimiento de las cosechas. En 1665, el inglés William Petty fue el primero en presentar un cálculo de lo que denominó «renta nacional». Su propósito era descubrir cuánto podía obtener Inglaterra en recaudación de impuestos y, por extensión, cuánto tiempo podría seguir financiando la guerra con los Países Bajos. A diferencia de los fisiócratas, Petty creía que la verdadera riqueza no procedía de la tierra, sino de los salarios. Por consiguiente, razonó, los salarios deberían gravarse más. (Da la casualidad de que Petty era un rico terrateniente.)

Una definición diferente de renta nacional fue propuesta por el político británico Charles Davenant, que en el título de su ensayo de 1695 «Sobre formas y medios de financiar la guerra» ya revelaba sus intenciones. Cálculos como el suyo otorgaron a Inglaterra una considerable ventaja en su rivalidad con Francia. El rey francés, por su parte, tuvo que esperar hasta el final del siglo XVIII para conseguir sus propias estadísticas económicas decentes. En 1781, su ministro de Economía, Jacques Necker, presentó el *Compte rendu au roi* (estado de cuentas) a Luis XVI, que entonces ya se hallaba al borde de la bancarrota. Aunque este documento permitió al monarca francés conseguir algunos préstamos más, llegó demasiado tarde para impedir la Revolución de 1789.

En realidad, el significado del término «renta nacional» nunca se ha fijado y ha fluctuado con las corrientes intelectuales y los imperativos del momento. Cada época genera sus propias ideas idiosincrásicas sobre lo que define la riqueza de un país. Veamos el caso de Adam Smith, padre de la ciencia económica moderna, que creía que la riqueza de las naciones se fundamentaba no sólo en la agricultura, sino también en la industria. Por el contrario, toda la economía de servicios —un sector que abarca desde los artistas a los

abogados y constituye casi dos tercios de la economía moderna—, argumentó Smith, «no tiene ningún valor».¹⁸⁶

Ahora bien, a medida que el flujo de dinero se desplaza del campo a las empresas, y posteriormente de las cadenas de producción a las torres de oficinas, las cifras para tabular toda esta riqueza no se quedaron atrás. La primera persona en argumentar que lo que importa no es la naturaleza sino el precio de los productos fue el economista Alfred Marshall (1842-1924). Según la medida de Marshall, una película de Paris Hilton, una hora de «Jersey Shore» o una cerveza Budweiser pueden impulsar la riqueza de un país, siempre que se les adjudique un precio.

Sin embargo, hace sólo ochenta años, cuando el presidente Herbert Hoover tuvo que enfrentarse a combatir la Gran Depresión tan sólo con una amalgama de datos, desde el valor de las acciones hasta el precio del hierro y el volumen del transporte por carretera, esto parecía una misión imposible. Incluso su medida más importante —el «índice de altos hornos»— era poco más que un invento poco práctico que pretendía reflejar los niveles de producción en la industria del acero.

Si se le hubiera preguntado a Hoover cómo iba «la economía», habría lanzado una mirada de desconcierto. No sólo porque eso no estaba en su amalgama de datos, sino porque no habría tenido ninguna noción de lo que hoy entendemos por «economía». Al fin y al cabo, en realidad «economía» no es una cosa, sino una idea, y esa idea todavía tenía que inventarse.

En 1931, el Congreso estadounidense convocó a los estadísticos más destacados del país y descubrió que eran incapaces dar respuesta incluso a las preguntas más básicas sobre el estado de la nación. Que algo iba fundamentalmente mal era evidente, pero las últimas cifras fiables de que disponían se remontaban a 1929. Estaba claro que la población sin hogar estaba creciendo y que las empresas quebraban a diestra y siniestra, pero nadie conocía la extensión real del problema.

Unos meses antes, el presidente Hoover había enviado a una serie de empleados del Departamento de Comercio por todo el país para informar de la situación. Regresaron con pruebas en su mayoría irrelevantes que se alineaban con la creencia de Hoover de que la recuperación económica estaba a la vuelta de la esquina. Sin embargo, no satisficieron al Congreso, que en 1932 nombró a un joven y brillante profesor ruso, Simon Kuznets, para responder

una sencilla pregunta: ¿cuántas cosas somos capaces de producir?

A lo largo de los años sucesivos, Kuznets puso los cimientos de lo que después se convertiría en el PIB. Sus cálculos iniciales causaron una oleada de entusiasmo y el informe que presentó al Congreso se convirtió en un éxito de ventas a nivel nacional (añadiéndose así al PIB, a razón de 20 centavos por ejemplar). Pronto sería casi imposible sintonizar una emisora que no estuviera hablando de «la renta nacional» esto o «la economía» lo otro.

Es difícil exagerar la importancia del PIB. En opinión de algunos historiadores, incluso la bomba atómica no resiste la comparación. Resultó que el PIB era una excelente vara de medir el poder de un país en tiempos de guerra. Poco después de la segunda guerra mundial, Wesley C. Mitchell, director de la Oficina Nacional de Investigación Económica de Estados Unidos,¹⁸⁷ escribía: «Sólo aquellos que habían participado en la movilización económica para la primera guerra mundial podían comprender hasta qué punto las estimaciones de la renta nacional que cubrían veinte años y se clasificaban de diversas maneras facilitaron el esfuerzo de cara a la segunda guerra mundial».

Las cifras fiables pueden llegar a inclinar la balanza entre la vida y la muerte. En su ensayo de 1940 «How to Pay for the War» [Cómo pagar la guerra], Keynes se quejó de las irregulares estadísticas británicas. También Hitler carecía de las cifras necesarias para conseguir reactivar la economía alemana. No fue hasta 1944, cuando los rusos presionaban en el frente oriental y los Aliados desembarcaban en el oeste, que la economía alemana alcanzó su punto máximo de producción.¹⁸⁸

Pero para entonces, el PIB de Estados Unidos —cuya medición le valdría a Kuznets el Premio Nobel— ya había ganado la partida.

La vara de medir definitiva

Desde las ruinas de la Depresión y la guerra, el PIB emergió como la vara de medir definitiva del progreso: la bola de cristal de las naciones, la cifra que se imponía a todas las demás. Y esta vez su función no era potenciar el esfuerzo bélico, sino consolidar la sociedad de consumo. «De manera muy similar a un satélite en el espacio, capaz de examinar la meteorología de todo un continente, también el PIB ofrece una imagen general del estado de la economía», escribió el economista Paul Samuelson en *Economía*, su manual

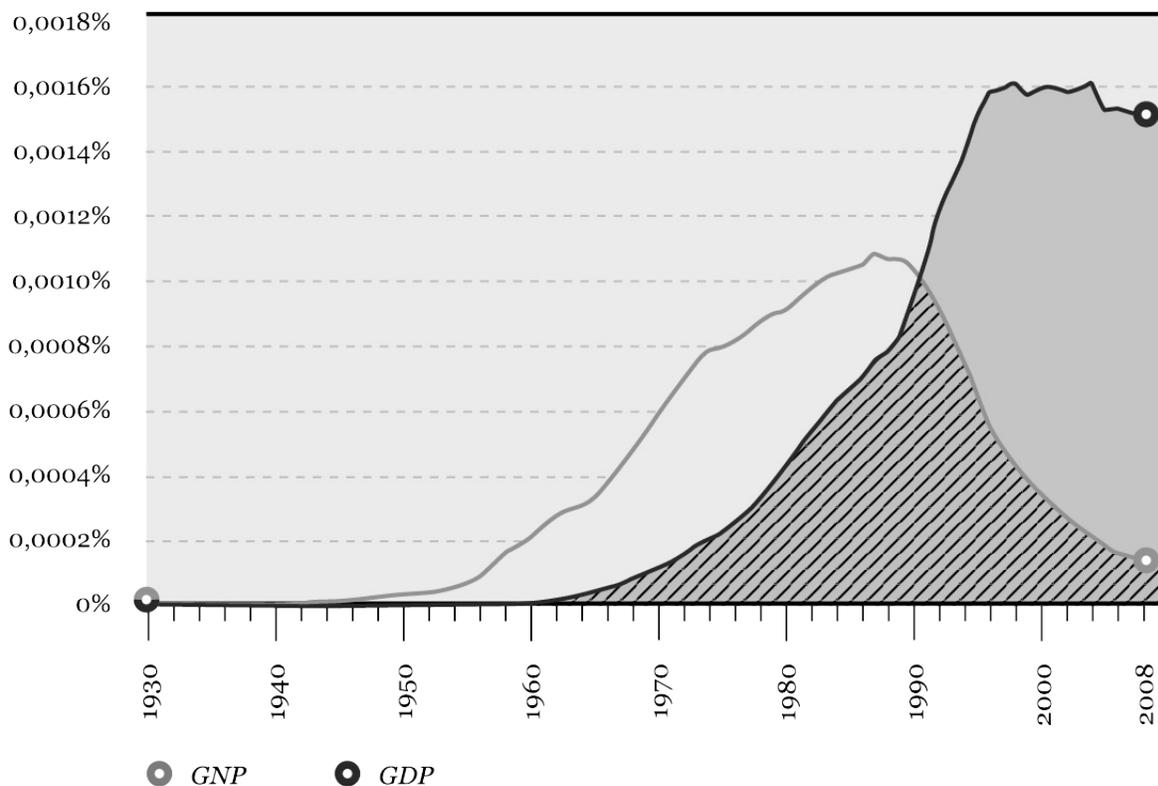
superventas. «Sin mediciones económicas globales como el PIB, los políticos flotarían a la deriva en un mar de datos desorganizados —continuó—. El PIB y los datos relacionados son como faros que ayudan a los políticos a pilotar la economía hacia objetivos clave.»¹⁸⁹

Al inicio del siglo XX, la suma total de economistas empleados por el gobierno estadounidense era de uno, concretamente un «ornitólogo económico» cuyo trabajo era estudiar aves. Menos de cuarenta años después, la Oficina Nacional de Investigación Económica tenía en nómina a unos cinco mil economistas, en el sentido actual del término. Entre éstos estaban Simon Kuznets y Milton Friedman, que acabarían por convertirse en dos de los pensadores más importantes del siglo.¹⁹⁰ Los economistas empezaron a desempeñar un papel dominante en política en todos los países del mundo. La mayoría de ellos se habían educado en Estados Unidos, la cuna del PIB, donde los economistas practicaban un nuevo paradigma de ciencia económica que giraba en torno a modelos, ecuaciones y números. Montones y montones de números.

Era una ciencia económica completamente diferente a la que habían estudiado en la Universidad John Maynard Keynes y Friedrich Hayek. Al iniciarse el siglo XX, cuando la gente hablaba de «la economía» solía referirse a la «sociedad». Sin embargo, en los años cincuenta apareció una nueva generación de tecnócratas que inventaron un nuevo objetivo: hacer «crecer» la «economía». Más importante aún, creían saber cómo lograrlo.

Antes de la invención del PIB, la prensa rara vez mencionaba a los economistas, pero en los años posteriores a la segunda guerra mundial se convirtieron en habituales en los periódicos. Habían perfeccionado un truco que nadie más sabía hacer: controlar la realidad y predecir el futuro. La economía se consideraba, cada vez más, como una máquina con palancas que los políticos podían accionar para promover el «crecimiento». En 1949, el inventor y economista Bill Phillips incluso construyó una máquina real con contenedores y tubos de plástico que representaba la economía, y el agua bombeada reflejaba el flujo de los ingresos federales.

La prevalencia de los términos GNP (PNB) y GDP (PIB) en libros publicados en inglés entre 1930 y 2008



En un primer momento, la medida más común era el producto nacional bruto (PNB), pero en la década de 1990 quedó fue desbancada por el PIB. El PNB suma toda la actividad económica del país (incluidas las actividades en el extranjero), mientras que el PIB suma todas las actividades dentro de sus fronteras (incluidas las de empresas extranjeras). En la mayoría de los países, la brecha entre PNB y PIB nunca supera unos pocos puntos porcentuales.

Fuente: Google Ngram

En palabras de un historiador: «Lo primero que hacía una nueva nación en los años cincuenta y sesenta era fundar una aerolínea nacional, crear un ejército nacional y empezar a medir el PIB».¹⁹¹ Pero este último elemento se volvió cada vez más complicado. Cuando, en 1953, Naciones Unidas publicó sus primeras directrices estándar para calcular el PIB, éstas ocupaban menos de cincuenta páginas. La edición más reciente, publicada en 2008, tiene 722. Aunque el PIB es una cifra que los medios citan con asiduidad, poca gente comprende cómo se determina en realidad. Incluso muchos economistas profesionales no tienen ni idea.¹⁹²

Para calcular el PIB hay que conectar numerosos y diversos valores numéricos y hay que tomar centenares de decisiones completamente subjetivas sobre lo que incluir y descartar. A pesar de esta metodología, el PIB siempre se presenta como algo científico, cuyas vacilaciones fraccionales pueden significar la diferencia entre ser reelegido o desaparecer políticamente. Sin embargo, esta aparente precisión es ilusoria. El PIB no es un objeto claramente definido que espera a ser «medido». Medir el PIB es intentar medir una idea.

Es una gran idea, la verdad. Y es innegable que el PIB fue muy útil durante la guerra, cuando el enemigo estaba a las puertas y la misma existencia del país dependía de la producción, de fabricar el máximo número posible de tanques, aviones, bombas y granadas. Durante una guerra es perfectamente posible pedirle un crédito al futuro, tiene sentido contaminar el ambiente y endeudarse. Puede incluso ser preferible descuidar a la familia, poner a trabajar a los hijos en una cadena de montaje, sacrificar el tiempo libre y olvidarse de todo lo que hace que la vida merezca la pena.

De hecho, durante la guerra no hay ningún indicador más útil que el PIB.

Alternativas

La cuestión, por supuesto, es que la guerra ha terminado. Nuestro estándar de progreso se concibió para una época diferente con problemas distintos. Nuestras estadísticas han dejado de reflejar el contorno de nuestra economía. Y eso tiene consecuencias. Cada época necesita sus propias cifras. En el siglo XVIII, se referían a la magnitud de la cosecha. En el siglo XIX, al alcance de la red ferroviaria, el número de fábricas y el volumen de extracción del carbón. Y en el XX, a la producción industrial masiva dentro de las fronteras del estado-nación.

Sin embargo, hoy ya no es posible expresar nuestra prosperidad en simples dólares, libras o euros. De la atención sanitaria a la educación, del periodismo a las finanzas, todos seguimos obsesionados con la «eficiencia» y los «beneficios», como si la sociedad no fuera más que una cadena de montaje. Pero es precisamente en las economías basadas en los servicios donde ese objetivo cuantitativo simple fracasa. «El producto interior bruto [...] mide todo [...] salvo lo que hace que la vida merezca la pena», dijo Robert Kennedy.¹⁹³

Es hora de buscar otras cifras.

Ya en 1972, el cuarto rey dragón de Bután propuso un cambio para medir la

«felicidad interior bruta», puesto que el PIB no tenía en cuenta aspectos vitales de la cultura y el bienestar (para empezar, el conocimiento de canciones y danzas tradicionales). Ahora bien, a la hora de cuantificarla, la felicidad es un bien tan unidimensional y arbitrario como el PIB; al fin y al cabo, uno puede sentirse feliz sólo por estar como una cuba: *ce qu'on ne voit pas*. ¿Acaso los reveses, la desazón y la tristeza no tienen también su lugar en la vida? Como dijo en cierta ocasión el filósofo John Stuart Mill: «Mejor un Sócrates insatisfecho que un necio satisfecho.»¹⁹⁴

No sólo eso, necesitamos una buena dosis de irritación, frustración y descontento para impulsarnos hacia delante. Si la tierra de la abundancia es un lugar donde todo el mundo es feliz, entonces también es un lugar impregnado de apatía. Si las mujeres nunca hubieran protestado, no habrían obtenido el derecho al voto; si los afroamericanos nunca se hubieran rebelado, las leyes de Jim Crow seguirían vigentes. Aliviar nuestros males con una obsesión por la felicidad interior bruta supondría el final del progreso. «El descontento — dijo Oscar Wilde— es el primer paso en el progreso de un hombre o una nación.»¹⁹⁵

Entonces ¿qué tal algunas otras opciones? Dos posibles candidatos son el Indicador de Progreso Real (IPR) y el Índice de Bienestar Económico Sostenible (IBES), que también tienen en cuenta en sus ecuaciones la contaminación, la delincuencia, la desigualdad y el trabajo voluntario. En Europa occidental, el IPR ha avanzado mucho menos que el PIB, y en Estados Unidos incluso ha retrocedido desde los años setenta. ¿Y qué tal si usáramos el Índice de Felicidad del Planeta, una clasificación que tiene en cuenta la huella ecológica, en la cual la mayoría de los países desarrollados ocupan la zona media y Estados Unidos cae a la parte más baja?

Pero incluso estos cálculos no me convencen.

Bután manipula su propio índice, que se cuida mucho de tener en cuenta aspectos como la dictadura del rey dragón y la limpieza étnica de los lotshampa. La Alemania comunista tenía «un producto social bruto» que crecía a buen ritmo año tras año a pesar de los enormes daños sociales, ecológicos y económicos perpetrados por el régimen. Del mismo modo, el IPR y el IBES, si bien corrigen algunas de las deficiencias del PIB, pasan completamente por alto los enormes avances tecnológicos conseguidos en décadas recientes. Ambos índices atestiguan que no todo está bien en el mundo, pero han sido

diseñados para mostrar precisamente eso.

De hecho, los *rankings* simples ocultan de modo sistemático más de lo que revelan. Una puntuación alta en el Índice de Desarrollo Humano de la ONU o el Índice para una Vida Mejor de la OCDE merecería nuestra aprobación sólo si conociéramos lo que se está midiendo. Lo que está claro es que cuanto más ricos son los países, más difícil es medir esa riqueza. Paradójicamente, vivimos en la era de la información y gastamos cada vez más dinero en actividades sobre las cuales tenemos poca información fiable.

El secreto del gobierno en expansión

Todo se remonta a Mozart.

Cuando en 1782 el genio musical compuso su cuarteto de cuerda número 14 en sol mayor (K. 387), se necesitaban cuatro personas para interpretarlo. En la actualidad, doscientos cincuenta años después, siguen haciendo falta exactamente cuatro.¹⁹⁶ Si pretendemos aumentar la capacidad productiva de nuestro violín, lo máximo que podemos hacer es tocar un poco más deprisa. Dicho de otra manera: algunas cosas en la vida, como la música, resisten todos los intentos de alcanzar una mayor eficiencia. Si bien podemos producir cafeteras cada vez más deprisa y de forma más económica, un violinista no puede acelerar el ritmo sin estropear la melodía.

Frente a la eficacia de las máquinas, es lógico que gastemos menos en productos que se fabrican a menor precio y más en servicios de trabajo intensivo y en cosas como el arte, la atención sanitaria, la educación y la seguridad. No es accidental que países que puntúan alto en bienestar, como Dinamarca, Suecia y Finlandia, tengan un sector público grande. Sus gobiernos subvencionan las áreas donde la productividad no puede potenciarse. A diferencia de la fabricación de una nevera o de un coche, las lecciones de historia y los chequeos de un médico no pueden hacerse sencillamente «más eficientes».¹⁹⁷

La consecuencia natural de ello es que el gobierno está devorando una porción cada vez mayor del pastel económico. Este fenómeno, advertido por vez primera por el economista William Baumol en los años sesenta y que conocemos como «enfermedad de los costes de Baumol», sostiene en esencia que los precios en sectores de trabajo intensivo como la atención sanitaria y la educación aumentan más deprisa que los precios en sectores donde la mayor

parte del trabajo puede automatizarse de forma generalizada.

Pero un momento: ¿no deberíamos calificar esto como una virtud más que como una enfermedad? Al fin y al cabo, cuanto más eficientes sean nuestras fábricas y nuestros ordenadores, menos tendrán que serlo nuestra atención sanitaria y nuestra educación; es decir, más tiempo nos quedará para atender a los ancianos y enfermos y para organizar la educación a una escala más personal. Lo cual está muy bien, ¿verdad? Según Baumol, el principal impedimento para asignar nuestros recursos a fines tan nobles es «la falacia de que no podemos costeárnoslo».

Y en cuanto a falacias, ésta es muy terca. Si nos obsesionamos con la eficacia y la productividad, es difícil ver el valor real de la educación y de la atención sanitaria. Por esa razón muchos políticos y contribuyentes sólo ven costes. No se dan cuenta de que cuanto más prospera un país, más debería gastar en maestros y médicos. En lugar de ver estos incrementos como una ventaja, los ven como un inconveniente.

Sin embargo, a menos que prefiramos dirigir nuestras escuelas y hospitales como si fueran fábricas, podemos estar seguros de que, frente a la eficacia de las máquinas, los costos de la atención sanitaria y la educación no harán más que subir. Al mismo tiempo, productos como neveras y coches se han vuelto «demasiado baratos». Fijarse sólo en el precio de un producto es hacer caso omiso de buena parte de los costes. De hecho, un laboratorio de ideas británico calculó que, por cada libra ganada por ejecutivos publicitarios, se destruye un equivalente de 7 libras en forma de estrés, exceso de consumo, contaminación y deuda; en cambio, cada libra pagada a un recolector de basura crea un equivalente de 12 libras en términos de salud y sostenibilidad.¹⁹⁸

Mientras que los servicios del sector público suelen aportar abundantes beneficios ocultos, el sector privado está repleto de costes ocultos. «Podemos permitirnos pagar más por los servicios que necesitamos, sobre todo atención sanitaria y educación —escribe Baumol—. Lo que no podemos permitirnos son las consecuencias de los costes decrecientes.»

Esto podría refutarse con el argumento de que tales «externalidades» no pueden cuantificarse porque implican demasiadas opiniones subjetivas, pero ésa es precisamente la clave. «Valor» y «productividad» no pueden expresarse en cifras objetivas, aunque pretendamos lo contrario: «Tenemos una tasa alta

de licenciados, por consiguiente ofrecemos una buena educación»; «Nuestros médicos trabajan diligentemente y con eficacia, por consiguiente proporcionamos buena atención»; «Tenemos un alto índice de publicaciones, por consiguiente somos una universidad excelente»; «Tenemos una cuota de audiencia muy alta, por consiguiente producimos televisión de calidad»; «La economía está creciendo, por consiguiente a nuestro país le va bien...».

Los objetivos de esta sociedad impulsada por el rendimiento no son menos absurdos que los planes quinquenales de la antigua Unión Soviética. Fundamentar nuestro sistema político en cifras de producción es trasladar el valor de la vida a una hoja de cálculo. Como dice el escritor Kevin Kelly: «La productividad es para los robots. Lo que los humanos hacen bien es perder el tiempo, experimentar, jugar, crear y explorar.»¹⁹⁹ Gobernar en función de los números es el último recurso de un país que ya no sabe lo que quiere, un país que no contempla la utopía.

Un tablero de mandos para el progreso

«Hay tres clases de mentiras: pequeñas mentiras, mentiras gordas y estadísticas», se supone que dijo con ironía el primer ministro británico Benjamin Disraeli. Sin embargo, yo creo firmemente en el viejo principio de la Ilustración de que hay que basar las decisiones en información y cifras fiables.

El PIB se concibió en un período de crisis profunda y proporcionó una respuesta a los grandes desafíos de los años treinta. Para hacer frente a nuestras crisis de desempleo, recesión y cambio climático, también nosotros tendremos que buscar una nueva cifra. Lo que necesitamos es un tablero de mandos completo que incluya una serie de indicadores para monitorizar las cosas que hacen que la vida merezca la pena: dinero y crecimiento, por supuesto, pero también servicio a la comunidad, empleos, conocimiento, cohesión social. Y, claro está, el bien más escaso de todos: el tiempo.

«Un tablero de mandos de este tipo no puede ser objetivo», podría argumentarse. Sin duda. Pero no existe una métrica neutral. Detrás de toda estadística hay un conjunto determinado de sobreentendidos y prejuicios. Es más, esas cifras guían nuestras acciones. Eso es cierto respecto del PIB, pero lo es también de los índices de Desarrollo Humano y Felicidad del Planeta. Y, precisamente porque necesitamos cambiar de rumbo, necesitamos nuevas

cifras que nos orienten.

Simon Kuznets nos advirtió de ello hace ochenta años. «El bienestar de una nación [...] difícilmente puede inferirse de una cuantificación de la renta nacional —informó al Congreso—. Las cuantificaciones de la renta nacional están sujetas a este tipo de falacia y consiguientes abusos, sobre todo porque tratan de cuestiones que se hallan en el centro del conflicto entre grupos sociales opuestos, en casos en los que la eficacia de un argumento está supeditada al exceso de simplificación.»²⁰⁰

El inventor del PIB advirtió contra la inclusión en su cálculo de los gastos de los sectores militar, publicitario y financiero,²⁰¹ pero su consejo cayó en saco roto. Después de la segunda guerra mundial, la preocupación de Kuznets por el monstruo que había creado fue en aumento. «Hay que tener en cuenta la distinción entre cantidad y calidad de crecimiento —escribió en 1962—, entre costes y rendimientos, y entre el corto y el largo plazo. Los objetivos de mayor crecimiento deberían especificar más qué tipo de crecimiento y con qué fines.»²⁰²

Ahora depende de nosotros reconsiderar estas viejas preguntas. ¿Qué es el crecimiento? ¿Qué es el progreso? O incluso algo más fundamental: ¿qué hace que la vida merezca realmente la pena?

¹⁶⁹. Tim Webb, «Japan's economy heads into freefall after earthquake and tsunami», *The Guardian* (13-3-2011). <<http://www.theguardian.com/world/2011/mar/13/japan-economy-recession-earthquake-tsunami>>.

¹⁷⁰. Merijn Knibbe, «De bestedingsgevolgen van de watersnoodramp: een succesvolle “Keynesiaanse” schok», *Lux et Veritas* (1-4-2013). <<http://www.luxetveritas.nl/blog/?p=3006>>.

¹⁷¹. Frédéric Bastiat, «Ce qu'on voit et ce qu'on ne voit pas» (1850). <<http://bastiat.org/en/twisatwins.html>>.

¹⁷². Citado en Diane Coyle, *gdp. A Brief but Affectionate History*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 2014, p. 106.

¹⁷³. OECD, «Cooking and Caring, Building and Repairing: Unpaid Work around the World», *Society at a Glance 2011*, p. 25. <http://www.oecd-ilibrary.org/social-issues-migration-health/society-at-a-glance-2011/cooking-and-caring-building-and-repairing_soc_glance-2011-3-en>.

Véase también Coyle, *gdp*, op. cit., p. 109.

¹⁷⁴. Coyle, *gdp*, op. cit., p. 108.

175. J. P. Smith, «“Lost milk?”: Counting the economic value of breast milk in gross domestic product», *Journal of Human Lactation* (noviembre de 2013).
<<http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pubmed/23855027>>.
176. Según el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos, China tuvo unos gastos militares de unos 112.000 millones en 2013.
177. Los estadísticos intentan contar los avances de producción, pero es extremadamente difícil hacerlo. Las mejoras en algunos artículos técnicos, como bombillas y ordenadores, sólo se reflejan de un modo muy reducido en el PIB. Véase Diane Coyle, *The Economics of Enough. How to Run the Economy as if the Future Matters*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 2012, p. 37.
178. Robert Quigley, «The Cost of a Gigabyte Over the Years», *Geeko-system* (8-3-2011).
<<http://www.geekosystem.com/gigabyte-cost-over-years>>.
179. Brynjolfsson y McAfee, *The Second Machine Age*, Nueva York, Norton, 2014, p. 112.
180. Clifford Cobb, Ted Halstead y Jonathan Rowe, «If the GDP is Up, Why is America Down?», *The Atlantic Monthly* (octubre de 1995).
<<http://www.theatlantic.com/past/politics/ecbig/gdp.htm>>.
181. Jonathan Rowe, «The Gross Domestic Product». Testimonio ante el Comité de Comercio, Ciencia y Transporte del Senado de Estados Unidos (12-3-2008).
<<http://jonathanrowe.org/the-gross-domestic-product>>.
182. Si tuviera que corregirse el PIB por esto, la porción de la industria financiera caería entre una quinta parte y la mitad. Véase Coyle, *The Economics of Enough*, op. cit., p. 103.
183. David Pilling, «Has GDP outgrown its use?», *The Financial Times* (4-7-2014).
<<http://www.ft.com/intl/cms/s/2/dd2ec158-023d-11e4-ab5b-00144feab7de.html-axzz39szhgwni>>.
184. Citado en European Systemic Risk Board, «Is Europe Overbanked?» (junio de 2014), p. 16.
185. Oscar Wilde, *The Soul of Man under Socialism*, 1891. (Disponible en diversas ediciones en lengua española bajo el título: *El alma del hombre bajo el socialismo*.)
186. Citado en Coyle, *The Economics of Enough*, op. cit., p. 10.
187. Citado en J. Steven Landefeld, «GDP: One of the Great Inventions of the 20th Century», Bureau of Economic Analysis:
<http://www.bea.gov/scb/account_articles/general/0100od/maintext.htm>.
188. Maarten van Rossem, *Drie Oorlogen. Een kleine geschiedenis van de 20e eeuw*, Ámsterdam, Nieuw Amsterdam, 2008, p. 120.
189. Citado en Landefeld, «GDP: One of the Great Inventions of the 20th Century», op. cit.
190. Timothy Shenk, «The Long Shadow of Mont Pèlerin», *Dissent* (otoño de 2013).
<<http://www.dissentmagazine.org/article/the-long-shadow-of-mont-pelerin>>.
191. Citado en Jacob Goldstein, «The Invention Of ‘The Economy’», *Planet Money* (28-2-2014). <<http://www.npr.org/blogs/money/2014/02/28/283477546/the-invention-of-the-economy>>.
192. Coyle, *The Economics of Enough*, op. cit., p. 25.
193. El discurso de Kennedy puede escucharse en: <<https://www.youtube.com/watch?v=5P6b9688K2g>>.

194. John Stuart Mill, *Utilitarianism* (1863), capítulo 2. [Versión en castellano: *El utilitarismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2002.]
195. Oscar Wilde, *A Woman of No Importance* (1893), Acto II. [Versión en castellano: *Un marido ideal; Una mujer sin importancia*, Madrid, Editorial Edaf, 1997.]
196. Véase William Baumol, *The Cost Disease. Why Computers Get Cheaper and Health Care Doesn't*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2012.
197. Se hacen intentos, por supuesto. Por ejemplo, en educación, con pruebas estandarizadas y preguntas de tests con opciones múltiples, conferencias en línea y clases más amplias. Pero estas ventajas de eficiencia van a costa de la calidad.
198. Susan Steed y Helen Kersley, «A Bit Rich: Calculating the Real Value to Society of Different Professions», *New Economics Foundation* (14-12-2009).
<<http://www.neweconomics.org/publications/entry/a-bit-rich>>.
199. Kevin Kelly, «The Post Productive Economy», *The Technium* (1-1-2013).
<<http://kk.org/thetechnium/2013/01/the-post-productive>>.
200. Simon Kuznets, «National Income, 1929-1932», National Bureau of Economic Research (7-6-1934). <<http://www.nber.org/chapters/c2258.pdf>>.
201. Coyle, *gdp*, op. cit., p. 14.
202. Simon Kuznets, «How to Judge Quality», *The New Republic* (20-10-1962).

La capacidad de ocupar el tiempo libre de forma inteligente es la última consecuencia de la civilización.

BERTRAND RUSSELL (1872-1970)

6

Una semana laboral de quince horas

Si se le hubiera preguntado al economista más reconocido del siglo XX cuál iba a ser el mayor desafío del siglo XXI, no habría tenido que pensarlo dos veces.

El tiempo libre.

En el verano de 1930, justo cuando la Gran Depresión estaba tomando impulso, el economista británico John Maynard Keynes dio una interesante conferencia en Madrid. Ya había lanzado a sus alumnos de Cambridge algunas ideas novedosas y decidió hacerlas públicas en una breve charla titulada «Posibilidades económicas para nuestros nietos».²⁰³

En otras palabras, para nosotros.

En el momento de su visita, Madrid era un caos. El desempleo crecía sin control, el fascismo ganaba terreno y la Unión Soviética reclutaba adeptos activamente. Unos años después, estallaría una devastadora guerra civil. Así pues, ¿cómo era posible que el ocio fuera el mayor reto? Aquel día, Keynes parecía haber llegado de otro planeta. «Ahora mismo estamos sufriendo un grave ataque de pesimismo económico —dijo—. Es habitual oír decir que la época de enorme progreso económico que caracterizó el siglo XIX ha terminado...» Y no faltaban motivos. La pobreza era galopante, las tensiones internacionales se agudizaban e iba a hacer falta la maquinaria mortífera de la segunda guerra mundial para volver a insuflar vida a la industria global.

En una ciudad al borde del desastre, el economista británico se arriesgó con una predicción contraria al sentido común. En 2030, dijo Keynes, la humanidad se enfrentaría con el mayor desafío de su historia: qué hacer con un mar de tiempo libre. A menos que los políticos cometieran «errores desastrosos» (austeridad durante una crisis económica, por ejemplo), en un siglo, vaticinó, el nivel de vida occidental se habría multiplicado al menos por cuatro.

¿Conclusión? En 2030, estaremos trabajando sólo quince horas semanales.

Un futuro lleno de tiempo libre

Keynes no fue el primero ni sería el último en prever un futuro repleto de tiempo libre. Un siglo y medio antes, Benjamin Franklin, uno de los padres fundadores de Estados Unidos, ya había pronosticado que eventualmente bastaría con cuatro horas de trabajo diarias. Más allá de eso, la vida sería todo «ocio y placer». Y por su parte Karl Marx esperaba que llegaría el día en que todo el mundo tendría tiempo «de cazar por la mañana, pescar por la tarde, criar ganado por la noche y criticar después de cenar [...] sin convertirse nunca en cazador, pescador, ganadero o crítico».

Más o menos en la misma época, el padre del liberalismo clásico, el filósofo británico John Stuart Mill, argumentaba que el mejor uso del aumento de la riqueza era obtener más tiempo libre. Mill se opuso al «evangelio del trabajo» que propugnaba su gran adversario, Thomas Carlyle (casualmente, un gran defensor de la esclavitud), rebatiéndolo con su propio «evangelio del ocio». Según Mill, la tecnología debería usarse para reducir cuanto fuera posible la semana laboral. «Se ampliaría más que nunca el espacio para el cultivo del intelecto y para el progreso moral y social —escribió—, más espacio para mejorar el arte de vivir.»²⁰⁴

Sin embargo, la revolución industrial, que propulsó el crecimiento económico explosivo del siglo XIX, había traído consigo exactamente lo contrario al tiempo libre. Mientras que en el año 1300 un campesino inglés tenía que trabajar unas 1.500 horas al año para ganarse la vida, en la época de Mill un obrero debía dedicar el doble de tiempo sólo para sobrevivir. En ciudades como Manchester, una semana laboral de 70 horas, sin vacaciones ni fines de semana, era la norma incluso para los niños. «¿Para qué quieren vacaciones los pobres? —se preguntaba una duquesa inglesa a finales del siglo XIX—. ¡Tienen que trabajar!»²⁰⁵ El exceso de tiempo libre no era sino una invitación al vicio.

No obstante, a partir de 1850 empezó a filtrarse a las clases inferiores un poco de la prosperidad creada por la revolución industrial. Y el dinero es tiempo. En 1855, los canteros de Melbourne, Australia, fueron los primeros en conseguir una jornada laboral de ocho horas. Al final del siglo, en algunos países, las semanas laborales ya se habían situado por debajo de las sesenta

horas. George Bernard Shaw, el dramaturgo galardonado con el Nobel, predijo en 1900 que, a ese ritmo, en el año 2000 los obreros sólo trabajarían dos horas diarias.

Los patrones se resistieron, por supuesto. Cuando en 1926 preguntaron a un grupo de treinta y dos destacados empresarios estadounidenses qué les parecía una semana laboral más breve, tan sólo dos opinaron que era una idea sensata. Según los otros treinta, más tiempo libre sólo conllevaría un aumento de la delincuencia, las deudas y la depravación.²⁰⁶ Ahora bien, ese mismo año, nada menos que Henry Ford —titán de la industria, fundador de la Ford Motor Company y creador del modelo T— se convirtió en el primero en implementar la semana laboral de cinco días.

La gente lo llamó loco. Luego, todos siguieron sus pasos.

Henry Ford, capitalista acérrimo e inventor de la cadena de producción, había descubierto que una semana laboral más corta en realidad incrementaba la productividad entre sus empleados. El tiempo libre, observó, era un «factor empresarial objetivo».²⁰⁷ Un trabajador descansado era un trabajador más eficaz. Además, un empleado que tuviera que trabajar en una fábrica de la mañana a la noche, sin tiempo libre para viajes de placer, nunca compraría uno de sus coches. Como explicó Ford a un periodista, «ya es hora de librarnos de la idea de que el ocio para los obreros es o bien “tiempo no productivo” o un privilegio de clase».²⁰⁸

En una década, los escépticos se habían convencido. La Asociación Nacional de Fabricantes (NAM en sus siglas en inglés), que veinte años antes había advertido de que reducir la semana laboral arruinaría la economía, anunció con orgullo que Estados Unidos tenía la semana laboral más corta del mundo. En sus recién ganadas horas de ocio, los obreros pronto conducirían sus coches Ford por delante de carteles de la NAM que proclamaban: «No hay estilo mejor que el americano.»²⁰⁹

«Una raza de cuidadores de máquinas»

Todos los indicios parecían sugerir que se confirmarían los vaticinios de los grandes pensadores, desde Marx hasta Keynes y Ford.

En 1933, el Senado de Estados Unidos aprobó una ley que establecía una jornada laboral de treinta horas semanales. Debido a la presión de la industria, la ley languideció en la Cámara de Representantes, pero los

sindicatos mantuvieron la reducción de la semana laboral como prioridad. En 1938 se aprobó por fin la ley que amparaba la semana laboral de cinco días. Al año siguiente fue número uno la canción folk *Big Rock Candy Mountain* con su descripción de una utopía en la cual «las gallinas ponen huevos pasados por agua», los cigarrillos crecen en los árboles y «al idiota que inventó el trabajo» cuelga del árbol más alto.

Después de la segunda guerra mundial, el tiempo libre siguió incrementándose. En 1956, el vicepresidente Richard Nixon prometió a los estadounidenses que sólo tendrían que trabajar cuatro días por semana «en un futuro no muy lejano». El país había alcanzado una «meseta de prosperidad», y creía que una semana laboral más corta era inevitable.²¹⁰ Pronto las máquinas harían todo el trabajo. Esto dejaría un «abundante margen para el ocio — manifestó con entusiasmo un profesor de lengua— mediante una inmersión en la vida imaginativa, en el arte, el teatro, la danza y un centenar de otras formas de superar las limitaciones de la vida diaria».²¹¹

La audaz predicción de Keynes se había convertido en un lugar común. A mediados de los años sesenta, un informe de una comisión del Senado pronosticó que en 2000 la semana laboral se habría reducido a sólo catorce horas, con al menos siete semanas libres al año. La RAND Corporation, un influyente laboratorio de ideas, preveía un futuro en el que bastaría un 2% de la población para producir todo lo que la sociedad necesitaba.²¹² Pronto el trabajo estaría reservado para la elite.

En el verano de 1964, el *New York Times* pidió al gran autor de ciencia ficción Isaac Asimov que se arriesgara a pronosticar el futuro.²¹³ ¿Cómo sería el mundo en cincuenta años? Sobre algunas cosas, Asimov fue cauto: los robots de 2014 no «abundarían ni serían muy buenos». En cambio, en otros aspectos sus expectativas eran altas. Los coches circularían por el aire y se construirían ciudades enteras bajo el agua.

En última instancia, sólo había una cosa que le preocupaba: la generalización del aburrimiento. La humanidad, escribió, se convertiría en una «raza de cuidadores de máquinas» y eso tendría «graves consecuencias mentales, emocionales y sociológicas». La psiquiatría sería la mayor especialidad médica en 2014 debido a los millones de personas que se encontrarían a la deriva en un mar de «ocio forzado». La palabra «trabajo», dijo, se convertiría «en la más ensalzada del vocabulario».

A medida que avanzaba la década de 1960, otros pensadores empezaron a expresar sus preocupaciones. Sebastian de Grazia, el politólogo y premio Pulitzer, explicó a Associated Press: «Hay motivos para temer [...] que el tiempo libre, un tiempo libre impuesto, comportará el aburrimiento infinito, inactividad, inmoralidad y un incremento de la violencia individual.» Y en 1974, el Departamento de Interior de Estados Unidos hizo sonar la alarma al declarar que «el tiempo libre, considerado por muchos el paradigma del paraíso, bien podría convertirse en el problema más desconcertante del futuro».²¹⁴

Pese a estas preocupaciones, había pocas dudas respecto al curso que acabaría por tomar la historia. Alrededor del año 1970, los sociólogos hablaban con aplomo del inminente «final del trabajo». La humanidad estaba al borde de una verdadera revolución del ocio.

George y Jane

Os presento a George y Jane Jetson. Son una pareja respetable que vive con sus dos hijos en un espacioso apartamento de Orbit City. Él trabaja como «operador de índice digital» en una gran empresa; ella es un ama de casa estadounidense tradicional. A George lo acosan las pesadillas sobre su trabajo. ¿Y quién se atrevería a culparlo? Su labor consiste en pulsar un solo botón a intervalos determinados, y su jefe, Mr. Spacely (bajo, rollizo y con un impresionante bigote), es un tirano.

«¡Ayer trabajé dos horas enteras!», se queja George tras la enésima pesadilla. Su esposa está consternada. «¡Vaya, ¿qué se cree ese Spacely? ¿Que dirige una fábrica clandestina?!»²¹⁵

La semana laboral media de Orbit City es de nueve horas. Por desgracia, sólo existe en televisión, en «Los supersónicos», «la obra futurista más importante del siglo XX».²¹⁶ Esta serie estrenada en 1962 estaba ambientada en 2062; era como «Los Picapiedra» pero del futuro. Gracias a sus interminables reposiciones, varias generaciones han crecido con «Los supersónicos».

Cincuenta años después, resulta que muchas de las cosas que sus creadores predijeron sobre el año 2062 ya se han hecho realidad. ¿Un robot que cuida de la casa? Sí. ¿Camas para broncearse? Vistas. ¿Pantallas táctiles? Superadas. ¿Chat de vídeo? Por supuesto. Pero en otros aspectos estamos muy lejos de Orbit City. ¿Cuándo despegarán del suelo esos coches voladores? Tampoco

hay rastro de aceras móviles en nuestras ciudades.

Pero ¿cuál es el fracaso más decepcionante? Que no se haya producido el aumento del tiempo libre.

El sueño olvidado

En los años ochenta, las reducciones de la semana laboral se detuvieron de golpe. El crecimiento económico no se estaba traduciendo en más tiempo libre, sino en mayor producción. En países como Australia, Austria, Noruega, España e Inglaterra, la semana laboral dejó de reducirse por completo.²¹⁷ En Estados Unidos, de hecho, aumentó. Setenta años después de que el país aprobara por ley la semana laboral de cuarenta horas, tres cuartas partes de la fuerza laboral trabajaba más de cuarenta horas semanales.²¹⁸

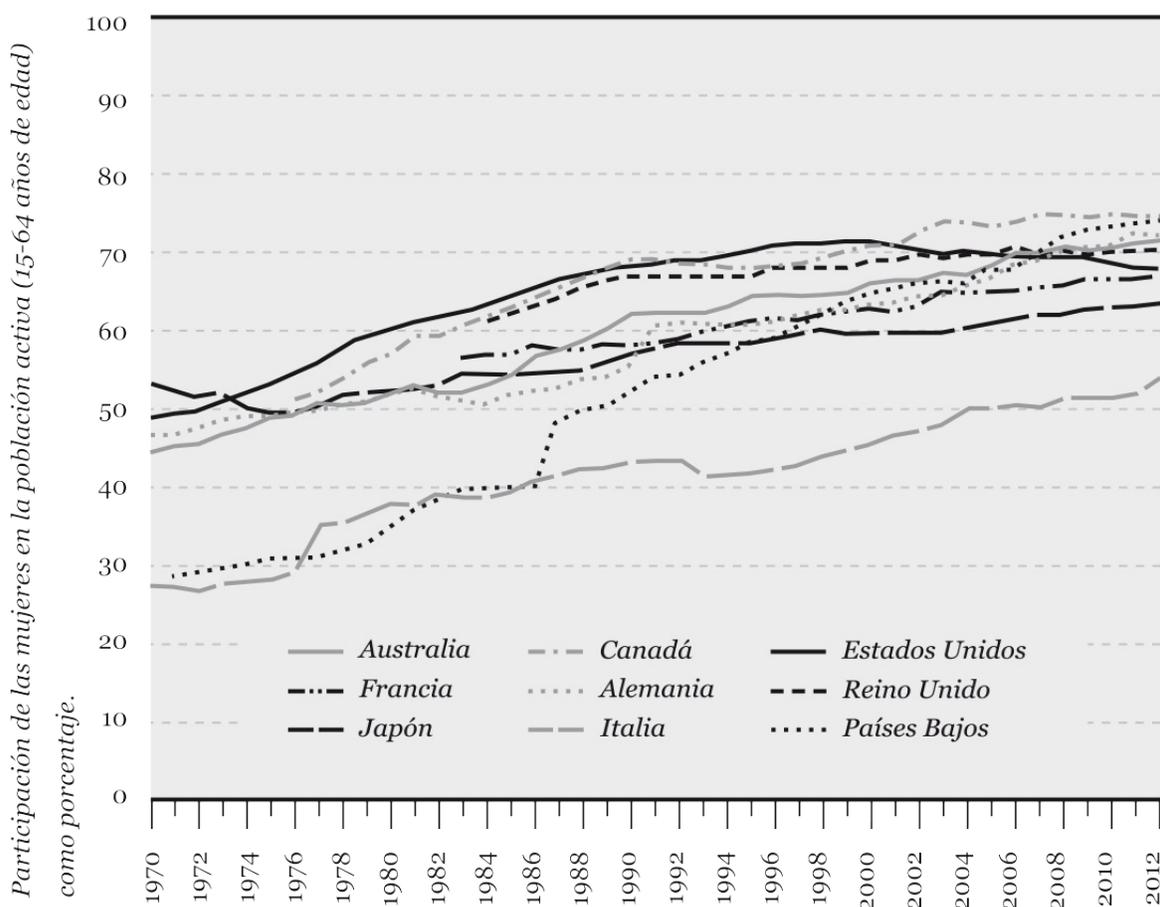
Pero eso no es todo. Incluso en países que han tenido una reducción en la semana laboral individual, las familias han experimentado la falta de tiempo. ¿Por qué? Todo tiene que ver con el acontecimiento más importante de las últimas décadas: la revolución feminista.

Los futuristas no la vieron venir. Al fin y al cabo, la Jane Jetson de 2062 seguía siendo una obediente ama de casa. En 1967, el *Wall Street Journal* vaticinó que la disponibilidad de robots permitiría al hombre del siglo XXI pasarse horas relajado en el sofá de casa con su esposa.²¹⁹ Nadie podía entonces sospechar que, en enero de 2010, por primera vez desde que los hombres fueron llamados a filas para luchar en la segunda guerra mundial, las mujeres serían mayoría entre la población activa de Estados Unidos.

Mientras que en 1970 sólo contribuían a entre el 2 y el 6% de los ingresos familiares, ahora esa cifra ya ha superado el 40%.²²⁰

Esta revolución ha tenido lugar a un ritmo vertiginoso. Si se incluye el trabajo no remunerado, las mujeres de Europa y Norteamérica trabajan más que los hombres.²²¹ «Mi abuela no tenía el voto, mi madre no tenía la píldora y yo no tengo tiempo», resumió sucintamente una humorista holandesa.²²²

Mujeres en el mercado laboral, 1970-2002

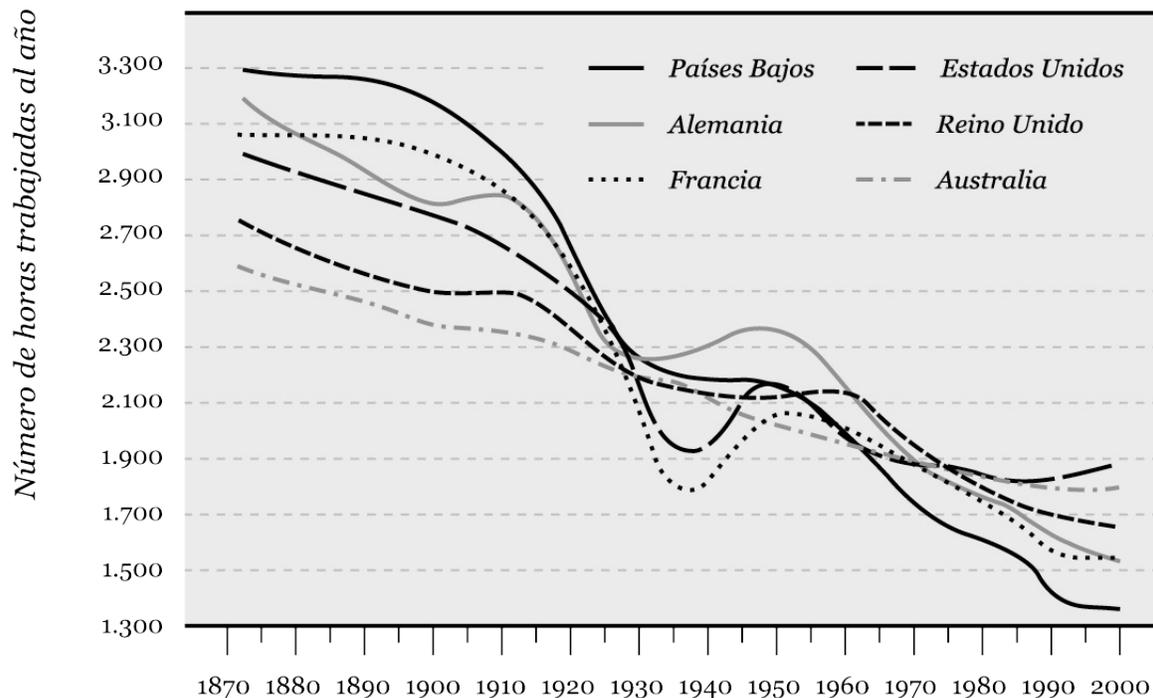


Fuente: OCDE

Con la entrada masiva de las mujeres en el mercado laboral, los hombres deberían haber empezado a trabajar menos (y a dedicar más tiempo a cocinar, limpiar y ocuparse de la familia).

Pero lo que ocurrió no fue eso. Así como en los años cincuenta las parejas trabajaban un total combinado de cinco a seis días semanales, hoy en día la cifra está más cerca de siete u ocho. Al mismo tiempo, ser padres se ha convertido en un trabajo que requiere mucho más tiempo. Las investigaciones señalan que en muchos países los padres están dedicando a sus hijos un número de horas sustancialmente superior.²²³ En Estados Unidos, las madres trabajadoras pasan hoy más tiempo con sus hijos del que pasaban las amas de casa en los setenta.²²⁴

Hemos ido trabajando cada vez menos (hasta 1980)



El número de horas de trabajo anuales per cápita ha caído en picado desde el siglo XIX. Sin embargo, después de 1970, las cifras son engañosas al haberse incorporado al mercado laboral un número cada vez mayor de mujeres. Como consecuencia de ello, las familias tienen una presión de tiempo cada vez mayor, aunque el número de horas trabajadas por persona empleada siguiera descendiendo en algunos países.

Fuente: Organización Internacional del Trabajo

Desde la década de 1980, incluso los ciudadanos de los Países Bajos —la nación con la semana laboral más corta del mundo— han acusado cada vez más el peso del trabajo, las horas extraordinarias, el cuidado de los hijos y la educación. En 1985, estas actividades ocupaban 43,6 horas semanales; en 2005, 48,6 horas.²²⁵ Tres cuartas partes de los trabajadores holandeses se sienten desbordados por la falta de tiempo, una cuarta parte hace horas extraordinarias habitualmente y uno de cada ocho muestran síntomas de agotamiento.²²⁶

Es más, el trabajo y el ocio se están volviendo cada vez más difíciles de deslindar. Un estudio de la Harvard Business School ha revelado que, gracias a la tecnología moderna, los gerentes y profesionales de Europa, Asia y Norteamérica pasan entre 80 y 90 horas semanales «o bien trabajando o

“monitorizando” el trabajo y en situación de disponibilidad». ²²⁷ Y según una investigación coreana, el *smartphone* hace que el empleado medio trabaje 460 horas más al año, casi tres semanas. ²²⁸

No puede decirse que los pronósticos de los grandes pensadores se hayan cumplido, precisamente. Ni mucho menos. Asimov puede que acertara al decir que en 2014 «trabajo» sería la palabra más ensalzada de nuestro vocabulario, pero por una razón completamente diferente. No nos morimos de aburrimiento, sino que nos matamos a trabajar. Lo que combate el ejército de psicólogos y psiquiatras no es el avance del tedio sino una epidemia de estrés.

Hace mucho que debería haberse cumplido la profecía de Keynes. En torno al año 2000, países como Francia, Países Bajos y Estados Unidos ya eran cinco veces más ricos que en 1930. ²²⁹ Sin embargo, hoy nuestros mayores retos no son el ocio y el aburrimiento, sino el estrés y la incertidumbre.

El capitalismo de los cereales

Es un lugar «donde la buena vida se paga con dinero —escribió con entusiasmo un poeta medieval al describir el País de Cucaña, la proverbial tierra de la abundancia—, y el que más duerme, más gana». ²³⁰ En Cucaña, el año es una sucesión interminable de fiestas: cuatro días por Pascua, Pentecostés, San Juan y Navidad. A los que quieren trabajar los encierran en un sótano. Incluso pronunciar la palabra «trabajo» es una grave falta.

Resulta irónico que en la Edad Media la gente estuviera probablemente más cerca que hoy de lograr la satisfecha ociosidad de la tierra de la abundancia. En torno a 1300, el calendario todavía estaba lleno de fiestas y celebraciones. La historiadora y economista de Harvard Juliet Schor ha calculado que los festivos representaban al menos un tercio del año. En España, alcanzaban unos asombrosos cinco meses y en Francia, casi seis. La mayoría de los campesinos no trabajaban más de lo necesario para vivir. «El ritmo de la vida era lento — escribe Schor—. Nuestros antepasados tal vez no fueran ricos, pero tenían tiempo libre en abundancia.» ²³¹

Entonces, ¿adónde ha ido a parar todo ese tiempo?

En realidad, es muy simple. El tiempo es dinero. El crecimiento económico puede aportar o bien más tiempo libre o bien más consumo. Desde 1850 hasta 1980 tuvimos ambas cosas, pero desde entonces lo que se ha incrementado ha

sido sobre todo el consumo. Incluso allí donde los ingresos reales han permanecido estables y la desigualdad se ha disparado, la locura consumista ha continuado, pero a crédito.

Y ése es precisamente el principal argumento que se ha esgrimido contra la reducción de la semana laboral: no podemos permitirnoslo. Más tiempo libre es un ideal maravilloso, pero es sencillamente demasiado caro. Si todos trabajásemos menos, nuestro nivel de vida caería y el estado del bienestar se desmoronaría.

¿Seguro?

Al principio del siglo XX, Henry Ford llevó a cabo una serie de experimentos que demostraron que los trabajadores de su fábrica eran más productivos cuando trabajaban una semana de cuarenta horas. Trabajar veinte horas adicionales daba resultados durante cuatro semanas, pero luego la productividad disminuía.

Otros llevaron el experimento un paso más allá. El 1 de diciembre de 1930, en plena Gran Depresión, el magnate de los cereales W.K. Kellogg decidió implementar una jornada de seis horas en su fábrica de Battle Creek, Michigan. Fue un éxito rotundo: Kellogg pudo contratar a 300 empleados más y redujo la tasa de accidentes en un 41%. Además, sus empleados se volvieron notablemente más productivos. «En nuestro caso no se trata de una mera teoría —contó con orgullo Kellogg a un periódico local—. El coste de producción unitario se ha reducido tanto que podemos permitirnos pagar por seis horas lo que antes pagábamos por ocho.»²³²

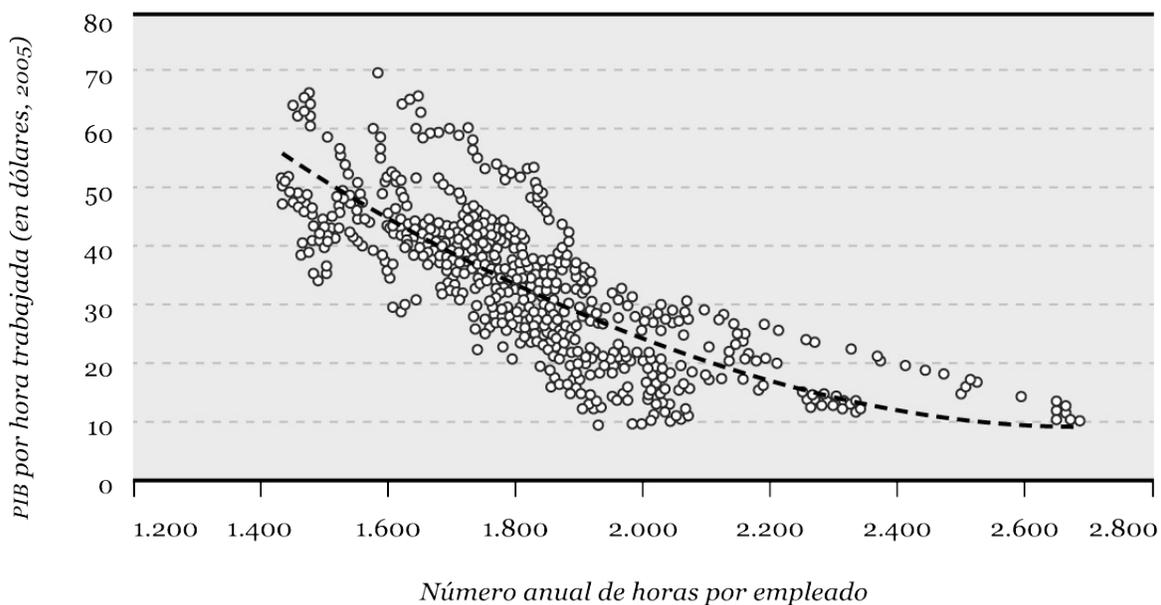
Para Kellogg, como para Ford, una semana laboral más corta era sencillamente una buena decisión empresarial.²³³ Pero para los habitantes de Battle Creek era mucho más que eso. Un periódico local informó de que por primera vez tenían «verdadero tiempo libre».²³⁴ Los padres tenían tiempo libre para sus hijos. Tenían más tiempo para leer, cuidar el jardín y hacer deporte. De repente, las iglesias y los centros comunitarios estaban repletos de ciudadanos que ahora podían dedicar tiempo a la vida cívica.²³⁵

Casi medio siglo después, el primer ministro británico Edward Heath también descubrió los beneficios del capitalismo de los cereales, aunque fue involuntariamente. El año 1973 llegaba a su fin, Heath ya no sabía qué hacer. La inflación alcanzaba récords históricos, el gasto público se había disparado y los sindicatos no estaban dispuestos a ceder en nada. Por si fuera poco, los

mineros decidieron ir a la huelga. Con el consecuente recorte de energía, los británicos bajaron los termostatos y se pusieron sus jerséis más gruesos. Llegó diciembre, e incluso el árbol navideño de Trafalgar Square se quedó sin iluminar.

Heath se decidió por una medida drástica. El 1 de enero de 1974, impuso una semana laboral de tres días. A las empresas no se les permitiría usar más de tres días de electricidad hasta que las reservas de energía se hubieran recuperado. Los magnates del acero pronosticaron que la producción industrial caería un 50%. El Gobierno temía una catástrofe. Cuando en marzo de 1974 se reinstauró la jornada de cinco días, las autoridades empezaron a calcular la extensión total de las pérdidas de producción. Tuvieron problemas para dar crédito a sus ojos. La suma total era del 6%.²³⁶

Correlación entre horas trabajadas y productividad en países ricos, 1990-2012



Fuente: OCDE

Lo que Ford, Kellogg y Heath descubrieron es que las jornadas laborales largas y la productividad no van de la mano. En los ochenta, los empleados de Apple llevaban camisetas que decían «¡Trabajo 90 horas semanales y me encanta!». Después, los expertos en productividad calcularon que si hubieran trabajado la mitad de las horas el mundo podría haber disfrutado del

revolucionario Macintosh un año antes.²³⁷

Hay importantes indicios de que, en una economía moderna del conocimiento, incluso cuarenta horas semanales son demasiadas. Las investigaciones apuntan a que alguien que se nutre constantemente de su creatividad puede, en promedio, ser productivo durante no más de seis horas al día.²³⁸ No es ninguna coincidencia que en los países más ricos del mundo, en los que una gran proporción de habitantes poseen educación superior y capacidades creativas, sea también donde más se han reducido las semanas laborales.

La solución a (casi) todo

Hace poco, un amigo me preguntó: «¿Qué se soluciona trabajando menos?» Prefiero darle la vuelta a la pregunta: ¿hay algo que trabajar menos no resuelva?

¿El estrés? Muchos estudios han demostrado que quienes trabajan menos están más satisfechos con su vida.²³⁹ En una encuesta reciente llevada a cabo entre mujeres trabajadoras, unos investigadores alemanes incluso cuantificaron el «día perfecto». La fracción de minutos más grande (106) iría a las «relaciones íntimas». Las «relaciones sociales» (82), «relajarse» (78) y «comer» (75) también puntuaron alto. Al final de la lista estaban «cuidar de los hijos» (46), «trabajar» (36) y los «desplazamientos al trabajo» (33). Los expertos señalaron lacónicamente que «en la mejora del bienestar, es probable que el trabajo y el consumo (que incrementan el PIB) vayan a desempeñar un papel más pequeño que el actual en las actividad diaria de la gente».²⁴⁰

¿El cambio climático? La implementación a escala mundial de una semana laboral más corta podría reducir a la mitad las emisiones de CO2 este siglo.²⁴¹ Los países con una semana laboral más corta generan una huella ecológica más pequeña.²⁴² Consumir menos empieza por trabajar menos o, mejor todavía, por consumir nuestra prosperidad en forma de tiempo libre.

¿Los accidentes? Las horas extras son letales.²⁴³ Las jornadas laborales largas causan errores: los cirujanos cansados son más propensos a equivocarse y los soldados que duermen poco yerran más al disparar. De Chernóbil al transbordador espacial *Challenger*, se comprobó que los directores extenuados por exceso de trabajo desempeñaron un papel crucial en

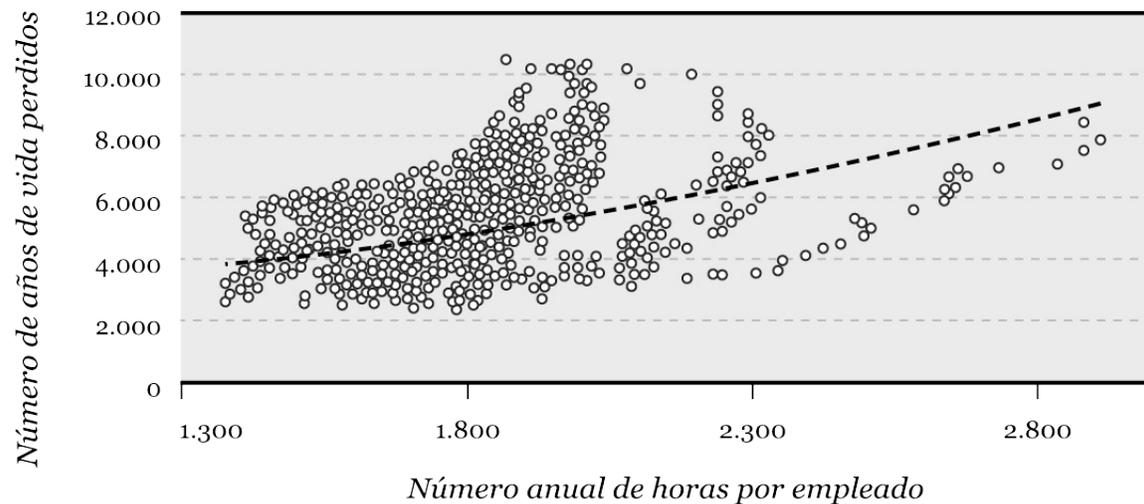
los desastres. No es casualidad que el sector financiero, que desencadenó el mayor desastre de la última década, se esté ahogando en horas extras.

¿El desempleo? Obviamente, no podemos limitarnos a dividir un puesto de trabajo en partes más pequeñas. El mercado laboral no es como el juego de las sillas musicales, en el que cualquiera puede encajar en cualquier asiento y lo único que hay que hacer es distribuir los puestos. Aun así, los investigadores de la Organización Internacional del Trabajo han concluido que el trabajo compartido —en el cual dos empleados a tiempo parcial comparten una carga laboral tradicionalmente asignada a un trabajador a jornada completa— ayudó notablemente a resolver la última crisis.²⁴⁴ Sobre todo en tiempos de recesión, con el desempleo incontrolado y más producción que demanda, los trabajos compartidos pueden contribuir a amortiguar el golpe.²⁴⁵

¿La emancipación de la mujer? Los países con jornadas semanales cortas siempre están en lo más alto de los *rankings* de igualdad. La cuestión fundamental es lograr una distribución del trabajo más equitativa. Mientras los hombres no cumplan con su parte de cocinar, limpiar y realizar otras tareas domésticas, las mujeres no se liberarán para participar plenamente en la economía en su conjunto. En otras palabras, la emancipación de las mujeres también es un asunto de los hombres. Sin embargo, estos cambios no sólo dependen de la voluntad individual de cada hombre. La legislación tiene un papel importante que desempeñar. En ningún sitio la diferencia de horarios entre hombres y mujeres es menor que en Suecia, un país con un razonable sistema de guarderías y bajas por paternidad.

Y la baja por paternidad, en particular, es crucial: los hombres que pasan unas pocas semanas en casa después del nacimiento de un hijo consagran más tiempo a sus mujeres, a sus hijos y a la cocina. Además, este efecto se prolonga durante un período que sorprenderá a más de uno: el resto de sus vidas. Un estudio llevado a cabo en Noruega reveló que los hombres que toman la baja por paternidad comparten con sus mujeres la tarea de hacer la colada un 50% más que otros hombres.²⁴⁶ Y un estudio canadiense muestra que estos hombres dedicarán más tiempo a las tareas domésticas y al cuidado de los hijos.²⁴⁷ La baja por paternidad es un caballo de Troya con un potencial verdaderamente transformador en la lucha por la igualdad entre sexos.²⁴⁸

Correlación entre horas trabajadas y muertes prematuras en países ricos, 1970-2011



Fuente: OCDE

¿El envejecimiento de la población? Una parte cada vez mayor de la población quiere continuar trabajando incluso después de llegar a la edad de la jubilación. Pero mientras los treintañeros se ahogan en trabajo, responsabilidades familiares e hipotecas, a los mayores les cuesta encontrar empleo, pese a que trabajar tiene efectos muy beneficiosos para su salud. Así pues, además de distribuir los empleos de forma más igualitaria entre los sexos, deberíamos hacer lo mismo entre las distintas generaciones. Los trabajadores jóvenes que están accediendo al mercado laboral deberían poder trabajar hasta los ochenta años. A cambio, en lugar de cuarenta horas por semana, podrían trabajar quizá treinta o incluso veinte. «En el siglo XX se produjo una redistribución de la riqueza —ha observado un destacado demógrafo—. En mi opinión, en este siglo la gran redistribución se producirá en términos de horas de trabajo.»²⁴⁹

¿La desigualdad? Los países con las mayores desigualdades en el nivel de renta son precisamente aquellos con las semanas laborales más largas. Mientras que los pobres trabajan cada vez más horas para salir adelante, a los ricos les resulta cada vez más «caro» tomarse tiempo libre en la medida en que sus horas están cada vez mejor retribuidas.

En el siglo XIX era típico que los ricos rechazaran de plano arremangarse. El trabajo era para los campesinos. Cuanto más trabajaba uno, más pobre era. Desde entonces, las costumbres sociales han cambiado por completo. Hoy en

día, el trabajo excesivo y la presión son símbolos de estatus. Quejarse de un exceso de trabajo a menudo es una forma velada de intentar parecer importante e interesante. El tiempo para uno mismo enseguida se asocia al desempleo y la pereza, al menos en los países donde la desigualdad se ha acentuado.

Dolores de crecimiento

Hace casi un siglo, nuestro viejo amigo John Maynard Keynes hizo otra predicción extravagante. Keynes comprendió que el crac bursátil de 1929 no había acabado con toda la economía mundial. Los productores todavía podían suministrar tanto como el año anterior, pero la demanda de muchos productos se había agotado. «Estamos sufriendo, no del reuma de un anciano —escribió Keynes—, sino los dolores de crecimiento de los cambios demasiado rápidos.»

Han pasado más de ochenta años y seguimos afrontando el mismo problema. No es que seamos pobres. Es sólo que no hay suficiente trabajo remunerado. Y, en realidad, es una buena noticia.

Significa que podemos empezar a prepararnos para lo que podría ser nuestro mayor desafío hasta la fecha: llenar un verdadero océano de tiempo libre. Es evidente que la semana laboral de quince horas sigue siendo una utopía distante. Keynes vaticinó que en 2030 los economistas desempeñarían un papel menor, «igual que el de los dentistas». Pero este sueño parece ahora más lejano que nunca. Los economistas dominan los ruedos mediáticos y políticos, y el sueño de una semana laboral más corta ha sido machacado. Apenas queda ningún político dispuesto a apoyarlo, pese a que el estrés y el desempleo alcanzan niveles de récord.

Sin embargo, Keynes no estaba loco. En su época, las semanas laborales se estaban reduciendo deprisa y se limitó a extrapolar hacia el futuro la tendencia que había empezado en torno a 1850. «Por supuesto, ocurrirá de manera gradual —explicó—, no como una catástrofe.» Imaginemos que la revolución del ocio volviera a cobrar impulso en el siglo XXI. Incluso en condiciones de crecimiento económico lento, nosotros, los habitantes de la tierra de la abundancia, en 2050 podríamos trabajar menos de quince horas semanales y ganar lo mismo que en el año 2000.²⁵⁰

Si de verdad somos capaces de conseguirlo, ya es hora de que empecemos a prepararnos.

Estrategia nacional

Primero debemos preguntarnos: ¿es esto lo que queremos?

Resulta que las encuestas ya nos han planteado esa pregunta. Y nuestra respuesta ha sido: sí, por favor. Estamos incluso dispuestos a cambiar parte del preciado poder adquisitivo por más tiempo libre.²⁵¹ Vale la pena señalar, no obstante, que en los últimos tiempos la línea que delimita el trabajo y el ocio se ha desdibujado. Ahora el trabajo a menudo se concibe como una especie de afición, o incluso como el elemento esencial de nuestra identidad. En su ya clásico libro *Teoría de la clase ociosa* (1899), el sociólogo Thorstein Veblen aún describía el tiempo libre como el distintivo de la elite. Pero las cosas que entonces se calificaban como ocio (arte, deporte, ciencia, asistencia social, filantropía) ahora se califican como trabajo.

Claro está, en nuestra moderna tierra de la abundancia siguen existiendo trabajos horribles y muy mal pagados. Y a menudo los trabajos bien remunerados no se consideran particularmente útiles. Sin embargo, el objetivo aquí no es pedir el final de la semana laboral. Más bien al contrario. Es hora de que las mujeres, los pobres y los mayores tengan la oportunidad de hacer más, no menos trabajo remunerado. El trabajo estable con sentido tiene un papel crucial en toda vida vivida con plenitud.²⁵² Por eso mismo, el tiempo libre forzado —ser despedido— es desastroso. Los psicólogos han demostrado que una larga temporada en el paro tiene un mayor impacto en nuestro bienestar que el divorcio o la pérdida de un ser querido.²⁵³ El tiempo cura todas las heridas, menos la del desempleo. Porque cuanto más tiempo estamos marginados, más nos hundimos.

Aun así, por muy importante que sea el trabajo en nuestras vidas, la gente de todo el mundo, desde Japón hasta Estados Unidos, anhela una semana laboral más corta.²⁵⁴ Cuando unos científicos estadounidenses encuestaron a empleados para averiguar si preferirían dos semanas de salario adicional o dos semanas de vacaciones, dos tercios optaron por el tiempo extra. Y cuando unos investigadores británicos preguntaron a los empleados si preferirían ganar la lotería o trabajar menos, de nuevo dos tercios eligieron esto último.²⁵⁵

Todos los datos apuntan a que no podemos pasar sin cierta dosis diaria de desempleo. Trabajar menos proporciona espacio mental para otras cosas que también son importantes para nosotros, como la familia, la implicación en la comunidad y la recreación. No es casualidad que los países con las semanas

laborales más cortas tengan también el mayor número de voluntarios y el mayor capital social.

Así que, ahora que sabemos que queremos trabajar menos, la segunda pregunta es cómo podemos lograrlo.

No podemos cambiar sencillamente a una semana de veinte o de treinta horas. La reducción del trabajo debe restaurarse primero como ideal político. Después podemos reducir la semana laboral paso a paso, intercambiando dinero por tiempo, invirtiendo más en educación y desarrollando un sistema de jubilación más flexible así como provisionando la baja por paternidad y el cuidado de los hijos.

Todo empieza reorientando los incentivos. En la actualidad, para el empresario es más barato que una persona haga horas extras que contratar a dos empleados a tiempo parcial.²⁵⁶ Eso se debe a que muchos costes laborales, como la atención sanitaria, se pagan por empleado y no por hora.²⁵⁷ Y eso explica también que, como individuos, no podamos decidir trabajar menos de forma unilateral. Al hacerlo nos arriesgaríamos a perder estatus, oportunidades profesionales y, en última instancia, el empleo. Además, los empleados se controlan entre ellos: ¿quién ha estado más tiempo en su escritorio? ¿Quién trabaja más horas? Al final de la jornada laboral, en casi cualquier oficina encontramos empleados agotados sentados ante sus ordenadores sin ningún propósito, mirando perfiles de Facebook de gente que no conocen, esperando hasta que se marche el primero de sus compañeros.

Romper este círculo vicioso requerirá una acción colectiva; por parte de las empresas o, mejor aún, de los países.

La buena vida

Cuando le decía a la gente, durante la redacción de este libro, que estaba abordando el mayor reto del siglo, despertaba inmediatamente su interés. ¿Estaba escribiendo sobre terrorismo? ¿Cambio climático? ¿La tercera guerra mundial?

La decepción era evidente cuando les explicaba el tema del tiempo libre. «¿No estaría todo el mundo pegado al televisor a todas horas?»

Me recordaban a los estrictos sacerdotes y vendedores del siglo XIX que creían que la plebe no sería capaz de gestionar su derecho al voto, un salario decente o, menos aún, el tiempo libre, y que defendían la semana laboral de

setenta horas como instrumento eficaz en la lucha contra el alcoholismo. Pero la paradoja es que fue precisamente en las ciudades industrializadas con exceso de trabajo donde cada vez más gente buscaba consuelo en la botella.

Ahora vivimos en una época diferente, pero la historia es la misma: en países con exceso de trabajo, como Japón, Turquía y, por supuesto, Estados Unidos, la gente ve una cantidad absurda de televisión. Hasta cinco horas al día en Estados Unidos, lo cual equivale a nueve años a lo largo de toda una vida. Los niños estadounidenses pasan delante de la tele la mitad de tiempo que en la escuela.²⁵⁸

El verdadero ocio, en cambio, no es ni un lujo ni un vicio. Es tan vital para nuestros cerebros como la vitamina C para nuestros cuerpos. No hay nadie en la tierra que en el lecho de muerte piense: «Si hubiera trabajado unas horas más en la oficina o me hubiera sentado un poco más ante la tele...» Por supuesto que nadar en un mar de tiempo libre no será fácil. Una educación del siglo XXI debería preparar a la gente no sólo para integrarse en el mercado laboral, sino también (y aún más importante) para la vida. «Como los hombres no estarán cansados en su tiempo libre —escribió en 1932 Bertrand Russell—, no pedirán sólo entretenimientos pasivos e insípidos.»²⁵⁹

Sólo si nos tomamos el tiempo necesario, seremos capaces de gestionar la buena vida.

203. John Maynard Keynes, «Economic Possibilities for our Grandchildren», *Essays in Persuasion*, Londres, Macmillan, 1931.

<<http://www.econ.yale.edu/smith/econ116a/keynes1.pdf>>. [Versión en castellano: *Ensayos de persuasión*, Barcelona, Crítica, 1988.]

204. John Stuart Mill, *Principles of Political Economy with some of their Applications to Social Philosophy* (1848), libro IV, cap. VI

<<http://www.econlib.org/library/Mill/mlP61.html>>.

205. Citado del ensayo de Bertrand Russell «In Praise of Idleness», *Harper's Magazine* (octubre de 1932). <<http://www.zpub.com/notes/idle.html>>. [Versión en español: «Elogio de la ociosidad», en *Elogio de la ociosidad y otros ensayos*, Barcelona, Edhasa, 2000.]

206. Benjamin Kline Hunnicutt, «The End of Shorter Hours», *Labor History* (verano de 1984), pp. 373-404.

207. *Ibidem*.

208. Samuel Crowther, «Henry Ford: Why I Favor Five Days' Work With Six Days' Pay», *World's Work*.

- <https://en.wikisource.org/wiki/HENRY_FORD:_Why_I_Favor_Five_Days'_Work_With_S
209. Andrew Simms y Molly Conisbee, «National Gardening Leave», en Anna Coote y Jane Franklin (eds.), *Time on our side. Why we all need a shorter workweek*, Londres, NEF, 2013, p. 155.
210. «Nixon Defends 4-Day Week Claim», *The Milwaukee Sentinel* (25-9-1956).
<<https://news.google.com/newspapers?id=sXBRAAAAIBA&sjid=-A8EAAAIBA&pg=576,2053944>>
211. Jared Cohen, *Human Robots in Myth and Science*, Londres, George Allen and Unwin, 1966.
212. Hillel Ruskin (ed.), *Leisure, Toward a Theory and Policy*, Madison (Nueva Jersey), Farleigh Dickinson University Press, 1984, p. 152.
213. Isaac Asimov: «Visit to the World's Fair of 2014», *The New York Times* (16-8-1964).
<<http://www.nytimes.com/books/97/03/23/lifetimes/asi-v-fair.html>>.
214. Citado en Daniel Akst, «What Can We Learn From Past Anxiety Over Automation?», *The Wilson Quarterly* (verano de 2013). <<http://wilsonquarterly.com/quarterly/summer-2014-where-have-all-the-jobs-gone/theres-much-learn-from-past-anxiety-over-automation/>>.
215. Esta escena de «*Los supersónicos*» es del episodio 19 de la primera temporada.
216. Citado en Matt Novak, «50 Years of the Jetsons: Why The Show Still Matters», *Smithsonian* (19-9-2012). <<http://www.smithsonianmag.com/history/50-years-of-the-jetsons-why-the-show-still-matters-43459669/>>.
217. Sangheon Lee, Deirdre McCann y Jon C. Messenger, *Working Time Around the World. Trends in working hours, laws and policies in a global comparative perspective*, 2007.
<<http://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/@dgreports/@dcomm/@publ/documents/public>
218. Rasmussen Reports, «Just 31 % Work A 40-Hour Week» (13-12-2013).
<http://www.rasmussenreports.com/public_content/lifestyle/general_lifestyle/december_21
219. Wall Street Journal Staff, *Here Comes Tomorrow! Living and Working in the Year 2000*, Nueva York, Dow Jones Books, 1967.
220. Hanna Rosin, «The End of Men», *The Atlantic* (julio-agosto de 2010).
<<http://www.theatlantic.com/magazine/archive/2010/07/the-end-of-men/308135/2/>>.
221. New Economics Foundation, *21 Hours. Why a Shorter Working Week Can Help Us All to Flourish in the 21st Century*, p. 10.
<<http://www.neweconomics.org/publications/entry/21-hours>>.
222. Citado en Mirjam Schöttelndreier, «Nederlanders leven vooral om te werken», *De Volkskrant* (29-1-2001).
223. D'Vera Cohn, «Do Parents Spend Enough Time With Their Children?», *Population Reference Bureau* (enero de 2007).
<<http://www.prb.org/Publications/Articles/2007/DoParentsSpendEnoughTimeWithTheirChi>
224. Rebecca Rosen, «America's Workers: Stressed Out, Overwhelmed, Totally Exhausted», *The Atlantic* (25-3-2014).
<<http://www.theatlantic.com/business/archive/2014/03/americas-workers-stressed-out-overwhelmed-totally-exhausted/284615/>>.

225. Marielle Cloin y otros, *Nederland in een dag. Tijdsbesteding in Nederland vergeleken met die in vijftien andere Europese landen*, 2011.
226. Nationale Enquête Arbeidsomstandigheden (Estudio nacional sobre las condiciones laborales, Países Bajos), 2012:
<http://www.monitorarbeid.tno.nl/dynamics/modules/SFIL0100/view.php?fil_Id=53>.
227. Derek Thompson, «Are We Truly Overworked? An Investigation – in 6 Charts», *The Atlantic* (junio de 2013). <<http://www.theatlantic.com/magazine/archive/2013/06/are-we-truly-overworked/309321/>>.
228. Pixmania, «Smart Devices Add 1.2 Hours to Our Work Day» (13-11-2012). <<https://www.journalism.co.uk/press-releases/smart-devices-add-1-2-hours-to-our-work-day-/s66/a551171/>>.
229. Estos cálculos se realizaron utilizando el sitio web <<http://www.gapminder.org>>.
230. Citado en Herman Pleij, *Dromen van Cocagne*, Ámsterdam, Prometheus, 2000, p. 49.
231. Juliet Schor, *The Overworked American. The Unexpected Decline of Leisure*, Nueva York, Basic Books, 1992, p. 47. Merece la pena señalar que los cazadores y recolectores probablemente trabajaban menos todavía. Los arqueólogos calculan que su jornada laboral no superaba las veinte horas.
232. Benjamin Kline Hunnicutt, *Kellogg's Six-Hour Day*, Filadelfia, Temple University Press, 1996, p. 35.
233. En su obra clásica *La riqueza de las naciones*, Adam Smith escribió: «El hombre que trabaja con la moderación necesaria para poder trabajar de forma constante no sólo preserva más tiempo su salud, sino que en el curso del año, ejecuta la mayor cantidad de obras.»
234. Benjamin Kline Hunnicutt, *Kellogg's Six-Hour Day*, op. cit., p. 62.
235. La jornada laboral en Kellogg's volvió fugazmente a las ocho horas durante la segunda guerra mundial, pero después de la guerra una amplia mayoría de sus empleados votaron reanudar la jornada de seis horas; las jornadas laborales no volvieron a alcanzar las ocho horas hasta que a los encargados de la fábrica de Kellogg's se les permitió establecer los horarios por sí mismos. Sin embargo, según el profesor Benjamin Kline Hunnicutt, de la Universidad de Iowa, fue en última instancia la presión externa para trabajar y consumir al mismo ritmo que los demás lo que minó más la jornada laboral de seis horas. No obstante, hasta 1985 no renunciaron a sus turnos de seis horas los últimos 530 trabajadores.
236. New Economics Foundation, *21 hours*, op. cit., p. 11.
237. Un análisis reciente de experimentos con trabajadores independientes desde principios del siglo XX concluyó que la autonomía y el control son mucho más significativos que el número de horas que trabajamos. La gente que puede organizar su tiempo está más motivada y logra mejores resultados. Véase M. Travis Maynard, Lucy L. Gilson y John E. Mathieu, «Empowerment — Fad or Fab? A Multilevel Review of the Past Two Decades of Research», *Journal of Management* (julio de 2012). <<http://jom.sagepub.com/content/38/4/1231>>.
238. Sara Robinson, «Bring back the 40-Hour work week», *Salon*: <http://www.salon.com/2012/03/14/bring_back_the_40_hour_work_week>.
239. Para una visión general, véase Nicholas Ashford y Giorgos Kallis, «A Four-day Workweek: A Policy for Improving Employment and Environmental Conditions in Europe»,

European Financial Review (abril de 2013). <<http://www.europeanfinancialreview.com/?p=902>>.

240. Christian Kroll y Sebastian Pokutta, «Just a Perfect Day? Developing a Happiness Optimised Day Schedule», *Journal of Economic Psychology* (febrero de 2013). <<http://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0167487012001158>>.

241. David Rosnick, «Reduced Work Hours as a Means of Slowing Climate Change» (Center for Economic and Policy Research). <<http://www.cepr.net/documents/publications/climate-change-workshare-2013-02.pdf>>.

242. Kyle Knight, Eugene A. Rosa y Juliet B. Schor, «Reducing Growth to Achieve Environmental Sustainability: The Role of Work Hours»: <<https://www.peri.umass.edu/publication/item/503-reducing-growth-to-achieve-environmental-sustainability-the-role-of-work-hours-thomas-weisskopf-festschrift-conference-paper>>.

243. Un estudio mostró que los residentes de hospital cometen cinco veces más errores diagnósticos cuando trabajan en semanas excesivamente largas en comparación con semanas laborales normales. Christopher P. Landrigan y otros, «Effect of Reducing Interns' Work Hours on Serious Medical Errors in Intensive Care Units», *The New England Journal of Medicine* (octubre de 2004). <<http://www.nejm.org/doi/full/10.1056/nejmoa041406>>.

Hay una gran cantidad de investigaciones que sostienen que trabajar en exceso es malo para la salud. Véase el metaanálisis de Kate Sparks y otros, «The Effects of Hours of Work on Health: A Meta-Analytic Review», *Journal of Occupational and Organizational Psychology* (agosto de 2011). <<http://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/j.2044-8325.1997.tb00656.x/abstract>>.

244. Jon C. Messenger y Naj Ghosheh (eds.), «Work Sharing during the Great Recession», International Labour Organization: <<http://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/dgreports/dcomm/publ/documents/publication/v>

245. En Alemania, que ha salido de la crisis más reforzada que el resto de Europa, esto ha salvado cientos de miles de empleos. Véase también Nicholas Ashford y Giorgos Kallis, «A Four-day Workweek», *European Financial Review* (30-4-2013). <<http://www.europeanfinancialreview.com/?p=902>>.

246. Andreas Kotsadam y Henning Finseraas, «The State Intervenes in the Battle of the Sexes: Causal Effects of Paternity Leave», *Social Science Research*, 40, núm. 6 (noviembre de 2011), 1611-1622. <<http://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0049089X11001153>>.

247. Ankita Patnaik, «Merging Spheres: The Role of Policy in Promoting Dual-Earner Dual-Carer Households», Population Association of America 2014 Annual Meeting: <https://www.researchgate.net/publication/255698124_Merging_Separate_Spheres_The_R_Earner_Dual-Carer'_Households>.

248. Rutger Bregman, «Zo krijg je mannen achter het aanrecht», *De Correspondent*: <<https://decorrespondent.nl/685/Zo-krijg-je-mannen-achter-het-aanrecht/26334825-a492b4c6>>.

249. Niels Ebdrup, «We Should Only Work 25 Hours a Week, Argues Professor», *Science Nordic* (3-2-2013). <<http://sciencenordic.com/we-should-only-work-25-hours-week-argues-professor>>.
250. Erik Rauch, «Productivity and the Workweek»: <<http://groups.csail.mit.edu/mac/users/rauch/worktime>>.
251. Para un resumen de las posiciones en varios países, véase Robert y Edward Skidelsky, *How Much is Enough? The Love of Money and the Case for the Good Life*, Nueva York, Penguin, 2012, pp. 29-30.
252. Para un resumen, véase Jonathan Gershuny y Kimberly Fisher, «Post-Industrious Society: Why Work Time Will Not Disappear for Our Grandchildren», *Sociology Working Papers* (abril de 2014). <<http://www.sociology.ox.ac.uk/working-papers/post-industrious-society-why-work-time-will-not-disappear-for-our-grandchildren.html>>.
253. Richard Layard, *Happiness. Lessons from a New Science*, Nueva York, Penguin, 2005, p. 64. Véase también Don Peck, «How a New Jobless Era Will Transform America», *The Atlantic* (marzo de 2010). <<http://www.theatlantic.com/magazine/archive/2010/03/how-a-new-jobless-era-will-transform-america/307919/>>.
254. Juliet Schor, «The Triple Dividend», en Anna Coote y Jane Franklin (eds.), *Time on Our Side. Why We All Need a Shorter Workweek*, Londres, NEF, 2013, p. 14.
255. Carl Honoré, *In Praise of Slow*, Londres, Orion, 2004, cap. 8.
256. Juliet Schor, *The Overworked American*, op. cit., p. 66.
257. Hay que tener en cuenta los costes de formación, jubilación, seguros de desempleo y costes de atención sanitaria (esto último sobre todo en Estados Unidos). En la mayoría de los países han aumentado estos «costes independientes del número de horas» en los últimos años. Véase Juliet Schor, «The Triple Dividend», op. cit., p. 9.
258. Nielsen Company, «Americans Watching More TV Than Ever»: <<http://www.nielsen.com/us/en/insights/news/2009/americans-watching-more-tv-than-ever.html>>. Véase también «Television Watching Statistics»: <<http://www.statisticbrain.com/television-watching-statistics>>.
259. Bertrand Russell, «In Praise of Idleness», *Harper's Magazine* (octubre de 1932).

El trabajo es el refugio de la gente que no tiene nada mejor que hacer.

OSCAR WILDE (1854-1900)

Por qué no compensa ser banquero

Una niebla densa envuelve City Hall Park al amanecer del 2 de febrero de 1968.²⁶⁰ Siete mil trabajadores del servicio de recogida de basuras de Nueva York forman una pequeña multitud, los ánimos están exaltados. El portavoz sindical, John DeLury, se dirige a ellos desde lo alto de un camión. Anuncia que el alcalde ha rechazado hacer más concesiones y la ira de la multitud amenaza con desbordarse. Cuando los primeros huevos podridos vuelan por encima de su cabeza, DeLury comprende que el tiempo de la negociación se ha agotado. Es hora de tomar la ruta ilegal, el camino que los basureros tienen prohibido por el simple motivo de que la tarea que realizan es demasiado importante.

Es hora de ir a la huelga.

Al día siguiente, no se recoge la basura en la Gran Manzana. Casi todas las brigadas de basureros de la ciudad se han quedado en casa. Un periódico local cita a uno de los huelguistas: «Nunca hemos tenido prestigio y nunca me había importado. Pero ahora sí. La gente nos trata como basura.»

Cuando al cabo de dos días el alcalde sale a evaluar la situación, la ciudad ya está de basura hasta las rodillas, y cada día se añaden 10.000 toneladas más. Un hedor rancio empieza a propagarse por las calles y las ratas aparecen hasta en los barrios más elegantes de la ciudad. En cosa de días, una de las ciudades más icónicas del mundo ha empezado a parecer una barriada paupérrima. Y por primera vez desde la epidemia de polio de 1931, las autoridades municipales declaran el estado de emergencia.

Aun así, el alcalde se niega a ceder. Tiene de su lado a la prensa local, que describe a los huelguistas como narcisistas avariciosos. Pasa una semana antes de que la realidad empiece a calar: los basureros van a ganar. «Nueva York se muestra impotente ante ellos —se lee en el desesperado editorial del *New York Times*—. La más grande de las ciudades debe rendirse o hundirse en la

inmundicia.» A los nueve días de huelga, con 100.000 toneladas de basura acumuladas, los basureros se salen con la suya. «La conclusión de este nuevo paso en dirección al caos —informó después *Time Magazine*— es que hacer huelga sale a cuenta.»²⁶¹

Ricos sin mover un dedo

Tal vez, aunque no en todas las profesiones.

Supongamos, por ejemplo, que los 100.000 representantes de los *lobbies* de Washington se pusieran en huelga mañana.²⁶² O que todos los contables de Manhattan decidieran quedarse en casa. Es poco probable que el alcalde anunciara un estado de emergencia. De hecho, es poco probable que alguno de estos escenarios causara mucho daño. Una huelga de, pongamos por caso, asesores de redes sociales, operadores de televenta u operadores de negociaciones de alta frecuencia (HFT), quizá ni siquiera sería noticia.

En cambio, cuando se trata de la recogida de basura, la situación es diferente. Se mire como se mire, realizan una tarea sin la cual no podemos pasar. Y la cruda verdad es que cada vez hay más personas dedicadas a trabajos de los que podríamos prescindir. Si de pronto dejaran de trabajar, el mundo no sería más pobre, más feo ni peor en ningún sentido. Tomemos, por ejemplo, los sofisticados *brokers* de Wall Street que se llenan los bolsillos a costa de otro plan de pensiones o los astutos abogados capaces de dilatar un pleito corporativo hasta el fin de los tiempos. O el brillante publicista que escribe el eslogan del año y hunde a la competencia.

En lugar de crear riqueza, estos trabajos más que nada la mueven de aquí para allá.

Por supuesto, no existe una línea clara entre quienes crean riqueza y los que la mueven. Muchos trabajos hacen ambas cosas. Es innegable que el sector financiero puede contribuir a nuestra riqueza y al mismo tiempo engrasar los mecanismos de otros sectores. Los bancos pueden ayudar a compartir los riesgos y respaldar a gente con excelentes ideas. Y sin embargo, hoy en día los bancos se han vuelto tan grandes que gran parte de lo que hacen es sólo mover la riqueza o incluso destruirla. En lugar de hacer crecer el pastel, el crecimiento desmesurado del sector bancario no ha hecho más que incrementar la porción que se sirve.²⁶³

O pensemos en los abogados. Huelga decir que el imperio de la ley es

necesario para que un país prospere. Sin embargo, ahora Estados Unidos tiene diecisiete veces más abogados per cápita que Japón. ¿Acaso el imperio de la ley en Estados Unidos es diecisiete veces más eficaz?²⁶⁴ ¿O los americanos están diecisiete veces más protegidos? Ni mucho menos. Algunos bufetes incluso se dedican a comprar patentes de productos que no tienen intención de producir, sólo con el fin de demandar a quienes las infrinjan.

Lo curioso es que son precisamente los trabajos que mueven dinero —y que prácticamente no crean nada de valor tangible— los que se llevan los mejores salarios. Es una coyuntura fascinante y paradójica a la vez. ¿Cómo es posible que quienes contribuyen a la prosperidad (los profesores, los policías, los enfermeros) estén mal pagados, mientras que quienes mueven el dinero, cuya labor es poco importante, intrascendente e incluso destructiva, cobren tanto?

Cuando el ocio aún era un derecho innato

Tal vez la historia puede arrojar un poco de luz sobre este enigma.

Hasta hace unos siglos, casi todo el mundo trabajaba en la agricultura. Eso dejaba una próspera clase alta con libertad para holgazanear, vivir de sus bienes particulares y hacer la guerra: todas ellas aficiones que no crean riqueza, sino que en el mejor de los casos la mueven y en el peor la destruyen. Cualquier noble de sangre azul estaba orgulloso de este estilo de vida, el cual daba a los pocos afortunados el derecho hereditario a llenarse los bolsillos a costa de otros. ¿Trabajo? Eso era para los campesinos.

En aquellos tiempos, antes de la revolución industrial, una huelga de campesinos habría paralizado toda la economía. En la actualidad, los gráficos, diagramas y tartas sugieren que todo ha cambiado. Como porción de la economía, la agricultura es casi marginal. De hecho, en Estados Unidos el sector financiero es siete veces mayor que el agrario.

Veamos. ¿Significa esto que si los agricultores fueran a la huelga, pasaríamos menos apuros que si sufriéramos un boicot de los banqueros? (No, más bien al contrario.) Por otra parte, ¿no se ha disparado la producción agraria en las últimas décadas? (Desde luego.) Entonces, ¿no están los agricultores ganando más que nunca? (Por desgracia, no.)

En una economía de mercado, las cosas funcionan justamente al revés. Cuanto mayor es la producción, menor es el precio. Y ése es el problema. A lo largo de las últimas décadas, la oferta de comida se ha disparado. En 2010,

las vacas de Estados Unidos produjeron el doble de leche que en 1970.²⁶⁵ En ese mismo período, la producción de trigo también se dobló, y la de tomates se triplicó. Cuanto más mejora la agricultura, menos dispuestos estamos a remunerarla. Hoy en día, la comida de nuestros platos se ha vuelto absurdamente barata.

En eso consiste el progreso económico. A medida que nuestras explotaciones agrarias y nuestras fábricas se volvieron más eficientes, su parte proporcional en la economía se redujo. Y cuanto más productivas, menos gente empleaban. Al mismo tiempo, este cambio generó más puestos de trabajo en el sector servicios. Sin embargo, antes de que pudiéramos conseguir un empleo en este nuevo mundo de consultores, contables, programadores, asesores, *brokers* y abogados, primero teníamos que obtener las credenciales adecuadas.

Este desarrollo de los acontecimientos ha generado una riqueza inmensa.

No obstante, lo paradójico es que también ha creado un sistema en el que un número creciente de personas pueden ganar dinero sin contribuir con nada de valor tangible a la sociedad. Llamémoslo la paradoja del progreso: aquí, en la tierra de la abundancia, cuanto más ricos y más listos somos, más prescindibles nos volvemos.

Cuando los banqueros fueron a la huelga

«Cierre bancario.»

Este aviso apareció en el *Irish Independent* el 4 de mayo de 1970. Tras largas pero infructuosas negociaciones sobre salarios que no habían seguido el ritmo de la inflación, los empleados de banca de irlandeses decidieron ir a la huelga.

De la noche a la mañana, el 85% de las reservas del país quedaron bloqueadas. Como todo indicaba que la huelga no sería corta, los negocios de todo el país empezaron a acumular dinero en efectivo. Tras dos semanas de huelga, el *Irish Times* informó de que la mitad de los siete mil empleados de banca del país ya habían reservado vuelos a Londres para buscar otro trabajo.

Al principio, los expertos predijeron que la vida en Irlanda se paralizaría. Primero, el efectivo se agotaría, luego el comercio se estancaría y, finalmente, se dispararía el desempleo. «Imaginemos que de repente todas las venas de nuestro cuerpo se encogen y se obstruyen —así describió un economista el

miedo imperante—, y tal vez comprenderemos cómo conciben los economistas los cierres bancarios.»²⁶⁶ Poco antes del verano de 1970, Irlanda se preparaba para lo peor.

Y entonces ocurrió algo extraño. O más concretamente, no ocurrió gran cosa.

En julio, el *Times* londinense informó de que las «cifras y tendencias disponibles indican que hasta el momento la disputa no ha tenido un efecto adverso en la economía». Unos meses después, el Banco Central de Irlanda presentó el balance final. Concluyó que «La economía irlandesa continuó funcionando durante un período razonablemente largo con sus principales bancos cerrados al público». Es más, la economía había seguido creciendo.

Al final, la huelga duraría seis meses: un período veinte veces más largo que el de la huelga de los basureros de Nueva York. Sin embargo, mientras que al otro lado del charco se había declarado un estado de emergencia al cabo de sólo seis días, Irlanda seguía funcionando con paso firme después de seis meses sin bancos. «La principal razón por la que no recuerdo gran cosa de la huelga de bancos —reflexionó en 2013 un periodista irlandés— es que no tuvo un impacto debilitante en la vida cotidiana.»²⁶⁷

Pero sin bancos, ¿cómo hicieron los irlandeses para obtener dinero?

Algo muy sencillo: empezaron a emitir su propio efectivo. Tras el cierre bancario continuaron extendiéndose cheques unos a otros como de costumbre, con la única diferencia de que éstos no podían cobrarse en el banco. En su lugar, ese otro expendedor de bienes líquidos —el pub irlandés— salvó la situación. En una época en que los irlandeses todavía se tomaban una pinta en su pub local al menos tres veces por semana, todos —y sobre todo el hombre detrás de la barra— sabían muy bien en quién se podía confiar. «Los gerentes de las licorerías y los pubs disponían de abundante información sobre sus clientes—explica el economista Antoin Murphy—. Al fin y al cabo, nadie sirve copas a alguien durante años sin enterarse del estado de su liquidez.»²⁶⁸

En un abrir y cerrar de ojos, la gente forjó un sistema monetario radicalmente descentralizado con los 11.000 pubs del país como nodos clave y la confianza como mecanismo subyacente. Cuando en noviembre reabrieron los bancos, los irlandeses habían imprimido la increíble cifra de 5.000 millones de libras en billetes caseros. Algunos cheques habían sido extendidos por empresas, otros estaban garabateados en cajas de puros o incluso en papel

higiénico. Según los historiadores, la razón de que los irlandeses pudieran manejarse tan bien sin bancos se debió a la cohesión social.

Así que ¿no hubo ningún problema?

Por supuesto, hubo problemas. Por ejemplo, el individuo que compró un caballo de carreras a crédito y luego pagó la deuda con el dinero que ganó cuando su caballo llegó primero, en cierta forma apostando con el dinero de otra persona.²⁶⁹ Se parece mucho a lo que los bancos hacen ahora, aunque en una escala menor, naturalmente. Y, durante la huelga, las compañías irlandesas tuvieron grandes dificultades para conseguir capital para grandes inversiones. En realidad, el mismo hecho de que la gente empezara a crear bancos improvisados pone claramente de manifiesto que no podían arreglárselas sin algún tipo de mecanismo financiero.

Pero de lo que sí podían prescindir perfectamente era de los tejemanejes, de la especulación arriesgada, de los rascacielos rutilantes y de los estratosféricos bonus pagados del bolsillo de los contribuyentes. «Tal vez, sólo tal vez —conjetura el autor y economista Umair Haque—, los bancos necesitan a la gente mucho más de lo que la gente necesita a los bancos.»²⁷⁰

Otra forma de impuesto

Menudo contraste con aquella otra huelga que tuvo lugar dos años antes y a 5.000 kilómetros de distancia. Mientras que los neoyorquinos habían visto con desesperación cómo se deterioraba su ciudad hasta parecer un vertedero, los irlandeses se convirtieron en sus propios banqueros. Mientras que Nueva York se asomaba al abismo después de sólo seis días, en Irlanda las cosas seguían funcionando como la seda incluso después de seis meses.

Sin embargo, no nos confundamos. Ganar dinero sin crear nada de valor es cualquier cosa menos fácil. Hace falta talento, ambición y cerebro. Y el mundo de los bancos está rebotante de mentes privilegiadas. «El genio de los grandes inversores especulativos es ver lo que otros no ven, o verlo antes —explica el economista Roger Bootle—. Es un talento. Pero también lo es la capacidad de ponerse de puntillas sobre una sola pierna mientras sostienes una taza de té por encima de la cabeza, sin derramar nada.»²⁷¹

En otras palabras, que algo sea difícil no lo hace necesariamente valioso.

En las últimas décadas, esas mentes sagaces han elaborado toda clase de productos financieros complejos que destruyen riqueza en vez de crearla. Esos

productos son, en esencia, como un impuesto al resto de la población. ¿Quién está pagando realmente todos esos trajes a medida, mansiones y yates de lujo? Si los banqueros no están generando el valor subyacente, entonces tiene que salir de algún sitio, o de alguien que no son ellos. El gobierno no es el único que redistribuye riqueza. El sector financiero también lo hace, pero sin un mandato democrático.

La conclusión es que la riqueza puede concentrarse en un lugar, pero eso no significa que sea en ese mismo lugar donde se está creando. Esto es tan cierto para el antiguo señor feudal terrateniente como para el actual director ejecutivo de Goldman Sachs. La única diferencia es que a veces los banqueros tienen un lapsus de memoria momentáneo y se ven a sí mismos como los creadores de toda esta riqueza. El señor que estaba orgulloso de vivir de sus campesinos no se engañaba al respecto.

Trabajos absurdos

Y pensar que las cosas podrían haber sido muy diferentes...

Baste recordar que el economista John Maynard Keynes vaticinó que en 2030 todos trabajaríamos sólo quince horas semanales.²⁷² Que nuestra prosperidad se dispararía y cambiaríamos buena parte de nuestra riqueza por tiempo libre.

En realidad, eso no se parece en nada a lo que ha ocurrido. Somos mucho más prósperos, pero no estamos exactamente nadando en un mar de tiempo libre. Más bien al contrario. Todos estamos trabajando con más intensidad que nunca. En el capítulo anterior, he descrito cómo hemos sacrificado nuestro tiempo libre en el altar del consumismo. Keynes, desde luego, no lo vio venir.

Pero todavía hay una pieza del puzle que no encaja. La mayoría de la gente no participa en el proceso de producción de las carcasas del iPhone con su amplia gama de colores, los champús exóticos a base de extractos vegetales o los Frappuccinos con sabor a crumble de moca. En buena medida, nuestra adicción al consumo es posible gracias a robots y esclavos asalariados del tercer mundo. Y aunque en las últimas décadas la capacidad de producción agrícola y manufacturera ha crecido exponencialmente, el empleo en estas industrias ha caído. Así pues, ¿es cierto que nuestro estilo de vida caracterizado por el exceso de trabajo se explica sólo por un consumismo descontrolado?

David Graeber, antropólogo de la London School of Economics, cree que está ocurriendo algo más. Hace unos años escribió un fascinante artículo que no culpaba a las cosas que compramos, sino al trabajo que hacemos. Se tituló, acertadamente, «On the Phenomenon of Bullshit Jobs» [Sobre el fenómeno de los trabajos absurdos].²⁷³

Según el análisis de Graeber, muchas personas pasan su vida entera en trabajos que consideran absurdos, trabajos como operador de telemarketing, gestor de recursos humanos, estrategia de medios sociales, asesor de relaciones públicas y todo un conjunto de puestos administrativos en hospitales, universidades y oficinas gubernamentales. «Trabajos absurdos», los llama Graeber. Son trabajos que incluso quienes los hacen reconocen que, en esencia, son superfluos.

La primera vez que escribí un artículo sobre este fenómeno, se desencadenó una oleada de confesiones. «Personalmente, preferiría hacer algo que fuera de veras útil —respondió un *broker*—, pero no podría aceptar una reducción de sueldo.» También se refirió a su antiguo «compañero de clase muy talentoso y doctorado en Física» que desarrolla tecnologías para la detección del cáncer y «gana muchísimo menos que yo; es deprimente». Por supuesto, que nuestro trabajo contribuya al interés público y requiera mucho talento, inteligencia y perseverancia no significa necesariamente que cobremos un sueldo abultado.

Y viceversa. ¿Es casualidad que la proliferación de trabajos absurdos bien pagados haya coincidido con un crecimiento desmesurado de la educación superior y una economía que gira en torno al conocimiento? Recordemos que ganar dinero sin crear nada de valor no es fácil. Para empezar, debes memorizar una jerga que suena muy importante pero no tiene ningún sentido. (Crucial al asistir a estratégicas reuniones transectoriales *peer to peer* para hacer *brainstorming* sobre el valor añadido de la cocreación en la sociedad de las redes.) Casi cualquier persona puede recoger la basura, pero una carrera en la banca está reservada a unos pocos elegidos.

En un mundo que está permanentemente enriqueciéndose, donde las vacas producen más leche y los robots fabrican más cosas, hay mucho más espacio para los amigos, la familia, el servicio a la comunidad, la ciencia, el arte, los deportes y todas las demás cosas que hacen que la vida merezca la pena. Pero también hay más espacio para las estupideces. Mientras continuemos obsesionados con trabajo, trabajo y más trabajo (incluso cuando las

actividades prácticas se automatizan o externalizan cada vez más), el número de empleos superfluos no dejará de crecer. Igual que el número de directivos en el mundo desarrollado, que en los últimos treinta años ha crecido sin por ello hacernos ni un céntimo más ricos. Por el contrario, los estudios demuestran que, en realidad, los países con más directivos son menos productivos e innovadores.²⁷⁴ En una encuesta a 12.000 profesionales llevada a cabo por *Harvard Business Review*, la mitad de los encuestados opinaron que su trabajo era «insignificante y carecía de sentido» y otros tantos eran incapaces de identificarse con la misión de la empresa.²⁷⁵ Otra encuesta reciente reveló que hasta un 37% de los trabajadores británicos piensan que su trabajo es absurdo.²⁷⁶

Sin embargo, eso no significa que todos estos nuevos trabajos del sector servicios sean absurdos, ni mucho menos. Muchísimos empleados en la atención sanitaria, la educación, los servicios de bomberos y la policía vuelven a casa cada día sabiendo que, a pesar de sus nóminas modestas, han hecho de este mundo un lugar mejor. «Es como si les dijeran —escribe Graeber—. ¡Tienes la suerte de tener un trabajo de verdad! ¿Y encima tienes la osadía de esperar a cambio una pensión de clase media y atención sanitaria?»

Hay otro camino

Lo que hace todo esto especialmente asombroso es que está ocurriendo en un sistema capitalista, un sistema fundamentado en valores capitalistas como la eficacia y la productividad. Los mismos políticos que a todas horas subrayan la necesidad de reducir el tamaño del sector público permanecen en su mayoría callados mientras el número de trabajos absurdos continúa creciendo. Esto da como resultado escenarios donde, por un lado, los gobiernos recortan empleos útiles en sectores como la atención sanitaria, la educación y las infraestructuras —con la consiguiente creación de desempleo—, mientras que por otro lado invierten millones en una industria de formación y control de los desempleados que ya se ha demostrado ineficiente.²⁷⁷

Al mercado moderno le interesa tan poco la utilidad como la calidad y la innovación. Lo único que le importa de verdad es el beneficio. Unas veces eso conlleva aportaciones estupendas y otras veces no. Desde los operadores de telemarketing hasta los asesores fiscales, la lógica implacable en la que se

fundamenta la creación de estos empleos absurdos es que se puede ganar una fortuna sin producir nada.

En esta coyuntura, la desigualdad sólo agrava el problema. Cuanto más se concentra la riqueza en la parte superior, mayor es la demanda de abogados corporativos, representantes de *lobbies* y operadores de negociaciones de alta frecuencia (HFT). Al fin y al cabo, la demanda no existe en el vacío; es el producto de una negociación constante, determinada por las leyes e instituciones del país y, por supuesto, por quienes controlan la caja.

Tal vez esto también dé una pista sobre por qué en los últimos treinta años —una época en la que se ha multiplicado la desigualdad— las innovaciones no han estado a la altura de nuestras expectativas. «Queríamos coches voladores y en cambio tenemos 140 caracteres», dice con sorna Peter Thiel, quien se llama a sí mismo intelectual de Silicon Valley.²⁷⁸ Así como la posguerra nos dio inventos fabulosos como la lavadora, la nevera, el transbordador espacial y la píldora, los últimos años han traído variaciones ligeramente mejoradas del mismo teléfono que compramos hace un par de años.

De hecho, no innovar se ha convertido en algo cada vez más provechoso. Imagina cuánto progreso nos hemos perdido porque miles de mentes brillantes han despilfarrado su tiempo concibiendo productos financieros hipercomplejos que en última instancia sólo son destructivos. O porque dedican los mejores años de su vida a duplicar fármacos ya existentes con el mínimo de cambios necesarios que garanticen a un abogado sesudo la obtención de una nueva patente con el fin de que un brillante departamento de relaciones públicas lance una campaña de marketing totalmente nueva para promocionar un fármaco que no es totalmente nuevo.

Supongamos que todo este talento no se invirtiera en mover la riqueza, sino en crearla. Quién sabe, tal vez ya tendríamos mochilas propulsoras, habríamos construido ciudades submarinas o curado el cáncer.

Hace mucho tiempo, Friedrich Engels describió la «falsa percepción» de la que habían sido víctimas las clases trabajadoras de su época (el proletariado). Según Engels, el trabajador de una fábrica del siglo XIX era incapaz de rebelarse contra la elite terrateniente porque su visión del mundo estaba nublada por la religión y el nacionalismo. Tal vez hoy día la sociedad esté igualmente atascada, salvo que esta vez la confusión afecta a los de arriba.

Quizá algunas de estas personas tienen el juicio nublado por todos esos ceros en sus nóminas, los jugosos bonus y los confortables planes de jubilación. Tal vez tener una cartera abultada genere ese tipo de falsa percepción: la certeza de que, por el hecho de ganar mucho dinero, lo que produces tiene gran valor.

En cualquier caso, que las cosas sean así no quiere decir que deban ser así. Nuestra economía, nuestros impuestos y nuestras universidades pueden reinventarse para que la auténtica innovación y la creatividad sean rentables. «No tenemos que esperar pacientemente un cambio cultural lento», propuso desafiante el economista disidente William Baumol hace más de veinte años.²⁷⁹ No debemos esperar hasta que jugar con el dinero ajeno ya no resulte provechoso; hasta que los basureros, los policías y los enfermeros ganen un salario decente; y hasta que los genios de las matemáticas vuelvan a soñar con construir colonias en Marte en lugar de iniciar sus propios fondos de cobertura.

Podemos iniciar el camino hacia un mundo diferente, y podemos iniciarlo como suele hacerse: con impuestos. Hasta las utopías necesitan una cláusula impositiva. Por ejemplo, podríamos empezar con un impuesto sobre las transacciones para frenar al sector financiero. En 1970, en Estados Unidos, las acciones se mantenían en cartera un promedio de cinco años; cuarenta años después, apenas cinco días.²⁸⁰ Si implementáramos un impuesto sobre las transacciones financieras —donde se pagara una tasa cada vez que se compran o se venden acciones—, los operadores de HFT que no aportan valor social ya no se beneficiarían de la compraventa de valores financieros en una fracción de segundo. De hecho, nos ahorraríamos los gastos innecesarios que apuntalan al sector financiero. Por ejemplo, el cable de fibra óptica tendido entre Londres y Nueva York en 2012 para acelerar las transmisiones entre sus mercados financieros. Valor nominal: 300 millones de dólares. Ganancia de tiempo: 5,2 milisegundos.

Es más, estos impuestos nos harían más ricos a todos. No sólo se repartiría mejor el pastel, sino que el pastel sería mayor. Entonces la multitud de jóvenes genios que hoy invaden Wall Street serían maestros, inventores e ingenieros.

Lo ocurrido en las últimas décadas es exactamente lo contrario. Un estudio llevado a cabo en Harvard descubrió que los recortes de impuestos de la era Reagan dispararon un cambio masivo de orientación profesional entre las mentes más brillantes del país, de maestros e ingenieros a banqueros y

contables. Mientras que en 1970 el número de los varones licenciados en Harvard que optaban por una vida consagrada a la investigación doblaba a los que se dedicaban a la banca, veinte años después esa correlación se había invertido: Hoy en día, por cada graduado que opta por la investigación, hay 1,5 que trabajan en el sector financiero.

La conclusión es que todos nos hemos vuelto más pobres. Por cada dólar que gana un banco, un equivalente estimado en 60 centavos se destruye en otro lugar de la cadena económica. En cambio, por cada dólar que gana un investigador, un valor de al menos 5 dólares —y a menudo muchos más— revierte en la economía.²⁸¹ Aplicar impuestos más altos a quienes más ganan serviría, en la jerga científica de Harvard, «para reasignar a individuos con talento desde profesiones que causan externalidades negativas hasta aquellas que causan externalidades positivas».

Hablando claro: una subida de impuestos haría que más gente se dedicara a trabajos útiles.

Observadores de tendencias

Si hay un lugar donde debería empezar la búsqueda de un mundo mejor, es en la escuela.

Aunque posiblemente haya impulsado el fenómeno de los trabajos absurdos, la educación ha sido también una fuente de prosperidad nueva y tangible. Si tuviéramos que confeccionar una lista de las profesiones más influyentes, la de maestro se situaría en lo más alto. Y no porque los maestros acumulen recompensas como dinero, poder o estatus, sino porque enseñar da forma a algo mucho más importante: el curso de la historia humana.

Tal vez esto suene grandilocuente, pero pensemos en un profesor de escuela primaria. Cuarenta años al frente de una clase de veinticinco niños equivale a influir en las vidas de mil niños. Además, ese profesor está moldeando alumnos en la edad en la que son más maleables. Al fin y al cabo, todavía son niños. El maestro, o la maestra, no sólo los equipa para el futuro, sino que al hacerlo también interviene directamente en dar forma a ese futuro.

Es decir que, si hay un sitio donde podemos intervenir de una forma que aportará dividendos a la sociedad en el futuro, es la escuela.

Sin embargo, éste está lejos de ser el caso. Todos los grandes debates sobre educación se centran en el formato. En el método. En la didáctica. La

educación se presenta de forma sistemática como un medio de adaptación, como un lubricante que nos ayudará a deslizarnos sin tanto esfuerzo por la vida. En el circuito de conferencias sobre la educación, hay una sucesión interminable de observadores de tendencias que profetizan sobre las futuras virtudes esenciales del siglo XXI; los términos más en boga son «creativo», «adaptable» y «flexible».

Invariablemente, el foco se concentra en las competencias, no en los valores. En la didáctica y no en los ideales. En la «capacidad de resolver problemas», pero no en qué problemas hay que resolver. Invariablemente, todo gira en torno a la pregunta: ¿qué conocimientos y aptitudes necesitan los estudiantes de hoy para conseguir un empleo en el mercado laboral del futuro, en 2030?

Y ésa es la pregunta incorrecta.

Es muy probable que en 2030 haya una alta demanda de avispados contables sin ningún cargo de conciencia. Si las tendencias actuales se mantienen, países como Luxemburgo, Holanda y Suiza se convertirán en paraísos fiscales todavía más importantes, donde las multinacionales podrán evadir impuestos con mayor eficacia, y los países en desarrollo lo tendrán aún más difícil. Si el objetivo de la educación es adaptarse a estas tendencias en lugar de acabar con ellas, el egoísmo será la aptitud por antonomasia del siglo XXI. No porque lo requieran la ley, el mercado o la tecnología, sino tan sólo porque así es como, al parecer, preferimos ganar nuestro dinero.

En su lugar, deberíamos hacernos una pregunta completamente diferente: ¿qué conocimientos y aptitudes queremos que tengan nuestros hijos en 2030? De este modo, en lugar de anticiparnos y adaptarnos, nos estaríamos concentrando en marcar el rumbo y crear. En lugar de preguntarnos qué debemos hacer para ganarnos la vida con uno u otro trabajo absurdo, deberíamos reflexionar sobre cómo queremos ganarnos la vida. Ésta es una cuestión que ningún observador de tendencias sabe responder. ¿Cómo iban a saberlo? Sólo siguen las tendencias, no las crean. Esa parte nos compete a nosotros.

Para responder esta pregunta, necesitaremos examinarnos a nosotros mismos y nuestros ideales. ¿Qué queremos? ¿Más tiempo para los amigos, por ejemplo, o para la familia? ¿Para el trabajo de voluntariado? ¿El arte? ¿Los deportes? La educación futura debería prepararnos no sólo para el mercado laboral, sino sobre todo para la vida. ¿Queremos frenar el sector financiero?

Entonces quizá deberíamos dar a los economistas en ciernes alguna instrucción sobre filosofía y moral. ¿Queremos más solidaridad entre razas, sexos y grupos socioeconómicos? Pues empecemos en la clase de ciencias sociales.

Si reestructuramos la educación en función de nuestros nuevos ideales, el mercado de trabajo seguirá con entusiasmo nuestros pasos. Imaginemos que añadimos más filosofía, historia y arte a los planes de estudio. Sin duda, aumentará la demanda de filósofos, historiadores y artistas. Es lo que, en 1930, John Maynard Keynes imaginó para 2030. El incremento de la prosperidad (y la robotización del trabajo) acabará por permitirnos «valorar los fines por encima de los medios y preferir lo bueno a lo útil». El propósito de una semana laboral más corta no es tanto que todos podamos tumbarnos a no hacer nada, sino que podamos dedicar más tiempo a las cosas que realmente nos importan.

Al final, no es el mercado ni la tecnología, sino la sociedad, la que decide lo que de verdad tiene valor. Si queremos que en este siglo todos nosotros nos enriquezcamos, necesitaremos liberarnos del dogma de que todo trabajo es significativo. Y, ya que estamos en ello, librémonos también de la falacia de que un salario más alto refleja automáticamente un mayor valor social.

Entonces, es probable que nos demos cuenta de que, en términos de creación de valor, ser banquero no compensa.

Nueva York, cincuenta años después

Medio siglo después de la huelga, la Gran Manzana parece haber aprendido la lección. «En Nueva York todo el mundo quiere ser basurero», decía un reciente titular de periódico. En la actualidad, los encargados de mantener limpia la megaciudad ganan un salario envidiable. Después de cinco años en nómina, pueden llegar a cobrar hasta 70.000 dólares netos, al margen de horas extraordinarias e incentivos. «Hacen que la ciudad funcione —explicaba un portavoz del Departamento de Recogida de Basuras en el artículo—. Si dejaran de trabajar, aunque fuera durante poco tiempo, todo Nueva York quedaría paralizado.»²⁸²

El periódico también entrevistó a uno de los empleados. En 2006, el ayuntamiento llamó a Joseph Lerman, que entonces tenía veinte años, para informarle de que había sido escogido para un puesto de recogedor. «Me sentí como si me hubiese tocado la lotería», recuerda. Hoy en día, Lerman se

levanta a las cuatro todas las madrugadas para recoger bolsas de basura durante turnos de hasta doce horas. A sus conciudadanos les parece de lo más lógico que esté bien pagado por su tarea. «En serio —dice sonriendo el portavoz municipal—, no es por nada que a estos hombres y mujeres se los conoce como los héroes de Nueva York.»

260. Esta reconstrucción de la huelga se basa en la cobertura que en su momento hizo *The New York Times*.

261. «Fragrant Days in Fun City», *Time* (16-2-1968).

262. Aunque oficialmente en 2014 sólo había 12.851 representantes de *lobbies* registrados en Washington, la cifra no representa adecuadamente la situación, porque un número cada vez mayor de ellos actúan de manera no oficial. Véase Lee Fang, «Where Have All the Lobbyists Gone?», *The Nation* (19-2-2014). <<http://www.thenation.com/article/shadow-lobbying-complex/>>.

263. Jean-Louis Arcand, Enrico Berkes y Ugo Panizza, «Too Much Finance?», IMF Working Paper (junio de 2012).

264. Scott L. Cummings (ed.), *The Paradox of Professionalism. Lawyers and the Possibility of Justice*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011, p. 71.

265. Aalt Dijkhuizen, «Hoogproductieve en efficiënte landbouw: een duurzame greep!?» (marzo de 2013). <https://www.wageningenur.nl/upload_mm/a/3/9/351079e2-0a56-41-8f9c-ece427a42d97_NVTL_maart_2013.pdf>.

266. Umair Haque, «The Irish Banking Crisis: A Parable», *Harvard Business Review* (29-11-2010).

267. Ann Crotty, «How Irish pubs filled the banks' role in 1970», *Business Report* (18-9-2013).

268. Antoin Murphy, «Money in an Economy Without Banks –the Case of Ireland», *The Manchester School* (marzo de 1978), pp. 44-45.

269. Donal Buckley, «How six-month bank strike rocked the nation», *Independent* (29-12-1999).

270. Umair Haque, «The Irish Banking Crisis: A Parable», op. cit.

271. Roger Bootle, «Why the economy needs to stress creation over distribution», *The Telegraph* (17-10-2009).

272. John Maynard Keynes, «Economic Possibilities for our Grandchildren», en *Essays in Persuasion*, Nueva York, 1963, pp. 358-373. [Versión en castellano: *Ensayos de persuasión*, Barcelona, Crítica, 1988.]

273. David Graeber, «On The Phenomenon of Bullshit Jobs», op. cit.

274. Alfred Kleinknecht, Ro Naastepad y Servaas Storm, «Overdaad schaaft: meer management, minder productiviteitsgroei», *esb* (8-9-2006).

275. Véase Tony Schwartz y Christine Poratz, «Why You Hate Work», *The New York Times* (30-5-2014). <http://www.nytimes.com/2014/06/01/opinion/sunday/why-you-hate-work.html?_r=1>.
276. Will Dahlgreen, «37 % of British workers think their jobs are meaningless», *YouGov* (12-8-2015). <<https://yougov.co.uk/news/2015/08/12/british-jobs-meaningless>>.
277. Según un amplio metaanálisis de 93 programas europeos de «mercado laboral activo», al menos la mitad no tuvieron efectos o tuvieron efectos negativos. Véase Frans den Butter y Emil Mihaylov, «Activerend arbeidsmarktbeleid is vaak niet effectief», *ESB* (abril de 2008). <<http://personal.vu.nl/f.a.g.den.butter/activerendarbmarktbeleid2008.pdf>>.
278. Peter Thiel, «What happened to the future?», *Founders Fund*: <<http://wwwFOUNDERSfund.com/the-future>>.
279. William Baumol, «Entrepreneurship: Productive, Unproductive, and Destructive», *Journal of Political Economy* (1990), pp. 893-920.
280. Sam Ro, «Stock Market Investors Have Become Absurdly Impatient», *Business Insider* (7-8-2012). <<http://www.businessinsider.com/stock-investor-holding-period-2012-8>>.
281. Benjamin Lockwood, Charles Nathanson y E. Glen Weyl, «Taxation and the Allocation of Talent»: <http://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=1324424>.
282. Stijn Hustinx, «Iedereen in New York wil vuilnisman worden», *Algemeen Dagblad* (12-11-2014).

El objetivo del futuro es el pleno desempleo, para que podamos jugar.

ARTHUR C. CLARKE (1917-2008)

8

Carrera contra la máquina

No sería la primera vez. A principios del siglo XX, las máquinas ya estaban convirtiendo en obsoleta una de las ocupaciones más tradicionales. Aunque en 1901 Inglaterra todavía contaba con más de un millón de estos empleos, unas décadas más tarde casi habían desaparecido.²⁸³ Sin prisa pero sin pausa, la llegada de vehículos motorizados fue devorando los beneficios que producían hasta que no pudo costearse ni siquiera su alimentación.

Me refiero, naturalmente, al caballo de tiro.

Los habitantes de la tierra de la abundancia también tienen muy buenas razones para temer por sus trabajos ante el vertiginoso desarrollo de robots que conducen, leen, hablan, escriben y —lo más importante— calculan. «El papel del ser humano como factor más importante en la producción está condenado a disminuir —escribió en 1983 Wassily Leontief, laureado con el Nobel—, del mismo modo que el papel del caballo en la producción agrícola primero disminuyó y luego desapareció debido a la introducción del tractor.»²⁸⁴

Los robots. Se han convertido en uno de los argumentos más sólidos a favor de una semana laboral más corta y una renta básica universal. De hecho, si las tendencias actuales se mantienen, en realidad sólo existe otra alternativa: desempleo estructural y desigualdad creciente. «La maquinaria [...] es un ladrón que robará a miles —despotricaba en 1830 un artesano inglés de nombre William Leadbeater, durante un mitin en Huddersfield—. Comprobaremos que será la causa de la destrucción de este país.»²⁸⁵

Todo empezó con nuestras nóminas. En Estados Unidos, entre 1969 y 2009, el salario real del empleado tipo con una jornada de nueve a cinco se redujo un 14%.²⁸⁶ Asimismo, en otros países desarrollados, desde Alemania hasta Japón, el crecimiento salarial se ha ido estancando en la mayoría de las ocupaciones durante años, incluso cuando crecía la productividad. La razón

principal es simple: el trabajo escasea cada vez más. Los avances tecnológicos están poniendo a los habitantes de la tierra de la abundancia en competición directa no sólo con las máquinas, sino con miles de millones de trabajadores de todo el mundo.

Obviamente, las personas no son caballos. Un caballo sólo puede aprender ciertas cosas. Las personas, en cambio, pueden aprender y desarrollarse en un grado muy superior. Así que inyectamos más dinero en educación y damos tres hurras por la economía del conocimiento.

Sólo que hay un problema. Incluso la gente con un trozo de papel enmarcado en la pared tiene motivos de preocupación. William Leadbeater estaba bien formado para su empleo cuando en 1830 fue suplantado por un telar mecanizado. La cuestión no es que no tuviera formación, sino que de pronto sus capacidades eran superfluas. Ésta es una situación a la que deberá enfrentarse cada vez más gente. «Al final, me atreveré a decir, será la destrucción del universo», advirtió Leadbeater.

Bienvenidos a la carrera contra la máquina.

El chip y el contenedor

En la primavera de 1965, Gordon Moore, un técnico de IBM, recibió una carta de *Electronics Magazine* en la que le solicitaban un artículo sobre el futuro del microchip para conmemorar el trigésimo quinto aniversario de la revista. En aquellos tiempos, incluso los mejores prototipos llevaban sólo treinta transistores. Los transistores son las piezas básicas de toda computadora, y, en aquel entonces, los transistores eran grandes, y las computadoras, lentas.

Así pues, Moore empezó a reunir algunas cifras y descubrió algo que le sorprendió. El número de transistores por chip se había doblado cada año desde 1959. Naturalmente, eso lo llevó a pensar: ¿y si continúa esta tendencia? Se sorprendió al comprobar que hacia 1975 cada microchip contendría la friolera de 60.000 transistores. No pasaría mucho tiempo antes de que las computadoras fueran capaces de hacer sumas mejor que todos los universitarios matemáticos más listos juntos.²⁸⁷ El título del trabajo de Moore lo decía todo: «Encajar más componentes en circuitos integrados.» Estos compactos microchips nos aportarían «maravillas como ordenadores de uso doméstico», así como «equipos de comunicación portátil», y quizá incluso «mandos automáticos para automóviles.»

Moore sabía que estaba dando palos de ciego. Sin embargo, cuarenta años después, el mayor productor de microchips, Intel, ofrecería 10.000 dólares a quien conservara un ejemplar de ese número de *Electronics Magazine*. Los palos de ciego entraron en la historia como una ley: la ley de Moore, para ser precisos.

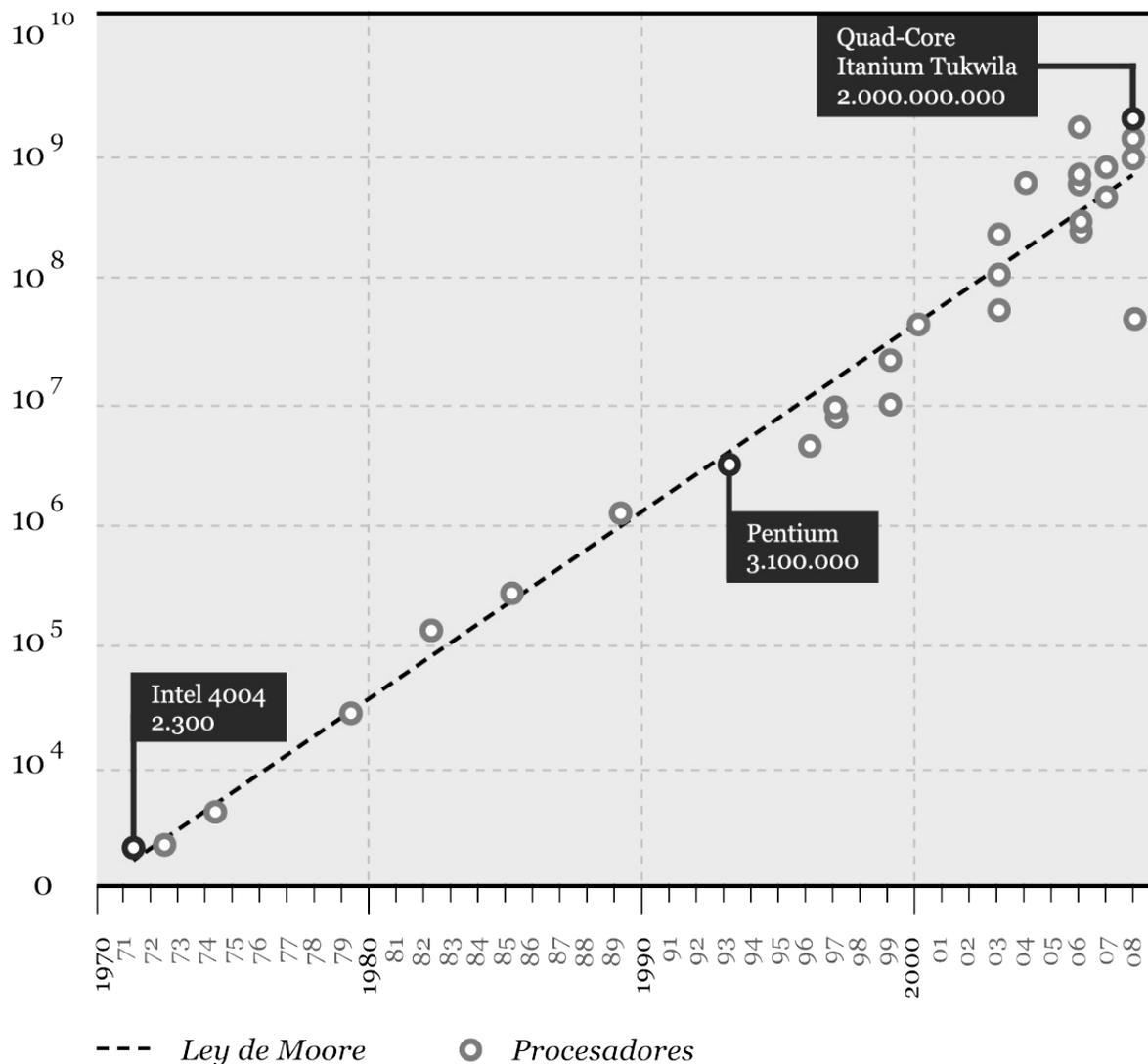
«Varias veces durante el camino, pensé que habíamos alcanzado el punto máximo —explicó Moore en 2005—. Las cosas tienden a menguar.»²⁸⁸ Pero no han menguado. Todavía no. La nueva consola Xbox One, presentada en 2013, tenía un microchip con la increíble cantidad de cinco mil millones de transistores. Nadie puede saber durante cuánto tiempo continuará pero, por ahora, la ley de Moore sigue su ritmo arrollador.²⁸⁹

Entra en escena el contenedor.

De igual modo que a finales de los cincuenta los transistores se convirtieron en la unidad de información estándar, los contenedores se convirtieron en la unidad estándar de transporte.²⁹⁰ Es evidente que una caja de acero de base rectangular puede no parecer tan revolucionaria como los microchips y las computadoras, pero tengamos en cuenta lo siguiente: antes de los contenedores, los artículos se cargaban uno a uno en barcos, trenes y camiones. Toda esta carga, descarga y vuelta a cargar añadía días a cada etapa del viaje.

Ley de Moore

Número de transistores en procesadores, 1970-2008



Fuente: Wikimedia Commons

En cambio, un contenedor sólo hay que cargarlo y descargarlo una vez. En abril de 1956, el primer buque de contenedores zarpó de Nueva York con rumbo a Houston. En sólo unas horas se descargaron a tierra cincuenta y ocho contenedores, y un día más tarde el buque viajaba de vuelta con otra carga llena. Antes de la invención del contenedor, los barcos podían pasar de cuatro a seis días en puerto, el 50% del tiempo. Dos años más tarde, sólo el 10%.

La llegada del microchip y del contenedor hizo que el mundo se encogiera y que los artículos, los servicios y el capital recorrieran el mundo de forma aún

más rápida.²⁹¹ La tecnología y la globalización avanzaron de la mano y más deprisa que nunca. Entonces ocurrió algo; algo que nadie había imaginado.

Trabajo frente a capital

Ocurrió algo que, según los manuales, no podía ocurrir.

En 1957, el economista Nicholas Kaldor destacó sus seis famosos «hechos comprobados» del crecimiento económico. El primero era: «Las partes de la renta nacional que corresponden al trabajo y al capital se mantienen constantes durante largos períodos de tiempo.» La constante era que dos tercios de los ingresos de un país se destinaban a las nóminas de los trabajadores y un tercio iba a los bolsillos de los poseedores del capital; es decir, los propietarios de las acciones y las máquinas. Generaciones enteras de jóvenes economistas tenían grabado en su mente que «la ratio de capital y trabajo es constante». Punto.

Pero no lo es.

Las cosas ya empezaron a cambiar hace treinta años, y hoy sólo el 58% de la riqueza de las naciones industrializadas se destina a pagar los salarios. Podría parecer una diferencia ínfima, pero de hecho es un movimiento sísmico. El declive de los sindicatos, el crecimiento del sector financiero, la reducción de los impuestos al capital y el ascenso de los gigantes asiáticos son algunos de los factores que contribuyen a explicarlo. Pero ¿cuál es la causa más importante? El progreso tecnológico.²⁹²

Veamos, por ejemplo, el iPhone. Es un milagro de la tecnología, por supuesto inconcebible sin el microchip y el contenedor. Es un teléfono construido con piezas fabricadas en Estados Unidos, Italia, Taiwán y Japón, que se ensambla en China y luego se distribuye por todo el mundo. O bien tomemos un sencillo frasco de chocolate para untar Nutella. Esta marca italiana fabrica en Brasil, Argentina, Europa, Australia y Rusia con chocolate procedente de Nigeria, aceite de palma de Malasia, aroma de vainilla de China y azúcar de Brasil.

Quizá vivamos en la era del individualismo, pero nuestras sociedades nunca habían dependido tanto unas de otras.

De dónde viene un bote de Nutella



🏠 *Sede central*

● *Principales suministradores*

✕ *Principales oficinas de ventas*

🏭 *Factorías*

Fuente: OCDE

La gran pregunta es: ¿quién se está beneficiando? Las innovaciones en Silicon Valley desencadenan despidos masivos en otros lugares. Basta con pensar en tiendas virtuales como Amazon. El auge de las ventas por Internet conllevó la pérdida de millones de empleos en el comercio tradicional. Ya a finales del siglo XIX el economista británico Alfred Marshall había señalado esta dinámica. Cuanto más pequeño se hace el mundo, menor es el número de ganadores. Marshall detectó un oligopolio creciente en la producción de pianos de cola. Con cada nueva carretera que se pavimentaba y cada nuevo canal que se construía, el coste del transporte se reducía, facilitando a los constructores de pianos la exportación. Gracias a su capacidad de marketing y las economías de escala, en poco tiempo los grandes productores superaron a

los proveedores locales. Y cuando el mundo se contrajo todavía más, los jugadores más débiles fueron expulsados del terreno de juego.

Este mismo proceso ha transformado el mundo del deporte, la música y la edición, que ahora domina un puñado de pesos pesados. En la era del microchip, del contenedor y de la venta por Internet, ser un poco mejor que el resto significa que no sólo has ganado la batalla, sino que has ganado la guerra. Los economistas denominan a este fenómeno «la sociedad de “todo para el ganador”».²⁹³ Desde pequeños despachos de asesoría fiscal cuyo negocio es socavado por el software para calcular impuestos hasta las librerías de barrio que luchan por sobrevivir contra las megatiendas en línea, en un sector tras otro los gigantes han crecido pese a que el mundo se ha encogido.

En la actualidad, la desigualdad se dispara en casi todos los países desarrollados. En Estados Unidos, la brecha entre ricos y pobres ya es más amplia que en la antigua Roma, una economía basada en el trabajo esclavo.²⁹⁴ También en Europa se produce un crecimiento que genera división entre los que tienen y los que no tienen.²⁹⁵ Incluso el Foro Económico Mundial, una camarilla de emprendedores, personajes de la política y estrellas del pop, ha descrito esta desigualdad galopante como la mayor amenaza a la que se enfrenta nuestra economía global.

No cabe duda, todo ocurrió muy deprisa. Mientras que en 1964 las cuatro empresas más grandes de Estados Unidos todavía tenían un promedio de unos 430.000 empleados, en 2011 sólo daban trabajo a una cuarta parte de esa cifra, a pesar de valer el doble.²⁹⁶ O tomemos el trágico destino de Kodak, inventor de la cámara digital y una empresa que a finales de los años ochenta tenía 145.000 personas en nómina. En 2012 se declaró en bancarrota mientras Instagram —el servicio gratuito para compartir fotografías en línea, que entonces tenía trece empleados— se vendía a Facebook por mil millones de dólares.

Lo cierto es que cada vez se necesita menos gente para crear un negocio con éxito, lo cual significa que, cuando un negocio triunfa, cada vez se beneficia menos gente.

Automatización del trabajo de conocimiento

Como Isaac Asimov predecía ya en 1964, «La humanidad se convertirá [...]

básicamente en una raza de cuidadores de máquinas». Pero resulta que fue un poco optimista. Ahora, los robots incluso amenazan los puestos de trabajo de sus cuidadores.²⁹⁷ Como dice una broma popular entre economistas: «Las empresas del futuro tendrán sólo dos empleados, un hombre y un perro. El hombre estará allí para alimentar al perro. El perro estará allí para impedir que el hombre toque la maquinaria.»²⁹⁸

En la actualidad, los observadores de tendencias y los tecnoprofetos de Silicon Valley ya no son los únicos aprensivos. Académicos de la Universidad de Oxford calculan que al menos el 47% de todos los empleos de Estados Unidos y el 54% de los de Europa corren un alto riesgo de ser usurpados por máquinas.²⁹⁹ Y no dentro de un centenar de años, sino en los próximos veinte. «La única diferencia real entre entusiastas y escépticos es cuánto tardará en producirse —señala un profesor de la Universidad de Nueva York—. Pero dentro de un siglo, a nadie le importará cuánto tardó, sino qué ocurrió después.»³⁰⁰

De acuerdo, todo eso ya lo hemos oído antes. Los trabajadores llevan doscientos años preocupándose por la marea creciente de la automatización, y, durante doscientos años, los patrones han estado asegurándoles que se crearán de manera natural nuevos trabajos que sustituirán a los que desaparecen. Al fin y al cabo, en el año 1800 el 74% de todos los estadounidenses eran campesinos, mientras que en 1900 esta cifra se redujo al 31% y en 2000 a un simple 3%.³⁰¹ Sin embargo, esto no ha provocado un desempleo masivo. Por no mencionar a Keynes, que en la década de 1930 ya hablaba de la «nueva enfermedad» del «desempleo tecnológico» que no tardó en copar los titulares; cuando murió, en 1956, todo seguía siendo maravilloso.

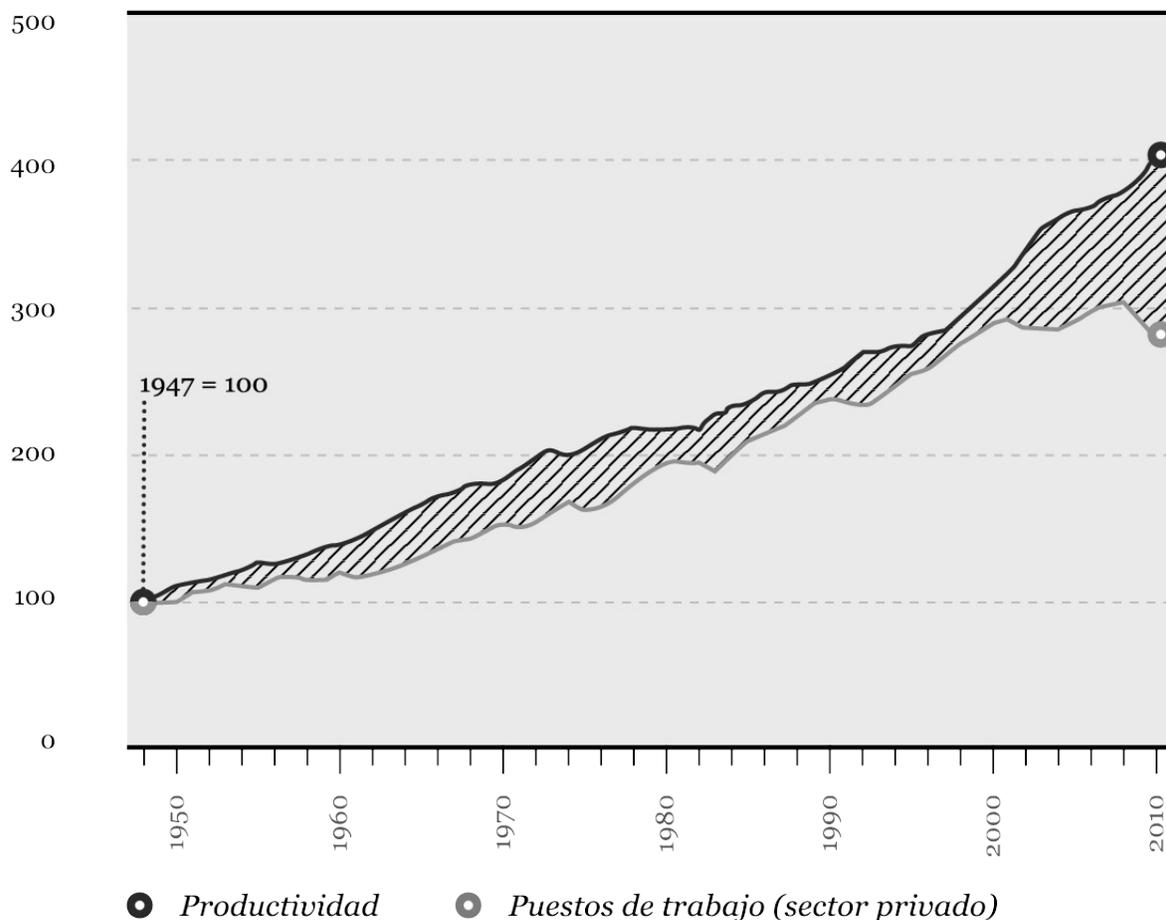
Entre los cincuenta y los sesenta, la industria automotriz de Estados Unidos experimentó oleadas sucesivas de automatización, pero los salarios y las oportunidades laborales siguieron aumentando con regularidad. Un estudio llevado a cabo en 1963 demostró que, si bien las nuevas tecnologías habían eliminado trece millones de empleos en la década anterior, también habían creado veinte millones de puestos de trabajo nuevos. «En lugar de alarmarnos por el aumento de la automatización, deberíamos alentarla», señaló uno de los investigadores.³⁰²

Pero eso fue en 1963.

En el curso del siglo XX, el aumento de la productividad y el incremento de

puestos de trabajo avanzaron más o menos en paralelo. Hombre y máquina marchaban a la par. Ahora, al adentrarnos en un siglo nuevo, los robots han acelerado el paso de repente. El cambio empezó alrededor del año 2000 con lo que dos economistas de MIT llamaron «la gran desconexión». «Es la gran paradoja de nuestra era —dijo uno de ellos—. La productividad está en niveles de récord, la innovación nunca ha avanzado tan deprisa, y sin embargo, al mismo tiempo, los ingresos medios descienden y tenemos menos empleos.»³⁰³

Productividad y puestos de trabajo en Estados Unidos, 1947-2011



Fuente: Departamento de Trabajo de Estados Unidos, Oficina de Estadísticas Laborales

Hoy, los nuevos empleos se concentran sobre todo en la base de la pirámide, en supermercados, cadenas de comida rápida y residencias de ancianos. Ésos

son los trabajos que todavía están a salvo. Por ahora.

Cuando la gente todavía importaba

Hace cien años, las computadoras eran como tú y como yo. No es una broma: Entonces, la palabra «computadora» designaba un empleo. Las computadoras eran trabajadores —sobre todo mujeres— que se limitaban a hacer sumas todo el día. No pasó mucho tiempo antes de que su tarea se pudiera realizar con calculadoras, el primero de una larga serie de puestos de trabajo devorados por computadoras automatizadas.

En 1990, el tecnoprofeta Ray Kurzweil pronosticó que en 1998 una computadora sería capaz de superar a un maestro de ajedrez. Se equivocó, por supuesto. Fue en 1997 cuando *Deep Blue* derrotó a la leyenda del ajedrez Garry Kasparov. La computadora más rápida del mundo en ese momento era el *ASCI Red*, desarrollada por el ejército de Estados Unidos, que ofrecía una velocidad punta de un teraflop. Tenía el tamaño de una pista de tenis y costaba 55 millones de dólares. Quince años después, en 2013, llegó al mercado una nueva supercomputadora que alcanzaba fácilmente dos teraflops y se vendía por un precio considerablemente inferior: la PlayStation 4.

En 2011, las computadoras incluso aparecían como participantes en concursos televisivos. Ese año, las dos mentes más brillantes en concursos de cultura general, Ken Jennings y Brad Rutter, se enfrentaron contra *Watson* en «Jeopardy!», un programa de preguntas y respuestas. Jennings y Rutter ya habían acumulado más de tres millones de dólares en premios, pero su contrincante computarizado los aniquiló. Cargada hasta las cejas con doscientos millones de páginas de información, incluida una copia completa de la Wikipedia, *Watson* produjo más respuestas correctas que Jennings y Rutter juntos. «El trabajo de participante en concursos tal vez haya sido el primero que *Watson* convirtiera en redundante —observó Jennings—, pero estoy seguro de que no será el último.»³⁰⁴

Las nuevas generaciones de robots pueden sustituir no sólo nuestro poder muscular, sino también nuestra capacidad mental. Demos la bienvenida, amigos míos, a la Segunda Era de la Máquina, como ya se ha bautizado a este mundo feliz de microchips y algoritmos. La primera era empezó con el inventor escocés James Watt, a quien durante un paseo en 1765 se le ocurrió una idea para mejorar la eficacia de la máquina de vapor. Como era domingo,

el piadoso Watt tuvo que esperar al día siguiente para empezar a trabajar, antes de hacer realidad su idea, y en 1776 ya había construido una máquina capaz de bombear 18 metros de agua de una mina en sólo una hora.³⁰⁵

En una época en que casi todo el mundo, en todas partes, pasaba hambre y era pobre, sucio, temeroso, ignorante, enfermizo y feo, la curva del desarrollo tecnológico empezó a crecer —o, mejor dicho, a dispararse—, en un ángulo de casi 90 grados. Mientras que en 1800 las máquinas de vapor inglesas producían tres veces menos energía que el agua, setenta años después generaban una energía equivalente a la desarrollada por cuarenta millones de hombres adultos.³⁰⁶ La potencia de las máquinas estaba sustituyendo a la de los músculos a una escala masiva.

Ahora, dos siglos después, les toca a nuestros cerebros. Y ya era hora. «Se puede ver la era de la computadora en todas partes menos en las estadísticas de productividad», señaló en 1987 el economista Bob Solow. Las computadoras ya hacían cosas increíbles, pero su impacto económico era mínimo. Como la máquina de vapor, la computadora necesitaba aumentar la presión, por así decirlo. O, si lo comparamos con la electricidad: todas las grandes innovaciones tecnológicas se produjeron en la década de 1870, pero la mayoría de las fábricas no pasaron a usar energía eléctrica hasta alrededor de 1920.³⁰⁷

Trasladémonos al día de hoy. Los microchips hacen cosas que sólo diez años atrás parecían imposibles. En 2004 dos destacados científicos titularon un capítulo con la sugerente afirmación «Por qué la gente todavía importa».³⁰⁸ ¿Su argumento? Conducir un coche es algo que nunca podría automatizarse. Seis años después, los coches robotizados de Google ya habían cubierto un millón y medio de kilómetros.

El futurólogo Ray Kurzweil está convencido de que en 2029 las computadoras serán tan inteligentes como las personas. En 2045 podrían ser hasta mil millones de veces más inteligentes que todos los cerebros humanos juntos. Según los tecnoprofetos, no existe límite para el crecimiento exponencial del poder de computación de la máquina. Por supuesto, Kurzweil tiene tanto de genio como de loco. Y no hay que olvidar que el poder computacional no es lo mismo que la inteligencia.

Aun así, si desdeñamos sus predicciones lo hacemos por nuestra cuenta y riesgo. Al fin y al cabo, no sería la primera vez que subestimamos el poder del

crecimiento exponencial.

Esta vez es diferente

La pregunta del millón es: ¿qué deberíamos hacer? ¿Qué nuevos trabajos traerá el futuro? Y, más importante: ¿querremos hacer esos trabajos?

Por supuesto, los empleados de empresas como Google serán mimados con comida para chuparse los dedos, masajes diarios y nóminas generosas. Pero para ser contratado en Silicon Valley necesitaremos dosis extraordinarias de talento, ambición y suerte. Ése es un aspecto de lo que los economistas denominan «polarización del mercado laboral» o ampliación de la brecha entre «trabajos basura» y «trabajos fantásticos». Aunque la proporción entre trabajos de alta cualificación y sin cualificar ha permanecido muy estable, los empleos para personas con una cualificación media están en declive.³⁰⁹ De forma lenta pero inexorable, los cimientos de la democracia moderna —la clase media— se están desmoronando. Y mientras Estados Unidos encabeza esta tendencia, otros países desarrollados no le van a la zaga.³¹⁰

En nuestra moderna tierra de la abundancia incluso hay gente que se ha visto completamente marginada pese a ser fuerte y sana y estar dispuesta a arremangarse. De manera similar a los caballos de tiro ingleses al inicio del siglo XX, no encontrarán patrones dispuestos a contratarlos a ningún precio. La mano de obra asiática, africana o robotizada siempre sale ganando. Y aunque todavía es más eficiente externalizar la producción a Asia y África,³¹¹ cuando los salarios y las tecnologías de esos países empiecen a ponerse al día, también allí ganarán los robots. Al fin y al cabo, la deslocalización es sólo un paso intermedio. En última instancia, hasta los talleres de Vietnam y Bangladesh se automatizarán.³¹²

Los robots no enferman, no se toman días libres y nunca se quejan, pero si terminan obligando a masas de gente a emplearse en trabajos mal pagados y sin futuro... En fin, eso no es más que llamar al mal tiempo. El economista británico Guy Standing ha vaticinado el surgimiento de un nuevo y peligroso «precariado»: una clase social con salario bajo, trabajos temporales y ninguna voz en la política. Sus quejas recuerdan ominosamente a las de William Leadbeater. Aquel artesano inglés que temía que las máquinas destruirían su país (o, de hecho, el universo entero) formaba parte de una clase igual de peligrosa y de un movimiento que sentó las bases del capitalismo.

Es hora de conocer a los luditas.

La batalla de Rawfolds Mill

Once de abril de 1812. Entre cien y doscientos hombres enmascarados se reúnen en un solar oscuro cerca de Huddersfield, entre Manchester y Leeds, Inglaterra. Se han congregado en torno a una columna de piedra conocida como Dumb Steeple, armados hasta los dientes con mazas, hachas y pistolas.

Su cabecilla es un joven y carismático agricultor llamado George Mellor. Levanta su pistola de cañón largo —traída de Rusia, según dicen— para que todos la vean. Su objetivo es Rawfolds Mill, una fábrica propiedad de un tal William Cartwright. Rico hombre de negocios, acaba de introducir un nuevo tipo de telar que puede hacer el trabajo de cuatro tejedores expertos. Desde entonces, el desempleo entre los luditas de Yorkshire, como se denominan a sí mismos estos hombres enmascarados, se ha disparado.

Pero alguien ha avisado a Cartwright y éste ha llamado a los soldados, que están al acecho. Después de veinte minutos, ciento cuarenta balas y dos muertes, Mellor y sus hombres se ven obligados a retirarse. A juzgar por las manchas de sangre encontradas hasta a una distancia de seis kilómetros, hay decenas de hombres heridos.

Pasan dos semanas hasta que William Horsfall, un propietario de fábrica airado por el ataque a Rawfolds Mill, llega desde Huddersfield al pueblo vecino de Marsden jurando que «la sangre ludita pronto llegara hasta la silla de mi caballo». Lo que no sabe es que cuatro luditas, entre ellos Mellor, están planeando una emboscada. Horsfall estará muerto antes de mediodía, víctima de una bala disparada por una pistola rusa.

En los meses siguientes, todo Yorkshire se ha alzado en armas. El infatigable magistrado Joseph Radcliff dirige el comité que investiga la batalla de Rawfolds Mill y el asesinato de William Horsfall. Se inicia la cacería. Al poco tiempo, Benjamin Walker, uno de los hombres responsables de atraer a Horsfall a la trampa, se entrega a Radcliff, con la esperanza de salvar el pellejo y reclamar la prometida recompensa de 2.000 libras. Walker identifica a los otros conspiradores como William Thorpe, Thomas Smith y su líder, George Mellor.

Poco después, los tres cuelgan de la horca.

Luditas con razón

«Ninguno de los condenados derramó una lágrima», informó *The Leeds Mercury* el día siguiente a las ejecuciones. Mellor rezó y suplicó perdón por sus pecados, pero no hizo ninguna referencia a sus actividades luditas. Walker, el traidor, se libró de la horca, pero nunca recibió su recompensa. Se dice que terminó sus días en la pobreza en las calles de Londres.

Doscientos años después, ya no existe Rawfolds Mill, desapareció, pero en las cercanías todavía hay una fábrica de cuerdas donde a los trabajadores les gusta contar que los fantasmas de los luditas vagan por los campos.³¹³ Y tienen razón: el espectro del ludismo perdura hasta nuestros días. Todo empezó a principios de la Primera Era de las Máquinas cuando los obreros textiles del centro y el norte de Inglaterra se alzaron en rebelión, tomando su nombre del mítico líder del movimiento Ned Ludd, a quien se atribuye el destrozo de dos telares en un arrebató de rabia en 1779. Como los sindicatos estaban ilegalizados, los luditas optaron por lo que el historiador Eric Hobsbawm llama «negociación colectiva por medio de disturbios». Fábrica tras fábrica, los activistas dejaban a su paso un rastro de destrucción.

Por supuesto, William Leadbeater quizá exageraba un poco cuando predijo que las máquinas serían la «destrucción del universo», pero las preocupaciones de los luditas no eran ni mucho menos infundadas. Sus salarios se desplomaban y sus empleos se esfumaban como cenizas al viento. «¿Cómo van a sostener a sus familias esos hombres despojados de su empleo? —se preguntaban los trabajadores textiles de Leeds de finales del siglo XVIII—. Algunos nos dicen: empezad a aprender otro oficio. Supongamos que lo hacemos; quién mantendrá a nuestras familias mientras asumimos esa ardua tarea; y cuando hayamos aprendido, ¿quién nos asegura que estaremos mejor gracias a nuestro esfuerzo?; porque [...] podría aparecer otra máquina que eliminara también ese trabajo.»³¹⁴

La rebelión ludita, que tuvo su apogeo en torno a 1811, fue brutalmente aplastada. Más de cien hombres fueron ahorcados. Habían declarado una guerra contra las máquinas, pero fueron las máquinas las que ganaron. Por ello, este episodio suele considerarse un obstáculo menor en el camino del progreso. Al fin y al cabo, las máquinas generaron tantos nuevos empleos que, incluso después de la explosión demográfica del siglo XX, aún había suficientes para todos. Según el librepensador radical Thomas Paine, «todas

las máquinas que reducen el trabajo son una bendición para la gran familia de la cual formamos parte».³¹⁵

Y así es. La palabra «robot» procede del checo «robota», que significa «trabajo duro». Los humanos crearon robots para hacer precisamente esas cosas que ellos prefieren no hacer. «Las máquinas tienen que trabajar en lugar de nosotros en las minas de carbón», dijo Oscar Wilde con entusiasmo en 1890. Las máquinas deberían «alimentar las calderas, limpiar las calles, llevar mensajes los días lluviosos y hacer todo lo que sea tedioso y agotador». Según Wilde, los antiguos griegos habían conocido una verdad incómoda: la esclavitud es un requisito para la civilización. «De la esclavitud mecánica, de la esclavitud de la máquina depende el futuro del mundo.»³¹⁶

No obstante, hay otra cosa igualmente vital para el futuro del mundo y es un mecanismo de redistribución. Es necesario concebir un sistema que asegure que todo el mundo se beneficia de esta Segunda Era de las Máquinas, un sistema que recompense tanto a perdedores como a ganadores. Durante doscientos años, ese sistema fue el mercado laboral, que producía constantemente nuevos puestos de trabajo y, de ese modo, distribuía los frutos del progreso. Pero ¿durante cuánto tiempo y más? ¿Y si los temores de los luditas eran prematuros, pero en última instancia proféticos? ¿Y si a la larga la mayoría de nosotros estamos condenados a perder la carrera contra la máquina?

¿Qué se puede hacer?

Remedios

No hay mucho que hacer, según los economistas. Las tendencias son evidentes. La desigualdad continuará incrementándose y todos aquellos que no hayan logrado adquirir una competencia que las máquinas no puedan realizar, ahora o más adelante, serán marginados. El economista estadounidense Tyler Cowen advierte que «hacer que quienes ganan mucho disfruten en todos los aspectos de sus vidas será una gran fuente de crecimiento de empleo en el futuro».³¹⁷ Puede que las clases bajas tengan acceso a nuevos servicios como energía solar barata y wifi gratuito, pero la brecha entre ellos y los ultrarricos será más amplia que nunca.

Más allá de eso, los ricos y mejor formados continuarán cerrando filas a la vez que los pueblos y ciudades de la periferia se empobrecerán cada vez más.

Esto ya está ocurriendo en Europa, donde los informáticos españoles encuentran trabajo con más facilidad en Ámsterdam que en Madrid, y los ingenieros griegos levantan campamento y se marchan a ciudades como Stuttgart y Múnich. La gente con educación universitaria se está mudando a vivir más cerca de otra gente con educación universitaria. En los años setenta, la ciudad estadounidense con un nivel más alto de educación (en términos de porcentaje de residentes con titulación universitaria) se situaba 16 puntos porcentuales por encima de la ciudad con menor nivel de educación. Hoy, esta diferencia se ha doblado.³¹⁸ Si antes las personas se juzgaban unas a otras por su origen familiar, ahora lo hacen por los diplomas que cuelgan de la pared. Mientras las máquinas no puedan ir a la universidad, un título ofrece más réditos que nunca.

Así pues, no es sorprendente que nuestra respuesta estándar haya sido pedir más dinero para educación. En lugar de superar a la máquina, hacemos lo posible para mantenernos a su ritmo. Al fin y al cabo, las grandes inversiones en escuelas y universidades fueron lo que nos permitió adaptarnos a los tsunamis tecnológicos de los siglos XIX y XX. Pero entonces no se necesitaba mucho para impulsar la capacidad de ingresos de una nación de agricultores, sólo conocimientos básicos como leer, escribir y aritmética. En cambio, preparar a nuestros hijos para el nuevo siglo será considerablemente más difícil, y por supuesto más caro. Toda la fruta que colgaba a poca altura ya la han arrancado.

Otra opción es aprovechar el consejo del gran maestro de ajedrez holandés Jan Hein Donner. Cuando le preguntaron cuál sería su estrategia si se enfrentara a una computadora, no tuvo que pensárselo mucho: «Llevaría un martillo.» Tomar esa senda sería como seguir los pasos del emperador del Sacro Imperio romano Francisco II (1768-1835), que se negó a permitir la construcción de fábricas y ferrocarriles. «No, no, no tendré nada que ver con ello —declaró—, no sea que la revolución llegue al país.»³¹⁹ Su resistencia hizo que hasta bien entrado el siglo XIX los trenes austríacos continuaran siendo tirados por caballos.

Quien quiera seguir arrancando los frutos del progreso deberá encontrar una solución más radical. Igual que nos adaptamos a la Primera Era de las Máquinas mediante una revolución en educación y servicios sociales, la Segunda Era de las Máquinas requiere medidas drásticas. Medidas como una

semana laboral más corta y una renta básica universal.

El futuro del capitalismo

En la actualidad nos sigue costando imaginar una sociedad futura en la que el trabajo remunerado no sea el principio y fin de nuestra existencia. Pero la incapacidad de imaginar un mundo en el que las cosas son diferentes sólo demuestra nuestra falta de imaginación, no la imposibilidad de cambio. En los años cincuenta no podíamos concebir que la llegada de neveras, aspiradoras y sobre todo lavadoras ayudaría a las mujeres a acceder al mercado laboral de forma masiva, y sin embargo así fue.

No obstante, no es la tecnología en sí lo que determina el curso de la historia. Al final, somos los humanos quienes decidimos cómo queremos moldear nuestro destino. El escenario de desigualdad radical que está configurándose en Estados Unidos no es nuestra única opción. La alternativa es que, en algún momento de este siglo, descartemos el dogma de que hay que trabajar para vivir. Cuanto más rica sea nuestra sociedad, menos eficaz será el mercado laboral en la distribución de la riqueza. Si queremos aferrarnos a las virtudes de la tecnología, en última instancia sólo queda una opción, y es la redistribución. Una redistribución masiva.

Redistribución de dinero (renta básica), de tiempo (una semana laboral más corta), de impuestos (sobre el capital en lugar de sobre el trabajo) y, por supuesto, de robots. Ya en el siglo XIX, Oscar Wilde deseaba que llegara el día en que todo el mundo se beneficiara de máquinas inteligentes que serían «propiedad de todos».³²⁰ El progreso tecnológico puede hacer que una sociedad sea más próspera en conjunto, pero no hay ley económica que diga que todos se beneficiarán de ello.

No hace mucho, el economista francés Thomas Piketty causó un gran revuelo al plantear que, si seguimos avanzando por este mismo camino, no tardaremos en encontrarnos de nuevo ante una sociedad rentista como la de la Edad Chapada en Oro (*Gilded Age*). La gente que poseía el capital (valores, casas, máquinas) disfrutaba de un nivel de vida mucho más alto que la gente que sólo trabajaba. Durante cientos de años, los réditos del capital fueron del 4-5%, mientras que el crecimiento económico anual quedaba atrás, por debajo del 2%. A menos que resurgiera un crecimiento fuerte e inclusivo (cosa bastante improbable), se aplicarían impuestos altos al capital (igualmente

improbable) o estallara la tercera guerra mundial (esperemos que no), la desigualdad podría aumentar hasta proporciones aterradoras una vez más.

Todas las opciones estereotipadas (más educación, más regulación, más austeridad) serán una gota en el océano. Según el profesor Piketty, al final la única solución es un impuesto mundial progresivo sobre la riqueza, aunque reconoce que eso no es más que una «utopía útil». Y aun así, el futuro no está escrito. A lo largo de la historia, el camino hacia la igualdad siempre ha estado ligado a la política. Si una ley de progreso común no logra manifestarse por sí misma, no hay nada que nos impida instaurarla nosotros. De hecho, la ausencia de una ley semejante podría poner en peligro el propio mercado libre. «Debemos salvar al capitalismo de los capitalistas», concluye Piketty.³²¹

Una anécdota de los años sesenta resume bien esta paradoja. Cuando el nieto de Henry Ford invitó al líder sindical Walter Reuther a visitar la nueva fábrica automatizada de la compañía, le preguntó en broma: «Walter, ¿cómo va a conseguir que esos robots paguen sus cuotas sindicales?» Sin perder la compostura, Reuther respondió: «Henry, ¿cómo va a conseguir que los robots compren sus coches?»

²⁸³. Categorías de caballos según Agricultural Census, «A Vision of Britain through Time»: <http://www.visionofbritain.org.uk/unit/10001043/cube/AGCEN_HORSES_1900>.

²⁸⁴. Citado en Erik Brynjolfsson y Andrew McAfee, *The Second Machine Age*, Nueva York, Norton, p. 175.

²⁸⁵. Citado en *Leeds Mercury* (13-3-1830).

²⁸⁶. Michael Greenstone y Adam Looney, «Trends», *The Milken Institute Review* (otoño de 2011). <http://www.milkeninstitute.org/publications/review/2011_7/08-16MR51.pdf>.

²⁸⁷. Gordon Moore, «Cramming more components onto integrated circuits», *Electronics Magazine* (19-4-1965).

<http://web.eng.fiu.edu/npala/eee6397ex/Gordon_Moore_1965_Article.pdf>.

²⁸⁸. Intel, «Excerpts from A Conversation with Gordon Moore: Moore's Law» (2005).

<http://large.stanford.edu/courses/2012/ph250/lee1/docs/Excepts_A_Conversation_with_C

²⁸⁹. En 1965, Moore todavía suponía que el número de transistores se doblaría cada doce meses. En 1970 ajustó el cálculo a veinticuatro meses. Ahora, la cifra aceptada es dieciocho.

²⁹⁰. Arthur Donovan y Joseph Bonner, *The Box That Changed the World: Fifty Years of Container Shipping*, Cranbury (Nueva Jersey), Commonwealth Business Media, 2006.

²⁹¹. Un artículo en *The Atlantic* me hizo pensar en la emergencia simultánea del chip y el contenedor. Por supuesto, la globalización y el desarrollo son imposibles por separado,

porque el desarrollo tecnológico ha permitido la globalización. Véase Charles Davi, «The Mystery of the Incredible Shrinking American Worker», *The Atlantic* (11-2-2013). <<http://www.theatlantic.com/business/archive/2013/02/the-mystery-of-the-incredible-shrinking-american-worker/273033/>>.

292. La OCDE ha calculado que la tecnología (sobre todo TIC) es responsable del 80 % del descenso de la influencia de los salarios en el PIB. Esta tendencia es asimismo evidente en países como China y la India, donde la parte correspondiente al trabajo también ha disminuido. Véase también Loukas Karabarbounis y Brent Neiman, «The Global Decline of the Labor Share», *The Quarterly Journal of Economics* (2014). <<http://qje.oxfordjournals.org/content/129/1/61.abstract>>.

293. Robert H. Frank y Philip J. Cook, *The Winner-Take-All Society: Why the Few at the Top Get So Much More Than the Rest of Us*, Nueva York, Penguin, 1996.

294. Walter Scheidel y Steven J. Friesen, «The Size of the Economy and the Distribution of Income in the Roman Empire», *Journal of Roman Studies* (noviembre de 2009). <<http://journals.cambridge.org/action/displayAbstract?fromPage=online&aid=7246320&FileId=S0075435800000071>>.

295. Kaja Bonesmo Fredriksen: «Income Inequality in the European Union», OECD Working Papers (16-4-2012). <[http://search.oecd.org/officialdocuments/displaydocumentpdf/?cote=eco/wkp\(2012\)29&docLanguage=En](http://search.oecd.org/officialdocuments/displaydocumentpdf/?cote=eco/wkp(2012)29&docLanguage=En)>.

296. Derek Thompson, «This Is What the Post-Employee Economy Looks Like», *The Atlantic* (20-4-2011). <<http://www.theatlantic.com/business/archive/2011/04/this-is-what-the-post-employee-economy-looks-like/237589/>>.

297. Tomemos el caso de los radiólogos: con más de diez años de formación, son los especialistas médicos mejor pagados, pero ¿durante cuánto tiempo más? Es posible que no tarden en tener que enfrentarse a escáneres de alta tecnología capaces de cumplir mejor con el mismo cometido y a una centésima parte del coste. La investigación que antes requería expertos en derecho bien pagados para examinar pilas de documentos legales ahora puede ser realizada por ordenadores, sin obstáculos de cefaleas o vista cansada. Una gran empresa química que recientemente utilizó su software para verificar el trabajo hecho por su propio equipo legal en los ochenta y los noventa descubrió un índice de precisión de sólo el 60 %. «Piense en cuánto dinero se ha gastado para hacerlo sólo un poco mejor que lanzar una moneda al aire», reflexionó uno de los antiguos abogados. Véase John Markoff, «Armies of Expensive Lawyers, Replaced by Cheaper Software», *The New York Times* (4-3-2011). <<http://www.nytimes.com/2011/03/05/science/05legal.html>>.

298. Warren G. Bennis fue el primero en decir esto. Citado en Mark Fisher: *The Millionaire's Book of Quotations*, Londres, Thorsons, 1991, p. 15.

299. Carl Benedikt Frey y Michael A. Osborne, «The Future of Employment: How Susceptible Are Jobs to Computerisation», Oxford Martin School (17-9-2013). <http://www.oxfordmartin.ox.ac.uk/downloads/academic/The_Future_of_Employment.pdf>.

Para el cálculo correspondiente a Europa, véase:

<<http://www.bruegel.org/nc/blog/detail/article/1399-chart-of-the-week-54-percent-of-eu-jobs-at-risk-of-computerisation>>.

300. Gary Marcus, «Why We Should Think About The Threat of Artificial Intelligence», *The New Yorker* (24-10-2013).

<<http://www.newyorker.com/online/blogs/elements/2013/10/why-we-should-think-about-the-threat-of-artificial-intelligence.html>>.

301. Susan B. Carter, «Labor Force for Historical Statistics of the United States, Millennial Edition» (septiembre de 2003). <<http://economics.ucr.edu/papers/papers04/04-03.pdf>>.

302. Yale Brozen, «Automation: The Retreating Catastrophe», *Left & Right* (septiembre de 1966). <<https://mises.org/library/automation-retreating-catastrophe>>.

303. David Rotman, «How Technology Is Destroying Jobs», *mit Technology Review* (12-6-2013). <<http://www.technologyreview.com/featuredstory/515926/how-technology-is-destroying-jobs>>.

304. Citado en Brynjolfsson y McAfee, *The Second Machine Age*, op. cit., p. 27.

305. Ian Morris, *Why The West Rules – For Now*, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 2010, p. 495.

306. *Ibidem*, p. 497.

307. Diane Coyle, *gdp. A Brief but Affectionate History*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 2014, p. 79.

308. Frank Levy y Richard Murnane, *The New Division of Labor*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 2004.

309. Existen indicios de que incluso los empleos destinados a los más cualificados se encuentran bajo presión desde 2000, llevando a esos trabajadores a aceptar empleos con menos requisitos. Los empleados están cada vez más sobrecualificados para sus puestos de trabajo. Véase Paul Beaudry, David A. Green y Ben Sand, «The Great Reversal in the Demand for Skill and Cognitive Tasks», National Bureau of Economic Research (enero de 2013). <http://www.economics.ubc.ca/files/2013/05/pdf_paper_paul-beaudry-great-reversal.pdf>.

310. Bas ter Weel, «Banen in het midden onder druk», CPB (junio de 2012).

<<http://www.cpb.nl/sites/default/files/publicaties/download/cpb-policy-brief-2012-06-loonongelijkheid-nederland-stijgt.pdf>>.

311. La globalización incluso podría haber frenado el progreso tecnológico. Al fin y al cabo, por el momento nuestra ropa no la producen brazos robotizados o ciborgs inteligentes, sino los delicados dedos de niños en Vietnam y China. Para muchas empresas, externalizar el trabajo a asiáticos sigue siendo mejor que usar robots. Ésta también podría ser la razón por la que todavía esperamos la materialización de los grandes sueños tecnológicos del siglo XX. Véase David Graeber, «Of Flying Cars and the Declining Rate of Profit», *The Baffler* (2012).

312. Andrew McAfee, «Even Sweatshops are Getting Automated. So What's Left?» (22-5-2014). <<http://andrewmcafee.org/2014/05/mcafee-nike-automation-labor-technology-globalization/>>.

313. Steven E. Jones, *Against Technology. From the Luddites to Neo-Luddism*, Nueva York y Londres, Routledge, 2006, cap. 2.

314. «Leeds Woollen Workers Petition, 1786», *Modern History Sourcebook*:

<<http://www.fordham.edu/halsall/mod/1786machines.asp>>.

315. Citado en Robert Skidelsky, «Death to Machines?», Project Syndicate (21-2-2014). <<http://www.project-syndicate.org/commentary/robert-skidelsky-revisits-the-luddites--claim-that-automation-depresses-real-wages>>.

316. Oscar Wilde, *The Soul of Man under Socialism*, op. cit.

317. Tyler Cowen, *Average is Over. Powering America Beyond the Age of the Great Stagnation*, Nueva York, Dutton, 2013, p. 23.

318. Tyler Cowen, *The Great Stagnation*, Nueva York, Dutton, 2011, p. 172.

319. Citado en Daron Acemoglu y James A. Robinson, *Why Nations Fail. The Origins of Power, Prosperity and Poverty*, Nueva York, Crown, 2012, p. 226. [Versión en castellano: *¿Por qué fracasan los países: los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*, Barcelona, Deusto, 2012.]

320. Oscar Wilde, *The Soul of Man under Socialism*, op. cit.

321. Thomas Piketty, «Save capitalism from the capitalists by taxing wealth», *The Financial Times* (28-3-2014). <<http://www.ft.com/intl/cms/s/0/decdd76e-b50e-11e3-a746-00144feabdc0.html>>.

El futuro ya está aquí, lo que pasa es que no está bien distribuido.

WILLIAM GIBSON (n. 1948)

9

Más allá del umbral de la tierra de la abundancia

Y no nos olvidemos del sentimiento de culpabilidad, tan molesto.

Aquí estamos en la tierra de la abundancia, filosofando sobre utopías decadentes que prometen dinero a cambio de nada y jornadas semanales de quince horas, mientras centenares de millones de personas todavía tienen que sobrevivir con un dólar diario. ¿No deberíamos abordar primero el mayor reto de nuestro tiempo: permitir que todas las personas del planeta disfruten de la tierra de la abundancia?

La verdad es que lo hemos intentado. El mundo occidental gasta 134.800 millones de dólares al año, 11.200 millones al mes, 4.274 dólares por segundo en ayuda internacional al desarrollo.³²² Durante los últimos cincuenta años, eso nos lleva a la suma total de casi cinco billones de dólares.³²³ ¿Parece mucho? En realidad, las guerras en Irak y Afganistán han costado más o menos lo mismo.³²⁴ Y no olvidemos que los países desarrollados gastan anualmente el doble en subvencionar la agricultura nacional que en ayuda exterior.³²⁵ Aunque sí, por supuesto, es mucho dinero. Francamente, cinco billones es una cantidad astronómica.

Por lo tanto, la pregunta es: ¿ha servido de algo?

Aquí es donde la cosa se complica. En realidad, sólo hay una respuesta: nadie lo sabe.

Literalmente, no tenemos ni idea. Hablando en términos relativos, los años setenta fueron el período álgido de la ayuda humanitaria; claro que, en aquellos años, la situación en África era a todas luces desesperada. Ahora hemos recortado las ayudas y las cosas van mejor. ¿Hay relación entre una cosa y la otra? ¿Quién sabe? Sin Band Aid y Bono podría haber sido cien veces peor. O no. Según un estudio llevado a cabo por el Banco Mundial, el

85% de toda la ayuda occidental en el siglo XX se usó de forma distinta a la que se pretendía.³²⁶

Entonces, ¿no sirvió de nada?

No tenemos ni idea.

Lo que sí tenemos, por supuesto, son modelos económicos que nos indican cómo se comportan las personas y que se basan en la premisa de que los humanos somos seres puramente racionales. Tenemos estudios retrospectivos que demuestran cómo una escuela, pueblo o país cambiaron después de recibir un montón de dinero. Y estudios prácticos que ofrecen anécdotas alentadoras o desgarradoras sobre ayudas que fueron útiles o no lo fueron. Y tenemos intuiciones. Muchas intuiciones.

Esther Duflo, una profesora del MIT con un fuerte acento francés, compara todos estos estudios sobre la ayuda al desarrollo con la práctica medieval de la sangría.³²⁷ Esa cura, entonces muy habitual, consistía en poner sanguijuelas sobre las venas de los pacientes para equilibrar sus humores corporales. Si el paciente recuperaba la salud, el médico podía darse una palmadita en la espalda. Si el paciente moría, era sin duda por la voluntad de Dios. Aunque esos doctores actuaban con la mejor de las intenciones, hoy en día sabemos que las sangrías costaron millones de vidas. Incluso en 1799, el año en que Alessandro Volta inventó la pila eléctrica, al presidente George Washington le extrajeron varias pintas de sangre para tratar un dolor de garganta. Dos días después, murió.

Dicho de otro modo: la sangría es un ejemplo en que el remedio es peor que la enfermedad. La cuestión es si podemos decir lo mismo de la ayuda al desarrollo. Según la profesora Duflo, ambos remedios comparten una característica clave: la falta de demostración científica.

En 2003, Duflo contribuyó a fundar el Laboratorio de Acción contra la Pobreza del MIT, que hoy emplea a ciento cincuenta investigadores que han llevado a cabo más de quinientos estudios en cincuenta y seis países. El trabajo de estos investigadores ha trastocado la ayuda al desarrollo.

Érase una vez un grupo control

Esta historia empieza en Israel, en algún momento del siglo VII a.C. Nabucodonosor, el rey de Babilonia, acaba de conquistar Jerusalén y ordena al prefecto de sus eunucos que escolte a varios nobles israelitas a su palacio.

Entre ellos estaba Daniel, un hombre conocido por su devoción. A su llegada, Daniel pide al prefecto de los eunucos que les permita abstenerse de tomar «la comida y el vino del rey», porque él y sus hombres observan su propia dieta religiosa. El eunuco, desconcertado, protesta. «Temo al rey mi señor, quien ha decidido lo que habéis de comer y beber. Si el rey viera que tenéis peor aspecto que los otros jóvenes de vuestra edad, me cortarían la cabeza por vuestra culpa.»

Daniel concibe entonces una estratagema y le dice: «Haz una prueba con nosotros. Durante diez días, danos sólo vegetales para comer y agua para beber. Luego compara nuestro semblante con el de los jóvenes que se alimentan con la comida del rey y, después, según nuestro aspecto, decide qué hacer con nosotros.» El babilonio accede. Al cabo de diez días, a Daniel y a sus amigos «se los ve más sanos y mejor alimentados que a los cortesanos», y a partir de ese momento ya no les sirven los manjares reales y el vino sino una dieta vegetariana. *Quod erat demonstrandum.*

Ésta es la primera referencia escrita de un experimento comparativo en el que para probar una hipótesis se utiliza un grupo de control. Unos siglos después, aquellos hechos se inmortalizarían en el libro más vendido de la historia: la Biblia (véase Daniel 1:1-16). Pero aún pasarían varios siglos antes de que esta clase de investigación comparativa llegara a considerarse el patrón oro científico. Hoy en día, llamamos a esto prueba de control aleatorio (o RCT, según sus siglas en inglés). Un investigador médico procedería del siguiente modo: dividiría al azar a la gente con el mismo problema de salud en dos grupos. Uno recibiría el medicamento que pretende probar, y el otro, un placebo.³²⁸

En el caso de las sangrías, el primer experimento comparativo lo publicó en 1836 el médico francés Pierre Louis, que había tratado a algunos enfermos de neumonía extrayéndoles de inmediato varias pintas de sangre y a otros manteniéndolos a salvo de las sanguijuelas durante unos días. En el primer grupo, el 44% murió; en el segundo, el 25%.³²⁹ En resumen, el doctor Louis había llevado a cabo las primeras pruebas clínicas de la historia, y el resultado no fue muy halagüeño para las sangrías.

Curiosamente, el primer test RCT sobre ayuda internacional al desarrollo no se llevó a cabo hasta 1998. Hubo de transcurrir más de un siglo y medio desde que el doctor Louis enviara las sangrías al cubo de la basura de la historia

hasta que un joven profesor estadounidense llamado Michael Kremer tuvo la idea de investigar los efectos de libros de texto gratuitos en alumnos de primaria de Kenia. Se suponía que los libros iban a frenar el absentismo escolar y elevar las calificaciones, al menos en teoría. Había una tonelada de bibliografía académica que lo aseguraba y sólo unos años antes, en 1991, el Banco Mundial había recomendado con entusiasmo un programa de distribución de libros gratuitos.³³⁰

Pero había un pequeño problema. Ninguno de esos estudios previos había cotejado otras variables.

Kremer se volcó en el proyecto. Uniendo fuerzas con una organización de ayuda humanitaria, seleccionó cincuenta escuelas, la mitad de las cuales trabajaban con libros de texto gratuitos mientras que las otras tenían las manos vacías. En un país donde la infraestructura de comunicación era deficiente, las carreteras, deplorables, y el hambre, un hecho cotidiano, no fue nada fácil preparar un RCT, pero al cabo de cuatro años disponía de los datos.

Los libros gratuitos no habían cambiado nada. Los resultados de los exámenes no mostraron ninguna mejora.³³¹

El experimento de Kremer fue un hito. Desde entonces, ha crecido en torno a la ayuda al desarrollo una verdadera industria de la aleatoriedad, dirigida por los llamados *randomistas*. Se trata de investigadores que se habían hartado de las intuiciones y corazonadas, por no hablar de las rencillas ideológicas entre académicos en sus torres de marfil acerca de las necesidades de la gente que pasa penurias en África y en otros lugares. Lo que los randomistas quieren son cifras, datos incontrovertibles para demostrar qué ayuda es útil y cuál no.

¿Y el principal randomista quién es? Es una profesora menuda con un marcado acento francés.

Un montón de dinero y un buen plan

No hace tanto tiempo yo era un estudiante universitario que asistía a una clase sobre ayuda al desarrollo. Entre la bibliografía recomendada había libros de Jeffrey Sachs y William Easterly, ambos destacados pensadores sobre el tema. En 2005, Sachs publicó un libro titulado *El fin de la pobreza* (con un prefacio de Bono, la estrella del pop). Sachs argumentaba que la pobreza extrema puede eliminarse por completo antes de 2025. Lo único que necesitamos es un

montón de dinero y un buen plan. Su plan, claro está.

Easterly respondió arremetiendo contra las ideas de Sachs, acusándolo de buenismo mesiánico poscolonial y argumentando que los países en vías de desarrollo sólo pueden cambiarse desde abajo; es decir, mediante la democracia local y, sobre todo, el mercado. Según Easterly, «el mejor plan es no tener ningún plan».

Revisando mis viejas notas de clase, un nombre que no vi fue el de Esther Duflo. Eso no es especialmente sorprendente, si tenemos en cuenta que se mantiene alejada de la postura intelectual de tipos académicos como Sachs y Easterly. Su ambición, en esencia, consiste en «eliminar las conjeturas de la acción política».³³²

Veamos, por ejemplo, el caso de la malaria. Cada año mueren centenares de miles de niños como consecuencia de esta enfermedad, que puede evitarse con redes mosquiteras que podemos producir, embarcar, distribuir y enseñar a utilizar por diez dólares cada una. En un trabajo de 2007 titulado «La solución de los 10 dólares», Sachs escribió: «Deberíamos enviar ejércitos de voluntarios de la Cruz Roja a distribuir mosquiteras y ofrecer formación en cada una de las decenas de miles de poblaciones de África.»

Para Easterly, era obvio adónde llevaba esto. Sachs y su colega Bono organizarían un concierto benéfico, recaudarían un par de millones y luego repartirían miles de mosquiteras en África. En muy poco tiempo, los vendedores locales de mosquiteras se quedarían sin negocio, mientras que el excedente de tela mosquitera se utilizaría como material de pesca o como velos de novia. Al cabo de unos años de la campaña de Sachs el Redentor, cuando las mosquiteras regaladas se hubieran gastado, el número de niños que morirían de malaria aumentaría más que nunca.

¿Suenan convincente? Por supuesto que sí.

Sin embargo, a Esther Duflo no le interesa vender teorías ni si suenan o no convincentes. Para saber si sería mejor repartir mosquiteras o venderlas, puede filosofarse desde el sillón hasta el día del Juicio... o se puede salir a investigar. Dos académicos de la Universidad de Cambridge decidieron hacer precisamente eso. Prepararon un RCT en Kenia en el cual un grupo de personas recibía una mosquitera gratis y el otro sólo un descuento. En cuanto hubo que pagar por las redes, las ventas se desplomaron; a 3 dólares, menos del 20% de la gente las compraba. En cambio, casi todos aquellos a los que se les

ofrecieron redes gratis las aceptaron. Y lo más importante, el 90% de las mosquiteras se usaron exactamente para lo que debían usarse, fueran gratis o no.³³³

Pero eso no es todo. Un año después, a los participantes en la prueba se les ofreció la opción de comprar otra red, esta vez por 2 dólares. Cualquiera que hubiera leído los libros de Easterly esperaría que la gente que había estado en el grupo de las redes «gratis» fuera reacia a pagar ahora que se había acostumbrado a ser mimada. Suena a teoría convincente. Por desgracia, le falta algo fundamental: pruebas que la sustenten. Quienes habían recibido la mosquitera gratis, en realidad, se mostraron el doble de dispuestos a comprar una nueva que los que habían pagado 3 dólares.

«La gente no se acostumbra a los regalos —señala Duflo de manera concisa—. Se acostumbra a las mosquiteras.»

¿Un método milagroso?

Este método representa nada menos que un enfoque completamente nuevo de la economía. Los randomistas no piensan en términos de modelos. No creen que los humanos actuemos como seres racionales. Por el contrario, nos consideran criaturas quijotescas, a veces necias y a veces astutas, y en otras ocasiones temerosas, altruistas y egocéntricas. Y este enfoque parece producir unos resultados bastante mejores.

Entonces ¿por qué se tardó tanto en entender esto?

Probablemente por varias razones. Hacer pruebas de control aleatorias en países asolados por la pobreza es difícil, lento y caro. A menudo, las organizaciones tienen pocas ganas de cooperar porque temen que los descubrimientos revelen su ineficacia. Tomemos el caso de los microcréditos. Las tendencias en la ayuda al desarrollo vienen y van, de la «buena gobernanza» a la «educación» y, en los primeros años de este siglo, al malhadado «microcrédito». La hora final del microcrédito llegó de la mano de nuestra amiga Esther Duflo, que realizó un RCT demoledor en Hyderabad, India, demostrando que, al margen de todas las anécdotas emocionantes, no hay pruebas fehacientes de que el microcrédito sea eficaz para combatir la pobreza y la enfermedad.³³⁴ Repartir dinero en efectivo funciona mucho mejor. De hecho, repartir dinero es el método para luchar contra la pobreza más estudiado. Numerosos RCT realizados por todo el mundo han mostrado que,

tanto a largo como a corto plazo y tanto en pequeña como en gran escala, las transferencias de dinero son una herramienta sumamente exitosa y eficaz.³³⁵

Y aun así, los RCT no son la solución mágica. No todo puede medirse. Y los resultados no siempre pueden generalizarse. ¿Quién sabe si distribuir libros de texto gratuitos tendrá los mismos efectos en Kenia que en el norte de Bangladesh? Además, debemos considerar el aspecto ético. Tras un desastre natural, por ejemplo, nuestro estudio proporciona ayuda a la mitad de las víctimas, pero deja desamparado al grupo de control. En términos éticos eso es, como mínimo, problemático. Sin embargo, esta objeción es irrelevante cuando se trata de ayuda al desarrollo estructural. Como nunca hay dinero suficiente para solucionar todos los problemas, el mejor método consiste en aplicar lo que parece que funciona. Ocurre como con los nuevos fármacos: nadie pondría uno a la venta sin haberlo probado antes.

Veamos, si no, el índice de asistencia a la escuela. Todo el mundo tiene ideas distintas sobre cómo elevarlo. Deberíamos pagar los uniformes. Ofrecer créditos para las cuotas escolares. Ofrecer comidas gratis. Instalar aseos. Generar conciencia pública sobre el valor de la educación. Contratar más profesores. Etcétera, etcétera. Y todas estas sugerencias suenan perfectamente lógicas. Gracias a los RCT, no obstante, sabemos que cien dólares de comidas gratis se traducen en unos 2,8 años adicionales de escolarización: el triple que invertirlos en uniformes gratis. Hablando de impacto demostrado, desparasitar a niños con trastornos intestinales produce 2,9 años de escolarización adicional a cambio de la insignificante inversión de diez dólares por tratamiento. Ningún filósofo de sillón podría predecir eso, pero desde que se dio a conocer este hallazgo, se han desparasitado decenas de millones de niños.

De hecho, pocas intuiciones se sostienen ante las pruebas que aportan los RCT. Para los economistas tradicionales, los pobres se someterían al tratamiento contra las lombrices por voluntad propia, dados los beneficios obvios y la innata racionalidad humana. Pero eso es una falsedad. En un artículo publicado hace unos años en el *New Yorker*, Duflo contó un conocido chiste sobre un economista que ve un billete de cien dólares en la calle. Como persona racional que es, no lo recoge, porque ¿cómo no va a ser falso?

Para randomistas como Duflo, la acera está sembrada de billetes de cien dólares como ése.

Las tres Íes

Ha llegado la hora de poner fin a lo que Duflo llama las tres «Íes» de la ayuda al desarrollo: ideología, ignorancia e inercia. «No tengo muchas opiniones formadas —manifestó en una entrevista hace unos años—, pero hay una, la de que es necesario evaluar las cosas, en la que creo firmemente. Nunca me decepcionan los resultados. Todavía no he visto un resultado que no me satisfaga.»³³⁶ Muchos buenistas deberían aprender de esta actitud. Duflo es un ejemplo de cómo combinar grandes ideales con sed de conocimiento, de cómo ser idealista sin estar condicionado por la ideología.

Y sin embargo...

Y sin embargo, la ayuda al desarrollo, por muy eficaz que sea, siempre será una gota en el océano. Los dilemas fundamentales, por ejemplo, cómo estructurar una democracia o qué necesita un país para prosperar, no pueden responderse mediante un RCT, del mismo modo que tampoco pueden resolverse con un poco de dinero. Obsesionarse con todos esos estudios inteligentes es olvidar que las medidas más eficaces contra la pobreza tienen lugar en otras partes de la cadena trófica de la economía. La OCDE calcula que los países pobres pierden el triple en evasión fiscal de lo que reciben en ayuda extranjera.³³⁷ Tomar medidas contra los paraísos fiscales, por ejemplo, reportaría mayores beneficios que todos los programas de ayuda bienintencionados.

Incluso podríamos pensar en una escala mayor que ésa. Imaginemos que existiera una sola decisión política capaz de eliminar la pobreza en todas partes, de situar a todos los africanos por encima de nuestro umbral de pobreza, y que, al mismo tiempo, pusiera en nuestros bolsillos unos cuantos meses de salario extra. Imaginémosla. ¿La pondríamos en práctica?

No. Por supuesto que no. Al fin y al cabo, esa medida ya está disponible desde hace años. Es el mejor plan nunca realizado.

Me estoy refiriendo a abrir las fronteras.

No sólo para los plátanos, los derivados financieros y los iPhone, sino para todo y para todos: para los trabajadores del conocimiento, para los refugiados y para gente común que busca nuevas oportunidades.

Por supuesto, a estas alturas ya sabemos que los economistas no son adivinos (John Kenneth Galbraith dijo una vez que el único objetivo de las previsiones económicas es hacer quedar bien a la astrología), pero en este

punto sus opiniones coinciden notablemente. Cuatro estudios diferentes han demostrado que, en función del nivel de movimiento de personas en el mercado laboral mundial, el incremento estimado en «producto mundial bruto» estaría entre el 67 y el 147%.³³⁸ De hecho, abrir las fronteras haría que el mundo fuera el doble de rico.

Esto ha llevado a un investigador de la Universidad de Nueva York a concluir que en la actualidad estamos dejando «billetes de un billón de dólares en la calle».³³⁹ Un economista de la Universidad de Wisconsin ha calculado que la apertura de las fronteras añadiría a los ingresos de un angoleño medio unos 10.000 dólares al año, y a los de un nigeriano unos 22.000 dólares.³⁴⁰

Entonces, ¿por qué molestarse con las migajas de la ayuda al desarrollo — los billetes de cien dólares de Duflo—, cuando podríamos abrir de par en par las puertas de la tierra de la abundancia?

65.000.000.000.000 \$

Como plan suena algo disparatado. Pero, al fin y al cabo, hace tan sólo un siglo las fronteras del mundo estaban abiertas. «Los pasaportes sólo sirven para molestar a gente decente», señala el detective al cónsul británico en Suez en la novela de Julio Verne *La vuelta al mundo en 80 días* (1874). «¿Sabe que un visado es inútil y que no se necesita ningún pasaporte?», dice el cónsul cuando el protagonista, Phileas Fogg, solicita un sello.

En vísperas de la primera guerra mundial, las fronteras sólo existían como líneas trazadas en los mapas. Los pasaportes eran raros y se consideraba a los países que los emitían (como Rusia y el Imperio otomano) como poco civilizados. Además, esa maravilla de la tecnología del siglo XIX, el tren, estaba destinada a borrar las fronteras para siempre.

Pero entonces estalló la guerra. De repente, las fronteras se cerraron para que no entraran espías y para que no saliera la gente que el esfuerzo bélico requería. En una conferencia celebrada en París en 1920, la comunidad internacional llegó al primero de los acuerdos sobre el uso de pasaportes. Hoy en día, cualquiera que hiciera el mismo viaje que Phileas Fogg tendría que solicitar decenas de visados, pasar centenares de puestos de control y someterse a registros en numerosas ocasiones. En esta era de «globalización», sólo el 3% de la población mundial vive fuera de su país de nacimiento.

Curiosamente, el mundo está abierto para todo menos para las personas. Bienes, servicios y acciones cruzan el globo en todas direcciones. La información circula libremente, Wikipedia está disponible en trescientos idiomas hasta el momento, y la estadounidense Agencia de Seguridad Nacional puede saber con facilidad a qué está jugando John en su móvil en Texas.

Por supuesto, aún quedan unas pocas barreras comerciales. En Europa, por ejemplo, hay aranceles sobre el chicle (1,20/kg) y Estados Unidos grava la importación de cabras vivas (0,68 \$/cabeza),³⁴¹ pero si suprimiéramos esas barreras, la economía global sólo crecería unos pocos puntos porcentuales.³⁴² Según el Fondo Monetario Internacional, eliminar las restricciones que quedan sobre el capital sólo liberaría a lo sumo 65.000 millones de dólares.³⁴³ Apenas unas monedas, según el economista de Harvard Lant Pritchett. Abrir las fronteras a la mano de obra impulsaría la economía mucho más: mil veces más.

Expresado en cifras: 65.000.000.000.000\$. En palabras, sesenta y cinco billones de dólares.

Las fronteras discriminan

El crecimiento económico no lo cura todo, por supuesto, pero del otro lado de las fronteras de la tierra de la abundancia, sigue siendo el principal impulsor del progreso. Tierra adentro todavía hay muchísimas bocas que alimentar, niños que educar y casas que construir.

También la ética es favorable a la apertura de fronteras. Supongamos que John de Texas se está muriendo de hambre. Me pide comida, pero me niego a dársela. Si John muere, ¿es culpa mía? Podrá argumentarse que sencillamente dejé que muriera, lo cual, aunque no es un comportamiento precisamente benévolo, tampoco es un homicidio en sentido estricto.

Ahora supongamos que John no pide comida, sino que acude al mercado, donde encontrará a mucha gente dispuesta a intercambiar sus bienes por trabajo que él puede realizar a cambio. Sin embargo, en esta ocasión contrato a un par de villanos fuertemente armados para bloquearle el paso. John muere de inanición al cabo de unos días.

¿Aún puedo declararme inocente?

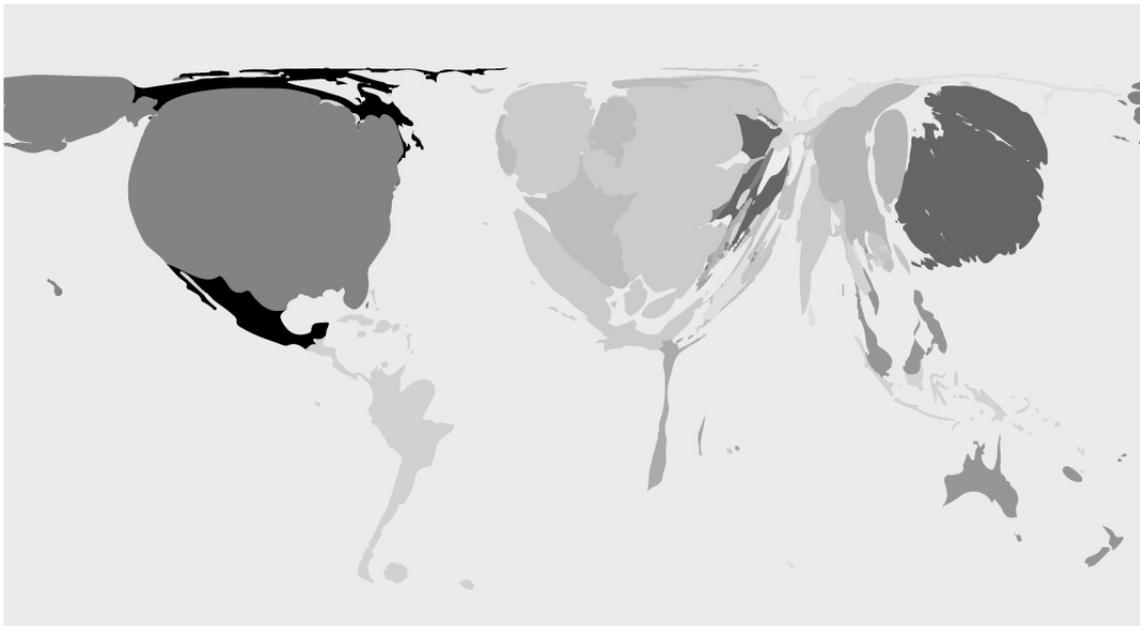
La historia de John es la historia de nuestra marca de globalización «todo menos los trabajadores».³⁴⁴ Por culpa de las fronteras, miles de millones de

personas se ven forzadas a vender su mano de obra a una fracción del precio que conseguirían en la tierra de la abundancia. Las fronteras son la principal causa de discriminación en toda la historia de la humanidad. Las brechas de desigualdad entre gente que vive en el mismo país no son nada en comparación con las que separan a la ciudadanía del mundo. Hoy, el 8% más rico gana la mitad de los ingresos totales del mundo,³⁴⁵ y el 1% más rico posee más de la mitad de la riqueza.³⁴⁶ Los mil millones de personas más pobres sólo suponen el 1% de todo el consumo; los mil millones más ricos, el 72%.³⁴⁷

Desde una perspectiva internacional, los habitantes de la tierra de la abundancia no son sólo ricos, sino escandalosamente ricos. Una persona que vive en el umbral de pobreza en Estados Unidos pertenece al 14% más rico de la población del mundo; alguien que gana un salario medio pertenece al 4% más rico.³⁴⁸ En lo más alto de la pirámide, los contrastes son todavía más pronunciados. En 2009, cuando la crisis del crédito estaba tomando impulso, la suma total de los bonus que el banco de inversiones Goldman Sachs pagó a sus empleados fue equivalente a los ingresos conjuntos de los 224 millones de personas más pobres del mundo.³⁴⁹ Y sólo 62 personas —los más ricos de la Tierra— poseen lo mismo que la mitad más pobre del mundo entero.³⁵⁰

Es así, sólo 62 personas son más ricas que 3.500 millones.

¿Qué países son los más ricos?



Este gráfico muestra qué países tienen el mayor PIB per cápita. Cuanto más grande es el país en el mapa, más rico es.

Fuente: Sasi Group, Universidad de Sheffield (2005)

Nuestro bonus de ubicación

No es de extrañar, pues, que millones de personas hayan venido a llamar a las puertas de la tierra de la abundancia. En los países desarrollados se espera que los trabajadores acepten la movilidad geográfica. Si queremos un trabajo, tendremos que trasladarnos a donde esté. Pero cuando llega mano de obra de alta movilidad procedente de los países en vías de desarrollo, solemos verlos como oportunistas económicos. A quienes buscan asilo sólo se les permite quedarse si tienen una razón para temer la persecución en sus países por motivos de religión o nacimiento.

Si nos detenemos a pensarlo, es escalofriante.

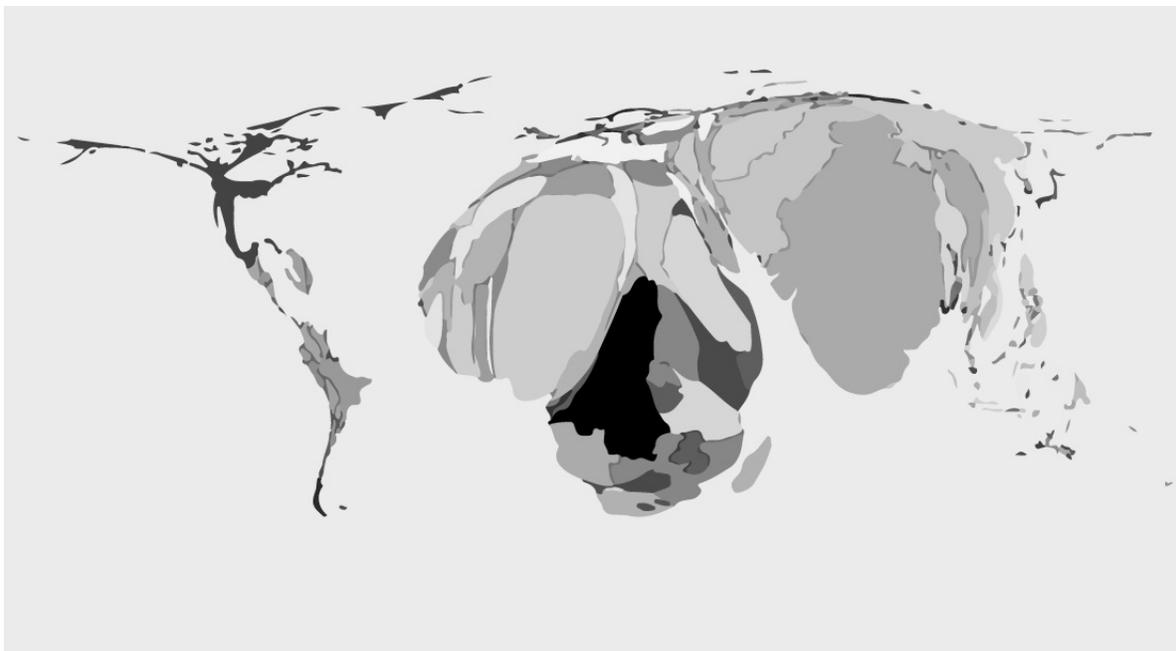
Imaginemos, por ejemplo, el caso de una niña somalí. Tiene un 20% de probabilidades de morir antes de cumplir los cinco años. Y ahora comparemos: los soldados estadounidenses que luchaban en primera línea en la guerra de Secesión tenían un índice de mortalidad del 6,7%; en la segunda guerra mundial, del 1,8%; en la guerra de Vietnam, del 0,5%.³⁵¹ Sin embargo, no dudamos en repatriar a esa niña somalí si resulta que su madre no es una refugiada «de verdad». La enviamos de vuelta a la primera línea de mortalidad infantil en Somalia.

En el siglo XIX, la desigualdad era todavía una cuestión de clases; hoy en día, es una cuestión de ubicación. «¡Trabajadores del mundo, uníos!» era el grito de guerra cuando los pobres de todas partes eran más o menos igual de miserables. Pero ahora, como señala el economista del Banco Mundial Branko Milanovic: «La solidaridad proletaria está sencillamente muerta, porque el proletariado global no existe.»³⁵² En la tierra de la abundancia, el umbral de pobreza es 17 veces mayor que en las tierras más allá de Cucaña.³⁵³ En Estados Unidos, incluso los beneficiarios de cupones alimentarios viven como reyes en comparación con la gente más pobre del mundo.

Aun así, reservamos nuestra ira sobre todo para las injusticias que se producen dentro de nuestras fronteras nacionales. Nos indigna que los hombres cobren más que las mujeres por hacer el mismo trabajo, y que los estadounidenses blancos ganen más que los estadounidenses negros. Pero

incluso la brecha salarial entre blancos y negros de los años treinta, el 150%, palidece en comparación con las injusticias que infligen nuestras fronteras. Un ciudadano mexicano que vive y trabaja en Estados Unidos gana más del doble que un compatriota que todavía vive en México. Un estadounidense gana casi el triple por el mismo trabajo que un boliviano de la misma edad y sexo, incluso cuando tiene el mismo nivel de formación. Comparándolo con un nigeriano de perfil similar, la diferencia se multiplica por 8,5, siempre tras ajustar el poder adquisitivo de ambos países.³⁵⁴

¿Dónde mueren más niños?



Este gráfico muestra dónde la mortalidad infantil (hasta los cinco años) es más elevada. Cuanto más grande es el país en el mapa, mayor es su índice de mortalidad infantil.

Fuente: Sasi Group (Universidad de Sheffield) y Mark Newman (Universidad de Michigan), 2012

«[E]l efecto de la frontera estadounidense en los salarios de trabajadores de productividad intrínsecamente igual es mayor que cualquier otra forma de discriminación salarial (por sexo, raza o etnia) que se haya medido nunca», observan tres economistas. Es apartheid a escala global. En el siglo XXI, la verdadera elite la forman aquellos nacidos no en la familia adecuada o en la clase social adecuada, sino en el país adecuado.³⁵⁵ Sin embargo, esta elite

moderna apenas es consciente de la suerte que tiene.

Falsificando las falacias

Los tratamientos de desparasitación que evaluaba Esther Duflo son un juego de niños en comparación con la ampliación de las oportunidades para la inmigración. Abrir nuestras fronteras, aunque sólo sea un poco, es con diferencia el arma más poderosa de que disponemos en la lucha global contra la pobreza. Pero, por desgracia, es una idea que se sigue repeliendo con los mismos viejos argumentos defectuosos.

1) Son todos terroristas

Si hacemos caso de las noticias, es comprensible que pensemos así. Puesto que las noticias se basan en lo que ocurre hoy («Última hora: ataque terrorista en París») y no en lo que ocurre todos los días («Última hora: la temperatura de la tierra asciende 0,00005 °C), mucha gente cree que la mayor amenaza a la que nos enfrentamos es el terrorismo. Sin embargo, entre 1975 y 2015, en Estados Unidos las probabilidades anuales de morir en un ataque perpetrado por extranjeros o inmigrantes eran de sólo 1 entre 3.609.709. En treinta de esos cuarenta y un años, esos atentados no produjeron ni una sola víctima mortal, y salvo las 2.983 personas que perdieron la vida en el atentado terrorista del Once de Septiembre, en ese período sólo otras 41 personas, un promedio de una por año, fueron asesinadas por un terrorista nacido en el extranjero.³⁵⁶

Una nueva investigación de la Universidad de Warwick sobre flujos migratorios entre 145 países pone de manifiesto que en realidad la inmigración va asociada a un descenso de los actos terroristas. «Cuando los migrantes se desplazan de un país a otro, adquieren nuevas capacidades, conocimientos y perspectivas —escribe el director del estudio—. Si admitimos que el desarrollo económico está vinculado al descenso del extremismo, es lógico esperar que un incremento en la migración tenga un efecto positivo.»³⁵⁷

2) Son todos delincuentes

No es eso lo que señalan los datos. Resulta que la gente que empieza una

nueva vida en Estados Unidos comete menos delitos y acaba en prisión con menos frecuencia que la población nativa. Pese a que entre 1990 y 2013 el número de inmigrantes ilegales se ha triplicado hasta superar los 11 millones, el índice de criminalidad ha descendido drásticamente.³⁵⁸ Lo mismo ocurre en el Reino Unido: hace unos años, investigadores de la London School of Economics observaron que en zonas donde la inmigración de países de Europa del Este había sido masiva, el índice de criminalidad había bajado de forma significativa.³⁵⁹

¿Y qué ocurre con los hijos de los inmigrantes? En Estados Unidos también ellos son menos propensos a iniciarse en la delincuencia que los que tienen raíces americanas. En Europa la historia es diferente. Por tomar como ejemplo mi país natal, Holanda, los hijos de los inmigrantes marroquíes se saltan la ley con más frecuencia que los de los holandeses. La cuestión, por supuesto, es ¿por qué? Durante mucho tiempo, la investigación sobre esta cuestión estuvo vedada por los dictados de la corrección política, pero en 2004 se llevó a cabo en Róterdam el primer estudio amplio que exploró el vínculo entre origen étnico y delincuencia juvenil. Diez años después se publicaron los resultados. La correlación entre origen étnico y delincuencia es precisamente cero.³⁶⁰ Nada de nada. La delincuencia juvenil, aseguraba el informe, tiene su origen en el barrio donde crecieron los chicos. En comunidades pobres, los chicos de origen holandés tienen las mismas probabilidades de participar en actividades delictivas que aquellos de minorías étnicas.

Posteriormente, un estudio tras otro han confirmado estos hallazgos. De hecho, si se ajusta por sexo, edad e ingresos, el origen étnico y la delincuencia no guardan relación. «Es más, en este apartado —escribieron unos investigadores holandeses en un artículo reciente—, en realidad los inmigrantes asilados están subrepresentados frente a la población nativa.»³⁶¹

Nadie prestó mucha atención a estos datos. El nuevo estándar de corrección política sostiene que el crimen y la etnicidad están vinculados en todos los niveles.

3) Socavarán la cohesión social

El estudio llevado a cabo el año 2000 por el famoso sociólogo Robert Putnam, que reveló que la diversidad socava la cohesión social en las comunidades, fue percibido como una verdad especialmente incómoda. En concreto, Putnam

descubrió que la diversidad vuelve a la gente más desconfiada y menos proclive a trabar relaciones de amistad o a participar en trabajo voluntario. O sea, como concluyó Putnam sobre la base de nada menos que treinta mil entrevistas, hace que se «encierren como tortugas».³⁶²

Asombrado, Putnam pospuso durante años la publicación de sus descubrimientos. Cuando salieran a la luz por fin, en 2007, los datos (como era previsible) tuvieron el efecto de una bomba. Considerado uno de los estudios sociológicos más influyentes del siglo, el trabajo de Putnam fue citado en innumerables ocasiones en periódicos e informes y hasta la fecha es la fuente de referencia para los políticos que dudan de los beneficios de una sociedad multicultural.

Sólo hay un problema: Hace ya años que las conclusiones de Putnam fueron refutadas.

Un análisis retrospectivo de noventa estudios descubrió que no había ninguna correlación entre diversidad y cohesión social.³⁶³ No sólo eso, sino que, como descubrieron las sociólogas María Abascal, de la Universidad de Princeton, y Delia Baldassarri, de la Universidad de Nueva York, Putnam había cometido un error crucial. No había tenido en cuenta el hecho de que los afroamericanos y los latinos tienen menos niveles de confianza independientemente de dónde vivan.³⁶⁴ Cuando se ajusta esto, la impactante conclusión de Putnam se desmorona.

Así pues, si la diversidad no es la culpable de la falta de cohesión en la sociedad moderna, ¿cuál es el motivo? La respuesta es simple: la pobreza, el desempleo y la discriminación. «No es la diversidad de una comunidad lo que mina la confianza —concluyen Abascal y Baldassarri—, sino más bien las desventajas a las que se enfrentan quienes viven en comunidades con diversidad.»

4) Nos quitarán los empleos

Todos hemos oído decir esto. Cuando en los años setenta de repente entró un número enorme de mujeres en el mercado laboral, los periódicos estaban llenos de predicciones que aseguraban que el aluvión de mujeres que trabajaban más barato desplazaría a los varones, que eran el sostén familiar. Constituye un error pertinaz considerar el mercado laboral como un juego de sillas musicales. No lo es. Las mujeres productivas, los ancianos o los

inmigrantes no desplazan de sus empleos ni a los trabajadores adultos, ni a los jóvenes ni a ningún ciudadano que se aplique en su trabajo. De hecho, crean más oportunidades de empleo. Una fuerza laboral más grande supone más consumo, más demanda, más puestos de trabajo. Si insistimos en comparar el mercado laboral con sillas musicales, hagámoslo con una versión en la que los nuevos participantes traen su propia silla.³⁶⁵

5) La mano de obra barata de los inmigrantes forzaría un descenso de nuestros salarios

Para refutar esta falacia, podemos recurrir a un estudio del Centro de Estudios de la Inmigración, un laboratorio de ideas que, de hecho, se opone a la inmigración. El estudio descubrió que la inmigración apenas tiene ningún efecto en los salarios.³⁶⁶ Otra investigación incluso demuestra que los recién llegados conducen a un repunte en los ingresos de la mano de obra local.³⁶⁷ Los inmigrantes que trabajan mucho potencian la productividad, lo cual se refleja en las nóminas de todo el mundo.

Y eso no es todo. En un análisis del período entre 1990 y 2000, investigadores del Banco Mundial observaron que en Europa era la emigración y no la inmigración lo que tenía un efecto negativo en los salarios.³⁶⁸ A los trabajadores poco cualificados les tocó la peor parte. En estos mismos años, los inmigrantes eran más productivos y mejor educados de lo que solíamos pensar, e incluso sirvieron para motivar a nativos menos preparados a situarse a la altura. Demasiado a menudo, además, la alternativa a contratar inmigrantes es externalizar el trabajo a otros países. Y eso, paradójicamente, sí hace descender los salarios.³⁶⁹

6) Son demasiado perezosos para trabajar

Es cierto que en la tierra de la abundancia pagamos más a la gente por no hacer nada de lo que ganarían si trabajaran fuera de nuestras fronteras, pero nada demuestra que los inmigrantes tengan mayor tendencia a solicitar ayuda que los ciudadanos nativos. Ni tampoco que los países con una red de seguridad social fuerte atraigan un mayor número de inmigrantes. En realidad, si se ajustan los ingresos y el estatus laboral, los inmigrantes aprovechan menos las ventajas de la asistencia pública.³⁷⁰ En general, el valor neto de los inmigrantes es casi enteramente positivo. En países como Austria, Irlanda,

España e Inglaterra, incluso aportan más ingresos fiscales per cápita que la población nativa.³⁷¹

¿No resulta convincente? Los países también podrían decidir no dar a los inmigrantes el derecho a la ayuda estatal, o no hacerlo hasta después de un mínimo de años, o hasta que hubieran pagado, pongamos por caso, 50.000 dólares en impuestos. Y se podrían aplicar parámetros similares si lo que preocupa es que los inmigrantes se conviertan en una amenaza política o no se integren. Podría exigirse un nivel apropiado de lengua y cultura. Podría negárseles el derecho al voto. Y se los podría repatriar si no encuentran trabajo.

¿Injusto? Tal vez sí. Sin embargo, ¿acaso no es inmensamente más injusto impedirles por completo la entrada?

7) Nunca volverán a su país

Esto nos lleva a una paradoja fascinante: porque, de hecho, las fronteras abiertas fomentan el retorno de inmigrantes a su país de origen.³⁷² Tomemos como ejemplo la frontera entre México y Estados Unidos. En los años sesenta, la cruzaron 70 millones de mexicanos, pero, con el tiempo, el 85% regresaron a su país. Desde la década de 1980, y sobre todo desde el 11-S, el lado estadounidense de la frontera se ha militarizado fuertemente, con un muro de seguridad de 3.000 kilómetros vigilado por cámaras, sensores, drones y 20.000 agentes de frontera. Hoy en día, sólo regresa el 7% de los inmigrantes mexicanos ilegales.

«Gastamos anualmente miles de millones de dólares de los contribuyentes en un control de fronteras que es peor que inútil, es contraproducente —señala un profesor de Sociología de la Universidad de Princeton—. Los inmigrantes, de manera muy racional, respondieron al aumento en el coste y el riesgo reduciendo el número de veces que cruzan la frontera.»³⁷³ No es de extrañar que en 2007 el número de mexicanos que permanecen en la ilegalidad en Estados Unidos ascendiera a 7 millones, siete veces más que en 1980.

Ponte en marcha, hazte rico

Incluso en un mundo sin patrullas fronterizas, muchísimos pobres se quedarán donde están. Al fin y al cabo, la mayoría de la gente tiene fuertes lazos con su

país, su tierra natal y su familia. Además, el viaje es caro y en países muy pobres poca gente puede permitirse emigrar. Finanzas al margen, una encuesta reciente reveló que, si tuvieran la oportunidad de hacerlo, 700 millones de personas preferirían trasladarse a un país diferente.³⁷⁴

Abrir nuestras fronteras no es algo que podamos hacer de la noche a la mañana, por supuesto; ni deberíamos hacerlo. No cabe duda de que la inmigración incontrolada corroería la cohesión social en la tierra de la abundancia. Sin embargo, debemos recordar una cosa: en un mundo de desigualdad desmedida, la migración es la herramienta más poderosa para combatir la pobreza. ¿Cómo lo sabemos? Por experiencia. Cuando el nivel de vida en la Irlanda de 1850 y en la Italia de 1880 sufrió una caída drástica, la mayoría de los agricultores pobres se marcharon; lo mismo hicieron 100.000 holandeses entre 1830 y 1880. Todos ellos pusieron sus miras al otro lado del océano, en la tierra donde las oportunidades parecían ilimitadas. El país más rico del mundo, Estados Unidos, es una nación construida gracias a la inmigración.

Ahora, un siglo y medio después, centenares de millones de personas en todo el mundo están viviendo en auténticas prisiones al aire libre. Tres cuartas partes de todos los muros y vallas fronterizas se erigieron después del año 2000. Miles de kilómetros de alambre de espino discurren entre la India y Bangladesh. Arabia Saudí está vallando todo el país. Y la Unión Europea, mientras continúa abriendo fronteras entre sus Estados miembros, sigue destinando millones a impedir que las pateras crucen el mar Mediterráneo. Esta política no ha frenado la marea de potenciales inmigrantes, y sólo contribuye a que los traficantes de personas hagan un gran negocio y a que se pierdan miles de vidas. Veinticinco años después de la caída del muro de Berlín, el mundo, desde Uzbekistán hasta Tailandia, desde Israel hasta Botsuana, tiene más barreras que nunca.³⁷⁵

Los humanos no evolucionamos quedándonos siempre en el mismo lugar. Llevamos en la sangre el espíritu viajero. Remontémonos unas cuantas generaciones y casi todo el mundo tiene un inmigrante en la familia. Fijémonos si no, en la China moderna, donde hace veinte años la mayor migración de la historia del mundo produjo la afluencia de centenares de millones de chinos del campo a las ciudades. Por más perturbadora que sea, la migración ha demostrado una y otra vez que es uno de los mayores impulsores del progreso.

Abramos las puertas

Lo cual nos retrotrae a los 134.800 millones al año, 11.200 millones al mes, 4.274 dólares por segundo. Parece una suma desmesurada, pero no lo es. La suma total de la ayuda al desarrollo en todo el mundo equivale a lo que un pequeño estado europeo como los Países Bajos gasta sólo en atención sanitaria. El americano medio piensa que su gobierno federal desembolsa más de una cuarta parte del presupuesto nacional en ayuda internacional, pero la cifra real es de menos del 1%.³⁷⁶ Entretanto, las puertas de la tierra de la abundancia permanecen cerradas a cal y canto. Centenares de millones de personas se agolpan fuera de esta comunidad cerrada, del mismo modo que antaño los pobres llamaban a las puertas de las ciudades amuralladas. Según el artículo 13 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, todo el mundo tiene derecho a dejar su país, pero no garantiza a nadie el derecho a desplazarse a la tierra de la abundancia. Y aquellos que solicitan asilo no tardan en descubrir que el proceso está todavía más plagado de trámites burocráticos, es más exasperante y dificultoso que solicitar asistencia pública. En la actualidad, si quieres llegar a Cucaña debes abrirte camino no a través de millas de arroz con leche, sino atravesando una cordillera de burocracia.

Tal vez dentro de un siglo, al mirar atrás veremos estas fronteras como vemos hoy la esclavitud o el apartheid. Eso sí, una cosa es cierta: si queremos hacer del mundo un lugar mejor, no hay forma de eludir la migración. Incluso abrir una rendija ya ayudaría. Si todos los países desarrollados dejaran entrar sólo un 3% más de inmigrantes, el mundo tendría 305.000 millones de dólares más para gastar, según investigadores del Banco Mundial.³⁷⁷ Eso es la suma total de toda la ayuda al desarrollo mundial multiplicada por tres.

Como escribió Joseph Carens, uno de los más destacados defensores de la apertura de fronteras, en 1987: «Puede que la migración libre no se pueda lograr de inmediato, pero es un objetivo que deberíamos esforzarnos por alcanzar.»³⁷⁸

³⁷². OECD, «Aid to developing countries rebounds in 2013 to reach an all-time high» (8-4-2014). <<http://www.oecd.org/newsroom/aid-to-developing-countries-rebounds-in-2013-to-reach-an-all-time-high.htm>>.

³⁷³. Owen Barder, «Is Aid a Waste of Money?», Center for Global Development (12-5-

2013). <<http://www.cgdev.org/blog/aid-waste-money>>.

324. Linda J. Bilmes, «The Financial Legacy of Iraq and Afghanistan» (marzo de 2013). <<https://research.hks.harvard.edu/publications/getFile.aspx?Id=923>>. (Véase también capítulo 2.)

325. Hice este cálculo para 2009. Véase OECD, «Agricultural Policies in OECD Countries» (2009). <<http://www.oecd.org/tad/agricultural-policies/43239979.pdf>>.

326. Dambisa Moyo, *Dead Aid*, Nueva York, Penguin, 2009, p. 39.

327. Véase la charla TED de Duflo:

<http://www.ted.com/talks/esther_duflo_social_experiments_to_fight_poverty>.

328. No vemos esta «randomización» en el Libro de Daniel. Los estudios modernos suelen ser también a «doble ciego», lo que significa que ni el doctor ni los pacientes saben quién está tomando la medicina.

329. Alfredo Morabia, «Pierre-Charles-Alexandre Louis and the evaluation of bloodletting», *Journal of the Royal Society of Medicine* (marzo de 2006).

<<http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/pmc1383766/pdf/0158.pdf>>.

330. Jessica Benko, «The Hyper-Efficient, Highly Scientific Scheme to Help the World's Poor», *Wired* (11-12-2013). <<http://www.wired.com/2013/11/jpal-randomized-trials/>>.

331. Paul Glewwe, Michael Kremer y Sylvie Moulin, «Textbooks and Test Scores: Evidence from a Prospective Evaluation in Kenya» (1-12-1998).

<http://www.econ.yale.edu/~egcenter/infoconf/kremer_paper.pdf>.

332. Citado en Ian Parker, «The Poverty Lab», *The New Yorker* (17-5-2010).

<http://www.newyorker.com/reporting/2010/05/17/100517fa_fact_parker>.

333. Jessica Cohen y Pascaline Dupas, «Free Distribution or Cost-Sharing? Evidence From a Malaria Prevention Experiment», NBER Working Paper Series (octubre de 2008).

<<http://www.nber.org/papers/w14406.pdf>>.

334. Véase Abhijit Banerjee, Esther Duflo, Rachel Glennerster y Cynthia Kinnan: «The miracle of microfinance? Evidence from a randomized evaluation» (30-5-2009).

<<http://economics.mit.edu/files/4162>>.

Jeffrey Sachs también fue objeto de las críticas de Duflo. Hace unos años, Sachs le pidió que evaluara su proyecto «Millenium Villages», en el cual trece regiones del África subsahariana se convirtieron en terreno de prueba para las ideas del maestro. Duflo dijo que era demasiado tarde para hacer un RCT a conciencia y nunca volvió a tener noticias de Sachs. Luego, Nina Munk, una periodista que pasó años investigando Millenium Villages, publicó un libro muy aclamado en 2013. ¿Su veredicto? El proyecto costó una fortuna y no logró casi nada.

335. Christopher Blattman y Paul Niehaus, «Show Them the Money: Why Giving Cash Helps Alleviate Poverty», *Foreign Affairs* (mayo-junio de 2014).

<<https://www.foreignaffairs.com/articles/show-them-money>>.

336. Citado en Ian Parker, «The Poverty Lab», *The New Yorker* (17-5-2010).

337. Angel Gurría, «The global dodgers», *The Guardian* (27-11-2008).

<<http://www.theguardian.com/commentisfree/2008/nov/27/comment-aid-development-tax-havens>>.

338. Lant Pritchett, «The Cliff at the Border», en Ravi Kanbur y Michael Spence: *Equity and Growth in a Globalizing World*, Washington, The World Bank, p. 263.
<http://www.hks.harvard.edu/fs/lpritch/Labor_Mobility-docs/cliff_at_the_borders_submitted.pdf>.
339. Michael Clemens, «Economics and Emigration: Trillion-Dollar Bills on the Sidewalk?», Center for Global Development.
<http://www.cgdev.org/sites/default/files/1425376_file_Clemens_Economics_and_Emigra
340. John Kennan, «Open Borders», National Bureau of Economic Research:
<<http://www.nber.org/papers/w18307.pdf>>.
341. World Trade Organisation, «Tariff Download Facility»:
<<http://tariffdata.wto.org/Default.aspx?culture=en-us>>.
342. Kym Anderson y Will Martin, «Agricultural Trade Reform And The Doha Development Agenda», World Bank (mayo de 2005).
<<http://elibrary.worldbank.org/doi/abs/10.1596/1813-9450-3607>>.
343. Francesco Caselli y James Feyrer, «The Marginal Product of Capital», IMF:
<<http://personal.lse.ac.uk/casellif/papers/MPK.pdf>>.
Véase también Lant Pritchett, «The Cliff at the Border», op. cit.
344. Para la versión original de la historia de John, véase Michael Huemer, «Citizenism and open borders»: <<http://openborders.info/blog/citizenism-and-open-borders>>.
345. Branko Milanovic, «Global Income Inequality by the Numbers: in History and Now», World Bank Policy Research Working Paper:
<<http://heymancenter.org/files/events/milanovic.pdf>>.
346. Richard Kersley, «Global Wealth Reaches New All-Time High», Credit Suisse:
<<https://publications.credit-suisse.com/tasks/render/file/?fileID=F2425415-DCA7-80B8-EAD989AF9341D47E>>.
347. United Nations Sustainable Development Knowledge Platform, «A New Global Partnership: Eradicate Poverty and Transform Economies Through Sustainable Development» (2013), p. 4.
<http://www.un.org/sg/management/pdf/HLP_P2015_Report.pdf>.
348. Hice estos cálculos usando la herramienta del sitio web <www.givingwhatwecan.org>, donde comparar nuestra riqueza con la de la población mundial.
349. Branko Milanovic, «Global income inequality: the past two centuries and implications for 21st century» (otoño de 2011). <<http://www.cnpds.it/documenti/milanovic.pdf>>.
350. «Just 8 men own same wealth as half world», Oxfam (16-1-2017).
<<https://www.oxfam.org/en/pressroom/pressreleases/2017-01-16/just-8-men-own-same-wealth-half-world>>.
351. Nicholas Hobbes, *Essential Militaria: Facts, Legends, and Curiosities About Warfare Through the Ages*, Nueva York, Atlantic Monthly Press, 2004. [Versión en castellano: *Militaria: hechos, leyendas y curiosidades sobre la guerra y los ejércitos a través de la historia*, Barcelona, Destino, 2005.]
352. Branko Milanovic, «Global Income Inequality by the Numbers», op. cit.
353. En 2015, el umbral de pobreza para una casa unifamiliar en Estados Unidos era de unos 980 dólares al mes. El umbral de pobreza aplicado por el Banco Mundial es de poco más de

57 dólares al mes, lo cual situó el umbral de Estados Unidos 17 veces por encima de la pobreza extrema.

354. Michael A. Clemens, Claudio E. Montenegro y Lant Pritchett, «The Place Premium: Wage Differences for Identical Workers Across the US Border», Harvard Kennedy School (enero de 2009).

<<https://dash.harvard.edu/bitstream/handle/1/4412631/ClemensPlacePremium.pdf?sequence=1>>.

355. La inmensa mayoría de la gente «rica» en países pobres no vive realmente en su país de origen. Cuatro de cada cinco haitianos que ganan más de 10 dólares diarios y están incluidos en las estadísticas haitianas viven en realidad en Estados Unidos. La reubicación es sin lugar a dudas la mejor forma de escapar de la pobreza. E incluso los que se quedan atrás se benefician de ello: en 2002, los inmigrantes transfirieron 400.000 millones de dólares a sus países de origen, casi cuatro veces la ayuda extranjera combinada.

356. Alex Nowrasteh, «Terrorism and Immigration: A Risk Analysis»:

<<https://www.cato.org/publications/policy-analysis/terrorism-immigration-risk-analysis>>.

357. Nicola Jones, «Study indicates immigration not to blame for terrorism»:

<http://www2.warwick.ac.uk/newsandevents/pressreleases/study_indicates_immigration/>.

358. Walter Ewing, Daniel E. Martinez y Ruben G. Rumbaut, «The Criminalization of Immigration in the United States», *American Immigration Council Special Report* (julio de 2015). <<https://www.americanimmigrationcouncil.org/research/criminalization-immigration-united-states>>.

359. Brian Bell, Stephen Machin y Francesco Fasani, «Crime and Immigration: Evidence from Large Immigrant Waves», *cep Discussion Paper* núm. 984.

<<http://eprints.lse.ac.uk/28732/1/dp0984.pdf>>.

360. F. M .H .M . Driessen, F. Duursma y J. Broekhuizen, «De ontwikkeling van de criminaliteit van Rotterdamse autochtone en allochtone jongeren van 12 tot 18 jaar», *Politie & Wetenschap* (2014). <[https://www.piresearch.nl/files/1683/driessen+e.a.+2014\)+de+ontwikkeling+van+de+criminaliteit+van.pdf](https://www.piresearch.nl/files/1683/driessen+e.a.+2014)+de+ontwikkeling+van+de+criminaliteit+van.pdf)>.

361. Godfried Engbersen, Jaco Dagevos, Roel Jennissen, Linda Bakker y Arjen Leerkes, «Geen tijd verliezen: van opvang naar integratie van asielmigranten», *wrr Policy Brief* (diciembre de 2015). <<http://www.wrr.nl/publicaties/publicatie/article/geen-tijd-verliezen-van-opvang-naar-integratie-van-asielmigranten-4/>>.

362. Michael Jonas, «The downside of diversity», *The Boston Globe* (15 de agosto de 2007).

<http://archive.boston.com/news/globe/ideas/articles/2007/08/05/the_downside_of_diversi

363. Tom van der Meer y Jochem Tolsma, «Ethnic Diversity and Its Effects on Social Cohesion», *Annual Review of Sociology* (julio de 2014).

<<http://www.annualreviews.org/doi/abs/10.1146/annurev-soc-071913-043309>>.

364. Maria Abascal y Delia Baldassarri, «Don't Blame Diversity for Distrust», *New York Times* (20-5-2016). <http://www.ny-times.com/2016/05/22/opinion/sunday/dont-blame-diversity-for-distrust.html?_r=1>.

365. Los inmigrantes a menudo realizan trabajos que los propios ciudadanos de ese país consideran indignos. Con el envejecimiento de la población, pronto habrá innumerables

trabajos para los cuales a la población de la tierra de la abundancia les costará encontrar candidatos. Así pues, ¿por qué convertir a nuestros productivos emprendedores, ingenieros, científicos y académicos en cuidadores, limpiadores y cultivadores de tomate cuando podemos pedir la ayuda de trabajadores extranjeros? Cualquier desplazamiento, si ocurriera, sería sólo temporal y local. Además, los inmigrantes ocupan sobre todo puestos de trabajo hasta entonces desempeñados por otros inmigrantes.

366. George Borjas, «Immigration and the American Worker. A Review of the Academic Literature», Center for Immigration Studies (abril de 2013).

<<http://cis.org/sites/cis.org/files/borjas-economics.pdf>>.

367. Heidi Shierholz, «Immigration and Wages: Methodological advancements confirm modest gains for native workers», Economic Policy Institute (4-2-2010).

<http://epi.3cdn.net/7de74ee0cd834d87d4_a3m6ba9j0.pdf>.

Véase también Gianmarco I. P. Ottaviano y Giovanni Peri, «Rethinking the Effect of Immigration on Wages»: <<http://www.nber.org/papers/w12497>>.

368. Frederic Docquier, Caglar Ozden y Giovanni Peri, «The Wage Effects of Immigration and Emigration», OECD (20-12-2010). <<http://www.oecd.org/els/47326474.pdf>>.

369. Tyler Cowen, *Average is Over*, op. cit., p. 169.

370. Corrado Giulietti, Martin Guzi, Martin Kahanec y Klaus F. Zimmermann, «Unemployment Benefits and Immigration: Evidence from the EU», Institute for the Study of Labor (octubre de 2011). <<http://ftp.iza.org/dp6075.pdf>>.

Sobre Estados Unidos, véase Leighton Ku y Brian Bruen, «The Use of Public Assistance Benefits by Citizens and Non-citizen Immigrants in the United States», Cato Institute (19-2-2013). <http://object.cato.org/sites/cato.org/files/pubs/pdf/workingpaper-13_1.pdf>.

371. OECD, «International Migration Outlook», p. 147.

<http://www.globalmigrationgroup.org/sites/default/files/Liebig_and_Mo_2013.pdf>.

372. Mathias Czaika y Hein de Haas, «The Effect of Visa Policies on International Migration Dynamics», DEMIG project paper (abril de 2014).

<<http://www.imi.ox.ac.uk/publications/wp-89-14>>.

373. Doug Massey, «Understanding America's Immigration "Crisis"», *Proceedings of the American Philosophical Society* (septiembre de 2007).

<http://www.uky.edu/AS/Polisci/Peffley/QIPSR%20files/Massey-understanding-immigration.crisis.aps.pdf>>.

374. Gallup, «700 Million Worldwide Desire to Migrate Permanently».

<<http://www.gallup.com/poll/124028/700-million-worldwide-desire-migrate-permanently.aspx>>.

375. Dick Wittenberg, «De terugkeer van de Muur», *De Correspondent*:

<<https://decorrespondent.nl/40/de-terugkeer-van-de-muur/1537800098648e4>>.

376. Dylan Matthews, «Americans already think a third of the budget goes to foreign aid. What if it did?», *The Washington Post* (8-11-2013).

<<https://www.washingtonpost.com/news/wonk/wp/2013/11/08/americans-already-think-a-third-of-the-budget-goes-to-foreign-aid-what-if-it-did/>>.

377. Terrie L. Walmsley, L. Alan Winters, S. Amer Ahmed y Christopher R. Parsons, «Measuring the Impact of the Movement of Labour Using a Model of Bilateral Migration

Flows», World Bank. <<https://www.gtap.agecon.purdue.edu/resources/download/2398.pdf>>.
378. Joseph Carens, «Aliens and Citizens: The Case for Open Borders», *The Review of Politics* (primavera de 1987).
<[http://philosophyfaculty.ucsd.edu/faculty/rarneson/phil267fa12/aliens and citizens.pdf](http://philosophyfaculty.ucsd.edu/faculty/rarneson/phil267fa12/aliens%20and%20citizens.pdf)>.

La dificultad no estriba en las ideas nuevas, sino en escapar de las viejas.

JOHN MAYNARD KEYNES (1883-1946)

10

Cómo las ideas cambian el mundo

A finales del verano de 1954, un joven y brillante psicólogo estaba leyendo el periódico cuando su mirada se detuvo en un extraño titular en la contraportada:

PROFECÍA EN UN MENSAJE
DEL PLANETA CLARION A LA CIUDAD:
HUID DEL DILUVIO.
NOS INUNDARÁ EL 21 DE DICIEMBRE,
EL ESPACIO EXTERIOR ADVIERTE
A UNA HABITANTE DE LA PERIFERIA

Intrigado, el psicólogo, cuyo nombre era Leon Festinger, continuó leyendo: «Lake City será destruida por una inundación justo antes del amanecer del 21 de diciembre.» El mensaje procedía de un ama de casa de un barrio residencial de Chicago que lo había recibido, según informó ella misma, de seres superiores de otro planeta: «Estos seres han estado visitando la Tierra, dice, en lo que llamamos platillos volantes.»

Era precisamente lo que Festinger había estado esperando. Se le presentaba una oportunidad para investigar una cuestión simple pero espinosa que había estado desconcertándolo durante años: ¿qué ocurre cuando la gente experimenta una grave crisis en sus convicciones? ¿Cómo reaccionaría esta ama de casa cuando no acudiera ningún platillo volante a rescatarla? ¿Qué ocurre cuando el gran diluvio no se materializa? Tras algunas averiguaciones, Festinger descubrió que la mujer, una tal Dorothy Martin, no era la única convencida de que el mundo se acabaría el 21 de diciembre de 1954. Alrededor de una docena de sus seguidores —todos ciudadanos inteligentes y honrados— habían abandonado sus empleos, vendido sus posesiones o dejado a sus cónyuges por la fuerza de sus convicciones.

Festinger decidió infiltrarse en la secta de Chicago. Enseguida se dio cuenta

de que sus miembros apenas se esforzaban en convencer a otras personas de que se acercaba el final. La salvación estaba reservada para ellos, los elegidos. En la mañana del 20 de diciembre de 1954, la señora Martin recibió un mensaje desde las alturas: «Al llegar la medianoche se os introducirá en coches aparcados y seréis conducidos a un lugar donde embarcaréis en un pórtico [platillo volante].»

El grupo, excitado, se preparó para su ascenso a los cielos.

La noche del 20 al 21 de diciembre de 1954

- 23.15h. La señora Martin recibe un mensaje en el que se ordena a la gente del grupo que se pongan los abrigos y se preparen.
- 00.00h. No ocurre nada.
- 00.05h. Uno de los creyentes se fija en que otro reloj de la sala marca las 23.55. El grupo coincide en que aún no es medianoche.
- 00.10h. Mensaje de los alienígenas: los platillos volantes se retrasan.
- 00.15h. El teléfono suena varias veces: periodistas que llaman para comprobar si el mundo no ha terminado todavía.
- 02.00h. Uno de los jóvenes seguidores, que esperaba estar ya a un par de años luz de distancia, recuerda que su madre llamaría a la policía si a las dos no había regresado a casa. Los demás le aseguran que su marcha es un sacrificio digno para salvar al grupo y él se marcha.
- 04.00h. Uno de los creyentes dice: «He quemado todos los puentes. He dado la espalda al mundo. No puedo permitirme dudar. Tengo que creer.»
- 04.45h. La señora Martin recibe otro mensaje: Dios ha decidido salvar la Tierra. Juntos, los miembros de ese pequeño grupo de creyentes han extendido tanta «luz» esta noche que la Tierra se ha salvado.
- 04.50h. Un último mensaje de las alturas: Los alienígenas quieren que la buena nueva «se comunique de inmediato a los periódicos». Armados con esta nueva misión, los creyentes informan a los periódicos y emisoras de radio locales antes de que amanezca.

Cuando fallan las profecías

«Un hombre con una convicción es un hombre difícil de cambiar.» Así se abre el relato de Festinger de estos hechos en el libro *When Profecy Fails*, que se publicó en 1956 y sigue siendo un influyente manual de psicología social. «Dile que no estás de acuerdo y te da la espalda —continúa Festinger—. Muéstrale datos concretos o cifras y cuestionará tus fuentes. Apela a la lógica y no será capaz de comprender tu razonamiento.»

Es fácil burlarse de la historia de la señora Martin y sus creyentes, pero nadie es inmune al fenómeno que describe Festinger. Lo denominó «disonancia cognitiva». Cuando la realidad choca con nuestras convicciones más profundas, preferimos recalibrar la realidad que corregir nuestra visión del mundo. No sólo eso, nos volvemos aún más inflexibles que antes en nuestras creencias.³⁷⁹

Eso sí, tendemos a ser bastante flexibles cuando se trata de cuestiones prácticas. La mayoría de nosotros incluso estamos dispuestos a aceptar consejo sobre cómo quitar una mancha de grasa o cortar un pepino. Pero cuando nuestras convicciones políticas, ideológicas o religiosas están en juego nos empecinamos. Tendemos a obcecarnos cuando alguien cuestiona nuestras opiniones sobre la represión del crimen, el sexo antes del matrimonio o el calentamiento global. Son ideas con las que la gente tiende a identificarse, y eso hace más difícil desvincularse de ellas. Hacerlo afecta a nuestro sentido de identidad y a nuestra posición en grupos sociales, iglesias, familias o círculos de amigos.

Un factor que evidentemente no es relevante es la inteligencia. Investigadores de la Universidad de Yale han señalado que la gente con estudios superiores se muestra más inquebrantable que nadie en sus convicciones.³⁸⁰ Al fin y al cabo, la educación da herramientas para defender las opiniones. Las personas inteligentes tienen mucha práctica en encontrar argumentos, voces expertas y estudios que apuntalen sus creencias preexistentes, e Internet, con la siguiente prueba sólo a un clic de distancia, nos pone más fácil que nunca ser consumidores de opiniones similares a las nuestras.

La gente formada, concluye el periodista estadounidense Ezra Klein, no utiliza su intelecto para obtener la respuesta correcta; lo usa para obtener la que desea que sea la respuesta.³⁸¹

Cuando mi reloj marcó la medianoche

Debo confesar algo. Cuando estaba redactando el séptimo capítulo de este libro («Una semana laboral de quince horas»), me topé con un artículo titulado «Una semana laboral más corta podría no incrementar el bienestar».³⁸² Era un artículo del *New York Times* sobre un estudio surcoreano que afirmaba que una semana laboral un 10% más corta no había hecho más felices a los empleados. Una búsqueda adicional en Google me llevó a un artículo del *Telegraph* que sugería que trabajar menos podría ser directamente perjudicial para la salud.³⁸³

De repente, yo era Dorothy Martin y mi reloj marcaba la medianoche. De inmediato, puse en marcha mis mecanismos de defensa. Para empezar, tenía mis dudas sobre la fuente: el *Telegraph* es un periódico conservador, así que ¿hasta qué punto podía tomarme en serio el artículo? Además, estaba ese «podría» en el titular del *New York Times*. ¿Hasta qué punto eran concluyentes los resultados de ese estudio? Incluso mis prejuicios se activaron: los surcoreanos eran unos adictos al trabajo, y probablemente hacían horas extraordinarias sin declararlas. Además, ¿felicidad? ¿Cómo se mide eso con precisión?

Satisfecho, hice caso omiso del estudio. Me había convencido a mí mismo de que no podía ser relevante.³⁸⁴

Daré otro ejemplo. En el capítulo 2 he presentado argumentos favorables a una renta básica universal. Es una idea en la cual he invertido mucho en los últimos años. El primer artículo que escribí sobre el tema recibió casi un millón de clics y fue reproducido por el *Washington Post*. Di conferencias sobre la renta básica universal y la defendí en la televisión holandesa. Recibí montones de mensajes de correo electrónico entusiastas. No hace mucho tiempo, incluso oí que alguien se refería a mí como «el señor Renta Básica». De forma lenta pero firme, mi opinión ha llegado a definir mi identidad personal y profesional. Creo sinceramente que a la idea de la renta básica universal le ha llegado la hora. He investigado la cuestión a fondo y las pruebas señalan en esa dirección. Pero, para ser sincero, en ocasiones me pregunto si, en caso de que las pruebas señalaran en otra dirección, me permitiría a mí mismo reconocerlo. ¿Sería lo bastante observador —o lo bastante valiente— para cambiar de opinión?

El poder de una idea

«Sigue construyendo tus castillos en el aire», se burló hace un tiempo un amigo, después de que le enviara un par de mis artículos sobre una semana laboral más corta y una renta básica universal. Entendí perfectamente su punto de vista. Al fin y al cabo, ¿qué sentido tiene aportar ideas nuevas extravagantes cuando los políticos ni siquiera son capaces de cuadrar un presupuesto?

Aquello me hizo empezar a cuestionarme si las nuevas ideas pueden realmente cambiar el mundo.

Ahora bien, la (muy razonable) respuesta intuitiva del lector seguramente sería: no pueden; la gente se aferra con terquedad a las viejas ideas con las que se siente cómoda. Lo cierto es que sabemos que las ideas cambian con el tiempo. La vanguardia de ayer es el sentido común de hoy. Simon Kuznets logró que la idea del PIB se hiciera realidad. Los randomistas dieron al traste con la ayuda internacional tal como estaba planteada forzando a que se probara su eficacia. La cuestión no es si las ideas nuevas pueden derrotar a las antiguas; la cuestión es cómo.

La investigación sugiere que los cambios abruptos pueden obrar maravillas. James Kuklinski, politólogo de la Universidad de Illinois, descubrió que es más probable que la gente cambie sus opiniones si se la confronta con hechos nuevos y desagradables de la forma más directa posible.³⁸⁵ Fijémonos, por ejemplo, en el éxito reciente de políticos de la derecha que ya advertían de la «amenaza islámica» en los noventa, pero a los que no se prestó atención hasta la traumática destrucción de las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001. Puntos de vista que habían sido marginales se convirtieron de pronto en una obsesión colectiva.

Si es cierto que las ideas no cambian las cosas de forma gradual, sino a trompicones, mediante cambios abruptos, la premisa básica de la democracia, el periodismo y la educación tal como la conocemos es completamente errónea. Significaría, en esencia, que el modelo de la Ilustración según el cual la gente cambia sus opiniones —a través de la recopilación de información y la deliberación razonada— es en realidad lo que apuntala el statu quo. Significaría que quienes apoyan decididamente la racionalidad, los matices y el compromiso no entienden cómo las ideas rigen el mundo. Una visión del mundo no es un juego de Lego donde se añade una pieza aquí y se quita otra

allá. Es una fortaleza que se defiende con uñas y dientes, con todos los refuerzos posibles, hasta que la presión resulta tan abrumadora que los muros ceden.

Al mismo tiempo que Leon Festinger se infiltraba en la secta de la señora Martin, el psicólogo estadounidense Solomon Asch demostró que la presión del grupo puede llegar a ser la causa de que no hagamos caso a lo que vemos directamente con nuestros propios ojos. En un famoso experimento, mostró a los sujetos de su test tres líneas en una tarjeta y les preguntó cuál era la más larga. Cuando el resto de las personas presentes en la sala (todos colaboradores de Asch desconocidos por el sujeto) daban la misma respuesta, el sujeto también la daba, pese a que era claramente errónea.³⁸⁶

No es distinto en política. Los politólogos han establecido que el voto de la gente no está tan determinado por sus percepciones sobre sus propias vidas como por sus concepciones de la sociedad. No nos interesa tanto lo que el gobierno puede hacer por nosotros personalmente como saber qué puede hacer por todos nosotros. Cuando votamos, no lo hacemos pensando sólo en nosotros mismos, sino en el grupo al que deseamos pertenecer.

Solomon Asch hizo otro descubrimiento más. Una sola voz discordante puede cambiarlo todo. Cuando sólo otra persona en el grupo se ceñía a la verdad, los sujetos del test tenían más probabilidades de confiar en la información que les transmitían sus sentidos. Que esto sirva para reconfortar a todos aquellos que se sienten como una voz solitaria que clama en el desierto: seguid construyendo esos castillos en el aire. Vuestro momento llegará.

Larga fue la noche

En 2008 parecía que finalmente había llegado la hora en que nos enfrentábamos al mayor caso de disonancia cognitiva desde los años treinta. El 15 de septiembre, el banco de inversión Lehman Brothers se declaró en bancarrota. De repente, el sector bancario global parecía destinado a caer como fichas de dominó. En los meses que siguieron se hicieron añicos, uno tras otro, los dogmas del libre mercado.

El expresidente de la Reserva Federal, Alan Greenspan, en otro tiempo llamado «el Oráculo» y «el Maestro», se quedó patidifuso. «No sólo las instituciones financieras individuales se han vuelto menos vulnerables a factores de riesgo subyacentes —había afirmado con seguridad en 2004—,

sino que también el sistema financiero en su conjunto se ha hecho más resistente.»³⁸⁷ Cuando, en 2006, Greenspan se jubiló, todo el mundo pensaba que sería inmortalizado en el salón de la fama de la historia de las finanzas.

En una vista ante la Cámara de Representantes dos años después, el banquero, desolado, reconoció que estaba «en un estado de estupefacción». La fe de Greenspan en el capitalismo se había llevado un tremendo varapalo. «He encontrado un error. No sé cuán significativo o permanente es. Pero me ha dejado muy consternado.»³⁸⁸ Cuando un congresista le preguntó si lo habían confundido sus propias ideas, Greenspan replicó: «Ésa es precisamente la razón de mi consternación, porque durante unos cuarenta años he tenido pruebas abundantes de que el sistema estaba funcionando excepcionalmente bien.»

La lección que nos dejó el caso de Dorothy Martin aquel 21 de diciembre de 1954 es que todo se concentra en un momento crítico determinado. Cuando el reloj da la medianoche, ¿qué ocurre a continuación? Una crisis puede proporcionar una apertura para nuevas ideas, pero también puede apuntalar viejas convicciones.

Así pues, ¿qué ocurrió después del 15 de septiembre de 2008? El movimiento Occupy galvanizó brevemente a la gente, pero enseguida remitió. Entretanto, en la mayor parte de Europa los partidos políticos de izquierdas perdieron elecciones. Grecia e Italia más o menos renunciaron a la democracia y aprobaron reformas de tintes neoliberales para complacer a sus acreedores, recortando el gasto público e impulsando la flexibilidad del mercado laboral. En el norte de Europa, los gobiernos proclamaron asimismo una nueva época de austeridad.

¿Y qué fue de Alan Greenspan? Cuando, unos años después, un periodista le preguntó si se había cometido algún error, su respuesta fue tajante: «Ninguno. Creo que no existe alternativa.»³⁸⁹

Demos un salto al presente: la reforma fundamental del sector bancario todavía tiene que producirse. En Wall Street, los banqueros perciben bonus más cuantiosos desde la crisis.³⁹⁰ Y las reservas de capital de los bancos están en el nivel más bajo de la historia. Joris Luyendijk, periodista del *Guardian* que pasó dos años escudriñando el sector financiero en Londres, resumió así la experiencia en 2013: «Es como estar en Chernóbil y que se ponga en marcha de nuevo el reactor con el antiguo equipo directivo.»³⁹¹

Uno se pregunta: ¿la disonancia cognitiva de 2008 no había sido lo bastante grande? ¿O había sido demasiado grande? ¿Teníamos demasiado invertido en nuestras viejas convicciones? ¿O simplemente no había alternativas?

Esta última posibilidad es la más preocupante de todas.

La palabra «crisis» viene del griego antiguo y significa literalmente «separar» o «cribar». Una crisis, pues, debería ser un momento de la verdad, el punto en que se toma una decisión fundamental. Pero al parecer en 2008 fuimos incapaces de tomar esa decisión. Cuando de repente nos encontramos ante el colapso del sector bancario en su totalidad, no había alternativas reales disponibles; lo único que pudimos hacer fue continuar avanzando trabajosamente por el mismo camino.

Tal vez, pues, «crisis» no es realmente la palabra correcta para nuestro estado actual. Parece más bien que estemos en coma. Eso también es griego antiguo. Significa «sueño profundo, sin soñar».

Combatientes de la resistencia capitalista

Bien visto, todo esto no deja de ser paradójico.

Si alguna vez hubo dos personas que dedicaron sus vidas a construir castillos en el aire con la certeza inaudita de que algún día los hechos les darían la razón, fueron los fundadores del pensamiento neoliberal. Soy admirador de ambos: el escurridizo filósofo Friedrich Hayek y el famoso economista e intelectual Milton Friedman.

Hoy en día, «neoliberal» es un término peyorativo aplicado a cualquiera que no esté de acuerdo con la izquierda. No obstante, Hayek y Friedman eran neoliberales convencidos que consideraban su deber reinventar el liberalismo.³⁹² «Debemos lograr una vez más que la construcción de una sociedad libre sea una aventura intelectual —escribió Hayek—. Lo que nos hace falta es una Utopía liberal.»³⁹³

Incluso si uno cree que son los malvados que pusieron de moda la codicia y responsables de la crisis financiera que dejó a millones de personas en graves aprietos, incluso en ese caso, podrá aprender mucho de Friedrich Hayek y Milton Friedman.

Hayek nació en Viena, Friedman en Nueva York. Ambos estaban firmemente convencidos del poder de las ideas. Durante muchos años, pertenecieron a una pequeña minoría, casi una secta, que existía fuera del amparo del pensamiento

general. Juntos dismantelaron las ideas establecidas, con una capacidad para transformar el mundo que ya querían para sí dictadores y multimillonarios. Empezaron por triturar el trabajo de toda una vida de su archienemigo, el economista británico John Maynard Keynes. En principio, lo único que tenían en común con Keynes era el convencimiento de que las ideas de economistas y filósofos son fuerzas más poderosas que los intereses creados de empresarios y políticos.

Esta historia en particular empieza el 1 de abril de 1947. No había pasado ni un año desde la muerte de Keynes cuando cuarenta filósofos, historiadores y economistas se reunieron en Mont Pèlerin, un pequeño pueblo en Suiza. Algunos habían viajado durante semanas, cruzando océanos para llegar allí. En años posteriores, se los conocería como la Sociedad Mont Pèlerin.

A los cuarenta pensadores que se congregaron allí se los animó a compartir sus opiniones con franqueza, y juntos formaron un cuerpo de combatientes de la resistencia capitalista con el fin de hacer frente a la supremacía del socialismo. «Por supuesto, hoy queda muy poca gente que no sea socialista», se había lamentado en una ocasión Hayek, el promotor del encuentro. En un momento en que las directrices del New Deal habían empujado incluso a Estados Unidos hacia políticas más socialistas, una defensa del mercado libre todavía se consideraba como revolucionaria sin paliativos, y Hayek se sentía «irremediabilmente desconectado de su tiempo».³⁹⁴

Milton Friedman también asistió al encuentro. Más tarde recordaría: «Allí estaba yo, un americano joven, ingenuo y provinciano, conociendo gente de todo el mundo, todos ellos consagrados a los mismos principios liberales, todos asediados en sus países, aunque entre ellos había académicos, algunos ya internacionalmente famosos, otros destinados a serlo.»³⁹⁵ De hecho, al menos ocho miembros de la Sociedad Mont Pèlerin recibieron el premio Nobel.

Sin embargo, en 1947 nadie hubiera previsto un futuro tan estelar. Buena parte de Europa estaba en ruinas. Los esfuerzos de reconstrucción estaban teñidos de ideales keynesianos: empleo para todos, contención del libre mercado y regulación bancaria. El estado de guerra se convirtió en el estado del bienestar. Sin embargo, durante esos mismos años el pensamiento neoliberal empezó a despertar interés gracias a los esfuerzos de la Sociedad Mont Pèlerin, que se desarrollaría hasta convertirse en uno de los laboratorios

de ideas más destacados del siglo XX. «Juntos, contribuyeron a provocar una transformación política global con implicaciones que continuarán reverberando durante décadas», ha escrito el historiador Angus Burgin.³⁹⁶

En los años setenta, Hayek cedió la presidencia de la Sociedad a Friedman. Bajo el liderazgo de este estadounidense bajito y con gafas, cuya energía y entusiasmo sobrepasaron incluso los de su predecesor austriaco, la sociedad se radicalizó. No había ningún problema del que Friedman no culpara al gobierno. Y en todos los casos la solución era el libre mercado. ¿Desempleo? Suprimir el salario mínimo. ¿Desastre natural? Poner a la empresa privada a organizar la ayuda de emergencia. ¿Escuelas deficientes? Privatizar la educación. ¿Atención sanitaria onerosa? Privatizarla también y, ya puestos, sustraerla del control público. ¿Abuso de sustancias estupefacientes? Legalizar las drogas y dejar que el mercado obre su magia.

Friedman desplegó todos los medios a su alcance para divulgar sus ideas, poniendo en marcha un repertorio de conferencias, páginas de opinión, entrevistas de radio, apariciones en televisión, libros e incluso un documental. En el prólogo de su *bestseller Capitalismo y libertad*, afirmó que el deber de los pensadores es ofrecer alternativas. Las ideas que hoy parecen «políticamente imposibles» pueden convertirse algún día en «políticamente inevitables».

Tan sólo había que esperar el momento crítico. «Solamente una crisis (real o percibida) produce un cambio de verdad —explicó Friedman—. Cuando esa crisis se produce, las medidas que se toman dependen de las ideas que existen alrededor.»³⁹⁷ La crisis llegó en octubre de 1973, cuando la Organización de Países Exportadores de Petróleo subió el precio del crudo en un 70% e impuso un embargo en Holanda y Estados Unidos. La inflación se disparó y las economías occidentales entraron en una espiral de recesión. La estanflación, como se llamó a este efecto, no era ni siquiera concebible en la teoría keynesiana. Friedman, en cambio, la había predicho.

Durante el resto de su vida, Friedman nunca dejó de recalcar que sus éxitos serían impensables sin el trabajo de base llevado a cabo desde 1947. El auge del neoliberalismo adoptó la forma de una carrera de relevos, con laboratorios de ideas que pasan el testigo a los periodistas, que a su vez lo entregan a los políticos. El último relevo lo corrieron dos de los dirigentes más poderosos del mundo occidental, Ronald Reagan y Margaret Thatcher.

Cuando le preguntaron a ésta cuál consideraba su mayor éxito, su respuesta fue «el nuevo laborismo». Bajo el liderazgo del neoliberal Tony Blair, incluso sus rivales socialdemócratas en el partido laborista habían adoptado su visión del mundo.

En menos de cincuenta años, una idea que en su momento se había desdeñado por radical y marginal, gobernaba el mundo.

La lección del neoliberalismo

Se argumenta que en la actualidad ya no importa mucho a quién votamos. Aunque todavía tenemos una derecha y una izquierda, ninguna parece disponer de un plan claro para el futuro. En un paradójico giro del destino, la creación neoliberal de dos pensadores que creían fervorosamente en el poder de las ideas ha cerrado el paso al desarrollo de otras nuevas. Parecería que hemos llegado al «fin de la historia», con la democracia liberal como última parada y el «libre consumidor» como destino final de nuestra especie.³⁹⁸

Cuando en 1970 Friedman fue nombrado presidente de la Sociedad Mont Pèlerin, la mayoría de los filósofos e historiadores ya la habían abandonado, pues los debates se habían vuelto excesivamente técnicos y económicos.³⁹⁹ En retrospectiva, la llegada de Friedman marcó el despertar de una era en la que los economistas se convertirían en los principales pensadores del mundo occidental. Aún estamos en esa era.⁴⁰⁰

Habitamos un mundo de administradores y tecnócratas. «Concentrémonos en resolver los problemas —dicen—. Concentrémonos en cuadrar las cuentas.» Las decisiones políticas se presentan siempre como una cuestión de necesidades perentorias, como si fueran instancias neutrales y objetivas, como si no hubiera más que una alternativa. Keynes ya vio surgir la aparición de esta tendencia en su propio tiempo. «Los hombres prácticos, que se consideran a sí mismos exentos de cualquier influencia intelectual —escribió—, suelen ser los esclavos de algún economista difunto.»⁴⁰¹

Cuando el 15 de septiembre de 2008 se derrumbó Lehman Brothers y con ello se inauguró la mayor crisis desde los años treinta, no había ninguna verdadera alternativa. Nadie había preparado el terreno. Durante años, intelectuales, periodistas y políticos habían mantenido con firmeza que habíamos llegado al final de la era de las «grandes narrativas» y que era hora de cambiar las ideologías por el pragmatismo.

Naturalmente, deberíamos seguir enorgulleciéndonos de la libertad que produjo la lucha de las generaciones anteriores. Pero la cuestión es para qué sirve la libertad de expresión cuando ya no tenemos nada que merezca la pena decirse. ¿Qué sentido tiene la libertad de asociación cuando ya no nos sentimos afiliados a nada? ¿Cuál es el propósito de la libertad de culto cuando ya no creemos en nada?

Por un lado, el mundo sigue haciéndose cada vez más rico, más seguro y más sano. Cada día, más y más gente llega a Cucaña. Es un triunfo enorme. Pero, por otro lado, ya es hora de que nosotros, los habitantes de la tierra de la abundancia, esbochemos una nueva utopía. Volvamos a izar las velas. «El progreso es la realización de Utopías», escribió Oscar Wilde hace muchos años.⁴⁰² Una semana laboral de quince horas, la renta básica universal y un mundo sin fronteras... Son todos sueños descabellados, pero ¿durante cuánto tiempo más?

En la actualidad, la gente no cree que «las ideas y creencias del ser humano son los principales actores de la historia —como argumentó Hayek cuando el neoliberalismo estaba en sus inicios—. A todos nos cuesta mucho imaginar que nuestras creencias podrían ser diferentes de lo que son en realidad».⁴⁰³ Puede que haya de pasar una generación, afirmó, antes de que se impongan nuevas ideas. Por esta misma razón, necesitamos pensadores que no sólo sean pacientes, sino que tengan también «el valor de ser “utópicos”».

Hagamos que ésta sea la lección de Mont Pèlerin. Que éste sea el mantra de todos los que sueñan con un mundo mejor, para que no volvamos a oír que el reloj marca la medianoche y nos encontremos sentados con las manos vacías, esperando una salvación extraterrestre que nunca llegará.

Las ideas, por descabelladas que parezcan, han cambiado el mundo y volverán a hacerlo. Como afirmó Keynes: «En realidad, el mundo se rige por muy poco más.»⁴⁰⁴

³⁷⁹. Joe Keohane, «How facts backfire», *The Boston Globe* (11-7-2010).

<http://archive.boston.com/bostonglobe/ideas/articles/2010/07/11/how_facts_backfire/>.

³⁸⁰. El sitio web del grupo de investigación es: <<http://www.culturalcognition.net/>>.

³⁸¹. Ezra Klein, «How politics makes us stupid», *Vox* (6-4-2014).

<<http://www.vox.com/2014/4/6/5556462/brain-dead-how-politics-makes-us-stupid>>.

382. Nicholas Bakalar, «Shorter Workweek May Not Increase Well-Being», *The New York Times* (28-8-2013). <<http://well.blogs.nytimes.com/2013/08/28/shorter-workweek-may-not-increase-well-being/>>.

383. Katie Grant, «Working Shorter Hours May Be “Bad For Health”», *The Telegraph* (22-8-2013).

384. Por supuesto, desde entonces he consultado el estudio. Cito del resumen: «Mientras que la satisfacción con las horas de trabajo se incrementaba, las reducciones no tuvieron ningún impacto en el trabajo ni en la satisfacción con la vida. [...] Además, los efectos positivos de trabajar menos horas podrían compensarse con un aumento de la intensidad del trabajo.» En otras palabras, los surcoreanos habían pasado a trabajar en semanas más cortas, pero a la vez con mayor intensidad.

385. James H. Kuklinski y otros, «Misinformation and the Currency of Democratic Citizenship», *The Journal of Politics* (agosto de 2010), p. 810, <<http://richarddagan.com/framing/kuklinski2000.pdf>>.

Esa noche de diciembre de 1954 se demostró que una conmoción puede obrar maravillas. Al no llegar plátanos volantes, un miembro de la secta decidió que ya había tenido suficiente. Dejó de creer después de la enorme «no confirmación» a medianoche, escribió Festinger. (No es de sorprender, pues él era también quien menos había invertido en su convicción: para estar allí esa noche sólo había cancelado un viaje navideño a Arizona.)

386. Solomon Asch, «Opinions and Social Pressure», *Scientific American* (noviembre de 1955). <<http://kosmicki.com/102/Asch1955.pdf>>.

387. Alan Greenspan, «Speech At the American Bankers Association Annual Convention, New York» (5-10-2004).

<<http://www.federalreserve.gov/boarddocs/Speeches/2004/20041005/default.htm>>.

388. Citado en Edmund L. Andrews, «Greenspan Concedes Error on Regulation», *The New York Times* (23-10-2008).

<<http://www.nytimes.com/2008/10/24/business/economy/24panel.html>>.

389. Dijo esto en ABC News: <<http://abcnews.go.com/ThisWeek/video/interview-alan-greenspan-10281612>>.

390. Edward Krudy, «Wall Street cash bonuses highest since 2008 crash: report», *Reuters* (12-3-2014). <<http://www.reuters.com/article/us-usa-bonuses-idUSBREA2B0WA20140312>>.

391. Jurgen Tiekstra, «Joris Luyendijk: “Dit gaat helemaal fout”», *Volzin* (septiembre de 2013). <<http://www.duurzaamnieuws.nl/joris-luyendijk-dit-gaat-helemaal-fout/>>.

392. Véase, por ejemplo, Milton Friedman, «Neo-Liberalism and its Prospects», *Farmand* (17-2-1951).

<http://0055d26.netsolhost.com/friedman/pdfs/other_commentary/Farmand.02.17.1951.pdf>

393. F. A. Hayek, «The Intellectuals and Socialism», *The University of Chicago Law Review* (primavera de 1949). <<https://mises.org/etexts/hayekintellectuals.pdf>>.

394. Citado en Angus Burgin, *The Great Persuasion. Reinventing Free Markets since the Depression*, Harvard (Massachusetts), Harvard University Press, 2012. p. 13.

395. Citado en ibidem, p. 169.

396. Ibídem, p. 11.

397. *Ibíd.*, p. 221.

398. Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, (1992). [Versión en castellano: *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992.]

399. Al final de su vida, Friedman dijo que sólo había un filósofo al que hubiera estudiado en profundidad: el austríaco Karl Popper. Popper argumentaba que la buena ciencia gira en torno a la «falsabilidad», exigiendo una búsqueda continua de cosas que no encajan en tu teoría en lugar de buscar sólo confirmación. Sin embargo, como hemos visto, la mayoría de la gente aborda las teorías al revés. Esto también parece ser justamente el punto donde el neoliberalismo (y el propio Friedman) fallaron.

400. Stephanie Mudge, «The Social Bases of Austerity. European Tunnel Vision & the Curious Case of the Missing Left», SPERI Paper No.9 (febrero de 2014).

<<http://speri.dept.shef.ac.uk/wp-content/uploads/2013/01/SPERI-Paper-No.9-The-Social-Bases-of-Austerity-PDF-579KB.pdf>>.

401. John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money*, 1936, último párrafo. [Versión en castellano: *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1980.]

402. Oscar Wilde, *The Soul of Man under Socialism*, op. cit.

403. Citado en Burgin, *The Great Persuasion*, op. cit., p. 217.

404. John Maynard Keynes, *The General Theory*, op. cit., último párrafo.

La utopía está en el horizonte. Camino dos pasos, ella se aleja dos pasos. Camino diez pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. Por mucho que camine nunca la alcanzaré. ¿Entonces para qué sirve la utopía? Para eso, sirve para caminar.

EDUARDO GALEANO (1940-2015)

Epílogo

Preguntémonos, pues, por última vez: ¿cómo hacemos realidad la utopía? ¿Cómo llevamos a la práctica las ideas?

El camino de lo ideal a lo real nunca deja de fascinarme. Como dice la conocida frase del estadista prusiano Otto von Bismarck: «La política es el arte de lo posible.» Por supuesto, nos quedamos con esa impresión cuando leemos las noticias provenientes de lugares como Washington o Westminster. Pero existe otra forma de política que es mucho más importante. Estoy hablando de Política con mayúscula, una Política que no tiene que ver con las reglas, sino con la revolución. No tiene que ver con el arte de lo posible, sino con cómo hacer inevitable lo imposible.

Este otro escenario político tiene espacio para muchos más políticos, de basureros a banqueros, de científicos a zapateros, de escritores a lectores como ustedes. Y esta Política es diametralmente opuesta a la política con minúscula. Mientras la política actúa para reafirmar el statu quo, la Política se libera de todo vínculo.

La ventana de Overton

Joseph Overton, un abogado americano, fue el primero que, en los noventa, explicó los mecanismos de la Política con mayúscula. Empezó con una pregunta sencilla: ¿por qué hay tantas buenas ideas que no se toman en serio?

Overton se dio cuenta de que los políticos, en la medida en que quieren ser reelegidos, no pueden permitirse expresar puntos de vista que se consideren demasiado extremos. Para continuar en el poder, deben mantener sus ideas dentro de los márgenes de lo aceptable. Esta ventana de aceptación está repleta de planes refrendados por expertos y revisados por especialistas en estadística, y tienen muchas probabilidades de convertirse en leyes.

La ventana de Overton



Fuente: «La ventana de Overton», de Hydrargyrum, bajo licencia CC BY-SA 2.0

Cualquiera que haga una incursión más allá de la ventana de Overton se enfrentará a un camino pedregoso. Pronto recibirá el calificativo de «irrealista» o «irrazonable» impuesto por los medios, los temidos guardianes de la ventana. La televisión, por ejemplo, ofrece poco tiempo o espacio para presentar opiniones radicalmente diferentes. A su vez, los programas de actualidad nos ofrecen un carrusel interminable de la misma gente diciendo las mismas cosas.

Y sin embargo, a pesar de todo esto, una sociedad puede cambiar por completo en unas pocas décadas. La ventana de Overton puede desplazarse. Una estrategia clásica para lograr este desplazamiento consiste en proclamar ideas tan impactantes y subversivas que de pronto cualquier cosa menos radical parece sensata. En otras palabras, para hacer razonable lo radical, sólo hay que desplazar los límites de lo radical.

Donald Trump en Estados Unidos, Boris Johnson en el Reino Unido y el islamófobo Geert Wilders en mi país han practicado este arte a la perfección.

Aunque no siempre son tomados en serio, es evidente que han desplazado la ventana de Overton hacia su terreno. De hecho, durante varias décadas, la ventana ha estado moviéndose hacia la derecha en cuestiones económicas y culturales. Con los economistas neoliberales acaparando el debate económico, la derecha intenta tomar también el control del discurso sobre la religión y la migración.

Estamos asistiendo a un cambio de rumbo colosal. Históricamente, la Política era el coto de la izquierda. «¡Seamos realistas, pidamos lo imposible!», decía una proclama de los manifestantes de París en mayo del 68. El final de la esclavitud, la emancipación de las mujeres, el auge del estado del bienestar: todo fueron ideas progresistas que empezaron siendo descabelladas e irracionales, pero terminaron siendo incorporadas al sentido común.

En la actualidad, sin embargo, la izquierda parece haber olvidado el arte de la Política. Peor aún, muchos pensadores y políticos de izquierdas intentan acallar los sentimientos radicales entre sus propias filas debido al pánico a perder votos. En los últimos años, he empezado a pensar acerca de esta posición como el fenómeno del «socialismo de perdedores».

Es un fenómeno internacional, observable a lo largo y ancho del mundo entre legiones de pensadores y movimientos de izquierdas, desde sindicatos hasta partidos políticos, desde periodistas hasta profesores universitarios. Según la visión del mundo del socialismo perdedor, los neoliberales se han adueñado de la razón, el juicio y la estadística, y a la izquierda le queda sólo la emoción. Sus sentimientos son loables. Los socialistas perdedores tienen un exceso de compasión y consideran profundamente injustas las políticas imperantes. Al ver que el estado del bienestar se desmorona, corren a salvar lo que puedan. Pero cuando la situación se tensa, el socialismo perdedor cede a los argumentos de la oposición, aceptando siempre la premisa sobre la cual se debate.

«La deuda pública está descontrolada —conceden—, pero podemos aplicar más programas que dependan del nivel de ingresos.»

«Combatir la pobreza es sumamente caro —razonan los socialistas perdedores—, pero es lo que conlleva ser una nación civilizada.»

«Los impuestos son altos —se lamentan—, pero cada uno según su capacidad.»

El socialismo perdedor olvida que el verdadero problema no es la deuda

pública, sino el endeudamiento excesivo de hogares y empresas. Olvida que combatir la pobreza es una inversión que produce abundantes réditos. Y olvida que, al mismo tiempo, los banqueros y abogados hacen un trabajo superfluo en perjuicio de los basureros y enfermeros.

Contener y restringir a la oposición es la única misión que le queda al socialismo perdedor. Antiprivatización, antiestablishment, antiausteridad. Teniendo en cuenta todas las cosas contra las que está, uno no sabe muy bien si está a favor de algo.

Una y otra vez, apoya a los desafortunados de la sociedad: pobres, desclasados, solicitantes de asilo, discapacitados y discriminados. Condena la islamofobia, la homofobia y el racismo. Se obsesiona con la proliferación de «brechas» que dividen el mundo entre obreros y ejecutivos, pobres y ricos, gente común y los del uno por ciento, e intenta en vano «reconectar» con un electorado que hace tiempo que le ha dado la espalda.

Pero el principal problema del socialismo perdedor no es que esté equivocado. Su principal problema es que es aburrido, más aburrido que ver crecer la hierba. No tiene nada que contar, ni siquiera un lenguaje con el que hacerlo.

Y, con demasiada frecuencia, parece como si a la izquierda en realidad le gustara perder. Como si todo el fracaso, la ruina y las atrocidades sirvieran principalmente para demostrar que siempre han tenido razón. «Hay una especie de activismo —señala Rebecca Solnit en su libro *Hope in the Dark*— que consiste más en potenciar la identidad que en lograr resultados.» Una cosa que Donald Trump tiene muy clara es que la mayoría de la gente prefiere estar en el bando ganador. («Vamos a ganar mucho. Vais a cansaros de ganar.») A la mayoría de la gente le molestan la compasión y el paternalismo del buen samaritano.

Por desgracia, el socialismo perdedor ha olvidado que la izquierda debería tener un discurso de esperanza y progreso. Con eso no me refiero a un discurso que sólo entusiasme a unos cuantos hípsters que se excitan filosofando sobre el «poscapitalismo» o la «interseccionalidad» después de leer algún tocho pretencioso. El mayor pecado de la izquierda académica es que se ha convertido en fundamentalmente aristocrática, escribe en una jerga extravagante que hace que las cosas simples parezcan extraordinariamente complejas. Si no puedes explicar tu ideal a un niño de doce años medianamente inteligente, lo más probable es que la culpa sea tuya. Lo que

necesitamos es un discurso que llegue a millones de personas corrientes.

Todo empieza por recuperar el lenguaje del progreso.

¿Reformas? Claro que sí. Reestructuremos en profundidad al sector financiero. Obligemos a los bancos a aumentar sus reservas para que no se hundan en cuanto llegue otra crisis. Troceémoslos, si es necesario, para que la próxima vez los contribuyentes no tengan que pagar la factura porque los bancos son «demasiado grandes para quebrar». Denunciemos y eliminemos los paraísos fiscales, de manera que los ricos finalmente aporten la parte que les corresponde y sus contables puedan dedicarse a algo que merezca la pena.

¿Meritocracia? Adelante con ella. Por fin vamos a pagar a la gente en función de su contribución real. Basureros, enfermeras y maestros tendrían un aumento sustancial, por supuesto, mientras que los salarios de los *lobbistas*, abogados y banqueros se desplomarían. El que quiera hacer un trabajo que dañe a la sociedad, que lo haga. Pero tendrá que pagar por ese privilegio con un impuesto mayor.

¿Innovación? Desde luego. Hoy en día se desperdicia una cantidad inmensa de talento. Los licenciados de las universidades americanas más prestigiosas solían dedicarse a trabajos científicos, de servicio público y docentes. Ahora es mucho más probable que opten por la banca, el derecho, o trabajar para promotores de publicidad como Google y Facebook. Si nos detenemos un momento a reflexionar sobre los miles de millones de dólares de impuestos que se dedican a formar los mejores cerebros de la sociedad para que puedan aprender cómo explotar a otras personas con la máxima eficacia posible, nos dará un ataque. Imaginemos cuán distintas podrían ser las cosas si los mejores y más brillantes de nuestra generación tuvieran que comprometerse con los mayores retos de nuestro tiempo. Cambio climático, por ejemplo, envejecimiento de la población, desigualdad... Eso sí sería una auténtica innovación.⁴⁰⁵

¿Eficacia? De eso se trata. Pensemos en ello: cada dólar invertido en una persona sin hogar supone el triple o más de ahorro en atención sanitaria, policía y costas judiciales. Imaginemos lo que podría lograrse con la erradicación de la pobreza infantil. Resolver estos problemas es mucho más eficaz que «administrarlos», lo cual a la larga cuesta mucho más.

¿Recortar el estado niñera? Exactamente. Carguémonos esos cursos de recolocación condescendientes y absurdos para los parados (que en realidad

prolongan el desempleo) y dejemos de interrogar y denigrar a los receptores de prestaciones. Demos a todos una renta básica —capital riesgo para la gente— y tendremos el poder de fijar el rumbo de nuestras propias vidas.

¿Libertad? Por supuesto. Mientras escribo esto, hasta un tercio de la población laboral está atrapada en «trabajos absurdos», considerados sin sentido por quienes los desempeñan. No hace mucho tiempo di una charla a unos cuantos consultores sobre el aumento del trabajo sin sentido. Para mi asombro, no hubo murmullos del público. No sólo eso, después, durante las copas, más de una persona me confesó que algunos de los encargos irrelevantes pero muy bien remunerados les habían proporcionado la libertad económica para dedicarse a tareas menos lucrativas pero más interesantes.

Estas historias me recordaron a todos los periodistas *free-lance* que acaban teniendo que escribir artículos de relaciones públicas para empresas a las que desprecian con el fin de financiar sus trabajos de investigación (para criticar precisamente ese mismo tipo de empresas). ¿El mundo se ha vuelto loco? Por lo visto, en el capitalismo moderno, financiamos las cosas que de verdad nos satisfacen con... bobadas.

Ha llegado la hora de redefinir nuestro concepto de «trabajo». Cuando reclamo una semana laboral más corta no me refiero a fines de semana largos y letárgicos. Reclamo que dediquemos más tiempo a las cosas que verdaderamente nos importan. Hace unos años, la escritora australiana Bronnie Ware publicó un libro titulado *Las principales cinco cosas de las que se arrepienten las personas antes de morir*, basado en su experiencia con los pacientes durante su carrera de enfermera.⁴⁰⁶ ¿Cuáles fueron sus conclusiones? Ninguno de sus pacientes le dijo que le habría gustado prestar más atención a las presentaciones de PowerPoint de sus compañeros de trabajo o haber dedicado más tiempo a un *brainstorming* sobre la cocreación disruptiva en la sociedad de la información. El primer motivo de arrepentimiento fue: «Ojalá hubiera tenido el valor de vivir una vida auténtica para mí, no la vida que otros esperaban de mí.» El segundo: «Ojalá no hubiera trabajado tanto.»

A lo largo y ancho del espectro, de izquierda a derecha, oímos hablar de la necesidad de más trabajo y más empleo. Para la mayoría de los políticos y economistas, el empleo es moralmente neutral: cuanto más, mejor. Yo les diría que ya es hora de un nuevo movimiento sindical, un movimiento que no sólo luche por más puestos de trabajo y salarios más altos, sino sobre todo por un

empleo que tenga un valor intrínseco. Entonces comprobaremos que cuando dedicamos más tiempo al marketing idiotizante, a la gestión obtusa y a los cacharros contaminantes, el índice de desempleo aumenta, y por el contrario, cuando invertimos más tiempo en cosas que nos llenan, se reduce.

Dos consejos finales

Eso sí, primero, el socialismo perdedor tendrá que dejar de regodearse en su superioridad moral y sus ideas trasnochadas. Todo aquel que se considera progresista debería irradiar no sólo energía, sino ideas, no sólo indignación, sino esperanza, con una mezcla de ética y persuasión a partes iguales. En última instancia, aquello de lo que carece el socialista perdedor es un ingrediente vital para el cambio político: la convicción de que de verdad existe un camino mejor. Que la utopía está realmente a nuestro alcance.

No estoy insinuando que sea fácil dominar la Política con P mayúscula. Más bien al contrario. El primer y principal obstáculo es que nos tomen en serio. Así lo he vivido yo durante los últimos tres años, mientras que me he dedicado a abogar por una renta básica universal, una semana laboral más corta y la erradicación de la pobreza. Una y otra vez, se me dijo que estas ideas eran poco realistas, inalcanzables o directamente estúpidas.

Tardé un tiempo en comprender que mi supuesta falta de realismo tenía poco que ver con defectos en mi razonamiento. Llamar a mis ideas «poco realistas» era sólo una forma simplificada de decir que no encajaban en el statu quo. Y la manera más eficaz para hacer callar a la gente es hacer que se sienta tonta. Funciona incluso mejor que la censura, porque garantiza que la gente mida sus palabras.

La primera vez que escribí sobre renta básica, la mayoría de la gente nunca había oído hablar de ello. En cambio, ahora, sólo tres años después, la idea está en todas partes. Finlandia y Canadá han anunciado experimentos a gran escala. Se está extendiendo rápidamente en Silicon Valley. GiveDirectly (la organización mencionada en el capítulo 2) está promoviendo un gran estudio de renta básica en Kenia. Y en los Países Bajos al menos veinte ayuntamientos ya aplican la renta básica.

El impulso para este frenesí de interés repentino fue el referéndum celebrado en Suiza el 5 de junio de 2016. Si hace cinco años sólo unos pocos centenares de suizos sabían qué era la renta básica, hoy el panorama es

completamente diferente. Por supuesto, la propuesta se rechazó por una mayoría considerable, pero no olvidemos que en 1959, no hace tanto tiempo, la mayor parte de los hombres suizos también votaron en contra de otra propuesta extravagante: el derecho de las mujeres a votar. Cuando se celebró un segundo referéndum en 1971, la mayoría estuvo a favor.

Lo que quiero decir es que el referéndum suizo no es el final de este debate, sino el inicio. Desde que se publicó la primera edición en neerlandés de mi libro, he hablado sobre ello en París, en Montreal, en Nueva York, en Dublín y en Londres. Allí adonde iba, encontraba un entusiasmo por la renta básica que ha nacido precisamente de los mismos factores. A causa de la crisis financiera global de 2008 y el despertar de la era del Brexit y Trump, cada vez hay más gente ávida de un antídoto verdadero y radical, tanto para la xenofobia como para la desigualdad. De un mapa del mundo totalmente nuevo. De una nueva fuente de esperanza. En resumen, de una nueva Utopía.

Así pues, para terminar, me gustaría ofrecer dos consejos finales para todos aquellos que estén dispuestos a llevar a la práctica las ideas propuestas en estas páginas. Primero, ser conscientes de que hay más gente que piensa como nosotros. Montones de gente. Me he encontrado con numerosos lectores que me dijeron que, aun cuando creen absolutamente en las ideas de este libro, ven el mundo como un lugar corrupto y ambicioso. Ésta fue mi respuesta: apagad la tele, mirad a vuestro alrededor y organizaos. La mayoría de la gente sí tiene buenos sentimientos.

Y el segundo consejo es ponernos una coraza. No dejar que nadie nos diga cómo son las cosas. Si queremos cambiar el mundo, necesitamos ser poco realistas, poco razonables, pedir lo imposible. Recordemos: quienes pidieron la abolición de la esclavitud, el sufragio para las mujeres y el matrimonio entre miembros del mismo sexo también fueron tachados de lunáticos. Hasta que la historia demostró que tenían razón.

405. Y ahora que nos hemos metido en el tema, quién mejor para ponernos en marcha que el mayor capitalista de riesgo de la historia: el gobierno. Al fin y al cabo, casi todas las innovaciones revolucionarias están financiadas por los contribuyentes. Cada elemento de tecnología fundamental del iPhone, por ejemplo —sensores capacitivos, memoria sólida, GPS, Internet, comunicaciones móviles, Siri, microchips y pantalla táctil—, fue inventado por investigadores a sueldo del Estado. Véase Mariana Mazzucato, *The Entrepreneurial*

State: Debunking Public vs. Private Sector Myths, Londres, Anthem, 2013. [Versión en castellano: *El Estado emprendedor*, Barcelona, RBA, 2014.]

406. Bronnie Ware, *The Top Five Regrets of the Dying. A Life Transformed by the Dearly Departing*, Bloomington (Indiana), Balboa Press, 2012. [Versión en castellano: *Los cinco mandamientos para tener una vida plena: ¿de qué no deberías arrepentirte nunca?*, Barcelona, DeBolsillo, 2013.]

Índice

Abascal, María, 205-6
abogados, 145
acceso a Internet, 16
accidentes, horas laborales, 132
acoso, 68
afroamericanos, 111, 205
agricultura, 69, 105, 146-7, 163, 171, 187
agua potable, 16
ajedrez, 173, 181
Akee, Randall, 62
Alemania comunista, 112
Amazon, 169
«amenaza islámica», 220
Anderson, Martin, 78, 90
Andover, 88
ansiedad, 25
antibióticos, 17
apertura de fronteras, 196-9, 201-2, 207-11
 asistencia social, 207
 cohesión social, 205
 índice de criminalidad, 203-4
 mercado laboral, 206
 retorno de inmigrantes a su país de origen, 208
 terrorismo, 203
 salarios, 206-7
Apple, 131
Arabia Saudí, fronteras de, 209
Arendt, Hannah, 20
«asilos de pobres», 88
asistencia a la escuela, 37, 194
ASCI Red, 173
Asch, Solomon, 221
Asimov, Isaac, 123, 128, 170
Asociación Nacional de Fabricantes (NAM), 122
atención sanitaria, 43, 114-5, 153-4, 226, 238

atentado terrorista del 11 de septiembre de 2001, 203, 220
austeridad, época de, 223
ayuda internacional al desarrollo, 187-91, 193-5, 197, 210, 220

baja por paternidad, 133-4, 138
Baldassarri, Delia, 205-6
bancos, 145, 156, 223, 237-8
 cierre de, Irlanda, 147-9
 productividad de, 102
baño, 16
barreras comerciales, 198
Bastiat, Frédéric, 98-9
Baumol, William, 113-4, 155
Bell, Alexander Graham, 12
Bentham, Jeremy, 85
Benz, Carl, 12
«Big Rock Candy Mountain», 122
Bismarck, Otto von, 233
Blair, Tony, 227
Bono, 188, 191-2
Bootle, Roger, 150
Bradley, Vickie L., 58
Brexit, 241
buen samaritano, 237
Burgin, Angus, 226
Burke, Edmund, 47
Bután, 111-2

caballos, 163-4, 175, 181
cabras, arancel sobre, 198
cambio climático, 115, 132, 138, 238
Campanella, Tommaso, 21
Canadá, renta básica, 40-3, 241
«capitalismo de los cereales», 130-1
Carlyle, Thomas, 120
Carter, Jimmy, 90
Cartwright, William, 176
casinos, 55-8, 62-3
Chadwick, Edwin, 86
Chernóbil, 132, 223
cheroquis, 55-8, 62, 74
chicle, arancel sobre, 198
China

- apertura al capitalismo, 15
- migración urbana, 209
- presupuesto militar, 100
- Churchill, lord Randolph, 81
- Clinton, Bill, 90-1, 101
- coches robotizados, 15, 174
- Cochrane, Josephine, 12
- coeficiente intelectual, aumento de, 18
- Colón, Cristóbal, 12
- comportamiento electoral, 221
- computadoras, 164-6, 172-5
 - y ajedrez, 173, 181
- comunismo, 23
 - «camino capitalista hacia», 40
 - Manifiesto comunista*, 51
- concursos televisivos, 173
- Consejo Nacional de Iglesias, 45
- consumismo, 151
- consumo de drogas, 57-8, 66, 67, 72, 101, 226
- contenedores, 165-7
- Costello, Jane, 56-8, 74
- Cowen, Tyler, 180
- Coyle, Diane, 100
 - y etnicidad, 203-4
- «crisis» (la palabra), 223
- crisis
 - del euro, 99-100
 - económica, 72, 222-3, 241
- Cucaña, País de, 14-5, 19, 128, 201, 210, 228
- cuidado de los hijos, 100, 127, 129, 132, 133, 138

- dar el pecho, PIB, 100
- Davenant, Charles, 104
- de Grazia, Sebastian, 124
- Declaración Universal de los Derechos Humanos, 39, 210
- DeLury, John, 143
- democracia, 28, 47, 175, 191, 195, 220, 223, 227
- depresión, 25-6, 67, 69, 93, 107
- desempleo, 25-6, 80, 92, 98, 115, 119, 132-3, 135-7, 147, 154, 155, 163, 171, 176, 205, 226, 239-40
 - como «elección», 80
 - impacto psicológico de, 137
 - ocio, 132-3, 135, 137

programas de reincorporación al mercado laboral, 92, 155, 239
desigualdad, 51, 65-9, 101, 112, 129, 134-5, 154, 163, 169, 179, 181-2, 199-201, 209, 238, 241
 fronteras, 199-202
 horas laborales, 134-5
desnutrición, 16, 37
destrucción de maquinaria, 84
 véase también luditas
Dickens, Charles, 88
difteria, 17
disonancia cognitiva, 217, 222-3
Disraeli, Benjamin, 81, 115
Donner, Jan Hein, 181
Duflo, Esther, 188-9, 192-5, 197, 202
Duncan, Greg, 63

Easterly, William, 191-3
economistas, 108-10, 135, 196
Edad Chapada en Oro (*Gilded Age*), 182
Edad de Oro en Holanda, 12
Edison, Thomas, 12
educación, 113-5, 153-4, 157-9, 180, 226
 y trabajos absurdos, 157-9
«educación para la castidad», 90
eficacia, 238
emisiones de carbono, 19
«empujoncito», 65
energía solar, 15
 paneles solares, 15, 138
enfermedades mitocondriales, 17
Engels, Friedrich, 51, 85, 87, 155
envejecimiento de la población, 134, 238
Epístola a los tesalonicenses, 35
esclavitud, 39, 70, 120, 179, 210, 233, 242
esclavos asalariados, 151
estado niñera, 93, 238-9
Estados Unidos
 abogados per cápita, 145
 barreras comerciales, 198
 construida gracias a la inmigración, 209
 contribución de la leche materna a la economía, 100
 coste de la sanidad, 24
 declive de la clase media, 175

desigualdad, 66-8, 169, 181, 201
embargo de petróleo, 226
experimentos con la renta básica, 43-7, 78-81
felicidad, 112
frontera con México, 208
gasto militar, 48
horas laborales, 122-3, 125-6, 137
industria automotriz, 171
inmigración, 203-4
mujeres trabajadoras, 126-8
ocio, 139
PIB, problemas sociales, 101
pobreza, 48, 59, 62-4, 199
pobreza infantil, 63-4, 90
presupuesto de ayuda internacional, 210
recortes de impuestos de la era Reagan, 156
reducción de salario medio, 164
sector agrario, 146, 171
sintecho, 70-1, 73-4
estalinismo, 21
estanflación, 226-7
evasión fiscal, 100, 196
Éxodo, 39

Facebook, 26, 49, 138, 170, 238
fascismo, 21, 23, 119
Faye, Michael, 35-6
«felicidad interior bruta», 111
Festinger, Leon, 215-7, 221
fiestas y celebraciones, 129
Finlandia, renta básica, 241
fisiócratas, 104
Ford, Henry, 70, 121-2, 129-31, 183
Forget, Evelyn, 40-3, 50
Foro Económico Mundial, 169
Francisco II, emperador del Sacro Imperio romano, 181
Franklin, Benjamin, 120
Friedman, Milton, 39, 80, 108, 224-7
Fukuyama, Francis, 19

Galbraith, John Kenneth, 45, 196
Galileo, 12
genocidio, 21-2

Gilder, George, 89
GiveDirectly, 35-6, 241
globalización, 50, 167, 197, 199
Goldman Sachs, 150, 199
Google, 36, 174-5, 219, 238
Graeber, David, 151-3
Gran Depresión, 88, 98, 105, 119, 130
«gran desconexión», 171
Gran Sociedad, 92
Greenspan, Alan, 222-3
guerra civil, 119
guerra de Secesión, 201
guerra de Vietnam, 201

Hanlon, Joseph, 38
Haque, Umair, 149
Hayek, Friedrich, 39, 85, 108, 224-6, 229
Heath, Edward, 130-1
Hecquet, Philippe, 69
Henderson, Hugh y Doreen, 41
Hirschman, Albert, 47
Hitler, Adolf, 107
Hobbes, Thomas, 11
Hobsbawm, Eric, 178
homofobia, 234
Hoover, Herbert, 105-6
Horsfall, William, 177
Hugo, Victor, 46

iglesias, declive de, 26
Ilustración, 12, 115, 221
implante cerebral Argus II, 15
imprensa, invención de, 12
impuestos, 38, 48, 63, 104, 150, 155-8, 167, 169, 182, 207, 236
 impuesto progresivo sobre la riqueza, 182
 impuestos sobre la renta, 23, 104
 impuesto sobre las transacciones financieras, 156
India, frontera con Bangladesh, 209
Indicador de Progreso Real (IPR), 112
«índice de altos hornos», 102
Índice de Bienestar Económico Sostenible (IBES), 112
índice de criminalidad, 18, 204
Índice de Desarrollo Humano de la ONU, 112, 116

índice de divorcios, 47, 89
Índice de Felicidad del Planeta, 112, 116
Índice para una Vida Mejor de la OCDE, 112
indigencia, 33-4, 51, 70-4
 plan en Países Bajos, 72
 plan en Utah, 70-1
industria alimentaria, 24
inmigración, efecto negativo sobre los salarios, 206-7
innovación, 154-5, 238
Intel, 165
iPhones, 151, 168, 196
Irlanda
 cierre de bancos, 147-9
 inmigración, 209
Isabel I, 82
islamofobia, 236
Italia
 inmigración, 209
 medición del PIB, 99-100
 renta anual, 12

Jarvis, Edward, 56
Jennings, Ken, 179
Jesús de Nazaret, 69
Jetson, George y Jane, 124-5
Johnson, Boris, 235
Johnson, Lyndon B., 43, 80
Johnson, Samuel, 70

Kaldor, Nicholas, 167
Kaspárov, Garry, 173
Kellogg, W. K., 130-1
Kelly, Kevin, 115
Kennedy, Robert, 111
Kenny, Charles, 37
Keynes, John Maynard, 27, 107-8, 119-20, 122-3, 128, 135-6, 151, 159, 171, 209, 224-5, 227-9
 auge del neoliberalismo, 224-5
 «desempleo tecnológico», 171
 dominancia de las ideas, 227-9
 «valorar el fin por encima de los medios», 27, 159
King, Martin Luther, 78
Klein, Ezra, 218

Kodak, 170
Kremer, Michael, 190
Kuklinski, James, 220
Kurzweil, Ray, 173-5
Kuznets, Simon, 106-8, 116, 120

Lampman, Robert, 45
las Casas, Bartolomé de, 28
lavavajillas, invención del, 12
Leadbeater, William, 164, 176, 178
Lehman Brothers, 222, 228
Leontief, Wassily, 163
Lerman, Joseph, 160
Ley de Pobres, 82-3, 86, 88-93
liberalismo, 23-4
 véase también neoliberalismo
Libro de Daniel, 189
LinkedIn, formación en, 92
lotería, ganar la, 137
lotshampa, limpieza étnica de, 112
Louis, Pierre, 190
luditas, 176-9
Luis XVI, rey de Francia, 105
Luyendijk, Joris, 223

malaria, 16, 192
Malthus, Thomas, 83, 86, 89-90
Manchester, 121, 176
Mandeville, Bernard, 70
máquina de vapor, 12, 173-4
Marshall, Alfred, 105, 169
Martin, Dorothy, 216-7, 219, 221-2
Marx, Karl, 15, 51, 85, 87, 120, 122
matrimonio entre miembros del mismo sexo, 242
Melbourne, 121
Mellor, George, 176-7
mercado sumergido, 99-100
mercantilismo, 69
meritocracia, 238
microcréditos, 193-4
Milanovic, Branko, 201
Mill, John Stuart, 27-8, 85, 111, 120-1
Mitchell, Wesley C., 107

molinos de pedal, 88
Moore, Gordon, 164-6
Moro, Tomás, 21-2, 39, 41, 78
mortalidad infantil, 16, 37, 201, 202 (gráfico)
mosquiteras, 192-3
movimiento Occupy, 223
Moynihan, Daniel, 80-1, 89-90
Mozart, Wolfgang Amadeus, 113
mujeres
 emancipación, 133, 235
 igualdad, 28, 47, 201
 pobreza, 16, 36-7, 88
 sufragio, 91, 111
 trabajadoras, 126-8, 132, 137, 172, 181, 206
Mullainathan, Sendhil, 59-61, 64
muro de Berlín, 209
Murphy, Antoin, 149
Murray, Charles, 89

Nabucodonosor, rey de Babilonia, 189
Napoleón Bonaparte, 82
narcisismo, 25
nazismo, 23
Necker, Jacques, 105
neoliberalismo, 224-9, 235-6
 fundadores, 39, 224
 reformas, 223
nerd, 26
New Deal, 225
Newton, Isaac, 12
Nixon, Richard M., 45-6, 78-82, 86, 89, 91, 123
«nuevo laborismo», 227
Nutella, 168

obesidad, 14, 58, 67, 101
ocio, horas laborales, 119-39, 239-40
Oficina Nacional de Investigación Económica de Estados Unidos, 107-8
Omondi, Bernard, 35
operadores de negociaciones de alta frecuencia (HFT), 144, 154, 156
Organización de Países Exportadores de Petróleo, 226
Organización Internacional del Trabajo, 133
Orwell, George, 91-3
Overton, Joseph, 233-5

Owen, Robert, 28

Paine, Thomas, 179

Países Bajos

Edad de Oro de Holanda, 12

embargo de petróleo, 226

emigración, 209

horas laborales, 127-8

inmigrantes marroquíes, 204

inundaciones, 98

presupuesto de atención sanitaria, 210

programa para los sintecho, 72-3

renta básica, 239

sintecho, 12

paraísos fiscales, 158, 196, 238

partido laborista, 227

pasaportes, 197

Pascal, Blaise, 11

patentes, 145, 155

patrón oro, 87-8

Pendleton, Lloyd, 70-2, 74

periodistas *free-lance*, 239

Peste Negra, 83

Petty, William, 104

Phillips, Bill, 109

piernas robóticas Rewalk, 15

Piketty, Thomas, 182-3

Pitt, William, el Joven, 83

Platón, 47

PlayStation 4, 173

Pleij, Herman, 14

pobreza

coste de, 62-3, 234

«defecto de la personalidad», 58

educación, 59, 64-5

efectos cognitivos, 56-7, 61-2

experiencia de Orwell con, 91-2

falta de efectivo, 33-9

mercantilismo, 69

migración, 199-209

patrones de comportamiento, 58-9

pobreza extrema, 15, 22, 119

pobreza infantil, 56-7, 63-4, 90, 238

pobreza relativa, 67-8
programas contra la pobreza, 41, 43, 78-81, 84, 86-9, 91, 93, 189, 193-4, 196
psicología de la escasez, 59-60, 65
reducción de, 11, 12, 37, 45-9, 191-2
responsabilidad personal, 89-90, 94
Polanyi, Karl, 79, 85
«polarización del mercado laboral», 175
polio, 16-7, 144
Política, 233-6, 240
pólvora, invención de la, 12
Popper, Karl, 20
posmodernismo, 20
pragmatismo, ideologías por el, 228
«precariado», 176
presión de grupo, 221
primera guerra mundial, 107, 197
Pritchett, Lant, 198
producto interior bruto (PIB), 62, 95, 97-8, 99-110, 115-6, 132, 200 (gráfico), 220
 alternativas a, 110-2
 avances tecnológicos, 101
 creación de, 106-7
 medición de, 107-10
 mercados sumergidos, 99-100
«producto mundial bruto», 196
«producto social bruto», 112
Proyecto Lázaro, 15
prueba de control aleatorio (RCTs), 190-6, 220
psiquiatría, 123
publicidad
 ejecutivos, 114
 industria, 24
Putnam, Robert, 205

racismo, 234
Radcliff, Joseph, 177
rana *Rheobatrachus*, 15
RAND Corporation, 123
Rand, Ayn, 79, 90
Rawfolds Mill, batalla de, 176-7
Reagan, Ronald, 47, 89, 91, 227
redistribución, 182
Reforma, 12
refugiados, 196, 201

renta básica, 40-51, 219, 237, 240-1
 cifra de divorcios, 47
 en Alaska, 251
 experimento Mincome de Canadá, 40-3
 experimentos en EE. UU., 43-7, 78-81
 hospitalizaciones, 43
 referéndum suizo, 241
 tasa de natalidad, 43
 véase también sistema Speenhamland
«renta nacional» (definición), 105
renta per cápita, 12
«responsabilidad personal», 90
Reuther, Walter, 183
revolución científica, 12
Revolución francesa, 82, 105
revolución industrial, 12, 83, 121, 146
Ricardo, David, 83, 86-8
robots, 50, 115, 123, 125-6, 151-2, 159, 163, 170-1, 173, 175-6, 179, 182, 183
 Oscar Wilde, 179, 182
 «robot» (palabra), 179
Rothschild, Nathan Meyer, 17
Rowe, Jonathan, 101
Russell, Bertrand, 27-9, 49, 117, 139
Rutter, Brad, 173

Sachs, Jeffrey, 191-2
salud mental, 43, 56-8, 72, 101
Samuelson, Paul, 45, 108
sangría, 188
Santayana, George, 75, 79
sarampión, 16-7
Sargent, Lyman Tower, 22
Schor, Juliet, 129
segunda guerra mundial, 40, 98, 107-8, 116, 120, 123, 126, 201
servicios del sector público, costes de, 113-5
Shafir, Eldar, 59-62, 64-5
Shaw, George Bernard, 121
sida, 17
Silicon Valley, 154, 168, 170, 175, 241
sindicatos, declive de, 26, 167
sistema Speenhamland, 78-91
Skype, 101
Smith, Adam, 105

Smith, Thomas, 177
«socialismo de perdedores», 235-6, 240
Sociedad Mont Pelèrin, 225-7, 229
Sócrates, 111
solidaridad proletaria, 201
Solnit, Rebecca, 235
Solow, Bob, 174
Standing, Guy, 176
Steensland, Brian, 80, 90-1
Summers, Larry, 97-8
Szreter, Simon, 89

tasa de natalidad, 43
tasas de delincuencia, 57
Teléclides, 20
teléfono móvil, 16, 65, 101, 128, 198
 smartphone, 128
televisión, 138-9, 232-3
Thatcher, Margaret, 58, 227
Thiel, Peter, 154
Thorpe, William, 177
tiendas virtuales, 168-9
tigre de Tasmania, 15
Titmuss, Richard, 48
Tobin, James, 45, 47, 103
Tocqueville, Alexis de, 85
tosferina, 17
Townsend, Joseph, 83, 89
trabajadores del servicio de recogida de basuras de Nueva York, 143-4, 148, 150, 160
trabajo esclavo, 88, 169
trabajo infantil, 37, 86
trabajos absurdos, 151-3, 157-9, 239
transbordador espacial *Challenger*, 132
transistores, 165
tratamientos de desparasitación, 195, 202
trilladora, invención de la, 87
Trump, Donald, 235, 237, 241
tsunami en Japón, 97-8
tuberculosis, 16
Twenge, Jean, 25

Unión Soviética, 115, 119
Universidad de Manchester, *Just Give Money to the Poor*, 37

Universidad de Manitoba, 40
Utah, programa de asistencia a los sintecho, 70-1, 74
utopía (significado de la palabra), 28

vacunas, 16-7
Veblen, Thorstein, 136
Verne, Jules, 197
víctimas de guerra, descenso, 18
viruela, 16
Volta, Alessandro, 188
Voltaire, 21

Walker, Benjamin, 177
Ware, Bronnie, 239
Washington, George, 188
Watt, James, 173
Watts, Harold, 45
Wikipedia, 99, 173, 198,
Wilde, Oscar, 5, 19, 103, 111-2, 141, 179, 182, 228
Wilders, Geert, 235
Wilkinson, Richard, 67-8

Xbox One, 165
xenofobia, 241

Young, Arthur, 69

Agradecimientos

Ningún libro se escribe en solitario, pero nunca antes había tenido tantísima ayuda. Mi agradecimiento en primer lugar a los miembros de *The Correspondent*, mi hogar como escritor, que me proporcionaron información y consejos sobre artículos y libros, además de señalarme diversos errores. También tengo una enorme deuda de gratitud con mis compañeros de trabajo, sobre todo con quienes leyeron todo o parte del manuscrito: Jesse Frederik, Andreas Jonkers, Erica Moore, Travis Mushett y Rob Wijnberg.

Muchas gracias al equipo de diseño Momkai (Martijn van Dam, Harald Dunnink, Shannon Lea, Cynthia Mergel, Leon Postma, y Frazer Sparham) por la fantástica infografía (así como por su interminable paciencia todas las veces que he hecho otro pequeño cambio).

Tuve el gran honor de que el editor de la versión original en holandés de este libro fuese Wil Hansen, quien una vez más me libró de cometer errores de lógica y de frases torpes. Estoy igualmente agradecido a Elizabeth Manton, la traductora del libro al inglés, por su sensibilidad con el lenguaje y sus inestimables comentarios. Cuando alguien me preguntaba cómo iba la traducción al inglés, enseguida confesaba mi preocupación de que podría resultar mucho mejor que el original.

Este libro nunca podría haber sido un éxito sin mi fabulosa editora holandesa, Milou Klein Lankhorst. Ella también me puso en contacto con quien sería mi agente, Rebecca Carter, que estaba convencida de que mi libro tenía potencial y enseguida me presentó a los editores Ben George en Little, Brown y Alexis Kirschbaum en Bloomsbury, cuya perspicacia ha mejorado este libro.

Por último, pero no menos importante, he tenido la bendición de contar con el apoyo de mi familia, amigos y, por encima de todo, de Maartje, quien me hizo críticas que en ocasiones me costó aceptar, pero sin las cuales no podría haber pasado, por el simple hecho de que habitualmente ella tenía razón.

Por cualquier error de sentido, frase enrevesada o ilusiones inalcanzables que puedan quedar, asumo toda la responsabilidad.

¡Gracias por leer este libro!

Utopía para realistas se publicó originalmente en *The Correspondent*, el antídoto a la rutina informativa cotidiana, donde los periodistas guían la conversación y los lectores aportan sus conocimientos. Estamos orgullosos de no depender de la publicidad y de pagar a nuestros 40 empleados con los ingresos de las suscripciones. La aportación anual de 60 euros de los cerca de 50.000 socios de la plataforma hace posible ejemplos de periodismo independiente como *Utopía para realistas*. Además, *The Correspondent* permite que la información de calidad y las voces nuevas se abran camino en los medios de comunicación y den forma a las historias que nos contamos unos a otros.

Después del interés que nos han prestado *Forbes*, *Fortune*, *The Guardian* y CNN ahora traducimos al inglés una selección de nuestros artículos. ¿Te gustaría leer más textos de Rutger Bregman y otros de nuestros corresponsales? Inscríbete en **thecorrespondent.com** y recibirás nuestro boletín semanal gratuito.

Milou Klein Lankhorst
Editor de *The Correspondent*



Utopía para realistas

Rutger Bregman

ISBN edición en papel: 978-84-9838-799-5

ISBN libro electrónico: 978-84-15631-79-8

Primera edición en libro electrónico (epub): abril 2017

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *Utopia for Realists*

Traducción del inglés: Javier Guerrero Gimeno

Ilustración de la cubierta: Shutterstock / Compañía

Infografía de Momkai

Copyright © Rutger Bregman, 2016

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2017

Utopía para realistas nació en *The Correspondent*, una plataforma periodística digital que sirve como antídoto contra la rutina de los medios.

www.thecorrespondent.com

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info